



Cupido no se equivoca.  
Y Murphy tampoco...

CONEXIÓN

INESPERADA

MIRIAM MEZA  
AUTORA DE EL ALMA DE LA FIESTA

Cupido no se equivoca.  
Y Murphy tampoco...

**CONEXIÓN**  
**INESPERADA**

**MIRIAM MEZA**  
AUTORA DE EL ALMA DE LA FIESTA

**Foto de Portada:** Erica Naccari © 2018

**Modelo en foto de portada:** Oihane Ruan.

**Fotos de contraportada:** iStock.com ©

**Ilustraciones del interior:** iStock.com ©

**Diseño y Maquetación:** Miriam Meza

Esta es una obra de ficción. Los personajes, lugares y situaciones mencionadas son parte de la imaginación del autor y utilizados de forma ficticia. Los derechos de las marcas, publicaciones, sitios web, música y otros contenidos multimedia, y demás productos mencionados en esta obra pertenecen a sus respectivos dueños.

Esta obra no puede ser reproducida, escaneada o distribuida de cualquier manera sin la autorización del autor, salvo el uso de citas breves en la redacción de artículos o reseñas.

**Conexión Inesperada**

Todos los derechos reservados © Miriam Meza, 2018

*“Todo me lleva a ti,  
como si todo lo que existe,  
aromas, luz, metales,  
fueran pequeños barcos que navegan hacia  
las islas tuyas que me aguardan”.*

**Pablo Neruda.**



*Señales contradictorias.*

*Ruth*

Las luces de colores parpadeaban contra su rostro, y a pesar de la pobre iluminación de este bar, sabía que era él. He conocido esos ojos por tanto tiempo que sería imposible confundirlo con alguien más. No importa si solo he tomado un vaso de vodka, o si han sido diez. Además, no es mi cerebro quien está a cargo de las labores de reconocimiento sino mi cuerpo. Y quiero odiarlo por eso.

*«¿Cómo me encontró?»*

Es la primera pregunta que cruzó mi mente, pero eso no era lo importante. Porque luego de esa pregunta vinieron las miles que me he estado haciendo desde que lo descubrí. ¿Por qué yo? ¿Por qué la mentira? ¿Qué derecho tenía él a jugar conmigo? Y la lista sigue, y sigue. Sin embargo es otra la pregunta que dejó mis labios cuando Ignacio se acercó a mí.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí?

Las luces titilaron nuevamente sobre su rostro, y la distancia entre

nosotros era cada vez más pequeña. No tengo idea de si me escuchó o no, porque el sonido de la música era muy fuerte, pero algo debió entender. Su mirada pasó de dubitativa a determinada en un parpadeo, y sus movimientos se volvieron más felinos mientras el espacio entre nosotros se volvía nada.

Los rayos de luz seguían parpadeando contra sus facciones, aunque ya no los necesitara para notar su fuerte mandíbula, sus llamativos ojos azules y sus labios carnosos. Labios en los que no debería fijarme. Labios que no debería anhelar sentir sobre los míos. Mi deseo por él se intensificó, golpeándome en el pecho cual bola de demolición y dejándome sin aliento.

*«Miley Cyrus sabía de lo que hablaba en la condenada canción».*

Es el mismo rostro que he conocido por años. Una figura recurrente en mi vida. Una conexión inesperada que terminó siendo una gran mentira. Un mal chiste. Un error.

*«El idiota de Cupido va a tener que tomar de nuevo sus clases de arquería, porque esta vez la ha cagado en grande».*

—¿Qué haces aquí? —Le volví a preguntar, alegrándome de que mi voz no temblara del mismo modo que sentía temblar todo mi cuerpo.

Tragué saliva y obligué a mis manos a que dejaran de agitarse. Mi cuerpo y yo estábamos en guerra, y él era el enemigo. Acerqué mi trago a mis labios y le di un sorbo para prevenirme de atacar su boca, o de que mis dedos tracen su mandíbula sin afeitar.

—¿No es obvio? —me respondió, pero se equivoca.

—No —le dije—. No lo es —me encogí de hombros—. Contigo ya no estoy segura de nada —me dolió admitir, y negando con la cabeza traté de hacer un poco más de espacio, de apartarlo de mí, de alejar su presencia, su olor y cualquier cosa que pudiera nublar mi juicio.

—Yo... —empezó a decir, pero lo interrumpí.

—No te quiero aquí —le dije, robándole la oportunidad de decir lo que

fuera que hubiese cruzado su mente—. No quiero volver a verte en mi vida — le aseguré, pero la mentira se sentía amarga en mi paladar.

*«O quizás sea el vodka. Sí, quizás sea eso».*

—Si realmente te sintieras así, nunca habría recibido ese mensaje —me respondió, y sus labios empezaron a formar una sonrisa.

Sus ojos se iluminaron del mismo modo que lo han hecho miles de veces mientras hace bromas para molestar a su hermana, o cuando está hablando de sus películas de superhéroes, y yo me odié una vez más por darme cuenta de esas cosas.

—Fue una tontería —me encogí de hombros y di otro paso hacia atrás—. Eso no importa ahora.

—Ahí es donde te equivocas, Ruth —respondió—. A mí me importa, y lo siento.

—Pero eso no cambia nada —le dije. Y era cierto, porque nada iba a borrar la sensación de haber sido engañada. Podría llegar a perdonarlo, pero ¿podría volver a confiar?

*«No se supone que el amor sea tan complicado ¿o sí?»*

Probablemente Cupido estaba tan borracho como yo cuando se fijó en nosotros y decidió probar su puntería. Tal vez él fue el que cometió el error al dispararnos. O quizás él también estaba teniendo un mal día, porque Murphy no respeta si eres un dios portando un arma peligrosa o si eres una estúpida sin vida social que cae por el primer imbécil que le habla bonito.

Tal vez...

Quizás...

Puede ser...



*Adivina, adivinador...*

*Ignacio*

*Cuatro meses antes...*

Por alguna razón siempre siento que estoy buscando cosas en los lugares equivocados. En la vida, en la oficina, en mi propio teléfono..., no importa de qué se trate, la sensación es la misma. Y esa sensación, inevitablemente, trae consigo montones de frustración y rabia. Como en este momento.

No, definitivamente no estoy exagerando. Te lo aseguro. Es que si estoy en mi oficina y necesito encontrar un archivo en la computadora, sucede lo mismo que cuando Thanos<sup>[1]</sup> chasquea los dedos mientras usa el guantelete del infinito<sup>[2]</sup>: Lo que necesito desaparece y lo que encuentro es totalmente inútil.

También pasa lo mismo con mi móvil. Especialmente después de que mi hermana me lo haya pedido prestado. No importa si haya sido por una hora o solo por algunos segundos, el resultado siempre es el mismo.

—Esto pasa en las películas y en mi vida, solamente —me quejé entre dientes, lo que hace reír a mi compañero de cubículo, mientras entrábamos al bar que queda a unas cuantas calles de mi casa.

Obviamente él no entiende la gravedad del asunto. O no le importa. Al fin y al cabo él es hijo único, nunca ha tenido que trabajar por dinero y su vida parece planificada por uno de esos guionistas de Hollywood a los que les da pena incluir escenas en las que el protagonista esté al borde de un suicidio o de una masacre.

—¿Como la vez que pediste consejo a nuestra doctora corazón y terminaste sin novia? —se burló, aunque mi problema actual no tiene nada que ver con mi vida amorosa. O con la falta de ella.

—Te recuerdo que fuiste tú quien lo sugirió —me quejé, lo que hizo que empezara a reír más fuerte.

Probablemente para él era algo gracioso, pero para mí no lo es. Y me permití recordar la razón de su burla mientras pedía la primera ronda de cervezas y me sentaba en la barra.

Tenía casi nueve meses saliendo con alguien y las cosas entre nosotros, a pesar de ir bien, habían perdido la chispa. Yo quería demostrarle que iba en serio con lo nuestro. Una señal de compromiso, por llamarlo de algún modo.

Sin embargo nuestros encuentros parecían cada vez más a una cita con un cliente molesto. Y pues, yo quería hacer que nuestra relación funcionara. ¿Tonto? Quizás, pero tenía la extraña idea de que ella era la indicada.

La revista en la que Alberto y yo trabajamos tiene una columna sobre romance y relaciones, y decidí recurrir a los consejos de la columnista para animar las cosas en el dormitorio, darle un impulso a nuestra relación y, con suerte, hacer que aceptara mudarse conmigo.

Decir que el tiro me salió por la culata es un eufemismo.

Nuestra noche de pasión terminó en una secuencia digna de película de

terror. Al menos para mí, porque si le preguntan a Alberto él dirá que más bien parecía una comedia. Aunque no precisamente romántica.

—Pero nadie te obligó a hacerme caso —respondió.

Probablemente se estarán preguntando por qué no lo mando al diablo, pero es que el muy capullo tiene razón. Nadie me obligó. Y cuando me recomendó seguir los consejos de la revista en la que trabajamos, la idea parecía razonable.

*«Aunque los resultados fueran más bien desastrosos».*

—Esto no tiene nada que ver con eso —le dije tratando de cambiar de tema, al fin y al cabo no estaba en el estado mental correcto para lidiar con mi compañero.

¿Me lamentaba de haberle confiado información personal a este tarado? Por supuesto. Pero cuando las cosas se salieron de control fue la única persona que se me ocurrió llamar para ayudarme.

—¿Qué pasa entonces? —quiso saber.

Y su pregunta me trajo de vuelta a mi situación actual, gracias a lo que sin duda es obra de uno de mis mayores problemas.

*«Flor».*

—Mi hermana vació los mensajes de mi buzón, y ahora solo tengo ventanas con números sin identificar —dije mientras tanto recorría, por millonésima vez, mi lista de mensajes enviados y recibidos—. Ahora no tengo idea de cuál es el número que necesito.

*«Y dada la urgencia que tengo, ese es un problema grave».*

Sinceramente no entiendo qué clase de placer siente mi hermana cuando revisa mi móvil. Es algo que se escapa a mi comprensión. No es que tenga algo que ocultar, ni nada por el estilo, sino que Flor es de esas personas que no puede invadir la privacidad ajena sin dejar rastros.

Por el contrario, mi hermana es de las que deja el camino de miguitas

para que sepan que fue ella la que hizo el daño.

*«Porque sí, siempre hace un daño».*

Quizás estarán pensando que soy un dramático por seguir este monólogo en lugar de presentarme como se debe. Pero llevo un día bastante complicado, y este inconveniente con el móvil viene a pasar en un momento realmente crítico.

Te estarás preguntando la razón de tantas quejas, y la respuesta es simple. Murphy me odia, porque sólo él se aseguraría de que me tocara alguien como Flor en la lotería de los hermanos.

*«Y ya puestos, mi hermana no es que sea mi mayor fanática».*

Obviamente no estoy echándole a ella la culpa de todos mis problemas. Soy perfectamente capaz de asumir mi responsabilidad cuando me equivoco, y actualizar el móvil sin hacer respaldo de la lista de contactos fue cosa mía. Pero el que ahora me encuentre con el condenado aparato en la mano y me sienta más perdido que Thor<sup>[3]</sup> cuando visitó la tierra por primera vez; sin tener idea de cuál, entre los números que aparecen listados en mi buzón de mensajes, es el contacto que necesito... bueno, eso sí es cosa de ella.

Es Flor quien tiene el maldito hábito de vaciar las conversaciones para eliminar evidencias, o simplemente para importunarme. Y si consideramos la amnesia de mi teléfono, sumado a mi incapacidad para memorizar números telefónicos, podríamos decir que estoy muy jodido.

Números de cuentas bancarias, contraseñas, fechas..., todas esas cosas puedo recordarlas sin problema. ¿Pero números telefónicos? Ni hablar. Especialmente si se trata de mis clientes, quienes cambian de móvil como cambiar de calcetines.

*«Ay, Florencia. Solo deja que se me ocurra una forma de desquitarme».*

—Mierda... —murmuró Alberto entre dientes dándole un sorbo a su

cerveza.

Sí, es una puta mierda. Eso ya lo tenía claro. Porque, ¿de qué otra manera llamarías al tiempo que he perdido observando el móvil, tratando de adivinar cuál de las conversaciones pertenecía a mi cliente? Tengo una semana negociando unos manuales de organización para una empresa en formación, algo que puedo hacer paralelamente a mi trabajo en la oficina, y con cuyo pago planeaba ponerme al día con mis cuentas por pagar. Ahora todo apunta a que no sólo he perdido el tiempo observando el móvil, sino haciendo el manual para un cliente que no voy a poder contactar.

—Revisa las fotos de *Whatsapp* —sugirió Alberto—. No hay manera de que puedas confundirte de número si te guías por la foto de *Whatsapp* —insistió, haciéndome ver lo idiota que podía parecerle por no haberlo pensado antes.

*«¿Ves? Algunas veces sus ideas parecen perfectamente razonables».*

—Pero si no tengo los números guardados no puedo ver las fotos, genio —le respondí rodando los ojos antes de darle un último trago a mi cerveza y hacer señas para que me sirvieran otra.

—¡Pues guárdalos! —Me respondió, imitando el gesto de rodar los ojos para darme a entender que mi excusa no lo impresionaba—. Si no son los que buscas, los borras y no ha pasado nada —se encogió de hombros—. A veces no entiendo cómo fue que llegaste a jefe del departamento.

*«Ya somos dos».*

Ignorando ese pensamiento, y siguiendo la idea de Alberto que no resultó del todo mala, pude identificar cuál de los números era el que necesitaba. Y siendo que el otro número tenía como foto de perfil a mi hermana con una de sus amigas, una que hacía que mi pulso se acelerara y mi cerebro fuera menos confiable de lo habitual, decidí guardar también su número para luego enviarle un mensaje agradeciéndole su cooperación con mi

problema tecnológico.

—Listo... —le dije a mi compañero cuando terminé de escribirle al cliente.

—Bien —asintió satisfecho por haber sido de ayuda—. Ahora cuéntame otra cómo fue que perdiste toda la lista de contactos —se burló—. Porque eso no me pasa ni a mí, y yo soy un total inútil con la tecnología.

Entonces empecé a contarle la historia mientras le escribía a mi hermana y tomaba un largo trago de mi cerveza, aunque estaba seguro de que necesitaría algo más fuerte.



*El*

*universo conspira en mi contra.*

*Ruth*

A veces no entiendo el sentido del humor del universo. Un minuto estás sentada riendo a carcajadas en un bar y al siguiente estás en la parte trasera de una patrulla siendo tratada como una criminal, como me pasó el viernes después de que fuéramos a darle una serenata al compañero de trabajo de una de mis amigas y una vecina nos denunciara por escandalosas. Tal como en esas comedias románticas que suelo ver en la televisión, y que la gente se empeña en decir que es solo ficción, que esas cosas no pasan en la vida real. Sin embargo, esa no fue la única señal de que el universo se estaba echando unas buenas risas a mi costa. Aunque de eso me daría cuenta después.

Ayer las cosas parecían volver a estar en orden, algo en lo que he basado toda mi vida. Organizar y poner las cosas en perspectiva. Eso era algo en lo que solía encontrar paz, pero ahora me provoca ataques de ansiedad y me hace sentir claustrofóbica. Eso no se lo conté a mis chicas, porque ¿qué

sentido tiene soltarles mi crisis existencial cuando hay cosas más urgentes de las que ocuparse?

Nuestra prioridad era ayudar a Melina, la misma amiga a la que ayudamos a llevar serenata, para que se mudara a su nuevo lugar. Los dramas existenciales podían esperar un poco más, aunque quién sabe cuando volvamos a reunirnos.

Las cosas estaban cambiando para mis amigas, noté. Nuevos trabajos, nuevos apartamentos, posibles nuevos novios..., y de alguna forma yo parecía estar estancada en un mar de números sin saber qué hacer para que no me ahogaran. No es una queja, es una observación. Y no hay nadie a quien pueda echar la culpa por quedarme atrás sino a mí misma. Yo fui la que decidí darle prioridad al trabajo, y se dejó consumir por él, cuando los demás aspectos de mi vida se fueron a la mierda. Antes eso no era un problema, sin embargo ahora que estaba por cumplir treinta empecé a reconsiderar el asunto.

Es que la vida de la mujer era más parecida al juego de las sillas musicales de lo que nos gustaría admitir. Cuando somos niñas nos sientan en una sala y nos hacen bailar alrededor de un círculo de sillas hasta que la música se detiene, y en ese momento tienes que encontrar un lugar o de lo contrario quedas fuera del juego. Cuando somos adultas las reglas cambian un poco, pero la dinámica es la misma. Si a los treinta no te has casado ni tienes hijos, entonces eres una fracasada, una solterona, o cualquier otro término que la sociedad te quiera endilgar.

No importa cuántos títulos universitarios tengas, ni cuánto dinero puedas producir al año. El éxito de una mujer siempre va a ser medido por la cantidad de años de matrimonio o el número de hijos. ¿Absurdo? ¿Injusto? ¿Retrógrado? Claro que sí. ¿Pero quieren saber qué es lo más triste de esto? Que estadísticamente no son los hombres quienes más juzgan a las mujeres por soñar con ser profesionales exitosas en lugar de esposas o madres, sino otras

mujeres.

Mis amigas no son parte de esa estadística, y tal vez por eso las aprecio tanto. Si necesito una opinión brutalmente honesta, siempre contaré con ellas. Pero si lo que necesito es que me mimen y me levanten el ánimo, también estarán ahí. Estas mujeres han celebrado mis triunfos y me han acompañado en mis fracasos, se han reído y han llorado conmigo..., y yo hago lo mismo por ellas. Para muestra que haya terminado por primera vez en una cárcel aunque no haya cometido ningún delito.

—Ahora que las cosas estaban cambiando para ellas —me dije—. Podrían cambiar también para mí ¿no?

Si hay algo que he aprendido en los últimos años es a no tener mis expectativas muy altas, especialmente si se trata de hombres o relaciones. En primer lugar, porque los hombres que he conocido no son, ni por asomo, tan confiables como los números. Y si hablamos de relaciones, demás está decir que no he tenido demasiada suerte en ese campo.

Tal vez mi problema es que siempre busco personas equivocadas. A las que son totalmente opuestas a mí, con las que no tengo nada en común salvo las ganas de tener sexo. Al principio todo es interesante, me mueve la curiosidad y la emoción, pero cuando la pasa novedad ¿qué me queda? Una persona que me considera aburrida, que se va de fiesta mientras yo trabajo y a la que poco le importan mis sentimientos, o si tuve al menos un orgasmo antes de disparar su carga y abandonar mi habitación.

Mis amigas me han sugerido probar suerte en una de esas páginas de citas, pero ya establecimos que el universo se burla de mí, así que... ¿para qué darle más motivos para hacer bromas?

Los números, sin embargo, no hacen bromas. Su lenguaje es uno que siempre he hablado con fluidez y cuando descubrí que podía utilizar mi pasión por los números para ayudar a las personas a poner sus finanzas, y sus vidas,

en orden supe que eso era lo que haría con mi futuro.

Aquí estoy, años después, dedicándome a poner números en orden y dándome cuenta que mi fantasía de ayudar a las personas con mi pasión por los números era eso. Una fantasía. Mi tiempo libre era comparable con un unicornio, por aquello de que algunos dicen que existe pero nadie lo ha visto realmente y mi vida amorosa, como expliqué antes, es tan desastrosa como la administración de mis clientes. Eso era algo que tenía en común con mis amigas. La falta de tiempo y lo inexistente del romance en nuestras vidas.

—¿Cómo es posible que mi última relación sea con alguien al que le dicen Napoleón Bonaparte y Microman<sup>[4]</sup>? —me burlé recordando el apodo que mis amigas le habían puesto a mi ex.

*«Y no se referían precisamente a su estatura».*

—Tal vez lo de las citas en línea no sea tan descabellado después de todo —pensé, pues al fin y al cabo el perfil ya estaba hecho. Una pequeña cortesía de Laura y de Lorena, a quienes no sabía si quería abrazar o matar.

—El hombre de tu vida no te va a encontrar si sigues usando tu escudo en forma de calculadora científica —había dicho Laura, y yo sabía que era cierto.

Tal vez ahora, desde esa página de citas, pueda controlar un poco las cosas antes de conocer a alguien en persona. Es posible que funcione si esa persona tiene cosas en común conmigo, si le interesan las mismas cosas que a mí.

*«Quizás...»*

Sonreí a pesar de lo mal que me sentía al recordar la reacción de Melina ayer por la tarde ante la posibilidad de una cita con Samuel, el compañero de trabajo que saca lo peor de ella pero al que le llevamos serenata el viernes antes de terminar detenidas, o la cara que pusieron las demás cuando les dije que Flor tenía sus propios planes con uno de los policías de la comisaría a la

que nos llevaron.

Yo también quería eso. El subidón previo a una cita, la emoción de descubrir cosas en una persona, la compañía... el sexo. Flor tiene mucha razón en decir que uno siempre piensa en lo que le hace falta, y últimamente el único sexo que he tenido es el que veo en los libros.

—Esa loca —murmuré en voz baja, negando con la cabeza mientras recordaba la historia con la que me recibió en la oficina el viernes y cómo se escapó ayer para pasar la tarde con él.

*«Cruza los dedos para que el poli no me deje inválida o caminando como vaquero».*

—¿Cómo es que ella se consigue los maxi penes y a mí me tocan las versiones miniatura? —me reí arrebujiándome bajo las sábanas mientras mi estómago se revelaba en mi contra.

Esta era otra de las señales de que el universo me había tomado como su bufón. No lo de los penes, aunque eso también es para ponerse a pensar, sino mi malestar estomacal. Desde que llegué de la casa de Melina ayer por la tarde me he sentido como la mierda. Vómito, diarrea, dolor de estómago..., hasta fiebre creo que tuve porque durante la noche no hacía más que sudar cual maratonista mientras los escalofríos me atravesaban. Todo esto sin dejar de visitar el trono de porcelana, por supuesto.

—Debo haber bajado como veinte kilos en solo una noche —dije, y no era precisamente que los tuviera de más.

Cerré los ojos y los cubrí con mi antebrazo mientras silenciosamente le pedía a Dios, o a quien quisiera escucharme, que me quitara el malestar de una buena vez.

—No me queda nada en el estómago que vomitar —me quejé, pensando por enésima vez qué rayos fue lo que pude haber comido para sentirme así. Pero mi cerebro no podía pensar en otra cosa que no fuera conseguirme un

nuevo estómago.

*«Y ya puestos intestinos nuevos también».*

En ese momento mi móvil empezó a sonar con una canción de Ace Wilder que tenía asignada como tono de llamada para la *Wild Child* del grupo, que no es otra más que Flor, y fruncí el ceño porque ella sabía que mis domingos eran sagrados. Ya fuera que estuviera descansando o muriendo lentamente a causa de mi estómago rebelde mis domingos eran míos, por lo que supuse que se trataba de una emergencia.

—Hola, usted se ha comunicado con el cuerpo agonizante de Ruth Salas —gruñí a modo de saludo.

—¿Estás bien? —Preguntó mi amiga.

—He estado mejor —admití sacando un libro que estaba debajo de mi almohada para ponerlo en mi mesita de noche—. Pero tú no me llamaste para hablar de mi salud ¿verdad? Y más importante ¿qué haces llamándome, cuando deberías estar canalizando a tu vaquera interior mientras montas al policía? —Quise saber—. Todavía no se han vencido tus veinticuatro horas —le recordé lo que había cuando me llamó.

—Digamos que tengo una especie de emergencia de vestuario, y que necesito de tu ayuda —me respondió.

*«Esto va a ser muy divertido».*

—No lo sé... —hice una pausa, fingiendo pensar por un momento—. ¿Qué gano yo de todo esto? —pregunté rodando en la cama hasta quedar de costado.

—¿La satisfacción de ayudar a una de tus mejores amigas en un momento de necesidad? —me dijo y yo me reí.

—Siempre te ayudo en tus momentos de necesidad, tarada —le respondí—. Pero si prometes contarme todos los detalles de tu salida con el fenómeno sexual en uniforme, yo te ayudo.

—Mateo no tenía su uniforme ayer —dijo mi amiga, como si eso fuera lo que yo le había preguntado.

—Cuando hablé de detalles no me refería a su atuendo cuando se encontraron, Florecita —le aclaré—. Y cuando dije todos, hablaba en serio. Quiero privilegios sobre la información, o te enfrentarás a mi ira —la amenacé.

—¿Y qué vas a hacerme si no te cuento nada, a ver? —Preguntó entre risas.

—¿La Britney del dos mil siete te dice algo? —Le pregunté de vuelta y por su reacción creo que se imaginó cómo se vería con la cabeza rapada como la cantante—. Ahora ya lo sabes —sonreí sintiéndome victoriosa—. Tengo una máquina de afeitar y no tengo miedo de usarla.

—Está bien, está bien —aceptó—. No hay necesidad de ponerse radicales.

—Excelente —asentí satisfecha—. Nos vemos en un rato entonces —me despedí sin dejar de sonreír.

*«Si tan solo negociar con mi estómago fuera tan sencillo».*



*Como*

*adulto, fracasé.*

*Ignacio*

*«¡Maldita sea!»*

Ese fue mi primer pensamiento al despertar el domingo y darme cuenta de que el fin de semana casi terminaba y toda mi ropa estaba sucia. Literalmente, toda mi ropa. Cada pieza que poseía estaba usada, sudada y descartada; y por muy genial que fuera mi lavadora, la pobre no iba a poder con semejante cantidad de trabajo en tan poco tiempo.

—Coño, coño, coño... —empecé a quejarme entre dientes mientras pensaba en una solución—. ¿Y si empiezo con la ropa del trabajo? —Me pregunté mientras organizaba mentalmente las cargas—. Mejor empiezo con la ropa interior, y luego sigo con la del trabajo —asentí mientras paseaba por mi habitación vistiendo nada más que mi último calzoncillo limpio con la esperanza de encontrar algo que ponerme.

Era mi culpa y lo sabía. Últimamente tenía la cabeza en diez mil sitios

diferentes al lugar donde debería tenerla. Las cosas se me olvidaban, incluso las más elementales, y mi capacidad de concentración era cada vez menor. Era como si le hubiesen conectado un cable de alta tensión a mi cerebro y el muy cabrón se hubiese freído en el proceso.

Quizás dejar ciertas cosas atrás me estaba resultando más complicado de lo que imaginé al principio. Tal vez me quedó grande el título de adulto... ¿quién sabe?

De lo único que estaba seguro era que mi vida era un desastre y cada vez estaba más cerca de ese punto en el que te decides mandar todo a la mierda para empezar de cero en otro sitio, donde nadie te conozca y por tanto no puedan echarte en cara tus metidas de pata. Sin embargo eso requeriría ropa limpia, y no es algo con lo que cuente en este instante.

Escuché movimiento en la planta baja de la casa y sonreí.

—Esta es una misión para la lavadora de mi hermanita —dije tomando mi móvil para escribirle un mensaje, aunque no estaba tan seguro de que eso me fuera a dar resultado, pues al fin y al cabo cuando le escribí ayer tampoco me hizo caso.

¿Llamarla al teléfono fijo? Podría ser una opción, claro. Si lograra recordar el número o si mi lista de contactos existiera, cosa con la que no contaba ya que mi memoria era un puto asco y mi móvil últimamente no era más que un costoso pisapapeles.

*«Eso te pasa por actualizar el condenado aparato sin hacer respaldo, genio».*

Sí, eso era algo que no dejaba de repetirme últimamente, pero no iba a ganar nada quejándome, así que busqué la conversación con mi hermana entre mis últimos mensajes enviados y empecé a dispararle textos para avisarle que iba en camino.

*Esto es una emergencia.  
¡Te necesito!  
Dime que estás despierta.  
Voy para allá*

Mientras esperaba que ella me respondiera separé mi ropa sucia en dos pilas, aunque montañas sería un término más cercano para describir lo que hice, y luego cargué mi lavadora con una de las dos. El resto de la ropa la metí en una cesta, y como Florencia todavía no daba señales de vida decidí hacerle una visita de todas formas.

Su reacción al verme no era precisamente la que esperaba, especialmente si consideramos que acababa de escribirle. Su sorpresa, rápidamente reemplazada por un ceño fruncido, me dio a entender que no tenía idea de que venía para acá.

—¿Qué se supone que haces aquí? —Me preguntó, confirmando mi teoría.

—Buenos días para ti también, hermanita —le respondí con mi mejor cara de inocencia—. Tengo un pequeño problema con mi lavadora, y voy a usar la tuya si no es molestia.

—¿Cuál es exactamente el problema con tu lavadora? —quiso saber, pero se hizo a un lado para dejarme pasar.

*«Al menos no me mandó al carajo. Punto para mí».*

Dejé caer la cesta en el piso porque cargarla ya me estaba molestando un poco, luego abracé a mi hermana y le di un beso en la mejilla. Ella se removió incómoda e intentó apartarme, pero pronto se resignó a su destino y se dejó dar cariño. Si no puedes darle abrazos a tu hermana, ¿a quién coño se los vas a dar? ¿A la perra de tu ex?

*«No, gracias. Prefiero ser atacado por una jauría de lobos*

*hambrientos».*

—El problema, básicamente, es que tengo mucha ropa sucia y no puedo meterla toda en el estúpido aparato sin hacer que se dañe —le expliqué—. Así que, para adelantar un poco, traje una parte para lavarla aquí mientras la otra está allá —señalé con el dedo hacia el techo, y mi hermana siguió la seña como si esperara que algo mágico sucediera. No pude evitar sonreír de nuevo.

Entonces el olor a café recién hecho invadió mi olfato, los cielos se abrieron y un coro de ángeles empezó a cantar. Bueno, quizás esté exagerando un poco, pero el olor a café era algo celestial sin duda.

—¿Estás preparando café? —Le pregunté—. Mataría por una taza.

—Sí, estoy haciendo café —me dijo encogiéndose de hombros—. Pero no para compartirlo contigo.

Eso me ofendió. Cualquiera pensaría que molesto mucho, lo cual es totalmente falso. Puede que de vez en cuando, especialmente si olvido pasar por la tienda a comprar víveres, venga a su casa y hurgue en su nevera, pero eso es algo que ella podría hacer también en un momento de necesidad. Si alguna vez recuerdo pasar y hacer las compras para que ella tenga algo que llevarse.

*«Algo que debería apuntar como recordatorio en mi teléfono, por cierto».*

—¿No? —Fingí estar sorprendido—. ¿Con quién, entonces? ¿Con el hombre que te vino buscando ayer, o con el que te trajo en la madrugada?

La vida privada de mi hermana era algo en lo que trataba de no involucrarme, para que ella no tuviera luego la excusa de opinar respecto a mi elección de compañía. Pero las ganas de hacerla molestar son fuertes, y en este momento no me sentía de ánimos para luchar contra mi compulsión.

—Para tu información, y no porque te deba la explicación —empezó a decir mientras yo caminaba hacia la cocina y ella me seguía—. El hombre que

vino y el que me trajo son la misma persona —se sonrojó y yo arqueé una ceja—. Pero no, tampoco es con él que voy a compartir el café, sino con Ruth que viene en camino.

*«¿En serio? ¿Qué clase de penitencia me está haciendo pagar el universo?»*

Ruth Salas es la razón por la que evito a las amigas de mi hermana, además de ser la última mujer del planeta en la que debería fijarme. Pero yo nunca hago lo que debo, y obviamente ya me fijé en ella. Desde hace mucho, mucho tiempo. Sin embargo eso no cambia que esté mal, y para evitar romper la ley hago lo que cualquier hombre inteligente haría. Evitar el peligro.

En caso de que no lo supieras, existe una ley no escrita que prohíbe tener sexo con las amigas de tus hermanas. No, no me lo estoy inventando, puedes preguntar si quieres. Y no, tampoco he tenido sexo con ella. Al menos no físicamente, porque en mi imaginación hemos estado en cada posición del *Kama Sutra*, incluso en las más ridículas, y en cada superficie disponible.

¿Lo peor de mi situación? Siempre llegaba acompañada de las demás locas, esas que huelen sangre a kilómetros de distancia y que no dudarían en ponerme en evidencia delante de Flor y, obviamente, delante de Ruth.

Ella también es la razón por la que empecé a salir con la psicópata que tengo por ex. Y probablemente también la razón por la que dejé de verla. Al menos una de las razones. Porque, por más que intentara evitarlo, siempre comparaba mi realidad con lo que mi imaginación conjuraba, y nunca lograba hacerle justicia. El intento fallido de inyectarle romance a nuestra relación tampoco fue de gran ayuda, pero eso es culpa mía por hacer caso a una columna escrita por alguien que probablemente se descojone leyendo las cartas de los lectores y se saque los consejos de una galleta de la suerte.

Traté de componer la expresión de mi cara para no revelar más de la cuenta, porque aunque mi hermana se hiciera la tonta era muy intuitiva e

inteligente. No es que lo fuera a admitir en voz alta, ¿no? Pero aquí entre nos, es un dolor en el trasero tener a alguien tan perspicaz viviendo tan cerca.

—¿Nunca escuchaste a mi abuela decir que donde comen dos, comen tres? —Le respondí a mi hermana retomando la conversación—. Nunca antes me habías negado una taza de café.

—Eso es porque te la tomas antes de que pueda decirte que no, idiota —se quejó, pero cualquiera podía ver que no estaba molesta. No realmente.

Cuando me disponía a responderle alguien empezó a tocar la puerta y mi hermana salió corriendo para ver quién era, dejándome con la palabra en la boca. Yo aproveché la ocasión para servirme una taza de café, porque yo pienso mejor cuando tengo la dosis apropiada del vital líquido circulando por mi cuerpo.

*«Y cuando no estás soñando despierto con las amigas de tu hermana ¿cierto?».*

Gruñí mientras tomaba el primer sorbo, porque tampoco es que fantaseara con toda la banda de dementes, solo con una. Y si mi subconsciente se iba a poner a sabotearme con ese asunto, esta visita a mi hermana se convertiría en una pesadilla rápidamente.

—Tal vez sea otra persona —me dije intentando ser optimista. Podría ser una de esas personas que predica puerta a puerta los domingos, o algún vecino pidiendo favores, aunque considerando mi suerte no contaría con eso.

Lo más seguro es que apenas la viera me empezaría a comportar como idiota, diría cosas que me pusieran en evidencia o empezaría a recordar las cosas que he imaginado con ella, provocando que fuera mi cuerpo y no mi boca lo que me pusiera en evidencia.

*«Piensa en el parche de Nick Fury<sup>[51]</sup>, piensa en el aliento que debe gastarse Hulk, piensa... piensa...»*

—No lo sientas. Mejor cuéntame cómo te fue en tu cita de ayer, a ver si

eso me hace sentir mejor —escuché decir a una voz femenina que era demasiado familiar.

—Estoy muy jodido —negué con la cabeza mientras me sentaba frente al mesón de la cocina. Inhalé profundamente, llenando mis pulmones con el olor al café recién hecho, y me pregunté qué haría el Tony Stark<sup>[6]</sup> en mi situación. Entonces tomé otro sorbo de mi café, y ese fue el momento que escogió mi hermana para regresar a la cocina acompañada por la protagonista de mis fantasías, y no precisamente de las que puedan pasar en televisión durante el horario infantil.

Para mi sorpresa Ruth parecía extra de *The Walking Dead*<sup>[7]</sup>. Instintivamente fruncí el ceño. Nunca la había visto desarreglada, mucho menos tan descompuesta. No iba a negar que estaba preocupado, pero tampoco iba a decirlo en voz alta porque obviamente era algo que nunca había hecho, y empezar en este momento no era precisamente lo más recomendable si quería mantener un perfil bajo.

—Buenos días, extraña —le dije a modo de saludo mientras colocaba mi taza en la encimera para observarla con más detenimiento.

Pero en lugar de responderme a mí se giró hacia mi hermana antes de hablar.

—Flor... —hizo una pausa—. Hay alguien en tu cocina.

Giré mi cara para ocultar mi sonrisa. A pesar de verse como recién salida de una zona de guerra, ella conservaba su sentido del humor. Y era cierto que no habíamos vuelto a coincidir, porque me tomé muy en serio mi misión de evitar la tentación, pero eso no significaba que yo no la viera cuando venía a buscar a mi hermana.

—Yo desearía que no hubiese nadie, pero la tienda en la que mis padres consiguieron a este no aceptaban devoluciones —dijo mi hermana mientras pasaba junto a mí para ir hacia la cafetera, sacó un par de tazas limpias y

empezó a servirse—. ¿Café? —le ofreció a su amiga.

—No estoy segura de que mi estómago lo soporte, pero mi cerebro sí que lo necesita —asintió en dirección a mi hermana con una sonrisa—. Buenos días para ti también, por cierto —me respondió sin mirarme mientras se sentaba a mi lado.

Por un momento me le quedé mirando como idiota, tratando de adivinar qué le pasaba, por qué no parecía la misma Ruth de siempre. Pero yo no era bueno para adivinar, y tampoco tenía intenciones de preguntarle. Entonces noté que mi hermana me estaba mirando con curiosidad.

*«Y esa era mi señal para escapar».*

Saqué el móvil de mi bolsillo y por un momento fingí estar revisando mis mensajes, luego me tomé el resto de mi café y me levanté de la mesa.

—Bueno hermanita, tengo cosas que hacer —empecé a decir mientras me acercaba a Flor para darle un beso en la mejilla—. Yo regreso en un rato.

—Ni se te ocurra dejarme tu ropa sucia, José Ignacio —empezó a regañarme de la misma manera en que lo hacía mi abuela mientras yo salía de la cocina—. O te pones a lavar o te llevas la cesta, pero ni por un minuto pienses que yo voy a encargarme de tus calzones usados.

Me frené en el acto y me giré para que me viera la cara. Esta era mi oportunidad de salvar un poco de cara y despistar a mi hermana, que seguramente estaba haciendo esto para obtener una reacción de mi parte.

—¿Acaso te pedí que me lavaras la ropa, Florencia? —Le pregunté mientras arqueaba una ceja. Era un gesto tan propio de ella que hasta me daba risa, pero si empezaba a reírme esta discusión se iba al carajo—. No, ¿verdad? ¿Entonces qué te hace pensar que voy a dejarte mi ropa sucia? —Añadí.

Eso me ganó toda su atención. La había dejado sin palabras y eso nunca pasaba. Y cuando pasaba no duraba mucho, así que tenía que darme prisa en

exponer mi argumento.

—Me estoy largando a mi piso para que puedas responderle a tu amiga aquí presente —señalé en dirección a Ruth—, lo que te preguntó hace un rato, porque en lo personal no me interesa saber cómo demonios te fue en tu cita de ayer —fingí estar molesto mientras lo decía—. Así que, con tu permiso, yo me largo.

Esa era mi excusa. Y era muy buena.

*«Porque en realidad lo que sucedía es que no iba a soportar tenerla sentada a mi lado y comportarme como un ser humano normal».*

Sin darle tiempo a responderme salí de la cocina, aceleré el paso en la sala y no me detuve hasta que estuve en mi propio piso. Puede que incluso haya azotado una puerta, o dos. Pero al menos ya no corría el riesgo de meter la pata.

*«Muy maduro, José Ignacio. Muy maduro».*



*de dónde salió?*

*¿Y eso*

*Ruth*

—Alguien amaneció de mal humor... —murmuré sorprendida por el temperamento del hermano de Flor porque, en realidad, nunca lo había visto reaccionar así—. Hasta se parece a ti cuando tienes la regla —me burlé para aligerar el ambiente.

La exhibición de carácter de Ignacio tuvo un extraño efecto en mí, o probablemente era mi cuerpo descompuesto revelándose por la agitación. No lo sé.

—Sí, bueno... —respondió mi amiga encogiéndose de hombros—. Creo que terminó con la novia que tenía —me dijo y por alguna extraña razón eso me hizo sentir bien. Y digo extraña porque él no me interesaba. No de esa forma.

Pero eso no significaba que no pudiera sentir empatía por su situación. Yo coincidí con la ex de Ignacio en casa de Flor una vez y tenía que admitir

que esa mujer era una bruja con todo y escoba. Siempre me pregunté cómo alguien como él podría estar con alguien como ella. Era algo que no entendía, pero que respetaba.

Afortunadamente ya no estaban juntos.

*«Porque nadie merece semejante calvario».*

¿Pero quién soy yo para opinar? Mi vida amorosa no es que sea precisamente ejemplar.

—El otro día lo conseguí robando mi comida porque supuestamente olvidó hacer las compras —siguió contándome Flor evidentemente preocupada por su hermano, y eso me preocupó también a mí porque ella no es de las que hace drama sin ningún motivo—. Pasa más tiempo que de costumbre en la casa, se le olvida pagar las cuentas y termina en mi sala viendo televisión porque le han suspendido el servicio de cable, está irritable... —suspiró cansada—. No sé, Ruth. Algo raro le pasa, pero no sé cómo hablar con él.

—Eso es estúpido —sonreí para intentar calmarla—. Es tu hermano, ¿cómo no vas a saber hablar con él?

Pero ese era otro tema en el que yo no tenía moral para opinar. Mi relación con mi familia era casi tan nula como la que tenía con el sexo opuesto, así que si alguien necesitaba consejos en ese ámbito de su vida yo no era la persona indicada para darlos.

—Sí, es mi hermano, pero Ignacio es... —Flor hizo una pausa, como pensando en la palabra correcta para describirlo—. Él no va a admitir si tiene problemas, y se va a inventar una distracción para que yo deje de molestarlo, porque así es él —se quejó—. Súper Nacho, el autosuficiente.

—Y yo quejándome de que mi hermano es incapaz de madurar y tomarse las cosas con seriedad —le dije tratando de contener un suspiro. Tobías, mi hermano menor, es de ese tipo de personas que mientras su cuerpo madura

para convertirse en el de un hombre su cerebro va buscando pasajes para la tierra de Nunca Jamás<sup>[8]</sup>—. Ayer me escribió desde un número nuevo, y al parecer extravió otro teléfono —le expliqué, aunque eso no debía sorprender a Flor. Ella sabía todo sobre las habilidades de Tobi para perder sus cosas. El pobre no había perdido la cabeza porque la tenía pegada al cuerpo—. Pero si el futuro de la población masculina es pasar de fiesteros universitarios como Tobías, a oficinistas malhumorados y densos como tu hermano Ignacio, entonces estamos jodidas.

—Y tanto —mi amiga alzó su taza, simulando un brindis, y se quedó pensativa por unos momentos.

Yo le di un sorbo a mi café, considerando que, a pesar de todo, nuestros casos no eran tan graves o tristes como el de Lorena, quien tenía un montón de hermanos a los que no conocía gracias a su papá, quien se tomó muy en serio lo de “*sed fecundos y multiplicaos*”<sup>[9]</sup>. Alguien debió decirle al muy cabrón que ya hay casos de sobrepoblación en el planeta, y que ser papá no solo consiste en engendrar los hijos. También hay que criarlos y estar con ellos en los momentos importantes.

—Lorena tuvo su dosis de decepción fraternal ayer —le comenté a Flor—. Su medio hermano le canceló una cita para ir al cine. Sé que descubrir que tenía un hermano mayor no le sentó muy bien a Lore —expliqué—. Pero que él no haga ni el menor intento de conocerla y llevarse bien con ella, vamos, eso es un asco.

Flor asintió, dándome la razón y ambas nos quedamos en silencio por unos minutos. Esta conversación estaba tomando un rumbo demasiado triste, así que lo mejor sería cambiar de tema.

—¿Hace cuánto que yo no venía a tu casa, por cierto? —le pregunté—. No recordaba que tuvieras esa cafetera la última vez.

—Creo que fue cuando dejamos el apartamento que compartía con Laura

—me respondió—. ¿Dos años? ¿Quizás un poco más? —Dijo pensativa, luego se encogió de hombros—. No estoy segura. Siempre me esperas afuera porque llevamos prisa y vamos a reunirnos en otro sitio.

—Es cierto... —asentí sonriendo—. Parece que siempre vamos corriendo a todos lados —dije—. Pero al menos nosotras nos vemos con frecuencia.

—Mucha frecuencia —se burló Flor.

—Y si dejo de verte, también dejo de pagarte, así que... —fue mi turno de encogerme de hombros.

—Nunca vas a librarte de mí —me amenazó, y ambas nos reímos de eso mientras Flor preparaba algo para desayunar.

Le di un sorbo a mi taza, que ya estaba casi vacía, dándole tiempo a Flor de trastear en la cocina. Pero sentía mucha curiosidad por la llamada que me hizo, y obviamente sobre su cita con el policía. Si no iba a vivir mi propia historia de amor, y además debía conformarme a vivir vicariamente a través de mis amigas, lo menos que merecía era tener todos los detalles ¿no?

—¿Más café? —Me preguntó mi amiga, que me pilló observando fijamente la taza como si fuera a rellenarse sola, y asentí en respuesta con una sonrisa.

—Claro —le dije—. Algo me dice que necesitaré café para procesar la interesantísima historia de tu cita con el policía, tu futuro rol en una película de vaqueros y porqué me llamaste hoy, a pesar de haber dicho que estarías incomunicada por veinticuatro horas —expliqué mientras colocaba mi bolsa, mis llaves y mi móvil sobre el mesón—. Que todavía no se cumplen, por cierto.

Flor tomó un par de platos y dividió una tortilla entre las dos, colocó un par de rebanadas de pan en la tostadora, y rellenó nuestras tazas con café antes de dejarse caer en la silla con un suspiro.

—¿Así de bien estuvo? —Le pregunté tratando de contener la carcajada, pues su cara de enamorada no tenía igual. Si las destrezas amoratorias del fulano oficial eran tan asombrosas, iba a tener que considerar seriamente si continuar con mi carrera delictiva—. Es que unas nacen con estrella, y otras nacemos estrelladas —me quejé.

—Sus papás nos pillaron en el acto —soltó de repente, frustrando mis intentos de parecer seria.

No me puedes negar que la idea de que un par de adultos sean pillados por el control parental teniendo sexo es hilarante, especialmente cuando le pasa a alguien que conoces. Mis amigas siempre tenían historias graciosas relacionadas con sus aventuras sexuales, pero por alguna razón ninguna me había hecho reír tanto como esta. De hecho, hace mucho que no me reía tanto.

*«Estando sobria, quiero decir».*

—¿Vive con sus papás? —Chillé mientras sentía las lágrimas correr por mi cara.

—No, idiota —me lanzó un manotazo en el brazo intentando suprimir su propia risa—. Y me alegra que te parezca divertido... —añadió—. Si hubieses sido tú en mi lugar, también me estaría riendo.

—Si yo estuviera en tu lugar, lo habría arrastrado a un hotel y no a la casa de sus padres —le respondí sacándole la lengua—. Pero no creo que eso sea todo lo que haya pasado... —insistí—. Desembucha.

Flor empezó su relato contándome cómo se encontró con su policía en el *Deli* que queda a unas calles de nuestra oficina. Porque hizo un viaje tan largo por un par de botellas de vino es un misterio, de lo que no cabe duda es que entre esos dos hay una química tan intensa que hasta la casualidad juega a su favor. Mientras Flor hablaba, con su particular estilo, de lo impresionante que era su maromo entre las sábanas yo imaginaba qué haría en su lugar de encontrarme en una situación similar.

Pero mi imaginación no seleccionó a ningún actor famoso, deportista o modelo para ilustrar mi fantasía. No, la muy traicionera eligió al hermano de mi mejor amiga.

*«¿En serio? ¿Qué clase de broma es esta?»*

No tenía idea de dónde mi cerebro había sacado la noción de que fantasear con Ignacio era un buen plan. Tampoco iba a analizarlo mucho, pues Flor seguía hablando y yo había perdido totalmente el hilo de la conversación.

—¿Existe un premio Guinness para el hombre mejor dotado? —Dijo de repente, mientras yo tomaba un sorbo de café para calmar mis pensamientos.

Yo quería una distracción y mi amiga me la había dado. Pero la pregunta de Flor no solo logró sorprenderme, sino que además provocó que me ahogara y que el líquido caliente corriera por todas partes menos por donde debía. Es decir, por mi nariz en lugar de mi garganta.

*«Ahora pueden llamarme Ruth, la regadera humana».*

—¿Me quieres matar, o qué? —chillé mientras tomaba algunas servilletas para limpiarme.

—¡Claro que no! —se quejó ofendida—. Además, mi pregunta es perfectamente razonable —añadió.

Flor tomó mi móvil, posiblemente para hacer su búsqueda, y luego me miró con el ceño fruncido.

—Está apagado, tonta —me dijo, refiriéndose a mi teléfono y yo fruncí el ceño porque no recordaba haberlo apagado—. Y déjame decirte, si hubieses visto el tamaño de su... —dudó unos segundos—, digamos, armamento, estarías de acuerdo conmigo en que tiene futuro en la industria del cine para adultos... —se encogió de hombros—. Bueno, más futuro que en la policía, eso es seguro —aclaró—. Alguien que tiene semejante rendimiento y equipamiento se convertiría en estrella de inmediato —me explicó—. Pero todavía no estoy lista para compartir mi descubrimiento con el mundo.

Yo no aguanté más y volví a carcajearme. Mis amigas son una panda de locas, pero entre ellas Flor siempre se lleva los premios.

—¿Y te burlas? —Preguntó fingiendo estar ofendida.

—Lo siento —me disculpé sin dejar de reír—. Pero es que tú nunca haces nada a medias, Flor —le dije encogiéndome de hombros—. De celibato extremo a maratón sexual, con visita sorpresa de los padres incluida —seguí riéndome, incapaz de detenerme—. Esas cosas solo te pasan a ti.

—Es mi cruz —mi amiga suspiró dramáticamente—. ¿Qué se puede hacer?

—Estás loca —me reí, tomando mi móvil de su mano para encenderlo. Pero por más que presionaba el botón, el aparato seguía sin funcionar.

—Es posible —admitió—. Pero... ¡vamos! tiene que haber alguna clase de reconocimiento, premio, placa, trofeo... algo, cualquier cosa, para los hombres que portan semejante anaconda entre las piernas —suspiró—. Por lo menos un segmento en *National Geographic*, porque seguro hasta es una especie en peligro.

—¿Ahora es una anaconda? —pregunté entre risas.

—Sí, y él es un encantador de serpientes —suspiró con esa miradita de boba enamorada dibujada en la cara—. Te juro que hasta me asustó —sonrió con picardía—. Pensé que iba a tener que buscar un cirujano que me reconstruyera el coño cuando esa bestia terminara conmigo... pero por suerte eso ya no va a ser necesario.

«*La confianza da asco, definitivamente*».

—¿Y cómo se supone que vea a este ser humano a la cara sin reírme o acordarme de esta conversación? —Me burlé.

—Tu problema, no el mío —Flor se encogió de hombros—. ¿Tu móvil murió? Deja que busque mi cargador y lo conectamos —ofreció mi amiga antes de salir de la cocina por unos momentos.





*El universo me odia tanto, que ni los guardianes de la galaxia me podrían ayudar.*

*Ignacio*

Algunas horas después de mi maniobra de huida, después de cargar parte de mi ropa en la lavadora y jugar una partida de *Ultimate Alliance*<sup>[10]</sup>, escuché el motor de un auto frente a la casa y me asomé por la ventana para ver si era Ruth quien se iba o si alguien más llegaba. No es que tuviera por costumbre espiar a las visitas de mi hermana, ni mucho menos, pero todavía tenía la necesidad de usar su lavadora y no quería correr el riesgo de transformarme en el Capitán Idiota delante de ella.

*«Porque ese, definitivamente, es mi nombre de superhéroe. Capitán Idiota».*

Entonces veo a mi hermana salir acompañada del hombre que vino buscándola ayer y me pregunto si es posible que Ruth se haya marchado sin que yo me diera cuenta.

*«Porque además de idiota, también eres distraído Ignacio».*

Después de ver la camioneta del amigo de mi hermana alejándose de la casa camino hasta mi habitación, desconecto mi televisor y la consola de videojuegos que seguían encendidos y tomo mi móvil para enviarle un mensaje a Flor, avisándole que voy a estar usando su lavadora ahora que no hay nadie en casa, pero justo cuando me disponía a teclear mi mensaje empezaron a aparecer notificaciones en mi pantalla. Mensajes de números desconocidos.

*«Vaya novedad. Últimamente todos los número son desconocidos para mí».*

Abrí el primer mensaje y leí:

*Usted ha recibido un abono de efectivo. Para consultar su saldo actual ingrese a nuestro portal Web, a través de las opciones de banca electrónica.*

Sonreí aliviado, porque realmente necesitaba el dinero con urgencia. Una de las cosas que mi hermana no sabía, y de lo que yo me enteré cuando fue demasiado tarde, es que mi ex prácticamente había limpiado mis cuentas bancarias. Ahora mi vida se resumía en múltiples deudas y mucha rabia contenida. No había más nada que hacer, al fin y al cabo era culpa mía. Fui yo el imbécil que le compró a Valentina la historia del amor, por pensar que iba el camino correcto para superar mi enamoramiento con la mejor amiga de mi hermana y, finalmente, poner mi vida en orden. En lugar de eso lo que conseguí fue ganarme la noche más humillante de mi vida, una visita al hospital y un montón de deudas por cosas que ni siquiera iba a disfrutar. Cada vez que recibía un pago, se iba directamente a mis acreedores.

A excepción de este.

Este pago sería mi primer paso en el camino hacia la liquidez financiera.

Entonces leí el siguiente mensaje. Y tuve que revisarlo un par de veces para asegurarme de que mi cerebro no me estuviera jugando una mala pasada.

*Te estoy enviando por correo electrónico algo que puede ayudar con tu problema de amnesia tecnológica. Alberto*

¿Ayuda? ¿De Alberto? Obviamente necesitaba resolver el problema con mi teléfono, pero de todas las personas en el planeta ¿me iba a arriesgar a recibir consejos de él? ¿Otra vez?

Busqué mi computadora portátil, la encendí y esperé unos segundos a que todas las aplicaciones cargaran, entonces abrí mi navegador favorito para revisar mi correo electrónico. Efectivamente tenía un correo suyo con un par de archivos adjuntos. Un video y lo que parece ser un manual para restaurar la información de mi teléfono.

—Perfecto —sonreí ante la posibilidad de poner mis cosas en orden, y luego fruncí el ceño—. ¿Cómo es que no se me ocurrió a mí buscar estas cosas en internet?

Justo en ese momento me llegó otro mensaje de Alberto.

*Si te resulta muy complicado, yo puedo ocuparme mañana de hacerlo en la oficina.*

Le respondí de inmediato, diciéndole que intentaría hacerlo por mi cuenta, y si fallaba lo dejaría echarle un vistazo a mi móvil. No quería parecer un inútil, aunque ciertamente había muchos momentos en los que me sentía así. Además, en muchas ocasiones él mismo se había declarado inútil con la tecnología, lo que hacía que dudara todavía más de él en este tema.

Leí las instrucciones al menos cuatro veces antes de buscar el cable de

datos de mi móvil, sacar el *chip* con mi línea telefónica del aparato y conectarlo al ordenador; y leí un par de veces más mientras ejecutaba los procedimientos.

El último paso de la restauración indicaba que tomaría algo de tiempo para completarse, así que decidí buscar un viejo móvil que tenía guardado en el cajón para no estar tan desconectado del planeta y luego bajar una de mis cestas de ropa sucia a casa de Flor para ir adelantando algo de trabajo.

Aprovechando que no estaba Flor para juzgarme por asaltar su refrigerador, decidí prepararme también algo de comer, pues en algo debía invertir mi tiempo mientras las lavadoras trabajaban y mi teléfono estaba conectado al ordenador en mi piso. Fue cuando escuché el inconfundible sonido de alguien vomitando seguido de una sarta de maldiciones.

«¿Ruth?»

—¡Mierda! —Dije entre dientes mientras caminaba en dirección a la habitación de mi hermana—. ¿Flor? —Pregunté con la esperanza de que fuera mi hermana y no su amiga.

—No... —gimoteó Ruth justo cuando abría la puerta de la habitación.

—¿Ruth? —Dije su nombre cual idiota. Como si ponerlo en duda fuera de alguna manera a cambiar las cosas.

—Lo que queda de ella —volvió a gemir cuando me acerqué al baño y, efectivamente, allí estaba una versión pálida y sudorosa de la Ruth que llegó en la mañana, tirada en el piso abrazando el trono de porcelana.

Inmediatamente todos mis instintos se pusieron en marcha. Busqué una toalla limpia y la humedecí para ayudarla a limpiarse, le serví de apoyo para que se levantara del piso y empecé a guiarla hacia la habitación. Al primer tropiezo la alcé en brazos y caminé con ella hacia la cama.

—No, no, no... —protestó—. Sudé la fiebre allí, no quiero volver a la cama —me explicó—. Lo siento.

—No tienes que disculparte por estar enferma —le respondí llevándola hacia la sala—. No es culpa tuya —dije mientras la recostaba en el sofá.

—Dios, me siento horrible —gimoteó cerrando los ojos y dejando caer la cabeza hacia atrás—. Si logro descubrir qué fue lo que me cayó mal, juro que no vuelvo a comerlo jamás —prometió.

—Te llevo al hospital... —me ofrecí.

—¡No! No hace falta —protestó—. Seguro que me voy a sentir mejor después de reposar un poco —me dijo, y no había que ser detective para darse cuenta de que ni ella se creía eso.

—¿Quieres que te traiga algo, entonces? —Le pregunté por instinto. No podía verla descompuesta y quedarme indiferente—. ¿Agua? ¿Un té?

—Agua está bien —asintió, y corrí hacia la cocina para buscársela.

Apenas abrí el refrigerador localicé los ingredientes necesarios para preparar una sopa de pollo. Es lo que mi abuela suele preparar cuando Flor o yo estamos enfermos y empezamos a actuar como bebés llorones. Además, dudaba que Ruth en su estado actual pudiera comer otra cosa sin que su estómago protestara. Cuando estuve conforme con mi inspección le serví agua fresca en un vaso limpio y me apresuré a llevárselo.

Ruth tomó el agua poco a poco, lanzándome miradas cada tantos sorbos pero al mismo tiempo evitando mirarme fijamente. El silencio entre nosotros no era algo que pudiera describir como cómodo, sino más bien tenso, cargado de energía nerviosa... o tal vez solo era yo, pensando en todas las maneras en que podía arruinarlo todo.

—¿Quieres que te ponga algo en la televisión? —Ofrecí, desesperado por alejarme de la tentación pero secretamente deseando que me pidiera quedarme con ella.

«¿Acaso eres bipolar, Ignacio?»

—Lo que sea que quieras ver —respondió Ruth encogiéndose de

hombros.

Tuve que repetir sus palabras en mi mente un par de veces para que mi cerebro pudiera asimilar lo que había querido decir, y cuando finalmente la idea se asentó me di cuenta de que ni los guardianes de la galaxia podrían protegerme del odio infinito que el universo sentía por mí.

*«Esto es estar jodido, nivel Ignacio Leal».*



*El*

*amanecer de los muertos vivientes*

*Ruth*

Siempre que veía películas de época, o leía romances históricos, me preguntaba cómo sería ser atendida como esas señoritas victorianas, con personas ocupándose de cada una de mis necesidades y asegurándose que siempre estuviera bien. Algo irónico, considerando que toda mi vida me he esforzado en ser independiente y demostrarle a todo el que pueda verlo que no necesito a nadie para salir adelante. Yo no quería ser como Miss Bingley o Lady Catherine<sup>[1]</sup> que pasaban todo el día como muebles decorativos en sus lujosas casas, tampoco quería ser mi madre, que abandonó su carrera para atender una casa para luego quedarse sola cuando sus hijos se fueron a la universidad y su esposo tuvo la crisis de los cuarenta. Yo solo quería ser yo.

Eso, sin embargo, no impedía que mi imaginación visitara tierras inhóspitas de vez en cuando. Y el domingo, por primera vez, tuve la oportunidad de descubrir qué se sentía tener a alguien que no era miembro de

mi familia ocupándose de mi bienestar. Porque eso fue exactamente lo que hizo Ignacio.

Mientras más tiempo pasábamos juntos, más consciente era de lo imponente que era su presencia. Cuando lo observaba no dejaba de pensar en todas las cosas que hablé con Flor, su extraña actitud y su mal carácter, pero en ningún momento me mostró alguna de esas cosas. Por el contrario, Ignacio fue el perfecto caballero. Estuvo siempre atento a los cambios en mi estado, me alimentó y mantuvo entretenida, no se quejó cuando lo hice ver *Harry Potter y la piedra filosofal*<sup>[12]</sup> en la televisión, hizo bromas cuando las creyó necesarias y hasta me sirvió de almohada cuando el cansancio me derrotó en el sofá.

Por momentos me pregunté cómo es que la bruja de su ex lo dejó ir, pero dejar a mi mente vagar por esos rumbos era casi tan peligroso como saltar de un avión sin paracaídas o meterse a nadar con tiburones, así que aparté rápidamente ese pensamiento y me concentré en sentirme mejor.

Y, como puedes ver, eso hizo que mi domingo no fuera tan patético.

Pero ¿hoy?

*«Hoy es una historia totalmente diferente».*

Los problemas empezaron a llover y no tengo suficiente cafeína en mi cuerpo para enfrentarlos. El primero de todos es que no tengo una varita, o el talento de Hermione para los hechizos, porque de lo contrario habría encontrado un remedio para mi malestar. El segundo problema es la mirada de terror que me lanzó Ignacio al despertarse y darse cuenta de que nos habíamos quedado dormidos en el sofá, y que de alguna manera durante la noche encontramos la manera de acomodarnos uno contra el otro; yo acunada entre sus brazos, su erección contra mi trasero y sus piernas entrelazadas con las mías.

Y cuando hablo de erección no me refiero al pene tamaño lápiz de mi ex,

sino a una verdadera arma de destrucción masiva. De esas sobre las que solo lees en los libros que compra Laura, y que todas leemos y adoramos en secreto.

*«¿Qué hice yo para que el universo se burle de mí de esta manera?»*

¿Será que Ignacio tiene alguna forma extraña de elefantiasis? Es eso o es que mi racha con los penes microscópicos terminó afectando mi cerebro. Probablemente sea lo segundo, porque solo eso explicaría que repentinamente me encontrara imaginando cómo se vería Nacho sin ropa, y qué tan talentoso era el muchacho con el arma que portaba entre las piernas.

*«¡Es el hermano de tu mejor amiga, idiota!»*

—Yo... —dijimos al mismo tiempo, repentinamente conectados por la necesidad de escapar de aquel momento incómodo. O tal vez solo era yo sintiéndome culpable por mis pensamientos la que quería escapar.

Me levanté del sofá rápidamente pero con cuidado de no tocar algo peligroso, y luego él hizo lo mismo. Sin embargo la incomodidad no disminuía. Estábamos allí, parados uno frente al otro sin saber qué hacer o que decir, como si sintiéramos que algo había cambiado entre nosotros.

*«O Ignacio simplemente no quiere hablar con la pervertida que no deja de mirarle el paquete, tarada».*

—Será mejor que me prepare para ir a trabajar —dijo Ignacio rompiendo el silencio, pero no hizo ningún intento por moverse, como si esperara algún tipo de reacción de mi parte.

—Yo también debo prepararme para trabajar —asentí, imaginándome que para él no debía ser precisamente la mejor vista que se pueda pedir en la mañana, con el cabello enredado, la cara pálida y las ojeras—. Pero no sé si deba irme a mi casa, o esperar a Flor para que me acompañe —murmuré insegura, queriendo alargar el tiempo juntos pero con temor a que me rechazara. Al fin y al cabo él no tenía ningún compromiso conmigo. No éramos

amigos y la cortesía de ver por la amiga enferma de su hermana probablemente era una oferta por tiempo limitado.

«¿Por qué la tierra no me traga de una maldita vez?»

—Si quieres puedes bañarte y vestirte aquí —sugirió él—. No creo que a Flor le importe si usas algo suyo —dijo encogiéndose de hombros—. Y mientras la esperas, puedo hacerte algo para desayunar —añadió con una sonrisa tímida.

¿Te confieso algo? Me gustó esa sonrisa y la forma en que su cara empezó a sonrojarse mientras esperaba mi respuesta. Yo fui incapaz de resistirme a eso, así que asentí aceptando su plan. Luego me fui a la habitación de Flor donde podría procesar en privado lo que fuera que acabara de pasar.

Segundos después de que yo cerrara la puerta, escuché a Ignacio salir de la casa. Y como si tuviese mi estómago tuviese algún tipo de sensor de proximidad, apenas notó su ausencia se reveló en mi contra.

—Tienes que calmarte —me repetí varias veces mientras tomaba un baño—. Tienes que salir de aquí y tratar de funcionar como una persona normal —dije como si fuera uno de esos *coach* motivacionales que están de moda—. Ignacio solo está siendo amable —me recordé—. Es el hermano de tu amiga, y probablemente solo quiera asegurarse de que no mueras mientras él esté en la casa. Además... —tomé una respiración profunda—, tu trabajo no va a hacerse solo, así que concéntrate en eso y deja de estarte montando películas románticas en la cabeza.

Salí del baño sintiéndome más centrada, decidida a sacudirme cualquier pensamiento extraño hacia el hermano de mi amiga y ocuparme de mis asuntos, pero esa resolución pareció desvanecerse cuando abrí el armario de Flor y empecé a evaluar cada prenda de ropa en base a lo que Ignacio pensaría cuando me la viera puesta.

—Reacciona, imbécil —gruñí frustrada, tomando de las perchas unos

pantalones pitillo negros y una camisola azul celeste que nunca le había visto usar a Flor.

Me vestí rápidamente y luego me calcé las bailarinas que traje puestas ayer, entonces me paré frente al espejo y me dije que debía tratar de hacer algo con mi cara. Sabía que no hay suficiente maquillaje en el planeta para borrar la cara de enferma que tenía, pero al menos debía intentarlo.

Lo primero que hice fue recoger mi cabello en una coleta que fuera lo suficientemente resistente para sobrevivir al día en la oficina. Luego empezó el reto de hacerme lucir medianamente humana. Las cremas correctoras, un poco de base, polvos sueltos y rubor hicieron el truco. Evité el delineador porque en general no soy muy hábil con el lápiz en mi propia cara, y con mi pulso seguramente terminaría haciendo un zigzag en lugar de una línea recta.

Tomé mi móvil de la mesilla de noche, donde lo había dejado cargando ayer, y lo encendí. Entonces las notificaciones de las diferentes aplicaciones empezaron a aparecer. Facebook, Twitter, Instagram, Tinder...

*«¿Cuándo diablos instalé Tinder?»*

Sabía que mis amigas me habían registrado en un portal de citas, pero ya esto se estaba saliendo de control. Una cosa es que intenten intervenir en mi vida social, y la otra es que manipulen mi teléfono para forzarme a conseguir pareja. Realmente no sabía qué me disgustaba más, que tomaran la decisión por mí o que no se hubiesen tomado la molestia de decirme.

Salí de la habitación con el móvil en la mano y con el ceño fruncido, tratando de decidir qué hacer. Entonces la pantalla se iluminó con una llamada entrante y la foto de mi hermano rodando los ojos pero con un atisbo de sonrisa. Mi ceño, ya fruncido, empezó a parecerse al sombrero seleccionador de Harry Potter.

*«¿No me escribió el sábado desde un número nuevo?»*

Tomé la llamada y de inmediato Tobías empezó a recitar una lista

interminable de cosas detrás del típico *por favor, hermanita*. A veces se le olvida que no soy su madre, y que no es mi obligación sacarlo de problemas o resolverle la vida; y tampoco es que yo me niegue muy seguido a hacerle favores, así que supongo que en parte eso es culpa mía.

—Espera un minuto, Tobías —lo interrumpí antes de que empezara también a pedir sacrificios humanos o dinero—. ¿Me escribiste el sábado desde un número nuevo? —le pregunté.

—¿Número nuevo? —Preguntó él entre risas—. ¡Claro que no! ¿Por qué habría de cambiar mi número, si las chicas del campus conocen este? ¿Estás loca? —Se burló.

—Es que recibí unos mensajes, y pensé que eras tú... —empecé a decir mientras caminaba hacia la cocina para buscar un poco de agua.

—Pensé en escribirte el sábado, pero lo olvidé —me explicó—. Un grupo de compañeros vino al apartamento para resolver un trabajo de Álgebra, pero luego vinieron los muchachos del equipo de fútbol y todos terminamos en un bar que queda a un par de calles —se carcajeó—. Ayer pasé el día en modo hibernación, y hoy necesito de tus habilidades de hermana mayor y genio para ayudarme, por eso te llamé.

—¿Genio? —Ahora era mi turno de reír—. Tienes que mejorar tu repertorio de cumplidos, hermanito.

—¿Por qué? Los que uso siempre funcionan —me respondió Tobías.

—Como sea... —le quité importancia—. ¿Para cuándo es tu tarea de Álgebra? —le pregunté mientras tomaba un vaso de la encimera y lo colocaba en el mesón que está junto a la nevera.

—Mañana a primera hora, por lo que necesito resolverla hoy a como dé lugar —me explicó—. ¿Puedo pasar por tu oficina para que me ayudes?

—Está bien —acepté mientras sacaba una jarra de agua de la nevera y servía un poco en el vaso—. Pero no vayas a llevar a tu séquito —le advertí a

mi hermano—. Además, no tiene caso que traigas público para verme resolver problemas matemáticos.

—No son de matemática, tonta —me corrigió—. Son de álgebra.

—Y eso me deja claro que no has entrado a la primera clase, ¿cierto? —dije mientras devolvía la jarra de agua a la nevera y tomaba un sorbo de mi vaso.

—Soy una persona ocupada, Ruth —se defendió—. Y no puedo estar en dos lugares a la vez.

—¿El horario coincide con otra materia? —Le pregunté preocupada, al fin y al cabo fui yo quien terminó inscribiendo sus asignaturas este semestre.

*«Porque él había olvidado matricularse antes de irse a la playa con sus amigos».*

—Nada de eso —Tobías respondió entre risas—. Esa es la hora en la que la chica que me gusta va al gimnasio, y yo me dejo caer por allí para encontrarla por casualidad.

—Tienes que estar de coña... —me quejé entre dientes, poniendo el vaso de vuelta en el mesón con más fuerza de la necesaria.

¿En serio se estaba saltando clases para fingir encontrarse a alguien por casualidad? Este hermanito mío está más loco que mis amigas, y eso es bastante decir.

—Este trabajo vale por todas las clases a las que he faltado, así que básicamente me estarás salvando el trasero —añadió Tobías para defender su causa.

—¡Como siempre! —me quejé—. Pero que conste que esta es la última vez, Tobías. Es la última vez que te saltas clases para andar tonteando —le advertí.

—Pero ella es...

—Puede ser la reina de Inglaterra, Tobías, y seguiría importándome

exactamente lo mismo —lo interrumpí—. Lo que sería nada, en caso de que te lo estuvieras preguntando.

—Qué poco respeto por mis sentimientos —dijo mi hermano.

—Claro, porque faltar a clases es un gran sacrificio que haces por amor —me burlé.

—Aunque te burles, eso es exactamente lo que es —replicó mi hermano—. En fin, que ya he conseguido lo que quería y ahora tengo que irme. Nos vemos más tarde, hermanita —dijo antes de finalizar la llamada.

Tomé el último sorbo de mi vaso de agua sonriendo por el tono de indignación que usó mi hermano para defenderse poco antes de terminar la conversación, pero mi sonrisa murió abruptamente y fue reemplazada por un ceño fruncido cuando me pregunté, si no fue Tobías quien me escribió el sábado ¿entonces quién lo hizo?

*«¿Acaso fue Microman? O peor, ¿alguien de Tinder?»*

Todavía pensaba en eso cuando sentí la puerta de la casa abrirse. Y sé que mi ceño seguía fruncido segundos después cuando Ignacio entró a la cocina y se me quedó mirando con preocupación.

—¿Todo bien? —Me preguntó, pero yo no estaba segura de cómo responder a eso.

—Eso espero —me limité a decir.



*¿Qué haría Tony Stark<sup>[13]</sup> en mi lugar?*

*Ignacio*

*«Si quieres puedes bañarte y vestirte aquí».*

No dejaba de pensar en lo patético que me había escuchado al pedirle a Ruth que se quedara. Estaba seguro de que a mi hermana no le importaría que su amiga se pusiera su ropa, y que hasta me agradecería por cuidarla cuando se sentía mal. Pero yo no le pedí que se quedara para tranquilizar a Flor sino porque algo dentro de mí, una parte absurda y egoísta, se resistía a dejarla ir.

Sí, ya sé lo que estás pensando. Porque esa idea también ha estado dando vueltas en mi cabeza. Esa complicidad que compartimos ayer, esa comodidad al lado del otro, la libertad de decirnos cosas, reírnos de cosas absurdas y pasar el tiempo viendo en la televisión a un niño mago metiéndose en problemas... eso no va a repetirse.

Ni por un segundo se me ocurrió engañarme a mí mismo con la idea de que habíamos presionado un interruptor y todo cambiaría. Lo de ayer fue un

error en la *matrix*<sup>[14]</sup>, una perturbación en la fuerza<sup>[15]</sup>, y eso me dejaba con una sensación extraña en la boca del estómago. Nunca he sido particularmente inseguro, pero mis experiencias con las mujeres últimamente no eran las mejores y eso me dejaba con muchas preguntas. Y también con miedo a las posibles respuestas. Sin embargo, no podía esconderme para siempre. Eso no es algo que Tony Stark haría ¿o sí?

*«Le prometiste un desayuno a Ruth, así que ponte los pantalones y cumple».*

Pantalones que afortunadamente terminé de lavar ayer mientras Ruth dormía, me digo como si el dato fuera demasiado importante.

—Esta es exactamente la razón por la que te dejó tu última novia y por la que una mujer como Ruth no te haría caso —le dije a mi reflejo en el espejo—. Porque eres un pobre cabrón, patético y cobarde.

Un pitido proveniente de mi computadora llamó mi atención, y fue cuando recordé que todavía no había verificado la restauración o desconectado mi móvil.

—Siempre con la cabeza en las nubes —me dije en un tono aterradoramente similar al que usaba mi padre para reprenderme cuando era un niño y decía que quería ser piloto.

Me acerqué al computador y noté el mensaje de error en la pantalla, indicando que el proceso de restauración había sido interrumpido. Presioné un par de teclas para quitar cerrar la notificación y desconecté mi móvil, dándome cuenta de que ahora ni siquiera encendía.

—Esto solo mejora cada minuto —resoplé molesto.

Fue entonces cuando noté la hora y decidí que lo mejor era ponerme en movimiento. Con la suerte que tenía, lo más probable era que Ruth se aburriera de esperar y se marchara a su casa; y ni siquiera estaba seguro de que realmente estuviera bien, o solo pretendiera para que no me preocupe por

ella. Además, todavía tenía una oportunidad de resucitar mi móvil, si es que Alberto realmente tenía idea de lo que debía hacerse. De lo contrario iba a tener que conseguir un nuevo aparato.

*«Muchas cosas por hacer, y muy poco tiempo. ¿Entonces por qué sigo perdiéndolo?»*

Tomé mis llaves, una corbata limpia y el morral que suelo llevar al trabajo antes de salir de la casa, donde deposité mi agenda, mi moribundo móvil y mi computadora portátil; bajé las escaleras dos escalones por vez, y en tiempo récord atravesé la puerta de mi hermana. Dejé el morral en el sofá de la sala, y seguí la voz de Ruth, que se escuchaba fuerte y clara en la cocina.

Cuando estuve frente a ella, toda la tensión que parecía estarse acumulando entre nosotros regresó con más fuerza. Era algo vivo, como un impulso magnético que tira de mi cuerpo y me empuja hacia ella; pero también era algo peligroso y en lo que no debería pensar.

*«Porque es la mejor amiga de tu hermana, cabrón».*

Fue entonces que noté que Ruth tenía la mirada perdida y el ceño fruncido, y esas características nunca son buenas en una mujer porque solo significan una cosa. Problemas en camino.

—¿Todo bien? —Le pregunté para distraerla, y ella pareció pensar su respuesta por unos segundos.

—Eso espero —me dijo y yo asentí.

Me quité el saco y lo coloqué sobre el respaldo de una de las sillas, luego enrollé las mangas de mi camisa para trabajar en la cocina; y mientras recogía ingredientes y utensilios para preparar el desayuno, sentí la mirada de Ruth siguiendo cada uno de mis movimientos.

*«¿Acaso te gusta lo que ves?»*

—¿Alguna noticia de mi hermana? —Pregunté, en lugar de darle voz a las ideas que cruzaban mi cabeza. Eso no significaba que no pudiera sonreír al

sentir la atención que me daba, porque sí lo estaba haciendo, sino que debía ser creativo para justificar la expresión de mi rostro.

—Ninguna —me respondió—. Aunque realmente no me sorprende —admitió—. Lo que sí llegó a sorprenderme es que estuviera ayer aquí y que me llamara pidiendo auxilio.

—Esa parte no me quedó muy clara —le dije mientras encendía la hornilla y colocaba un sartén en la cocina—. Flor no es de las que pida ayuda para arreglarse para una cita.

—Y tampoco es de las que conoce a los padres de sus conquistas después de veinticuatro horas de sexo —replicó Ruth—. Pero ya lo ves... siempre hay una primera vez para todo.

—Podía vivir perfectamente ignorando lo de las veinticuatro horas de sexo, muchas gracias —me quejé mientras cortaba ingredientes y los tiraba en el sartén.

—¿Qué quieres que te diga entonces? —Me preguntó riéndose—. Ah, pues... tu hermana andaba rezando el rosario con su nueva conquista quien, por cierto, resulta ser un policía —se burló—. Con porra, esposas y todo el asunto.

—¿Policía? —Me di la vuelta para mirarla—. ¿Y cómo es que ahora a mi hermanita le interesan los agentes de la ley?

—En realidad le interesa todo lo que tenga potencial de superhéroe —dijo Ruth entre risas—. Doctores, bomberos, salvavidas... —se encogió de hombros—. Pero algo me dice que esta vez es diferente.

—¿Y de dónde lo sacó? —Pregunté—. Porque estuvo el sábado por aquí —comenté mientras añadía un par de huevos al sartén y los removía con una paleta de madera—. Y no recuerdo haberlo visto antes de eso.

—Me va a matar si te cuento —Ruth volvió a carcajearse, y el sonido hacía algo bastante curioso en mi estómago—. El viernes en la noche nos

detuvieron por llevarle serenata al Superman de Melina. Y ahora que lo pienso... —dijo pensativa—. Eso fue culpa tuya, porque tú fuiste quien nos dio la dirección.

—¿Culpa mía? —Ahora era mi turno de carcajearme—. ¿Me alcanzas un par de platos de ese armario? —Le pedí señalando hacia mi izquierda, y de inmediato ella se puso en movimiento—. Hasta donde recuerdo, solo les dije la dirección de Samuel porque iba a resultar muy gracioso que Melina se apareciera en su casa, porque no son los mejores amigos precisamente, pero yo no sabía nada de una serenata. O de que él llamara a la policía para que las arrestara.

—Esa parte es más graciosa todavía —comentó mientras ponía los platos en el mesón para que sirviera el desayuno—. Él no fue quien llamó a la policía, sino una vecina suya. Samuel fue nuestro compañero de celda. Además, su relación con Melina ya pasó la fase de la amistad —se encogió de hombros—. Puedes sentirte orgulloso por tu contribución a la creciente estadística de romances de oficina en el planeta.

—Es una suerte que no tengamos una política que prohíba ese tipo de relaciones en la oficina —le informé arqueando una ceja—. Sino iba a verme en la necesidad de despedir al menos a uno de los dos —dije mientras encendía la tostadora y sacaba un paquete de pan de la despensa.

—¡Ay, por Dios! —Chilló sorprendida—. ¡Te juro que no pensé en eso! Y yo aquí vomitando información como si no hubiese mañana.

—No tengo nada en contra del vómito de información —le dije mientras ponía dos rodajas de pan en la tostadora—. Es con el otro tipo de vómito que tengo problemas —me volteé para que viera mi mueca de asco y luego me concentré en cortar y servir el intento de tortilla que preparé.

Cuando la tostadora sonó indicando que el pan estaba listo, retiré las rodajas de pan tostado y coloqué dos más. Puse el pan en un plato para Ruth y

le hice señas para que lo llevara a la mesa. Entonces, mientras esperaba por mi propio pan, puse a andar la cafetera.

Momentos después estaba disfrutando mi desayuno junto a Ruth, riéndonos de su primera experiencia carcelaria mientras ella me hacía prometer que no le diría a Flor que ella me había contado. Pero creo que ella sabía, tan bien como yo, que ese chiste era demasiado bueno como para dejarlo pasar.

Cuando terminamos de comer Ruth tomó los platos y los puso en el fregadero, y yo eché a andar nuevamente la cafetera después de servirnos lo que quedaba en la jarra. Entonces, con nuestras tazas en la mano y mi saco colgando de un brazo, fuimos hasta la sala para esperar a Flor.

—Sabes que no tienes que acompañarme hasta que llegue tu hermana ¿no? —Me dijo de repente.

—¿Y perderme la cara de Flor cuando haga mi actuación de hermano ofendido? —Le pregunté—. No, mi dulce niña del verano<sup>[16]</sup>, eso no va a ser posible.

—¿Niña del verano? ¡Pero si yo nací en marzo! —se quejó.

—Es una frase de una serie de televisión que he estado siguiendo —le dije guiñándole un ojo.

Obviamente me reprendí por el gesto que había hecho, y por la forma tan descarada en que estaba coqueteando con ella. Pero después. Porque en ese momento estaba disfrutando demasiado como sus mejillas se coloreaban mientras escondía la mirada y tomaba un sorbo de su café para disimular como un simple guiño le había afectado.

*«¿Y qué si le afectó, imbécil? ¿Es que acaso vas a ligar con ella?»*

Ni siquiera tuve que responder a eso, porque en ese preciso instante se abrió la puerta y entró mi hermana acompañada del que ahora sabía era un oficial de policía.

—Supongo que todavía estás viva —dijo Flor con una ceja arqueada mirando a Ruth, y por alguna extraña razón yo sentí la necesidad de defenderla.

—Buenos días, hermanita —le respondí yo con una mueca que pretendía ser una sonrisa. Es una expresión que uso para molestarla y que ella dice me hace lucir como recién salido de un hospital psiquiátrico—. ¿No nos presentas? —Le preguntó señalando a su acompañante, al que de inmediato le ofrezco mi mano—. Mucho gusto, Ignacio Leal. El hermano de esta señorita —lo saludé, y sonreí internamente al ver que mi hermanita cerraba los ojos, como encomendándose a Dios para que esto no terminara en película de horror.

*«Punto para mí».*

Si alguna vez alguien te dice leyendas urbanas sobre las relaciones de hermanos tienes que saber que lo único cierto, sin lugar a dudas, es que los hermanos vivimos para molestar a nuestras hermanas pequeñas.

—¡Hola! —Ruth también vino a saludar—. Me alegra volver a verlo y que no sea en la comisaría, señor policía —ofreció con una sonrisa.

—La mato —dijo mi hermana entre dientes, pero yo alcancé a escucharla.

Y fue ahí que mi talento actoral entró en juego. Pretendiendo no saber lo que había pasado con mi hermanita y su grupo de alegres borrachas cantarinas, puse cara de sorprendido y empecé mi interrogatorio falso.

—¿Cuándo estuvieron en la comisaría, hermanita?

—Hace un par de días —se apresuró a responder el oficial—. Fueron a la comisaría en la que trabajo como testigos de un asalto —mintió para proteger a mi hermana y sus amigas. Solo por eso ya me caía bien—. Allí las conocí.

Ruth soltó una carcajada y yo tuve que luchar para no terminar haciendo lo mismo. Lo que sí hice fue arquear una ceja y quedármeles mirando como si

no estuviese conforme con su explicación.

—¿Les parece si dejamos la charla para otro día? —Dijo mi hermana para desviar la atención—. Mateo tiene que ir a trabajar, y yo también — siguió explicando mientras llevaba a su policía a empujones hasta la puerta

Allí estuvieron unos segundos dándose besos y murmurando bajito. Apenas cerró la puerta y se dio la vuelta hacia nosotros, yo solté la risa y Ruth me hizo el coro.

—Lo siento, Florecita —se disculpó Ruth sin dejar de reírse—. Ignacio me obligó.

—¿Y tú de qué te ríes, estúpido? —el chillido de protesta de Flor solo hacía que me provocara reír más fuerte.

—¡Por favor! —le respondí—. ¿Viste su cara cuando le pregunté cuando estuvieron en la comisaría? —Volví a reírme—. Por cierto, me duele que no me hayas llamado para sacarte.

—¿Ya sabías? —me preguntó indignada, y luego se volteó para mirar a Ruth con lo que pretendía ser un gesto de intimidación.

—¿Lo siento? —Fue lo que dijo Ruth encogiéndose de hombros y haciendo una mueca similar a la que hacen los niños pequeños cuando los atrapan haciendo travesuras.

—¿Y me lo preguntas? —Volvió a chillar mi hermana—. ¿Es que acaso no sabes si lo sientes o no? —dijo resoplando—. Son de lo peor, en serio. No sé cómo me relaciono con gente como ustedes —se quejó.

—Porque no te queda de otra —le dije a voz de grito mientras se iba a su habitación.

—Buenos días, Florecita —gritó también Ruth, quien seguía sonriendo. Hasta que se volteó a mirarme y vi ese brillo travieso en su mirada...

*«Y esa es mi señal para huir».*



*Ni por*

*todo el vibratio<sup>[17]</sup> del mundo*

*Ignacio*

El trayecto hasta la oficina no fue largo, pero tampoco fue tranquilo porque mi mente no dejaba de preguntarse qué significaba ese brillo en la mirada de Ruth, y qué pasaría si un día me atreviera a investigarlo. Pero esa era una idea que no iba a entretener. Que no podía entretener, y era mejor que dejara el tema de inmediato.

La sección de recursos humanos de la revista en la que trabajo es bastante aislada, pero para llegar a ella tengo que atravesar el área de redacción y ese es uno de mis deportes menos favoritos. No es que tenga preferencia por alguno, pero de tenerla estoy seguro que las carreras con obstáculos no estarían en el tope de mi lista, porque de eso es exactamente que se trata el ritual matutino para llegar a mi oficina.

Lo único positivo de pasar por aquí es tener acceso a la cafetera para recargar mi vaso térmico; algo que olvidé hacer en casa al momento de mi

huida pero que iba a remediar de inmediato.

Cuando caminé hacia el cuarto de descanso de la redacción, Samuel Mendoza iba saliendo con una taza de café en la mano y totalmente concentrado en lo que fuera que estuviera pensando. Eso no era algo extraño, sin embargo. Mendoza es el tipo menos sociable que yo tengo en nómina, pero también es un trabajador dedicado y eso supera cualquier inconveniente que pudiera tener. No es que haya recibido alguna queja formal sobre él, más allá del ocasional comentario sobre su antipatía o los gruñidos que suelta en lugar de saludos.

Después de poner a andar la cafetera, caminé hacia la puerta para apreciar por unos momentos la energía que se respiraba en este lugar. Hace unos años cuando empecé a trabajar en la revista pensé que sería algo temporal. Un paso hacia mi independencia, y un medio de conseguir lo que realmente anhelaba.

*«Volar».*

No, no quería convertirme en pájaro. Y ciertamente, tampoco era Falcon<sup>[18]</sup> ni poseía un traje como el de *Iron Man*<sup>[19]</sup> o *War Machine*<sup>[20]</sup>. Yo lo que deseaba era convertirme en piloto, solo que mis planes de tomar lecciones de vuelo se fueron posponiendo hasta que dejaron de convertirse en un plan para transformarse en una fantasía.

Cuando la cafetera pitó anunciando que estaba lista para servir el preciado líquido en mi vaso térmico, apareció Melina González en mi campo de visión y no pude evitar sonreír al recordar lo que Ruth me contó en la mañana.

*«Su relación con Melina ya pasó la fase de la amistad».*

Entonces la sala de redacción, que usualmente era caótica, ruidosa y llena de energía, se quedó en silencio. Como si hubiese pasado algo extraordinario e inusual. Y de repente todas las miradas estaban sobre

Mendoza, entonces comprendí que sí, había pasado algo fuera de lo normal para esos dos. Y ya me imaginaba exactamente a qué se refería Ruth cuando que superaron la fase amistosa.

Conteniendo la carcajada y negando con la cabeza me alejé de la puerta, recogí mi café y luego emprendí el camino hacia mi oficina. Alberto todavía no estaba, y en este punto de mi vida no sé si eso es algo bueno o algo malo, pero estaba dispuesto a disfrutar los momentos de paz que pudiera tener en este lugar. Y esos son muy pocos.

No es que tenga algo en contra de mi compañero. O tal vez sí... él es... demonios, ni siquiera sé cómo definirlo. Solo sé que desde que lo asignaron como mi adjunto en este departamento me tuve que despedir de mi privacidad, de mi espacio personal y hasta de mi dignidad, si contamos con esa vez que escribí a la revista pidiendo consejos amorosos y todo lo amoroso en mi vida se fue a la mierda.

¿Por qué tuve que hablar de eso con él?

Aunque mejor pregunta es, ¿por qué le hice caso?

«*Por idiota, obviamente*».

Y como si se tratara de alguna maldición, ese fue el momento que escogió Alberto para llegar a la oficina, y el muy cabrón tenía demasiado entusiasmo para tratarse de un lunes. Sí, como si se fumara porros de algodón de azúcar antes de venir a trabajar.

¿Saben qué? Desconfíen de la gente que sonrío al llegar al trabajo los lunes en la mañana. Si alguien me hubiese advertido de eso, me habría ahorrado uno que otro problema.

—Buenos días, *boss*<sup>[21]</sup> —me saludó, y yo le respondí con un asentimiento de cabeza—. ¿Tuviste suerte restaurando el móvil?

—Ninguna —le informé—. Ahora está peor que antes.

—¿Qué quieres decir con peor que antes? —Preguntó frunciendo el ceño

mientras dejaba sus cosas sobre su escritorio—. ¿Qué puede ser peor que perder toda tu información?

—Que el teléfono no encienda —gruñí.

—Oh, sí... —consideró por un momento—. Eso sería bastante peor que perder los datos —se encogió de hombros mientras se dejaba caer en una silla. Luego pareció caer en cuenta que, efectivamente, mi teléfono no encendía—. ¡Mierda! ¡Lo siento! Un amigo me mandó el tutorial, y me dijo que lo ha hecho varias veces. Me pareció bastante fácil, y eso que soy un negado para esas cosas —me explicó—. No pensé que fuera a empeorar las cosas. Lo siento —se disculpó.

—Pues ya ves... —le respondo—. Creo que ya me resigné a que esto sea un caso perdido —me encogí de hombros—. Lo mejor será que compre un aparato nuevo y...

—Vamos a intentar restaurarlo de nuevo —ofreció Alberto—. Puedes quedarte mi móvil mientras tanto, solo tenemos que pasar el *chip* con tu número y tu tarjeta de memoria. Si no funciona, entonces compras uno nuevo —sugirió—. No pierdes nada.

—No sé... —dudé—. Tú mismo has dicho que eres un negado para la tecnología, ¿qué te hace pensar que te irá mejor que a mí?

—Porque no seré yo quien intente revivir el aparato, sino un profesional —sonrió mi amigo—. Además, te ofrecí mi aparato porque tengo uno de repuesto, así que tampoco es que voy a quedarme incomunicado.

—Un puto *Boy Scout* pareces... —gruñí entre dientes por lo conveniente que resultaba Alberto tuviera un móvil de repuesto.

—Siempre listo —se burló haciendo un gesto que pretendía imitar un saludo militar—. O como sea. No duré más de una semana con los exploradores.

—No me imagino el motivo —resoplé con sarcasmo antes de tomar mi

vaso térmico y darle un trago largo a mi café.

—En fin, que eso no es importante... —rodó los ojos—. ¿Vas a entregarme tu móvil o qué?

—¿Tengo más alternativas? —le pregunté, aunque ya conocía la respuesta.

—No, realmente no la tienes —respondió con suficiencia.

—Ya sabes que soy tu jefe y puedo deshacerme de ti en cualquier momento ¿no? —le dije arqueando una ceja.

—Tú no harías eso —respondió sintiéndose muy seguro, y luego pareció pensárselo mejor porque compuso el gesto antes de preguntar—. ¿Verdad que no?

—Todo depende de si me sigues tocando las pelotas en lugar de ponerte a trabajar, ¿qué tal te vale eso por respuesta? —lo reté.

—No más tocadas de pelotas —repitió asintiendo—. Ni figurativas ni literales.

—¿Qué coño fue lo que dijiste?

—Nada, nada... que mejor me pongo a trabajar.

¡Este imbécil! Como si yo me fuera a dejar tocar literalmente las pelotas con él. Es que ni por todo el vibratio del mundo lo haría.

Para terminar con el tema saqué mi móvil del morral, retiré el *chip* programado con mi número telefónico y la tarjeta de memoria, y se lo entregué al idiota de Alberto quien a cambio me entregó el suyo. Luego conecté mis confiables cascos al ordenador para silenciar cualquier conversación mientras revisaba la nómina del mes y procesaba las órdenes de pago.

¿Pero saben cuál es el problema con la mala suerte? Una vez que empieza, no parece acabar jamás, y eso fue algo que pude comprobar una vez que el reproductor mostró en pantalla una canción de **Imagine Dragons** pues no lograba escuchar ni una sola nota a través de mis cascos. Mis compañeros

fieles habían fallecido en batalla.

*«Paz a sus restos».*

¿Es que acaso puede pasar algo peor?



*Tinder-Belle. O de por qué la nomofobia y las enfermedades estomacales no deben combinarse.*

*Ruth*

Tenía toda la semana con el cerebro vuelto papilla y con el estómago dando guerra, y a pesar de todo eso no había hecho ningún intento por poner remedio a mis males. Llámalo confusión, miedo o estupidez. Puede ser una de esas cosas, o las tres al mismo tiempo.

Da igual.

La cuestión es que aquí estoy, después de una semana, pensando en la extraña conexión que sentí con Ignacio aquel domingo que se quedó a cuidarme cuando estuve enferma, lidiando con mi hermano pequeño y su incapacidad para madurar, tratando de mantener las cuentas de mis clientes en orden, peleando con mi concentración para que se mantenga enfocada en el libro que estoy leyendo estos días, y sobreviviendo al malestar estomacal más épico de la historia.

Para colmo de males, no había descubierto la identidad de la persona

que me envió los mensajes. En dos ocasiones me habían escrito, y ambas veces pensé que se trataba de Tobías. Pero él mismo aclaró que no fue él quien envió los mensajes, y desde entonces he barajado diferentes hipótesis. Que alguien haya escrito por error, que sea alguien de *Tinder* intentando hacer conversación, que se trate de mi ex... y hasta ahí llegaron las alternativas, porque cada persona que conozco está registrada en mi directorio telefónico.

Además, ¿quién envía textos en lugar de usar *WhatsApp*? ¿Es que acaso estamos en la prehistoria?

Pero mi inestabilidad intestinal, por llamarla de una manera amable, había dejado el asunto en segundo plano hasta hoy que me encontré con algo de tiempo libre en mis manos. Y lo que pasaba últimamente cuando tenía tiempo es que tomaba mi móvil, entraba al buzón de mensajes y volvía a leer sus palabras.

No había nada ofensivo en los mensajes, sino cierta urgencia. Entonces sentía pena, porque aparentemente la persona que debía recibir los textos no se enteró de que la necesitaban. ¿Y si la persona estaba en problemas? ¿Y si era importante? Imaginar la historia detrás de los mensajes era algo para lo que no tenía talento así que, finalmente me decidí a dejar de imaginar para empezar a investigar.

*¿Quién eres?*

Mi texto era simple. Inquisitivo. Directo al grano porque... para qué perder el tiempo en tonterías ¿cierto?

La respuesta tardó unos pocos segundos en llegar, y así empezó una de las conversaciones más extrañas que he tenido en mi vida.

**NÚMERO DESCONODIDO:** *¿Quién es usted?*

*Yo: Yo pregunté primero.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *¿Cómo sé que no está tratando de conseguir mi información personal para estafarme?*

*Yo: Esto tiene que ser una broma.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *En lo absoluto. Yo estoy hablando muy en serio.*

*Yo: Pero tú me escribiste primero.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *No es cierto. No tengo registro de haberle escrito.*

*Yo: Debiste haber borrado los mensajes entonces, porque sí me escribiste y puedo probarlo.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Debe tratarse de un error. Le aseguro que no he enviado mensajes a este número.*

*Yo: Pues alguien ha debido usar su móvil para hacerlo.*

Los mensajes dejaron de llegar por algunos minutos y ya estaba empezando a resignarme a no recibir más textos, y por ende a no descubrir de qué se trataba todo esto. Pero entonces entró un nuevo mensaje, y otro, y otro... entonces temí estar desarrollando un vicio. Olvídense del café o del chocolate. Seguirle la corriente a un perfecto extraño puede, además de gracioso, resultar adictivo. Como en los primeros capítulos de esa novela que leí el mes pasado<sup>[22]</sup>, en la que la protagonista tiene un servicio telefónico de machos alfa y empieza a recibir mensajes de un extraño.

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Estoy a punto de cometer un homicidio, y voy a dejar evidencia por escrito de que usted es el motivo. Además de mi cómplice.*

*Yo: Pero si no nos conocemos...*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *He visto suficientes series policiales para saber que no puede usar eso en la corte como defensa.*

*Yo: Eres un cabrón, hijo de puta.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Eso es discriminación. ¿Cómo sabes que no soy mujer?*

*Yo: ¿Eres mujer?*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *No, pero no debiste asumir que soy hombre solo porque soy listo.*

*Yo: Esto es ridículo.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Te voy a decir qué es ridículo.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Que alguien haya utilizado mi móvil para enviar textos a personas desconocidas.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Pero no te preocupes. El responsable pagará.*

*Yo: Seguro fue un error.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Error fue pensar que iba a resucitar mi móvil, y que iba a salvarme de tener que comprar uno nuevo.*

*Yo: Ouch!*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Eso es lo que va a decir cuando le patee el trasero.*

*Yo: ¿Vas a ir en modo ninja para vengar tu difunto móvil?*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Estaba pensando en algo más Dwayne Johnson<sup>[23]</sup> en Venganza Letal<sup>[24]</sup>.*

*Yo: Es una mala elección de película ¿acaso la viste?*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *No, pero el título expresa perfectamente mis sentimientos.*

*Yo: ¿Qué tal Furia Salvaje<sup>[25]</sup> con Steven Seagal<sup>[26]</sup>?*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Buena elección. Un poco vieja, pero*

*buena elección.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *¿Cuántos años tienes?*

*Yo: Eso no se le pregunta a una dama.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Lo que significa que eres tan vieja como la película.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Interesante.*

*Yo: ¡Típico! ¡Un hombre juzgando a una mujer por su edad!*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Las mujeres juzgan a los hombres por el tamaño de sus penes todo el tiempo.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Y por el tamaño de sus cuentas bancarias. No olvidemos eso.*

*Yo: Eso lo dices porque tienes el pene pequeño.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *No creo que sea pequeño en absoluto. Siempre he recibido buenos comentarios.*

*Yo: Hasta no ver, no creer.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Puedo enviarte una foto para que verifiques.*

*Yo: ¡NI SE TE OCURRA!*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Ya entiendo. Eres de las que prefiere revisar la mercancía en persona. Pero eso supone un inconveniente para mí.*

*Yo: ¿Y cuál sería?*

*Yo: No es que esté interesada en revisar ninguna mercancía.*

*Yo: Bueno, tal vez alguna, pero no la tuya.*

*Yo: Porque ni siquiera nos conocemos.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Y sin embargo has estado intercambiando mensajes conmigo por casi una hora.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *No es que me queje.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *De no tener la distracción, ya habría*

*cometido un homicidio.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Creo que le perdonaré la vida, después de todo.*

*Yo: Cuanta nobleza...*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Ese soy yo. El hombre más noble del planeta.*

Leí el último mensaje con una sonrisa en los labios, y pasaron varios segundos antes de que llegara el texto que transformaría esa sonrisa en una carcajada.

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Y el que tiene el pene más grande.*

Negando con la cabeza guardé el móvil en el bolsillo de mi pantalón, y traté de concentrarme nuevamente en mi trabajo. El desconocido tenía razón en algo, habíamos intercambiado mensajes por casi una hora. Eso significaba que me había saltado la hora del almuerzo, y aunque no estaba particularmente emocionada con la idea de probar alimento tampoco podía negar el hambre que sentía.

Era tortuoso pensar en comer a sabiendas de que mi estómago no iba a tolerarlo, y que probablemente terminaría en el baño expulsándolo todo. De un modo u otro. Solo de pensar en eso sentía escalofríos.

Flor asomó la cabeza en mi oficina por enésima vez para preguntarme cómo me sentía, y por un momento me vi tentada a decirle que lo que sentía era ganas de matarla si volvía a preguntarme lo mismo. En lugar de eso me encogí de hombros como si mi malestar no fuera tal cosa y le dije que estaba bien.

Entonces intenté levantarme y fue cuando todo se fue a la mierda.

Mis piernas se tambalearon, perdí el equilibrio y caí al suelo, pero no sin antes golpearme la cabeza con mi escritorio. Pero la tragedia no acabó ahí, porque apenas aterricé mi estómago decidió tomar protagonismo expulsando comida con la que solo podía soñar. Eran litros de vómito, como si estuviera atrapada en una de esas películas *gore*.

Cuando la pesadilla parecía haber terminado, Flor se aclaró la garganta llamando mi atención.

—Tienes que ir al hospital —declaró mi amiga—. Pero antes tienes que cambiarte esa ropa.



*Tweet*

*me happy. O la paradoja del móvil nuevo.*

*Ignacio*

Usualmente soy una persona que se enfoca totalmente en sus tareas hasta completarlas. Soy cuidadoso con los detalles, porque en mi trabajo un pequeño error podría afectar el sueldo de una persona, o su carga laboral... o su puesto de trabajo, y por ende el mío.

Sin presión, ya sabes.

Sin embargo, hoy me encontré prestando más atención a mi móvil que a la pantalla del ordenador, donde revisaba varias postulaciones para puestos de trabajo en la revista. ¿La razón? Un número desconocido empezó a enviarme textos preguntándome quien era y en lugar de hacer lo que cualquier persona sensata haría, ignorar los mensajes, me puse a responderlos.

**NÚMERO DESCONODIDO:** *¿Quién eres?*

*Yo: ¿Quién es usted?*

Alberto y su amigo habían fallado en sus intentos por resucitar mi móvil, y había terminado comprando uno nuevo. Pero conservé el mismo número, ya que era el que conocían mis compañeros de trabajo, familia, amigos... ya sabes, básicamente todo el mundo. Así que mi excusa inicial fue averiguar quién escribía para incorporar el contacto a mi directorio, pero las cosas se me fueron rápidamente de las manos.

La discusión fue calentándose poco a poco, hasta que la otra persona cuestionó si mi negativa a identificarme era parte de una broma, pero no lo era. Por supuesto que no. Después de lo que pasó con mi ex quien, no conforme con terminar conmigo, vació mis cuentas bancarias y se endeudó usando mi nombre, pues... debía tener cuidado ¿no lo crees?

Entonces recordé el ícono de *Tinder* que apareció en la pantalla de inicio de mi nuevo móvil después de haberlo dejado en mi escritorio durante los cinco minutos que me tomó ir hasta el baño y regresar.

¿El responsable? ¿Quién más sino Alberto?

El cabrón de mi compañero se ha tomado como misión intervenir en mi vida privada, como si no tuviese una propia de la que ocuparse, y eso me ponía de malas.

Así fue como empecé a desahogarme con una persona desconocida, soltando amenazas hacia mi compañero y riéndome de sus respuestas. Era tan divertido que me encontré escribiendo tonterías solo para lograr una reacción.

*«Y vaya que si conseguí una».*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Eres un cabrón, hijo de puta.*

*Yo: Eso es discriminación. ¿Cómo sabes que no soy mujer?*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *¿Eres mujer?*

*Yo: No, pero no debiste asumir que soy hombre solo porque soy listo.*

## **NÚMERO DESCONOCIDO:** *Esto es ridículo.*

A este punto no solo sonreía, sino que reía a carcajadas sorprendiendo no solo a Alberto, sino a la secretaria de la dirección que se había asomado a entregar un par de carpetas.

—Es mi hermana —mentí—. Me ha pasado un video muy gracioso —expliqué encogiéndome de hombros—. Lo siento.

—No te disculpes —respondió la secretaria, Lily creo que es su nombre—. No creo que te haya escuchado reír así desde que trabajas aquí. Y hace bastante tiempo de eso.

—Pues debo darle la razón a Lily —dijo Alberto sonriendo—. Voy a tener que decirle a tu...—hizo una pausa dramática, como si dudara de mis palabras. Posiblemente fuera así—, hermana que siga enviándote videos graciosos si eso es lo que se necesita para aligerar el ambiente en la oficina.

—Cualquiera diría que soy un jefe difícil —respondí con seriedad porque ese cabrón no tenía moral alguna para criticarme—, y tú básicamente haces lo que te da la gana en esta oficina —le recordé—. Supongo que voy a tener que mostrarte lo que es un ambiente laboral hostil para que aprendas.

—Y yo me retiro a mi puesto, muchachos —se despidió Lily—. Hasta luego.

Cuando Lily salió de la oficina Alberto empezó a disculparse pero lo detuve de inmediato. Realmente no estaba interesado en lo que fuera a decir, y ya mi humor se había ido a la mierda, igual que mis niveles de tolerancia. Y algo debió intuir él, porque se mantuvo en silencio lo cual contradecía totalmente a su necesidad patológica de decir cualquier tontería que le cruzara por la cabeza.

Entonces la alerta de mensajes de mi móvil volvió a sonar, y yo volví a concentrarme en la conversación. Olvidados quedaron los perfiles que estaba

revisando, Alberto y todo lo que me rodeaba. En ese momento lo único que ocupaba mi mente eran los textos de una perfecta desconocida, que no eran más que una excusa para desconectar del mundo y pretender por un momento que era alguien más.

Al fin y al cabo ¿qué daño hacía?

En unos minutos esta persona se aburriría de responder los textos de un extraño y seguiría con su vida ¿no? Y obviamente yo haría lo mismo.

Quizás sería por esa sensación de tener una fecha de caducidad estampada en la frente que me emocionaba con cada texto que aparecía en la pantalla, y seguía escribiendo con la intención de conseguir una reacción, una respuesta.

El estar detrás del móvil me daba cierta seguridad que en la vida real no tenía. Yo no era de los que se atrevería a abordar a una mujer y empezar a hacerle bromas para ver cómo reacciona. Yo observaría primero, calibraría mis opciones, ganaría espacio poco a poco, y tomaría algo de valor líquido antes de hablarle. El anonimato, sin embargo, me da la libertad de hacer y decir cosas que normalmente no haría, y tenía la intención de aprovechar hasta el último segundo.

De qué hablamos, te preguntarás. Y la respuesta no sería fácil de explicar, pues nos dijimos todo y nada a la vez. Nos retamos, nos burlamos del otro sin conocernos, nos tocamos la moral y seguíamos enganchados en ese intercambio de palabras. En esas horas que estuvimos escribiéndonos aprendí más de su personalidad que lo que pude haber descubierto de mi ex durante todo el tiempo que estuvimos juntos.

*«Y eso era tan irónico como deprimente».*

Entonces empezamos a hablar de temas trascendentales, y la conversación tomó un rumbo aún más ridículo.

*Yo: Las mujeres juzgan a los hombres por el tamaño de sus penes todo el tiempo.*

*Yo: Y por el tamaño de sus cuentas bancarias. No olvidemos eso.*

Y supe que en dos simples mensajes había resumido el impacto de todas mis malas relaciones pasadas. Mis parejas nunca parecían estar conformes con nada de lo que decía o hacía. Siempre esperaban más. Querían más. Tomaban más de lo que estaba dispuesto a dar. Y no hablaba de mi cuerpo o de mi atención, sino de todo lo demás.

Su respuesta, en lugar de hacerme sentir como un fallo de la naturaleza, me hizo reír.

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Eso lo dices porque tienes el pene pequeño.*

Eso alargó un poco más la conversación. Mensajes retadores, sarcásticos, con cierta inocencia y absolutamente divertidos. Creo que nunca me la había pasado bien en compañía de alguien, a pesar de que no estuviésemos físicamente en el mismo lugar.

*«Excepto con Ruth».*

Pero ella es una historia diferente. Una que he idealizado con los años. Una que no es posible para mí. Una historia que me he montado en la cabeza. Una que no es real.

Al menos no es más real que esta conexión ridícula con una perfecta extraña que me incitaba a seguir escribiendo, como si fuera un adolescente ligándose una novia.

*Yo: Ya entiendo. Eres de las que prefiere revisar la mercancía en*

*persona. Pero eso supone un inconveniente para mí.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *¿Y cuál sería?*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *No es que esté interesada en revisar ninguna mercancía.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Bueno, tal vez alguna, pero no la tuya.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Porque ni siquiera nos conocemos.*

*Yo: Y sin embargo has estado intercambiando mensajes conmigo por casi una hora.*

*Yo: No es que me queje.*

*Yo: De no tener la distracción, ya habría cometido un homicidio.*

*Yo: Creo que le perdonaré la vida, después de todo.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Cuanta nobleza...*

Quando la conversación se dirigía a su inevitable final, sentí la necesidad de tener la última palabra. Quizás con la esperanza de que volviera a escribir, quién sabe...

Eso solo el tiempo lo dirá.

*Yo: Ese soy yo. El hombre más noble del planeta.*

*Yo: Y el que tiene el pene más grande.*

El resto de la tarde tuvo un ritmo frenético, caótico y accidentado, mientras me ponía al día con el trabajo que estuve posponiendo para atender los mensajes de mi desconocida. Y estaba tan concentrado en no pasar por alto ninguna información importante que ni siquiera noté cuando Alberto salió de la oficina, ni cuando las luces en los cubículos que rodeaban mi espacio privado empezaron a apagarse.

Lo que sí noté fue el tono de mensajes de mi móvil, y pensando que se

trataba de la misma persona con la que estuve escribiéndome todo el día salté a revisar.

No sé qué fue más gracioso, que me sintiera decepcionado de que no fuera ella o lo que escribió mi hermana en el mensaje.

**FLOR:** En caso de que tu cerebro de pollo haya olvidado añadir mi número a la lista de contactos, soy yo, tu hermosa y amada hermana menor. La única que tienes, ya que estamos. Necesito ayuda. ¿Puedes pasar por mi trabajo?

Antes de responder me fijé en el reloj y vi que era pasada mi hora de salida, así que en lugar de escribirle la llamé mientras recogía mis cosas y cerraba la sesión en mi ordenador. Apenas me atendió le dije que iba en camino, y terminé la llamada mientras salía de la oficina.

Poco después dejaba el edificio en mi viejo Toyota *Corolla*, el mismo que he estado conduciendo desde que salí de la universidad, y que mi Flor se niega a tocar porque dice que produce más gastos que tranquilidad.

*«Cosa que es totalmente cierta, pero que jamás admitiré en voz alta».*

Conduje hasta la oficina donde trabaja mi hermana preguntándome qué podría necesitar de mí, pues usualmente regresa a casa en taxi o transporte público. Pero también esperando no encontrarme con Ruth, con quien no había vuelto a hablar desde aquel lunes en que hice mi gran escape después de tocarle la moral a mi Flor y a su nueva conquista.

Sin embargo la confirmación de que Murphy es un cabrón llegó unos minutos después, cuando atravesaba la puerta de la oficina que mi hermana y su amiga comparten. Una muy descompuesta Ruth estaba sentada detrás del escritorio que usualmente ocupa Flor, cruzada de brazos y con todas las señales de una persona que está a punto de volver el estómago.

—Necesito que me ayudes a llevarla a un hospital —me pidió mi hermana apenas me vio.

—Yo no quiero ir —resopló Ruth—. Yo estoy bien. Esto ahorita se me pasa.

—Llevas una semana diciendo eso —le respondió Flor, y tenía que darle la razón. Porque la cara que tenía ahora, es la misma cara que tenía el domingo que se quedó en casa de mi hermana.

Negando con la cabeza rodeé el escritorio y la levanté de la silla, cargándola como a una niña pequeña, y empecé a caminar hacia la puerta.

Los chillidos y los esfuerzos para zafarse no se hicieron esperar, pero soy más grande que ella y tengo por lo menos dos veces su peso ¿creen que se lo iba a poner fácil?

Claro que no.

—Ignacio, bájame —empezó a lloriquear—. En serio, yo estoy bien. Flor es una exagerada —se quejó mientras la llevaba hacia mi carro.

—Entonces vamos para que un doctor te revise, y la exagerada de mi hermana se quede tranquila —le respondí dejándola bajarse de mis brazos, justo al lado de la puerta del pasajero de mi *Corolla*.

Ruth aceptó a regañadientes, asintiendo para mi beneficio al tiempo que se sacaba las llaves de su carro del bolsillo para tendérselas a Flor.

—Termino de cerrar la oficina y los sigo —dijo mi hermana—. ¿Me avisas a qué hospital la llevas? —me pidió y yo asentí. Y esas fueron las últimas palabras que se escucharon antes de un muy silencioso y miserable viaje a la sala de urgencias.



*Pesadilla en la calle del infierno.*

*Ruth*

Habiendo sido educada en un hogar muy católico, y habiendo escuchado mil veces que las niñas buenas son las que van al cielo, era inevitable preguntarme cómo sería el infierno. Yo no iba a engañarme a mí misma diciéndome que era buena, pero tampoco era completamente mala, eso me ponía en una especie de limbo del que poco se habla, pero ese no era el problema. Constantemente me preguntaba si las cosas eran realmente como el sacerdote de la iglesia a la que mi madre nos arrastraba cada domingo decía, un lugar de castigo y eternas lamentaciones; o si eso solo lo decían para hacer que nos portáramos bien y evadiéramos la ira de Dios.

Ahora me doy cuenta que el sacerdote se quedó corto con las descripciones. Porque si el infierno realmente existe debe ser como esto, un viaje interminable lleno de vergüenza, silencio, mareos, miedo y... sí, también estaba lleno de ganas de vomitar.

Para colmo de males era Ignacio el que me había sacado cargada de la oficina, como si fuera una niña pequeña, minutos después de que... bueno... de que volviera el estómago encima de mi ropa.

«*Mortificación. Suma eso a la lista de cosas de las que está lleno el infierno*».

—¿Lo habrá olido? —Murmuré en voz baja mientras me olfateaba en lo que pretendía ser una forma discreta.

—¿Qué dijiste? —Me preguntó, apartando su atención de la vía para centrarla en mí. Y si antes me sentía insegura, ahora estaba nerviosa.

—¡Nada! —dije rápidamente—. No dije nada.

—¿Segura? —Insistió volviendo a centrar su atención en el tráfico que, para variar, estaba peor que nunca—. Porque podría apostar que dijiste algo.

—Qué bueno que no estás apostando, entonces —respondí encogiéndome de hombros—. ¿Te importa si pongo algo de música?

—Si logras hacer funcionar el reproductor... —dijo con atisbo de sonrisa mientras se encogía de hombros—. Yo ya me di por vencido.

Y como si el reproductor quisiera defenderse de sus acusaciones, apenas presioné el botón de encendido empezaron a sonar las notas finales de una canción de Meghan Trainor que conocía muy bien de tantas veces que había bromeado con mis amigas sobre ella.

—Esto tiene que ser una broma —Ignacio resopló tratando de contener la risa—. ¿Usaste algún hechizo con ese trasto, Hermione<sup>[27]</sup>?

—Sin magia, Harry —le respondí sintiéndome un poco más relajada mientras la música cambiaba a una versión de *One Way or Another*<sup>[28]</sup> interpretada por *One Direction*<sup>[29]</sup> que siempre me hacía querer bailar.

El resto del viaje hasta el hospital fue mucho menos incómodo, pero solo un poco pues mi mente seguía jugándome trucos, queriéndome hacer ver cosas que probablemente no existían y que me hacían sentir confundida.

Mi llegada a la sala de urgencias no fue ni remotamente parecida a esas escenas de película en la que todas las enfermeras corren a atenderte, sino a esas en las que ignoran tu presencia hasta que te transformas en la niña del exorcista. Por la lluvia de vómito, no por mi capacidad para girar mi cabeza trescientos sesenta grados sin romperme el cuello. Y no era la primera vez que deseaba que fuera Flor, o alguna de mis otras amigas, quien estuviera conmigo en el hospital en lugar de Ignacio; tampoco estaba segura de que fuera a ser la última.

Mis pensamientos confusos hacia el hermano de mi amiga no se iban aclarando según mi contenido intestinal abandonaba mi cuerpo, y esas miraditas que me lanzaba no ayudaban a la causa. ¿Qué era? ¿Preocupación? ¿Lástima?

Si había algo que odiara más que sentirme enferma es que la gente me viera y dijera *“pobrecita Ruth, que no tiene a nadie que la acompañe”* o *“miren lo que se gana por escoger ser exitosa en el trabajo en lugar de formar una familia, no sean como Ruth”*. Tal vez los pensamientos de Ignacio no fueran por ahí, pero eso no evitaba que mi cerebro reprodujera la voz de mi madre, de mis tías, de las vecinas chismosas y de sus hijas diciendo qué tan patética me veía, oliendo a vómito, sudorosa y despeinada en una sala de urgencias, acompañada del hermano de mi amiga porque no tenía un novio o un esposo que se preocupara por mí, que se ocupara de mí. Y ese pensamiento, en lugar de llenarme de rabia, me causó una profunda tristeza.

¿Cuándo me había importado lo que los demás pensarán? ¿Cuándo había permitido que me afectara que me dijeran solterona, o cualquier cosa que se les ocurriera? Nunca, porque nunca me había sentido sola.

*«Porque yo no necesito un hombre para sentirme más mujer».*

Pero hoy esas afirmaciones que me repetía se sentían distintas. Huecas. Falsas. No porque quisiera esconderme detrás de alguien, sino porque a veces

hace falta una persona en quien apoyarse, que recorra el camino contigo y que te diga que está bien no tener todas las respuestas, que está bien llorar de vez en cuando porque él estará ahí para sostenerte, que está bien fallar porque de los errores aprendemos, que está bien sentirse mal porque eso no significa que seas débil sino que eres humana.

Puede que toda la vida me empeñara en repetir que yo no necesitaba el cuento de hadas para ser feliz, es posible que yo no necesite el príncipe ni el castillo... pero creo haber llegado a ese punto de mi vida en el que está bien admitir que ver maratones de *Netflix*<sup>[30]</sup> no es igual de divertido si no tienes con quien comentar las series o las películas, que ser recibida por una casa vacía dejó de sentirse liberador hace mucho tiempo, y ser la eterna ocupante de la mesa de los solteros en los eventos sociales ya no es un acto de rebeldía sino la cosa más humillante del planeta.

Pero más allá de eso está la sensación de estar perpetuamente sola.

No me malinterpreten. Siempre hay gente alrededor de mí, ya sean mis amigas, mi hermano, hasta mi madre con todo y su tendencia a criticar mis decisiones. Sin embargo durante todos estos días que me he sentido enferma no llamé a nadie. Ni a mi familia ni a mis amigas, y si Flor me había forzado a venir al hospital es porque ella me había visto convertirme en este patético desastre durante las horas de oficina, de lo contrario las cosas seguirían igual que hace una semana. Yo conduciría a mi casa, me encerraría en mi habitación y vomitaría hasta que las fuerzas del universo decidieran que había sido suficiente.

Como puedes ver, no me gusta molestar ni cargarle mis problemas a gente. Cada una de mis amigas tiene sus propias vidas, sus propios problemas de qué ocuparse; ellas están encontrando su propio rumbo, sus propias parejas y los dramas que vienen con ellas, y eso no significa que sean menos amigas o peores amigas.

*«Eso es la vida, simplemente».*

Las arcadas seguían sacudiendo violentamente mi cuerpo, y mis pensamientos fatalistas habían añadido lágrimas al paquete. Vamos, que era la definición de desastre andante. Pero en medio de mi caos emocional la calidez de la mano de Ignacio acariciando mi espalda, mientras me susurraba palabras de aliento, me mantenían a flote. Es como si supiera que necesitaba un ancla, algo a lo que aferrarme.

—Tranquila... —me decía—. Todo va a estar bien —y aunque sabía que no era cierto, pretendí creerle.

Él no tenía idea de lo patética que era mi vida, pero tampoco iba a decírselo. Así que lo dejé consolarme mientras las enfermeras corrían buscando a alguien que limpiara la sala de espera y, probablemente, a un doctor para que me revisara.

Flor llegó al hospital mientras todo eso ocurría, y a duras penas contuvo la risa al ver el caos que había provocado. Ignacio le dijo un par de veces que aquello no tenía gracia, pero hasta yo estaba empezando a ver el chiste.

—¿Crees que pueda vender todo eso como vómito de utilería para las películas? —Le pregunté a mi amiga, haciéndola reír.

—No creo que resulte... —se burló Flor—. Le falta color para tener el impacto visual apropiado.

—Ustedes están locas —se quejó Ignacio, pero le estaba costando trabajo no reírse. Se le notaba.

Cuando me hicieron pasar al cubículo del doctor, Flor insistió en entrar conmigo. La entrevista empezó como cualquier otra, repasando mis síntomas y demás, hasta que empezó a preguntar cosas de las que no estaba segura. Qué cosas había comido y bebido en qué días, si había consumido comida rápida o estado en contacto con alimentos de dudosa procedencia, entre otras cosas. No tenía idea de a qué se refería con lo de dudosa procedencia, y personalmente

esperaba que todos los restaurantes que visitaba tuvieran sus controles sanitarios al día.

Flor resultó ser útil después de todo, porque siempre comemos las mismas cosas cuando estamos en la oficina; así que cuando me atasqué con las preguntas, ella me ayudó. Media hora después, el médico de guardia daba instrucciones a las enfermeras para que me ubicaran en una de las habitaciones disponibles, tomaran algunas muestras de sangre y me colocaran una bolsa de solución porque estaba muy deshidratada.

Al salir del cubículo del doctor nos estaba esperando Ignacio. Pero esa expresión de preocupación que tenía antes, todas esas emociones que volvían plastilina mi cerebro, habían desaparecido. Era como si la persona con la que llegué al hospital, la misma que me cuidó hace unos días en casa de Flor, hubiese sido reemplazada por un robot. Y si tenía dudas al respecto, no tardaría en confirmar mi teoría.

—Me dijeron que van a ingresarla —le dijo a Flor, ignorándome completamente—. Y supongo que te vas a quedar con ella, así que no tiene caso que siga aquí.

Mi amiga pareció sorprendida por la frialdad con la que Ignacio estaba hablando, pero se recuperó rápidamente.

—Obviamente ya no es necesario que te quedes... —le respondió.

—Si necesitan algo, antes de irme...

—¿Antes de que te largues a disfrutar tu vida de soltero liberado del siglo veintiuno? Sí... —dijo Flor sonriendo—. ¿Podrías, por favor, traernos algo de ropa, unas toallas y sábanas? Eso puedes traerlo de mi casa, no hace falta que vayas a lo de Ruth a buscar todo eso —empezó a exponer su lista de peticiones, ignorándome totalmente. Para ellos es como si yo no estuviera aquí.

*«Ojalá estuviera en otro lugar».*

—También voy a necesitar que pases por la farmacia y traigas esto — Flor le tendió un papel que le había entregado el doctor—. Y si no es mucho pedir, también puedes conseguirnos algo de cenar.

—Eso no es necesario —me sentí obligada a decir—. De verdad, no hace falta que...

—¿Cómo que no es necesario? —se quejó mi amiga indignada—. A mí los nervios me dan hambre, y ahora mismo estoy muy nerviosa —explicó.

—Voy a hacer todo esto porque yo quiero, no porque tú me mandas — Dijo Ignacio, arrebatándole el papel de las manos a Flor, y luego se alejó murmurando entre dientes algo que no entendí.

—No debiste hacer eso —le dije a mi amiga.

—Claro que sí —sonrió ella—. En el fondo a él le gusta que le den órdenes.

Yo no creía que eso fuera cierto, pero no lo dije en voz alta; y en lugar de mantener la discusión centrada en Ignacio, cambié de tema. Todo apuntaba a que estaría fuera de servicio por una temporada y tendría que confiarle mi negocio a Flor, quien además de ser una de mis mejores amigas era la versión femenina de Jack Sparrow<sup>[31]</sup>, solo que en lugar de dirigir un barco trabajaba como secretaria.

Así que mientras esperábamos que las enfermeras volvieran para llevarme a donde fuera que tuvieran que llevarme, empecé a repasar junto a Flor todas las cosas que estaban pendientes. Y a medida que avanzábamos en la lista de tareas una sensación extraña se apoderó de mi estómago.

No eran ganas de vomitar esta vez.

Era miedo.

¿Y si terminaba jodiendo no solo mi vida personal sino también mi negocio?

¿Y si estoy peor de lo que el médico piensa?

¿Y si no tengo tiempo de cambiar las cosas?

Y si tuviera el tiempo ¿qué estaría realmente dispuesta a cambiar?



*Como*

*si fuera la primera vez.*

*O de cómo terminé considerando matar a mi hermana.*

*Ignacio*

La sensación de haber caído en una trampa me acompañó mientras abandonaba el hospital y caminaba hacia mi auto. Flor, de alguna manera, me había descubierto y estaba usando su recién adquirido conocimiento en mi contra. Para cuando arranqué el motor y me puse en marcha supe que no había nadie a quien culpar salvo a mí mismo.

*«¿Te sorprende?».*

La verdad es que no me sorprendía en lo absoluto. Siempre he pensado que mi hermana y sus amigas pueden oler sangre a kilómetros, y cuando estoy cerca de Ruth soy como esos personajes en *Jaws*<sup>[32]</sup>, los que mueren al principio de la cinta porque se cortaron al afeitarse o algo por el estilo. Eso no cambiaba el hecho de que estuviera considerando, por enésima vez en mi vida, matar a mi hermana y convertirme en hijo único.

El reproductor del coche, ese que tenía meses sin funcionar pero que decidió cooperar para hacer sentir mejor a Ruth, empezó a reproducir una canción que de cierta manera relataba como me sentía respecto a la amiga de mi hermana. Porque sí, había hecho todo lo posible por sacarla de mi mente, y aun así ella conseguía volverme loco con poco más que una mirada<sup>[33]</sup>.

Ya me sentía como uno de esos personajes de series juveniles que pasan la primera temporada combatiendo sus sentimientos solo para caer como ladrillos en el primer capítulo de la segunda. Yo no quería ser como esos personajes. Yo no quería morir en combate. Yo no podía darme el lujo de enamorarme de la mejor amiga de mi hermana. O siendo más honesto, lo que no podía hacer era admitir que ya estaba enamorado de ella.

*«Tengo que dejar de ver esas series para adolescentes en Netflix».*

El viaje del hospital a la farmacia más cercana fue un fracaso, y eso me llevó a la segunda, a la tercera, y a unas cuantas más hasta que completé todos los artículos en la lista que le dieron a Ruth en el hospital. Para cuando llegué a la casa que comparto con mi hermana había caído la noche, así que me apresuré armando una maleta con unas cuantas prendas de ropa que pudieran servirle tanto a Flor como a Ruth, artículos de aseo y cargadores para sus móviles.

Mientras repasaba mentalmente las cosas que mi hermana había pedido pensé en la última vez que estuve en el hospital; bueno, no esa última vez sino la anterior a esa, y recordé lo aburrido que se estaba en ese lugar, así que corrí hasta mi piso y rescaté mi libro electrónico pensando en que Ruth apreciaría algo que apartara su mente de las agujas y de la constante visita de médicos y enfermeras. Era muy probable que no dejara de escuchar burlas por parte de Flor por al menos unos veinte años, pero ya me preocuparía por eso cuando llegara el momento.

Mi última parada antes de dejar la casa fue el teléfono, pero no sin antes

tomar el menú de comida para llevar que Flor conservaba para esos días en que no le provocaba cocinar. Marqué el número, esperé que me atendieran e hice mi orden, cuando me dieron el tiempo estimado en que estaría listo el pedido me puse en marcha, primero al restaurante para recoger la comida y luego hacia el hospital, mientras Shawn Mendes cantaba en mi reproductor que no había nada que lo atara<sup>[34]</sup>.

Sin embargo, cuando llegué al estacionamiento del hospital recordé un asunto importante. Ya Ruth debía estar en su propia habitación, y al no ser familiar directo era probable que no me dijeran no me permitieran visitarla.

Saqué mi móvil para escribirle a mi hermana y me di cuenta de que tenía algunos textos sin leer. Al ver que se trataba de un número desconocido sonreí. La extraña había respondido, y eso por alguna razón me alegraba. Por un momento pensé que mis últimos mensajes habían sido demasiado.

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Y un ego tan grande como tu pene.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *No es que me conste lo del pene, ni nada por el estilo.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Yo debería dejar de hablar de tu pene ¿no?*

*Yo: No sé, a él le gusta la atención, aparentemente.*

Después de enviar el texto sonreí y cerré la conversación para abrir mi última conversación con Flor, preguntándole en qué habitación estaban ella y Ruth. No sabía si mi desconocida iba a responder, así como tampoco sabía su nombre. No es como si descubrir quién era ella fuera a cambiar mi percepción o cómo me sentía al escribirle —animado, cómodo, tranquilo—, pero no tener una forma de llamarla, además de desconocida, ya se sentía extraño. Especialmente por esa sensación creciente de que, de algún modo,

habíamos conectado. Era tonto e inesperado, pero la conexión existía.

*«Y ahí está otra vez el adolescente cursi asomando la cabeza, ¿no?»*

Mientras pensaba en lo ridículo que sonaba hablando conmigo mismo sobre conexiones inesperadas, mi hermana respondió mi mensaje dejándome saber en qué parte del hospital se encontraban.

**FLOR:** *Estamos en el tercer piso. Habitación 305.*

Pero ese no fue la única respuesta que recibí, porque apenas leí el texto empezaron a sonar notificaciones en el móvil alertando la llegada de nuevos mensajes. Así que mientras caminaba hacia el interior del hospital para entregar todas las cosas que me encargaron empecé a responder texto tras texto, desconectándome de la realidad y perdiendo totalmente la noción del tiempo.

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *No me estás ayudando.*

*Yo: ¿En qué se supone que debo ayudarte?*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *No lo sé, tal vez a dejar de avergonzarme frente a un extraño.*

*Yo: Solo hay vergüenza si al otro le molesta, y a mí no me molesta lo cómoda que te lees en tus mensajes.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Extrañamente me siento muy cómoda escribiéndote.*

*Yo: Igualmente.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *¿Podemos seguir haciéndolo...?*

*Yo: ¿Hablar de penes? Siempre que sea del mío, no veo por qué no.*

*Yo: Él es bastante territorial y no le gusta compartir la atención.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Me refería a seguir intercambiando*

*mensajes.*

*Yo: Ya lo daba por hecho ;)*

No fue hasta ese último mensaje que levanté la mirada de la pantalla y me di cuenta de que estaba frente a la sala de descanso de las enfermeras, y que por tanto había dejado atrás tanto las escaleras como el ascensor.

—¡Mierda! —murmuré entre dientes, y empecé a desandar mis pasos hasta llegar a las puertas del ascensor más cercano.

Presioné el botón de llamada y mientras esperaba me sentí tentado a volver a revisar mi móvil, que ya había sonado con una nueva notificación. Pero hice el voto de esperar hasta llegar a casa para enfrascarme de nuevo en la conversación, no sea que a mi hermana le dé por curiosear y las cosas se pongan peor. Ya tengo suficiente con sus sospechas sobre mi actitud hacia su amiga, para que encima tenga que aguantarme todos los chistes sobre las amistades de internet de los que sea capaz.

Cuando llegué a la habitación que Flor me había indicado toqué la puerta, pero nadie respondió así que abrí. Flor y Ruth estaban concentradas debatiendo teorías sobre el policía con el que mi hermana estaba saliendo y las razones por las que no respondía sus mensajes. La tentación entrar y de hacer una broma era muy grande. Solo me contuve porque Flor se notaba preocupada, y porque lo que podría ganarme era un ataque en equipo por parte de las dos mujeres que ocupaban la habitación. Así que esperé al otro lado de la puerta, espiando la conversación de mi hermana y su mejor amiga como todo un psicópata de película, como si no fuera yo un hombre adulto con una vida de la que ocuparse.

*«¿Entonces por qué no das la vuelta y te vas?»*

Era una pregunta razonable, lo sé. Pero también era una pregunta para la que no tenía respuesta.

—Un momento, mamacita —Escuché a Ruth decir—. Primero que nada, relaja esa raja ¿ok? —a duras penas contuve las ganas de reírme—. ¿No pasaron todo el fin de semana juntos? Otra vez, debo añadir —le preguntó a mi hermana, y no sé qué respuesta le estaría dando Flor pero estoy bastante seguro de que no estuvo en la casa. De lo contrario no habría podido abusar de su lavadora, otra vez.

—Seguro que el poli es fantástico —añadió—, le caíste buenísimo a los padres y pasan todo el día, todos los días, follando como si el fin del mundo estuviera cerca —le recordó, y aunque no apreciara la imagen visual, bien sabía que no era a leer la Santa Biblia que se reunía ese par precisamente—, pero él es policía, y pues, mamita, tú viste hasta qué horas trabajó el viernes que nos detuvieron. ¿Qué te hace pensar que hoy es diferente? —le preguntó

—Odio cuando sueñas tan sensata —respondió Flor, y supe que el drama del siglo estaba por empezar—. Pero es que tú no sabes la historia completa.

Ahora te estarás preguntando cómo supe eso, pero si te contara tendría que matarte. No, en serio. Es secreto.

—¿Y qué esperas para contarme entonces? —fue la respuesta de Ruth, y supe que era mi momento de huir antes de que las cosas se pusieran incómodas.

Regresé caminando hasta el ascensor, presioné el botón de llamada y esperé hasta que se abrieron las puertas. Marqué el botón correspondiente a la planta baja y al llegar me fui a la cafetería que había visto cerca de la sala de espera.

Me senté en una de las mesas, saqué mi móvil y revisé los mensajes, solo para darme cuenta que la notificación que había recibido más temprano no era de mi desconocida sino de un número de servicio promocionando algo en lo que no estaba interesado. Entonces abrí una aplicación para matar el

rato, y pedí un café para tomarlo mientras destruía bloques de caramelo y recibía halagos por lo genial que era.

*«Al menos alguien lo notaba».*

Un rato después la notificación de una llamada entrante interrumpió mi vertiginoso avance por los niveles del condenado juego al que me había enganchado, y el nombre de mi hermana aparecía en mi pantalla.

Antes de presionar para responder la llamada tomé el bolso con las cosas que traje y me puse en camino. Mientras ella me contaba algo que a duras penas entendía, pero que sin duda tenía que ver con su novio, llegué al ascensor y presioné el botón de llamada. Segundos después terminaba la llamada con ella y las puertas se abrían en el tercer piso. Prácticamente corrí hacia la habitación de Ruth, y cuando entré mi hermana estaba al borde de un ataque de ansiedad.

*«Ella siempre anda por la vida haciéndose la ruda, pero en el fondo es blandita como un malvavisco».*

—Ya estoy aquí —anuncié, como si hiciera falta—. ¿Qué pasó?

—No sé cómo decir esto sin que me odies —respondió Flor.

—El poli estaba en alguna situación peligrosa, de esas en que los polis siempre están metidos, y lo hirieron —soltó Ruth, a quien le habían conectado una bolsa de suero en un brazo y estaba sentada en la cama, en lugar de acostada y descansando—. Ahora tu hermana está al borde de un colapso, porque no sabe cómo dividirse en dos, o si la clonación humana ya está de moda.

—Mierda... —murmuré en voz baja, con la elocuencia que me caracteriza—. ¿Pero te han dicho algo? —Le pregunté a mi hermana abriendo mis brazos para recibirla—. ¿Qué dicen los médicos?

—No sé, no sé... —chilló Flor con impaciencia y el sonido su voz quedó amortiguado por mi camisa cuando pegó su cara contra mi pecho—.

Solo me dijeron que está internado en un hospital que queda en los confines de la tierra, y que su hermano está con él pero que no puede quedarse porque debe hacer algo importante en la comisaría.

—Lo siento mucho, hermanita —dije con sinceridad—. Espero que todo salga bien con él —añadí, y cuando alzó su cara para mostrarme su ceño fruncido me encogí de hombros—. Parece un buen tipo y todavía no me ha dado excusas para patearle el trasero, no me veas así.

—Anda a verlo —dijo Ruth de repente—. Llévate mi carro.

—Pero no quiero dejarte sola —volvió a chillar mi hermana, y fue cuando me di cuenta de cuál era realmente el problema. Ella quería ir a ver a su novio, pero no había nadie más que se quedara con Ruth.

—Yo puedo quedarme —me ofrecí encogiéndome de hombros, pretendiendo que no era gran cosa cuando en realidad debería estar diseñando planes de escape—. Ruth es como tu hermana, supongo que eso también la convierte en una hermana para mí —dije, y la mentira me supo tan amarga que incluso sentí ganas de vomitar.

*«Y el premio para el idiota del año es para Ignacio Leal, señoras y señores».*

Ruth le tendió sus llaves a mi hermana y Flor salió corriendo, como si le hubiesen dicho que tenía tarjetas de regalo para gastar en menos de una hora, dejándonos solos.

—Ahora vamos a ver qué fue lo que trajiste en ese bolso —se burló Ruth recordándome la lista de pedidos de mi hermana—. En un rato vienen las enfermeras para ver si ya tengo las medicinas que me pidieron, y quiero saber si todavía tengo tiempo o si debo empezar a despedirme de mis brazos.

—¿Qué? —Pregunté confundido—. Tuvieron que pincharte para ponerte eso —dije mientras señalaba la bolsa de suero que colgaba de su brazo—. Y todavía tienes tus brazos.

—La última vez que me inyectaron, me sacaron sangre y los brazos me dolieron durante varios días —explicó encogiéndose de hombros—, así que evito la experiencia siempre que puedo.

—¿Te atendió una enfermera o un vampiro? —Ahora era mi turno de reír—. No creo que nunca me haya pasado eso que dices, y hubo una época en que tenía cupos de viajero frecuente al hospital.

*«Época que coincide con la duración de mi último noviazgo, pero eso es pura coincidencia».*

—No sé, tal vez era una mujer vampiro vestida de enfermera... —sonrió y yo avancé hacia la silla que estaba cerca de su cama cargando el bolso con las cosas que traje.

Me senté y empecé a mostrarle las cosas que Flor había pedido, incluyendo sus medicinas y la comida, pero Ruth hizo cara de asco apenas vio el contenedor. Lo coloqué en la mesa que estaba junto a la cama y seguí con la exhibición del contenido del bolso, haciendo una pausa cuando llegué a mi libro electrónico.

—¿Qué es eso? —Preguntó Ruth cuando me vio titubear.

La verdad es que ahora me parecía tonto. No, eso no era cierto. El que se sentía tonto era yo, pues es posible que no le interesara la oferta, o que los libros que tenía en mi biblioteca digital le parecieran aburridos.

—No es nada... —empecé a decir—. Es solo un libro electrónico.

—¿En serio? —Chilló y cuando alcé la vista la vi sonreír por primera vez desde que llegamos aquí—. ¡Eres mi héroe!

—Todavía no sabes si los libros que están allí te gustan —le recordé mientras le tendía el aparato dentro de su funda.

—Son libros, Ignacio —me respondió arqueando una ceja, como retándome a contradecirla—. Claro que me van a gustar.

—Como tú digas —me encogí de hombros.

—Haces bien en ir aprendiendo eso, ahora que te has ofrecido a cuidarme —sonrió con picardía—. Porque las cosas siempre son como yo digo.

Esa expresión de su rostro fue la que me recordó porqué la evitaba. Porque esta mujer es peligrosa, y de alguna manera yo siempre termino corriendo hacia el peligro. Esa sonrisa suya era todo lo que se necesitaba para desconectar mi cerebro y convertirme en idiota. Un idiota enamorado de la mejor amiga de su hermana.

Jodido, lo sé. Estaba muy jodido, pero ya me había ofrecido a cubrir a Flor para cuidarla. Lo peor es que nadie me había puesto una pistola contra el pecho para obligarme; la oferta fue cosa mía, pero realmente confiaba en que mi hermana se negara o que alguien más viniera para acompañar a Ruth.

Si no hubiese tenido que regresar con el condenado bolso, podría haber inventado una excusa para negarme y seguramente otra de sus amigas se habría hecho cargo. Pero en lugar de eso mi hermana me forzó a venir, y pues, una cosa llevó a la otra.

¿Ves? Todo es culpa de mi hermana.

*«Por eso un día voy a matar a mi Flor y convertirme en hijo único. Un día».*



*Yo no soy Meg Ryan, él no es Tom Hanks, y esto no es una película.*

### *Ruth*

Algunas veces mi imaginación hace este truco de mostrarme escenas de lo que podría ser mi vida si se tratara de una comedia romántica. Libro o película, es igual, al final la historia es la misma. Ya sabes, chica inteligente encuentra chico lindo y viven felices para siempre después de uno que otro tropiezo. Incluso reproduce canciones en ciertas escenas, para hacer aún más memorables las escenas. Y este era uno de esos momentos.

Mientras una de mis mejores amigas se debatía entre quedarse conmigo o correr a los brazos de su amante que fue herido haciendo su trabajo, muy heroico el asunto, yo no dejaba de mirar a Ignacio y escuchar *Seeing Blind*<sup>[35]</sup> en mi mente.

Estúpido, ¿no?

Pero como dice aquella ley de Murphy, cuando las cosas van mal

siempre pueden ponerse peor; y para probar que eso era cierto, yo abrí mi boca y le dije a mi amiga que se marchara, pensando que quizás Ignacio también se iría y finalmente tendría tiempo a solas para procesar todas las babosadas que mi cerebro reproducía cual pantalla de cine. Solo que en lugar de irse igual que su hermana, él se quedó.

*«Y ahora estás mirándolo como si sacar cosas de un bolso fueran la actividad más fascinante del mundo».*

—¿Qué es eso? —Pregunté para hacer conversación y apartar un poco esta sensación de que en cualquier momento voy a hacer o decir algo estúpido.

Ignacio dudó un momento mientras sostenía algo parecido a una agenda en la mano. No estaba tan cerca, por lo que no podría apostar que se efectivamente se tratara de una agenda, pero era a lo que semejaba desde mi posición en la cama de hospital.

—No es nada... —empezó a responder—. Es solo un libro electrónico.

—¿En serio? —Chillé emocionada.

Una de las cosas que más disfrutaba, en esas raras ocasiones cuando el trabajo lo permitía, era perderme en las páginas de un libro. Y también era una de las pocas personas del planeta que todavía no había experimentado con libros electrónicos, así que la posibilidad de hacerlo me entusiasmaba enormemente.

—¡Eres mi héroe! —le dije sonriendo.

*«¡Qué discreta eres, Ruth!»*

—Todavía no sabes si los libros que están allí te gustan —me dijo tendiéndome el aparato dentro de una funda que semejaba un libro de verdad, con solapas de piel marrón oscura y una cremallera del mismo color.

—Son libros, Ignacio —le dije tratando de disimular un poco mi entusiasmo mientras lo tomaba—. Claro que me van a gustar.

—Como tú digas —respondió encogiéndose de hombros, y no pude

evitar sonreír.

—Haces bien en ir aprendiendo eso, ahora que te has ofrecido a cuidarme —le dije, porque al parecer mi cerebro no le pasó el memo a mi boca de que no debemos coquetear con Ignacio—. Porque las cosas siempre son como yo digo.

Él no respondió de inmediato. De hecho, no respondió en lo absoluto. Ignacio se quedó allí mirándome como si le hubiese hablado en una lengua que no podía comprender y supe que había cometido un error. Eso me hizo desear tener un control remoto, como el que usa Adam Sandler en aquella película con Kate Beckinsale<sup>[36]</sup> y del que he hablado varias veces con mis amigas, para retroceder el tiempo y borrar lo que acababa de decir.

Tal vez incluso reiniciaría la conversación, y todas nuestras interacciones desde el domingo pasado. O las del lunes, porque definitivamente esas fueron las que provocaron que todo se sintiera raro entre nosotros. Para mí, al menos, porque está claro que a él no le afecta del mismo modo, igual que en esa comedia romántica con Justin Long y Drew Barrymore<sup>[37]</sup>.

*«Y al parecer mi cerebro no puede parar de hacer analogías estúpidas con películas que realmente no son tan buenas».*

Me entretuve abriendo la cremallera de la funda, como si fuese una tarea excesivamente complicada y requiriera toda mi atención, y luego saqué el libro electrónico. Presioné el botón de encendido, pero la pantalla permaneció apagada lo que me hizo fruncir el ceño.

—¿Y esto cómo lo enciendo? —Pregunté alzando la mirada y él se levantó de la silla para asistirme.

Entonces pasó algo que solo he visto suceder en las películas, y probablemente es la razón para que esté soltando todas esas absurdas referencias. Cuando Ignacio estiró la mano para alcanzar el libro electrónico,

sus dedos conectaron con mi piel enviando un pulso eléctrico que me recorrió entera. Yo no sabía que eso pasaba en la vida real, y de saberlo hubiese preferido sentirlo con Jason Momoa<sup>[38]</sup> o alguno de los Chrises<sup>[39]</sup>, no con el hermano de mi mejor amiga.

Oye, que sí, Ignacio es atractivo, tiene una sonrisa preciosa y unos ojos tan azules que una podría perderse diez años para aparecer luego al mejor estilo Tom Hanks en El Náufrago<sup>[40]</sup>, pero nuestra relación siempre ha sido platónico y lo mejor era que se quedara de ese modo.

—Permíteme... —dijo después de unos segundos, y yo le tendí el libro electrónico. Era como si el jodido aparato tuviese un censor para detectar que no era su dueño quien lo intentaba encender, porque Ignacio hizo exactamente lo mismo que yo y a él si le funcionó—. Aquí tienes... —me regresó el aparato mientras una sonrisa tímida danzaba en sus labios.

—Gracias —asentí, volviéndome a concentrar en el aparato para evitar su mirada, mientras él regresaba a la silla.

La pantalla principal mostraba un montón de portadas de libros en miniatura, y los títulos iban desde novelas de suspenso de Michael Connelly<sup>[41]</sup> hasta libros juveniles de Rick Riordan<sup>[42]</sup>. Lo que nunca me esperé encontrar en medio de todas las opciones disponibles era una novela de Kristen Proby<sup>[43]</sup>. Y una que estaba muriendo por leer, además.

—No sabía que te gustaban las novelas románticas —dije a modo de broma mientras tocaba la portada del libro en la que la pareja compartía un momento íntimo, la promesa de un beso, con una pared de ladrillos rojos y un sofá negro como único testigo.

—¿De qué hablas? —Me preguntó con el ceño fruncido.

—¡De esto! —Giré la pantalla para que pudiera ver a qué libro me refería.

—¡La voy a matar! —Gruñó entre dientes, y ese sonido ronco y furioso reverberó en cada célula de mi cuerpo—. Ahora sí que la mato.

—¿A Flor? —Me burlé—. ¿Por qué?

—¡Porque eso no es mío! —Dijo de inmediato—. ¡De verdad! No es mío —repitió como si necesitara borrar cualquier atisbo de duda de mi mente.

—Está en tu libro electrónico, así que técnicamente sí es tuyo —me reí de su rostro escandalizado, como si hubiesen profanado un templo sagrado en lugar de descargarle una novela romántica a su libro electrónico—. Además ¿cuál es el problema en que te gusten este tipo de libros? No hay nada de qué avergonzarse.

—No es que tenga algún problema con que ese libro esté allí —se defendió—, y no es vergüenza. Yo leo lo que quiero, cuando quiero y me tiene sin cuidado lo que la gente piense —dijo con vehemencia, y yo lo admiré por no darle importancia al qué dirán. Muchos dirían que yo soy igual, cuando en realidad solo pretendo no hacer caso a lo que dicen. Ignacio, por el contrario, no parece estar actuando las veinticuatro horas del día como yo—. Pero que Flor haya comprado algo desde mi cuenta, sin decirme, sí me molesta.

—¿Estás seguro de que ha sido ella? —Pregunté para defender a mi amiga, más por hábito que porque estuviera segura de su inocencia.

—¿Quién más sino? —Replicó Ignacio enarcando una ceja como diciéndome “¿en serio?”

Me encogí de hombros a modo de respuesta y él sonrió negando con la cabeza. Ese gesto hizo que mi estómago se agitara, pero no en esa manera salvaje y despiadada que anuncia una lluvia de vómito, sino así como cuando estaba en el colegio y el chico que me gustaba se fijaba en mí.

—No sé —le devolví la sonrisa con coquetería, sabiendo que en ese infierno en el que pensaba antes alguien estaba preparando mi fiesta de bienvenida—. Quizás en el fondo sí te gustan las novelas románticas, y solo lo

niegas para salvar tu imagen.

—A mí no me hace menos hombre leer una novela romántica —me aseguró.

—Pruébalo —lo reté, consciente de que no se trataba de un intercambio amistoso o platónico. Esto era algo más, y no me atrevía a buscar en mi diccionario mental por definiciones. Y ya sé que yo no soy Meg Ryan<sup>[44]</sup>, que él no es Tom Hanks<sup>[45]</sup> y que esto no es una comedia romántica, pero Ignacio probó su punto. Y vaya que lo hizo.



*Ignacio Leal, narrador de audiolibros románticos.*

*Ignacio*

—Él regresó —empecé a leer, sintiéndome ridículo de inmediato—. Inhalo profundamente y arrastro las manos por mi cabello mientras reviso mi maquillaje —digo apenas conteniendo la risa, porque es algo que imagino a mi hermana haciendo cuando está nerviosa—. No es que utilice mucho, y ciertamente no soy tan talentosa con las brochas como mi amiga Addie... —hago una pausa y alzo la mirada para preguntarle a Ruth—. No lo entiendo... —le digo—. ¿En serio las mujeres hacen eso? Si estás nerviosa y quieres subirte el ánimo ¿cuál es el sentido de compararte con otras y decirte que son más bonitas, o tienen más talento, o son más delgadas...? ¿Qué bien te hace eso? —Negué con la cabeza—. Realmente no lo comprendo.

—Lo que yo no entiendo es por qué has dejado de leer —dijo Ruth entre risas—. Para responder tu primera pregunta, sí, es algo que hacemos con más frecuencia de la que deberíamos —admitió encogiéndose de hombros—. Y no

tiene que tener sentido para ser cierto, es algo que pasa y ya.

—Pero esta chica... —insistí—. Obviamente el regreso de este tipo la afecta, y él es importante para ella —expliqué—. Voy a arriesgarme y decir que le gusta, o que está enamorada de él, y en lugar de animarse e ir por lo que quiere, ¿se compara con otras mujeres? ¿En serio?

—¿Todo eso lo deduces por esa primera línea? —Me preguntó Ruth con el ceño fruncido.

—La sinopsis y la portada me dieron una idea, pero sí... —me encogí de hombros—. Básicamente esa primera línea lo deja ver.

—¿Y por qué no sigues leyendo en lugar de hacer teorías sobre la trama? —Ruth enarcó una ceja y sonrió de medio lado—. Digo, porque es mejor enterarse de lo que sucede en lugar de imaginárselo.

—Está bien, sigo leyendo —suspiré con resignación—. Cami pasa una cantidad indecente de tiempo frente al espejo repitiéndose que debe dejar de ser tan tonta, que solo va a saludarlo, pero en realidad solo está preguntándose si se puso ropa interior a juego en caso de que terminen teniendo sexo —dije, resumiendo en lugar de leer lo que veía en las páginas del libro.

—¡Eso no es lo que dice! —Se quejó Ruth.

—Oh, pero sí lo dice —ahora era mi turno de sonreír—. Y si no me crees vas a tener que esperar hasta que termine para comprobarlo, porque me pediste... no, me retaste —me corregí— a que leyera, y eso justo es lo que voy a hacer.

—Estás loco, Ignacio Leal —me dijo sin molestarse en ocultar su carcajada y mi sonrisa se hizo aún más grande—. Pero sigue leyendo, que ya me dio curiosidad de saber qué pasa.

—A mí también me dio curiosidad —admití encogiéndome de hombros—. Sigo leyendo, entonces —le dije—. Landon es el hermano mayor de su mejor amiga...

—¿De cuál de ellas? —Me interrumpió Ruth—. Yo leí el libro anterior de la serie, pero no recuerdo cuál de las chicas tenía un hermano.

—Es el hermano de Mía —le respondí después de confirmar la información en la página del libro—. Ellos crecieron juntos y pues, esta chica, Cami ha estado enamorada de él toda la vida... —ahora era yo quien interrumpía la lectura murmurando entre dientes—. ¡Lo sabía! —Dije negando con la cabeza—. Ajá... a este tío lo enviaron a casa después de servir un par de años en el ejército como piloto, y tener un accidente meses atrás. Cuando Cami deja de prolongar lo inevitable y finalmente va a la casa de Landon, y el tío abre la puerta semidesnudo y con el pelo revuelto... —gruñí—. Porque al parecer los protagonistas viven en un clima tropical y a las personas que leen estos libros no les importa la imagen visual —señalé.

—¿Cómo sabes que está semidesnudo? —Ruth se carcajeó.

—Porque lo menciona cinco veces, mientras habla del bronceado de su piel y lo definido de su abdomen —me quejé.

—Te estás saltando todas las partes buenas, entonces —respondió—. ¿Qué clase de narrador de audiolibros eres, si dejas fuera lo mejor? —se volvió a carcajear.

—Yo no soy narrador de audiolibros —me defendí—. Y si estoy leyendo esto, que ya me imagino cómo va a terminar, es porque me retaste a hacerlo —le recordé.

En ese momento sonaron dos golpes en la puerta antes de que una enfermera cargando una pequeña bandeja metálica se acercara hacia nosotros.

—Buenas noches —saludó con una sonrisa amable, y no se me pasó por alto el cambio en la postura de Ruth—. Vengo a revisar cómo sigue esta señorita —nos dijo mientras colocaba su bandeja en una pequeña mesa que estaba junto a la cama—. También voy a administrarle un protector gástrico —señaló la inyectora en la bandeja—, para ayudarle un poco a soportar la

medicina que el doctor le prescribió. En unos minutos van a traerle la cena, que van a ser alimentos blandos para que su estómago no los rechace, y en la mañana le tomaremos muestras de sangre y heces.

Ruth asintió y la enfermera procedió a tomar la jeringa, e hincarle la aguja en una especie de tapa de goma entre el gotero que administraba la dosis de suero y la manguera conectada a su brazo. Ella se relajó al ver que no iba a recibir el pinchazo directamente, y la enfermera sonrió al notarlo.

—¿Siguen las náuseas? —Le preguntó mientras el líquido salía de la jeringa y Ruth negó con la cabeza.

—No, ya me siento mejor —dijo al darse cuenta de que la enfermera no la estaba mirando—. No es que quede nada mucho en mi estómago para vomitar, de todas formas.

—¿Dolor abdominal o muscular? —La enfermera continuó con su interrogatorio.

—No, nada de eso —respondió Ruth.

—Bien... —dijo al retirarle la aguja a la jeringa y lanzarla en la papelera—. Eso es todo por ahora —indicó—. Si empieza a sentir dolor muscular o rigidez en las articulaciones, si hay fiebre o las náuseas persisten, use el teléfono para llamar a la estación de enfermeras marcando el número uno —nos explicó—. Le sugiero que descanse —le dijo a Ruth—, trate de dormir un poco después de cenar, y no se obligue a comer en exceso. Tome los alimentos poco a poco, y si necesitan algo no duden en avisar —añadió antes de despedirse.

Cuando nos quedamos solos otra vez permanecemos en silencio por unos segundos. Ruth parecía estar concentrada en sus pensamientos, y yo tenía muchas preguntas. Supongo que si no me atrevía a hacerlas no iba a descubrir las respuestas, pero no tenía claro si eran bienvenidas o no. Así que me arriesgué.

—¿Realmente te sientes mejor, o eso solo era para evitar el ataque de la enfermera vampiro? —quise saber.

—Tengo tantos días sintiéndome mal, que ya no tengo ni puñetera idea de qué es sentirse bien —admitió encogiéndose de hombros—. Pero en este momento no tengo náuseas, y parece que mi estómago me odia menos que esta mañana, así que... para responder a tu pregunta, realmente me siento mejor —sonrió—. Librarme del ataque de la enfermera vampiro solo es un incentivo extra.

—¿Suficientemente bien como para saltarte la dieta hospitalaria y comerte la cena de Flor? —me burlé.

—No exageremos —Ruth levantó las manos poniendo las palmas al frente, como un escudo—. He dicho que me sentía bien, no que ame el peligro y tenga ganas de tentar mi suerte.

—Más para mí, entonces —me encogí de hombros haciéndola reír.

—Puedes seguir leyendo mientras llegan con mi cena —sugirió ella todavía sonriendo. Yo asentí tomando el libro electrónico y recorriendo rápidamente la última página leída para recordar dónde había quedado. Luego empecé a leer cada frase tal como la autora la había escrito. Palabra a palabra nos adentramos en una historia que, al menos para mí, golpeaba muy de cerca y con la que rápidamente me sentí identificado.

No voy a decir que soy uno de esos idiotas que se cree demasiado hombre para leer una novela romántica. Al contrario. Soy tan hombre que no tengo problemas en admitir cuando leo una. Mi problema con el romance es que es un tema que me supera. El amor, las relaciones, superar los obstáculos y conseguir el final feliz... eso es algo en lo que dejé de creer. Cada vez que trataba de probarme a mí mismo que estaba equivocado sobre el asunto, el universo volvía a darme una lección. Incluso hacía bromas pesadas, porque esto de estar enamorado de Ruth no era más que una vil broma del universo.

Porqué, sino, hacerme desear algo que no puedo tener; alguien que no es para mí.

*«Eso es lo que me ha llevado a pensar que si Dios existe es un cabrón con un sentido del humor muy retorcido».*

Landon y Cami, los personajes del libro que leía, eran un poco como Ruth y como yo. Pero había diferencias en nuestras historias. Para empezar, Cami sí estaba enamorada de Landon mientras que Ruth solo me veía como el molesto hermano mayor de su amiga, al que le tocó soportar como enfermero no una, sino dos veces. Luego estaba Landon, quien disimulaba su atracción actuando como un idiota.

*«En esa parte éramos iguales, ya sé».*

Él tenía razones para ser así, la verdad sea dicha. Más allá de esa ley no escrita de mantenerte lejos de las amigas de tus hermanas, el hombre tuvo que vivir algún episodio traumático mientras prestó servicio y apenas estaba adaptándose a su nueva vida. Eso me hizo pensar en cuál sería mi excusa para actuar como tarado con Ruth, y ¿sabes qué? No encontré ninguna que pudiera decir en voz alta sin parecer más idiota.

Otra de las diferencias entre este tío y yo es que, aunque a veces actuaba como él, todavía no practicaba el nudismo cuando Ruth estaba cerca. Y no tengo planeado hacerlo en un futuro cercano.

Mi concentración estaba dividida entre la historia que se desarrollaba frente a mis ojos, y que debía narrar para Ruth, y la que se desarrollaba en mi cerebro. Palabra a palabra, párrafo a párrafo veía cómo Cami y Landon encontraban su camino hacia el otro, mientras que yo sentía que el mío se separaba cada vez más del de Ruth, porque ¿y si lo intentara, pero las cosas fracasaran? ¿Cómo podría tenerla alrededor sin hacer algo estúpido o decir algo inapropiado? ¿Y mi hermana? ¿Cómo podría ponerla en medio del lío? Y eso solo considerando que ella sintiera lo mismo que yo, y que me diera una

oportunidad, porque de lo contrario solo haría las cosas incómodas. Más incómodas, quiero decir.

Pero es de mí de quien hablamos, y como mi ex novia sabiamente dijo una vez ¿a quién demonios va interesarle alguien como yo?

Para cuando la camarera del hospital llegó con el carrito de la comida, Ruth ya estaba dormida, removiéndose inquieta cada vez que me detenía por lo que yo no dejaba de leer. Hasta que llegué al final de la historia, una como la que yo jamás viviría, y apagué mi libro electrónico, lo guardé en el bolso y me acerqué para darle un beso de buenas noches a Ruth.

Tal y como hice una semana atrás, cuando se quedó dormida junto a mí en el sofá viendo a Harry Potter y sus amigos buscando la piedra filosofal en televisión, y como imaginaba tantas veces que podría suceder si viviéramos en un universo alterno en el que ella no fuera la mejor amiga de mi hermana y yo no fuera un estúpido cobarde.

Sí, ya sé lo que estás pensando. Pero un cobarde solo hace sus movimientos cuando la otra parte está inconsciente y no puede recordarlo, de lo contrario no sería un cobarde sino un suicida.



*El gran escape. O de esa vez en la que pedí refuerzos para dejar el hospital.*

*Ruth*

Despertar después de uno de los sueños más locos de tu vida y encontrarte sola en la habitación de un hospital puede hacerte cuestionar muchas cosas. Yo, por ejemplo, me preguntaba qué clase de medicina me habían inyectado, porque ese sueño fue bastante vívido e intenso. También temía que, por casualidad, hubiese hablado dormida y esa fuera la razón de que Ignacio copiara un truco de Criss Angel<sup>[46]</sup> y desapareciera antes de que despertara sin dejar otra evidencia de su presencia en la habitación más que su libro electrónico.

*«Lo cual tendría sentido, dado que en tu sueño le hablabas como actriz porno mientras follaban como conejos».*

Pequeños retazos de mi sueño iban y venían durante la mañana, mientras una enfermera me tomaba sacaba sangre y me ordenaba, al mejor estilo militar, que vaciara mi estómago por la compuerta sur para que ella pudiera llevar una

muestra al laboratorio.

¿Quién demonios piensa en sexo mientras está sentado en el trono de porcelana?

Yo, claro está. Esa es la respuesta.

Pero allí no se terminaba mi vergüenza, porque esas mismas escenas seguían persiguiéndome más tarde cuando Melina me escribía para reclamar que no le hubiese avisado sobre mis vacaciones forzosas en lujoso complejo vacacional donde me encontraba, nótese el sarcasmo; ni mucho menos cuando recibí la llamada de Flor avisándome que Ignacio se tuvo que ir a su trabajo temprano, pero que estaba planeando regresar al hospital cuando saliera de su oficina al final de la tarde.

Esa parte de la conversación con Flor tuvo un efecto curioso, porque ¿quería que Ignacio regresara? Sí, y a la vez no, y no sabía cómo explicar eso a mi amiga. Mis interacciones con su hermano estaban empezando a afectar mi cerebro y eso no me gustaba ni un poco. Eso hacía que la balanza se inclinara hacia la parte de no volver a ver a Ignacio. Al menos no en una situación en la que él deba ocuparse de mí y en la que yo parezca más una inútil que la mujer autosuficiente que me he esforzado en ser.

Eso traía mi siguiente problema ¿Cómo decirle eso a Flor?

Fácil. De ninguna forma. Bajo ningún concepto o circunstancia.

¿Y cómo escapaba de la situación? Usando uno de los trucos que Flor solía poner en práctica en la universidad para saltarse clases.

«*Mintiendo*».

—Dile a Ignacio que no hace falta que venga —le dije a mi amiga—. El doctor me ha revisado, y ha dicho que puedo irme a casa. Debo guardar reposo, pero no es necesario que me quede en el hospital.

—Me alegra saber que ya puedes irte a casa —me respondió—. Y si soy sincera, también me alivia que no necesites a Ignacio esta noche, porque me

vendría bien un poco de compañía —añadió luego, y no me pasó por alto su tono cansado.

Pero yo tenía una misión, y debía usar todas las técnicas que había aprendido durante mi larga amistad con la persona que patentó el procedimiento. Y lo que seguía a una gran mentira era una efectiva maniobra de distracción.

—¿Qué dicen los médicos sobre tu súper policía? —pregunté, no solo para cumplir los pasos de mi plan, sino porque además estaba preocupada por él y por Flor.

«*Ganar, ganar ¿cierto? Saco información y desvío su atención a otro tema*».

Estaba claro que el tipo de conexión que Flor y Mateo tenían era difícil de encontrar, y por primera vez en mucho tiempo mi amiga no esconde sus emociones yéndose de fiesta o emborrachándose.

Sí, Flor Sparrow<sup>[47]</sup> ahora llega sobria y sin resaca al trabajo, y quiero pensar que es por la influencia de este agente de la ley.

No voy a decir que es de esas historias de película, con final feliz y todo el rollo. No todavía, al menos, aunque Dios sabe que buena falta nos hacía todas vivir una de esas historias. Pero el trabajo de Mateo es difícil, Flor está experimentando qué tan peligroso puede ser, y su relación estaba apenas empezando. Sería muy injusto que terminara tan abruptamente.

—Mateo había perdido mucha sangre cuando lo ingresaron —suspiró mi amiga en el teléfono—. Le hicieron una transfusión de sangre anoche, y hoy los médicos se muestran optimistas sobre su estado —me explicó—. Solo nos queda esperar a que despierte.

—Y en cualquier momento lo hará —dije para animarla—. Solo hay que darle un poco de tiempo.

—Sí, sí... —respondió—. Pero no es fácil ¿sabes? ¿Esperar sin hacer

nada? —La escuché reír pero no había nada de humor en esa risa—. Es estúpido, lo sé, pero me siento inútil.

—No digas eso... —traté de consolarla—. No eres ninguna inútil —le recordé—. De hecho, eres bastante eficiente cuando te lo propones. Pero vamos, a menos que tengas un título en medicina que hayas mantenido en secreto es poco lo que puedes hacer, igual que el resto de nosotros —dije en broma—. Ten paciencia, y ánimo.

—No creo que hubiese sobrevivido a la escuela de medicina —admitió, y su tono de voz se escuchaba un poco más relajado que unos segundos atrás.

—O que la escuela hubiese sobrevivido a ti —me encogí de hombros, aunque Flor no podía verme—. Pero supongo que eso es algo que nunca sabremos.

—Estúpida —dijo entre risas.

—Socia —sonreí—. Ahora te dejo. Tengo que arreglar mis cosas para largarme de aquí —volví a mentirle.

—Bien, bien... —respondió Flor—. Avísame cuando estés en tu casa y si hay alguna cosa que pueda hacer por ti.

—No te preocupes por mí —insistí—. Alguna de las muchachas va a venir a buscarme, y esta misma noche estaré durmiendo en mi cama como si no hubiese pasado nada —le dije, aunque no estaba segura de que eso fuera a suceder.

*«Que una amiga viniera, quiero decir. Aunque no tenía problemas con conseguir un taxi cuando escapara del hospital».*

Sí, esa era la otra parte de mi plan. Escapar del hospital. Porque aunque había mentido sobre mi alta, no bromeaba sobre ir a casa. Mientras hablaba con mi amiga por teléfono la decisión tomó raíces y la idea se fue haciendo cada vez más clara en mi mente, aunque todavía debía pensar en la logística de mi maniobra de escape.

Tras asegurarle un par de veces más a Flor que todo estaría bien me despedí de ella y puse mi móvil en la mesilla de noche. Luego cerré los ojos por unos segundos, repitiéndome a mí misma que hacía todo esto por mi propio bien.

Después de esos extraños sueños con Ignacio, lo mejor era poner distancia; y depender de sus cuidados mientras estaba tirada en una cama de hospital no era precisamente lo que el médico recomendaría.

Una enfermera entró a la habitación sin tocar la puerta, algo a lo que estaba empezando a acostumbrarme, para preguntarme como me sentía y lo tomé como una señal para poner mi plan en marcha. Decir que me sentía bien no era una total mentira. No había vuelto a vomitar, ni a sentir ganas de hacerlo; pero el miedo a comer con normalidad seguía porque ¿y si volvía a suceder? Pero ese sería un puente que cruzaría cuando llegara el momento.

—En un rato tendremos listos tus resultados y el doctor vendrá a verte apenas los tenga —dijo la enfermera después de tomar apuntes en su carpeta.

—¿Cree que pueda irme hoy a mi casa? —Me aventuré a preguntar.

—Todo depende de lo que digan tus resultados —respondió ella—. Si el doctor dice que todo está bien, no veo por qué no puedas hacerlo —después de decir eso la enfermera salió de mi habitación, dejando la puerta abierta porque ¿quién demonios necesita privacidad en un hospital?

Esperé unos segundos y luego me levanté de la cama. Ya me habían quitado del brazo la aguja por la que me estuvieron pasando suero toda la noche, así que no tenía el riesgo añadido de sacarme sangre por accidente. Entonces caminé hacia la puerta, cerré sin hacer ruido y prácticamente corrí de regreso hacia la cama, tomando en el camino mi móvil para llamar a Lorena y Cecilia, quienes me parecían las opciones perfectas para colaborar en mi plan. Ambas tenían una agenda que podía acomodar lo que tenía en mente, y es que finalmente todas esas maratones de *La gran estafa*<sup>[48]</sup> que Laura nos ha hecho

ver se pondrían a prueba.

*«Y más vale que dieran fruto».*

Está bien. Ya sé que el personaje interpretado por George Clooney pretendía robar tres casinos, no escapar de un hospital. También sé que Lore y Ceci no se parecen a Brad Pitt o a Matt Damon. Ellos son más guapos. Pero al final la historia era la misma: una idea loca, con pocas probabilidades de éxito, y por la que podríamos terminar metidas en problemas. ¿Lo ves? Calidad cinematográfica.

*«Si mi vida es llevada al cine alguna vez, que me pongan un protagonista tan guapo como Michael Collins<sup>[49]</sup>. Con eso me quedo tranquila».*

El primer número que marqué fue el de Cecilia, quien respondió al segundo repique. Después de ponerla al día con mi situación, y con eso me refiero solo a mi estadía en el hospital no a mis sueños eróticos con el hermano de Flor, le dije que necesitaba su ayuda para volver a casa.

—Acabo de terminar una reunión con un cliente, y tengo el resto del día libre —me dijo—. Dime exactamente en qué hospital estás, y salgo inmediatamente para allá.

Le respondí y rápidamente me animé. Puede que a mi amiga, la planeadora estrella de bodas, no le guste del todo mi idea cuando la escuche, pero al menos sabrá lo mucho que valoro su talento para organizar eventos y que por eso pedí su ayuda.

La llamada a Lorena fue lo que hice apenas colgué con Cecilia, y me sorprendió que se ofreciera a venir sin antes dejarme explicarle lo que había pasado.

—Un hospital, una iglesia, un supermercado... —respondió cuando le dije que necesitaba que viniera—. A cualquier sitio me voy con tal de no estar en mi casa en este momento —declaró con solemnidad.

—¿Estás bien? —Pregunté preocupada.

—Físicamente, sí —me dijo después de un rato—. Estoy bien. Supongo que a mi mente le tomará un poco más ponerse a tono con el resto de mi cuerpo.

—No entiendo —admití con honestidad.

—Te explico en un rato cuando nos veamos —prometió, y con esas palabras nos despedimos.

Mi plan de fuga se había puesto en marcha. Mis refuerzos venían en camino. Ahora solo faltaba convencerlas de ayudarme a dejar este lugar, y mis lujuriosos sueños con Ignacio, atrás.



*me ves. Ahora no me ves.*

*Ahora*

*Ruth*

Mientras esperaba a que mis amigas llegaran para ayudarme con mi plan, cogí el libro electrónico de Ignacio y lo encendí, deteniéndome en las últimas líneas del libro que estaba abierto, y que Ignacio había leído para mí.

*«Estuve esperando trece años por este momento, y no pude haber imaginado que fuera algo mejor que esto. Aquí y ahora».*

Cerré los ojos unos segundos y sonreí recordando la cadencia de su voz mientras narraba cada línea de la historia, especialmente esas últimas palabras, entonces recordé haberlas escuchado también en mi sueño mientras él tomaba mi rostro en sus manos para que no dejara de mirarlo a los ojos mientras me penetraba lenta y profundamente. Entonces me reprendí porque ¿cómo me ayudaba pensar en él, o en tener sexo con él, cuando lo que debería estar haciendo es armar un plan de escape?

Pero mi cerebro no estaba de humor para colaborar conmigo, así que en

lugar de recordar todas las películas con tramas que implicaran huidas espectaculares lo que hizo fue reproducir preguntas, una tras otra, como si se tratara de un examen.

¿Desde cuándo te gusta el hermano de tu amiga?

¿Crees que le gustas a él?

¿Qué pensaría Flor si salieras con su hermano?

¿El sexo con el Ignacio real será tan bueno como con el Ignacio imaginario?

Ese fue el momento que escogió el teléfono de la habitación para empezar a sonar, y debo confesar que ni siquiera recordaba que hubiese uno cuando llegué. Tomé el aparato y lo acerqué a mi oído, luego saludé tentativamente no fuera que se tratara de un error.

—¿Sí? ¿Diga?

—Tenemos una llamada para Ruth Salas, espere un momento y la conectamos —me dijo la voz en el teléfono y seguidamente empecé a escuchar una de esas canciones que ponen en los ascensores.

—¿Hola? —una voz masculina saludó cuando se cortó la canción de ascensor que el teléfono del hospital utiliza como tono de espera—. ¿Ruth? ¿Estás ahí?

Es como si él supiera que estaba pensando en él. Más específicamente, imaginando cosas calientes con él.

—Sí, soy yo —respondí, agradeciendo que mi voz sonara firme y segura.

—Bien... —dijo y lo sentí reír—. Por un momento pensé que me habían comunicado con la habitación equivocada, o que ya te habías marchado.

—¿Flor te avisó? —Le pregunté—. En un rato más me voy a casa —dije—. Lorena y Cecilia vienen por mí —y ninguna de las cosas que acababa de decir era mentira.

—Bien, bien... —fue su respuesta—. Entonces no hace falta que vaya hasta el hospital —había cierta nota de duda en su voz.

—No, para nada —le aseguré—. Pero todavía tengo tu libro electrónico, así que si lo necesitas puedo enviártelo con alguien.

—Úsalo el tiempo que quieras —respondió Ignacio—. Seguramente estará mejor cuidado que en mi casa —bromeó—. A veces no recuerdo ni donde lo guardo.

—Gracias —le respondí, aunque no planeaba quedarme mucho más tiempo con el aparato. Apenas llegara a casa llamaría a Melina y me aseguraría de que lo entregara en sus manos cuando lo viera en su oficina.

—Supongo que eso es todo entonces... —murmuró, y yo fruncí el ceño.

—¿Habías llamado por...? —Empecé a preguntar, pero ese fue el momento que escogió Lorena para entrar a mi habitación. Sin tocar.

Mi amiga atravesó la habitación como si fuera una extensión de su propia casa, se adueñó de la incómoda silla en la que Ignacio estuvo leyendo para mí y se me quedó mirando mientras yo sostenía el teléfono contra mi oído sin decir absolutamente nada.

—No por el libro electrónico —dijo Ignacio y supe que estaba bromeando—. No es nada importante, tranquila —me aseguró—. Espero que estés bien —añadió y luego terminó la llamada, sin darme oportunidad de darle las gracias.

Me quedé mirando el teléfono en mi mano con el ceño fruncido.

«¿Qué rayos había sido eso?»

—¿Quién era? —Quiso saber Lorena.

—Ignacio, el hermano de Flor —le respondí a mi amiga.

—¿El señor “me veo sexy con corbata, pero me vería mejor sin ropa”?

—Preguntó con una expresión pícaro en el rostro.

—¿Perdón? —chillé de inmediato.

—Claro, porque yo soy la única que se fija en esas cosas —se quejó rodando los ojos.

—Sí, definitivamente eres la única —mentí.

—Falsa —me acusó mi amiga.

—Tus pechos son falsos, yo no —le respondí.

—Cien por ciento naturales, perra envidiosa —dijo ella sonriendo—. Pero sí, el hermano de nuestra Florecita es lindo y está bien hecho —suspiró—. Lástima...

—¿Lástima qué?

Pero Lorena no respondió a mi pregunta, porque ese fue el momento en que Cecilia entró a la habitación, con el ceño fruncido y cortando nuestra conversación con su propio interrogatorio.

—¿Puedes creer que la gente de este lugar es incapaz de darte información en condiciones? —Nos preguntó, aunque estaba segura de que no esperaba que le respondiéramos—. Me dieron tres números de habitación diferentes, y ya las enfermeras estaban empezando a seguirme... —se quejó—. ¿Es que acaso creen que vengo a robarme algo, secuestrar a alguien o poner una bomba en el hospital? —resopló indignada.

—No creo que fueras a admitirlo, en ninguno de los tres casos —apuntó Lorena y yo reprimí las ganas de reír.

—Hasta llamaron a un médico que está de guardia para que hiciera algo —se carcajeó Ceci sin humor—. A ver... ¿qué va a hacerme? ¿Revisarme la presión? ¿Ponerme un termómetro?

—A mí no me importaba que mi ex doctor sexy me pusiera el termómetro —se burló Lorena.

—No entiendo cómo es que todas las conversaciones contigo terminan tratando sobre sexo —dijo Cecilia rodando los ojos.

—Eso no es cierto, a veces también tratan sobre homicidios —se

defendió Lorena—. Después de ver un millón de episodios de *Mentes Criminales*<sup>[50]</sup>, *Escena del Crimen*<sup>[51]</sup> y *Hannibal*<sup>[52]</sup>, creo que puedo hacer un trabajo decente desapareciendo novios infieles y malestares similares.

—Estoy segura de que si pones eso en tu hoja de vida, las ofertas de trabajo van a lloverte —respondió Ceci con ironía.

—¿Quién sabe? —Sonrió Lorena, sin dejar que el comentario la afectase—. La necesidad de unos, es la oportunidad de otros —se encogió de hombros.

—Estás loca —sonrió finalmente Cecilia—. No sé cómo hablas de homicidios con tanto humor, especialmente después de lo de ayer.

—¿Qué pasó ayer? —Pregunté, porque no tenía idea.

—Pues... —empezó a responder Lorena—. Flor ayer me dio un depósito para que lo llevara al banco, cosa que odio por cierto —explicó—. Y un grupo de tíos armados ha entrado haciendo lío, diciéndonos que nos tiraríamos al suelo, que si donde está el gerente... —siguió diciendo—. Y ahí estaba uno de los polis que nos arrestó cuando le llevamos serenata al Superman de Melina —añadió—. La cuestión es que las cosas se pusieron feas, hubo disparos y creo que si tengo que ir a un banco otra vez voy a tener un ataque de pánico —aseguró mi amiga—. Fue la experiencia más horrible, frustrante y aterradora de mi vida.

—¿Allí fue donde hirieron al poli de Flor? —Pregunté con el ceño fruncido.

—No lo sé —Lorena negó con la cabeza—. Cuando pudimos salir del banco, después que había pasado todo, las ambulancias se estaban alejando igual que las patrullas, porque los tíos se habían dado a la fuga —me explicó encogiéndose de hombros—. Incluso sentí miedo de irme directo a mi casa, así que empecé a hacer paradas al azar en caso de que alguien me estuviera siguiendo como en las películas.

Mientras procesaba la respuesta de Lorena, escuché sonar la alerta de mensajes del móvil de Cecilia, y luego a ella aclarándose la garganta.

—Pregunta Meli que si ya sabes cuándo te dan de alta —informó Cecilia con la mirada fija en el aparato.

—¿Alta? Ni idea —confesé—. Pero no quiero pasar una noche más aquí.

—¿Y cómo pretendes salir de aquí entonces? —Preguntó Lorena arqueando una ceja mientras esperaba mi respuesta.

—Pues, para eso las llamé... —me encogí de hombros—. Para que me ayuden a escapar.

—¿Estás loca? —chilló Cecilia.

—Un momento, ¿escapar? Como en ¿fugarte? —Dijo Lorena al mismo tiempo—. No estamos en *Prison Break*<sup>[53]</sup>, Ruth. Esto es un hospital.

—Sí, ya sé, pero... —empecé a quejarme, pero mi explicación se vio interrumpida por un par de golpes en la puerta.

—¡Adelante! —dijo Cecilia en voz alta, y luego bajó el volumen para añadir—. Seguimos esta conversación después ¿les parece?

Lorena y yo asentimos, aunque ya estaba empezando a arrepentirme de haberlas llamado. Necesitaba la agudeza mental de Cecilia para hacer planes, y la locura de Lorena para ejecutarlos si quería salir del hospital. Pero al parecer mis amigas no estaban de acuerdo con ayudarme.

*«Porque no tienen idea de tus razones, tontita».*

—Buenas tardes —saludó el doctor que me había atendido en la sala de emergencias—. Vengo a ver cómo sigue mi paciente.

—Mucho mejor —respondí.

—Con ganas de irse a casa —dijeron mis amigas a la vez.

—¿Tan mal te han tratado aquí? —Preguntó el doctor sorprendido, pero sin ocultar un atisbo de sonrisa.

—No, de ninguna manera —dije negando con la cabeza—. Pero realmente me gustaría irme a casa.

—Sí, está desesperada por escapar de aquí —dijo Lorena, revelando mis intenciones con una sonrisa inocente.

«¡Esa perra!»

—¿Escapar? —Ahora el doctor estaba, de plano, carcajeándose abiertamente.

—Sí, señor... —asintió Lorena arqueando una ceja y recostándose en la silla. El doctor siguió sus movimientos sin perder detalle, aclarándose la garganta cuando la blusa de mi amiga cayó de su hombro izquierdo revelando que no llevaba sujetador debajo—. Como los magos de la televisión —Lorena se encogió de hombros—. Ahora me ves, ahora no me ves —añadió chasqueando los dedos para ilustrar su punto y luego se incorporó en la silla apoyando los codos sobre las rodillas, dándole un buen vistazo de su escote al doctor.

—Pero eso no va a ser necesario... —dijo Cecilia llamando la atención de todos—. ¿Verdad, doctor?

—Ehmm... ¿no? —el doctor frunció el ceño y yo no podía evitar seguir la conversación de mis amigas como si se tratara de un partido de tenis.

—¿Seguro? —Insistió Cecilia con una sonrisa que pretendía ser seductora, pero en lo personal consideraba aterradora.

—Claro que sí —asintió el doctor sin dejar de mirar a mi amiga, que se acercaba despacio hacia él.

—Genial, entonces —dijo Lorena poniéndose de pie e imitando a Cecilia. Ahora el buen doctor se encontraba atrapado ente ese par de leonas que yo llamaba amigas, y sinceramente no sabía si sentir miedo o lástima por él—. Vaya y firme sus papeles para que pueda irse con nosotras, y no tenga que recurrir a su truquito de magia ¿le parece?

—Enseguida mando a la enfermera con sus papeles firmados —anunció el doctor sin molestarse en mirarse antes de salir a tropezones de mi habitación.

—Bueno... —me aclaré la garganta cuando nos quedamos solas—. Eso no fue tan difícil —sonreí.

—Pero nos la debes —dijeron Cecilia y Lorena a la vez.

*«Y esta no me la van a dejar pasar, sin duda».*

No perdí el tiempo imaginando las formas en que mis amigas se cobrarían el favor que ahora les debía, sino que lo empleé en asearme y parecer humana otra vez.

La ropa que Ignacio me había dejado, como era de esperar, pertenecía a Flor. Ella y yo usamos la misma talla, así que ese no era el problema; pero no estoy segura de que su hermano hubiese detallado las piezas o se habría dado cuenta de lo reveladoras que eran.

Ahora me debatía entre ponerme la ropa con la que había llegado o usar lo que Ignacio había traído.

—No es el momento para una crisis de moda —se quejó Lorena a través de la puerta del baño—. Ya tu doctor envió tu alta, y más vale que salgamos de aquí antes de que se arrepienta —me recordó.

Y tenía razón.

Así que tomé la chaqueta negra que había usado para ir a la oficina para cubrir la blusa de Flor, que era más parecida a un negligé que a una prenda para salir a la calle; me dejé el pantalón vaquero, aunque pensaba quitármelo apenas llegara a la casa porque las cosas ajustadas no son muy de mi estilo, y me calcé mis tacones porque sinceramente no tenía otro tipo de calzado.

Salí del baño y terminé de meter todas las cosas que tenía dentro del bolso que Ignacio había traído, y pocos minutos después dejaba atrás el hospital.

Con un poco de suerte también estaría dejando este raro sentimiento hacia el hermano de mi mejor amiga, pero ¿quién sabe? La suerte no es algo que esté de mi lado muy seguido.



A

*veces hay que posponer los planes, y otras veces hay que dejarlos ir.*

### *Ignacio*

¿Alguna vez has tenido la sensación de estar haciendo algo mal, pero no tener idea de exactamente qué? He pasado mucho tiempo pensando en eso últimamente. Especialmente desde el martes, después de que mi hermana me llamara para hablar sobre su amiga y yo le dijera que la había dejado para ir a la oficina. Y más tarde, cuando volvió a llamarme para decir que a Ruth ya la habían autorizado para volver a casa.

*«Lo que derrumbaba por completo mis planes de volver a verla».*

Me mentí a mí mismo diciéndome que esa necesidad apremiante de ver a Ruth, de confirmar que estuviera bien, era una consecuencia de su amistad con mi hermana y no de la serie de errores relacionados con ella que tengo años cometiendo. Como fijarme en ella en una forma que estaba lejos de ser amistosa... o besarla, más recientemente.

*«Dos veces».*

Pero al llamarla me di cuenta de que ella preferiría ser sometida a la tortura de mil enfermeras portando agujas que pasar otra noche conmigo. Esa fue mi señal para dejar ir cualquier plan que tuviera, cualquier idea que mi cerebro hubiese creado después de leer ese estúpido libro, porque una situación como la nuestra solo tendría un buen final si se trataba de la ficción.

Sin embargo, llegar a esa conclusión y actuar en consecuencia no eran tareas fáciles. No pensar en Ruth jamás había sido sencillo. Siempre he necesitado de distracciones para mantenerla fuera de mi mente, y ahora no tenía ninguna.

*«Excepto por la chica de los mensajes».*

Era ridículo, lo sé. Al fin y al cabo no la conocía. Pero eso la convertía en la alternativa perfecta. Ella solo era una extraña, alguien que no me juzgaría por mis errores pasados porque no los conocía.

*Yo: ¿Estás ahí?*

A menos, claro, que decidiera que ya había tenido suficiente de este extraño intercambio nuestro y que tenía mejores cosas en que invertir su atención y su tiempo. Pero resulta que algunas veces el universo no me odia tanto. Y puede que esta chica no fuera una *Scarlet Witch*<sup>[54]</sup> o una *Black Widow*<sup>[55]</sup> que viniera a mi rescate, pero a veces no necesitas un superhéroe para que arregle las cosas. A veces solo necesitas un par de oídos dispuestos mientras pones tus cosas en orden y sacas la cabeza del hoyo en el que la sepultaste. Ojos, en este caso.

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Aquí estoy. ¿A dónde podría irme?*

*Yo: No sé. Podrías cambiar de número para no hablar con el tío con el gran ego.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Y el gran pene. No te olvides de eso.*

*Yo: Imposible. Él también tiene un gran ego, no me dejaría olvidarlo.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Estás loco ¿te lo habían dicho?*

*Yo: Con frecuencia. Sí.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *¿Estás bien?*

*Yo: No lo sé. Es uno de esos días en que siento la necesidad de hablar con alguien, pero miro alrededor y no veo a nadie con quien quiera compartir mis cosas.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Así que le escribiste a tu confiable desconocida...*

*Yo: Exacto.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Yo también me he sentido así últimamente.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Podríamos hacer un trato.*

*Yo: Suena interesante.*

*Yo: ¿Qué propones?*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Yo te leo. Tú me lees.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Simple, ¿no?*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Sin juzgar. Con la mente abierta. Sin riesgos de ser delatad@ con alguien, porque no nos conocemos.*

*Yo: ¿Estabas leyendo mi mente?*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Ojalá tuviera ese poder.*

*Yo: Créeme, no es un lugar que te gustaría visitar.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *¿Demasiado peligroso?*

*Yo: Demasiado desordenado, más bien.*

*Yo: Pero supongo que el desorden también puede ser peligroso.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Entonces está hecho. Yo te ayudo a poner tu mente en orden, y tú me ayudas con la mía que no está en mejor condición.*

*Yo: Trato hecho.*

Ella y yo seguimos hablando el resto del día. Y los días que siguieron a ese. Leyendo nuestras tonterías sin preguntarnos nombres, sin insistir en revelar más de lo que nos sintiéramos dispuestos a compartir. Como si ambos tuviéramos una cadena atándonos a una pared, previniéndonos de ir más allá.

Caímos en una cómoda rutina que iba desde preguntas tontas, como el clima o cosas por el estilo, a cosas más personales y profundas. Y quiero pensar que con cada mensaje que intercambiábamos nos estábamos ayudando de alguna forma. Quería pensar que, de alguna manera, esta conexión inesperada entre nosotros iba a permitirnos seguir adelante con nuestras vidas. Apoyándonos en el otro. Sin más preguntas de las que estuviéramos dispuestos a responder.

También me gustaría pensar que, un par de días después, cuando Melina me entregó mi libro electrónico junto a una nota de Ruth todo estaba bien en mi mundo. Pero no era así

No aún.

Pero eventualmente lo estaría.

Poco a poco llegaría a ese punto de mi vida en el que podría mirarla y no sentir nada. Como siempre debió ser.

—¿Tienes la autorización para mis vacaciones? —me preguntó de repente Alberto, distrayéndome de mis pensamientos.

—Sí, aquí está —le respondí tendiéndole el papel que me estaba pidiendo.

*«Por ahora tendría que conformarme con las pequeñas victorias. Como mantener a este tarado alejado de mí por los próximos veintiún días».*



Tienes  
*un e-mail. Bueno, en realidad es solo un mensaje de texto.*

*Ruth*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *¿Rojo o azul?*

*Yo: ¿De qué hablas?*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Tengo esta reunión realmente importante, y estoy tratando de escoger una corbata.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Y ahora mismo no eres de mucha ayuda.*

Mi día ahora solía empezar con mensajes así, o con cosas más divertidas como el tipo de pizza que iba a ordenar o qué película iba a pillar en Netflix. De cualquier manera, sentía que con cada mensaje este desconocido revelaba una nueva pieza del rompecabezas que era su identidad.

*«No es que me estuviera esforzando en descubrirlo».*

A pesar del poco tiempo, y de lo extrañas de las circunstancias,

habíamos adoptado una rutina cómoda que nos mantenía conectados durante casi todo el día, y la perspectiva era... ¿emocionante?

No me venía a la mente otra palabra para describirlo.

*Yo: ¿Por qué no me mandas una foto de las dos corbatas?*

*Yo: Así te ayudo a decidir*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Cuando yo he propuesto lo de las fotos me has rechazado.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *¿Ahora debo aceptar enviarte una?*

*Yo: ¿Quieres la ayuda o no?*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Bien...*

Segundos después apareció en mi buzón un mensaje multimedia con una foto adjunta en la que claramente se ven dos corbatas, una roja con líneas diagonales blancas y una azul marino sin ningún tipo de estampado.

*Yo: ¿De qué color es la camisa?*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Blanca. El traje es gris.*

*Yo: Entonces usa la roja.*

*Yo: Y suerte en tu reunión.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Gracias.*

Estar en casa, tomándome las cosas con calma para evitar volver al hospital, ya no me parecía tan aburrido o solitario. Y cuando mi desconocido no estaba enviándome mensajes, eran mis amigas las que aparecían, virtualmente o en persona, para asegurarse de que estuviera bien. O para que comentáramos en el problema de turno, por cortesía de Melina.

**Melina:** *Houston, tenemos un problema.*

**Lorena:** *Déjà vu!*

**Flor:** *¡Como la canción de Prince Royce!*

**Belén:** *Ni siquiera voy a opinar sobre @Flor conociendo la canción esa, o el cantante para los efectos.*

**Lorena:** *¡Es en serio! Siento que esto ya lo viví.*

**Carolina:** *Eso es porque esa es la frase que usa @Melina cada vez que necesita nuestros valiosos consejos.*

La locura era una constante en nuestra amistad, igual que la mala suerte. Especialmente en lo romántico. Pero las cosas en ese ámbito habían empezado a cambiar para algunas, por lo que me sorprendía un poco la llamada de auxilio de Melina.

**Ruth:** *Solo espero que esta vez no terminemos en la cárcel.*

**Flor:** *No te preocupes jefa, ahora tengo influencias con la autoridad.*

**Belén:** *¡Por Dios!*

**Lorena:** *¡Serás zorra @Flor! \*carcajada\**

**Cecilia:** *Cuéntanos @Melina ¿Qué pasó?*

**Elena:** *Sí, ¡cuenta!*

**Laura:** *¿Y tú de dónde saliste? @Elena*

Hice una doble toma de la conversación con el ceño fruncido preguntándome quién rayos era Elena. Después recordé que era la chica que le había alquilado su apartamento a Melina y que ahora era cliente de Cecilia. Sin embargo eso no explicaba qué hacía ella en nuestro grupo de *Whatsapp*.

**Melina:** *¿?*

**Cecilia:** *Yo la agregué. Ahora deja de hacerte la loca, y cuéntanos.*

**Lorena:** @Elena, la primera regla del club de la pelea es que...

**Elena:** Nadie habla del club. Yo leí el libro.

**Flor:** La peli es mejor. Sale Brad Pitt \*cejas\*

«Qué raro ella con su comentario sobre el Brad».

Tenemos suerte que las autoridades no hagan revisiones aleatorias de teléfonos móviles y que los casos de acoso sexual no se siguen de oficio, porque de lo contrario estaríamos tras las rejas por culpa de Flor.

La conversión en el chat volvió a la vida cuando Melina empezó a comentar el más reciente drama, y nosotras como fieles adictas a los culebrones de la vida real nos comimos el cotilleo de cabo a rabo.

**Melina:** Hoy almorcé con Samuel.

**Carolina:** ¡Bravo Superman!

**Flor:** No veo el problema allí. En lo que sí veo un problema es en que estés hablando con nosotras en lugar de estar disfrutando el postre \*guiño\*

**Cecilia:** \*redoble de tambores\* @Flor tiene razón.

**Lorena:** Hoy tiembla.

**Flor:** @Ceci me ha dado la razón. ¡Callad, perras!

**Melina:** Y me contó que tiene una hija de seis años.

Hasta que llegamos a ese punto y, como si nos hubiésemos puesto de acuerdo, guardamos silencio antes de migrar a nuestro grupo alternativo. El grupo de apoyo para víctimas de Murphy, en el que no incluimos a Melina porque pensamos que su suerte había cambiado. Y tampoco a Elena, porque apenas la estábamos conociendo.

**Ruth:** No me jodan... ¿en serio?

**Flor:** *Considérame sorprendida.*

**Belén:** *Igualmente.*

**Lorena:** *¿Qué vamos a hacer?*

**Cecilia:** *Pues, dejar que resuelvan sus cosas solos.*

**Flor:** *¿En serio?*

**Cecilia:** *¡Claro! ¿A ti te gustaría que nos metiéramos, si estuvieras en su lugar?*

**Flor:** *Pues mínimo se merece una patada entre las piernas.*

**Laura:** *Debió tener sus razones para esperar hasta ahora para decírselo ¿no creen?*

**Lorena:** *Buen punto.*

Así pasó toda una semana de reposo y negación, y empezó la siguiente, porque en todo ese tiempo no había pensado en Ignacio. O al menos eso me había dicho a mí misma. Ni siquiera cuando escribí la nota que envié con Melina acompañando su libro electrónico, en la que le agradecía por quedarse a cuidarme cuando probablemente tenía cosas más interesantes de qué ocuparse. O cuando Flor vino a mi casa para devolverme mi carro, con el que se había desde el día en que me hospitalizaron.

Pero el reposo había terminado, así como las excusas para permanecer escondida en casa, y era momento de volver al trabajo.

*Yo: No quiero salir de mi cama.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Ni yo.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *De la mía, porque la tuya todavía no la conozco.*

*Yo: Ni la vas a conocer.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Nunca digas nunca.*

*Yo: Que tengas un buen día en tu trabajo.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *¡JA! Cobarde.*

Después de llegar a la oficina, ponerme al día con Flor de todos los pendientes, y organizar mi agenda, el tiempo se fue y no supe a donde. Es lo que tiene iniciar tu semana cuando el resto del mundo está acabándola. Las horas se escurren como agua entre los dedos.

Cuando me di cuenta ya era hora de salir a comer y mi amiga estaba asomando la cabeza por la puerta para preguntarme si quería acompañarla a almorzar.

—Sí, vamos —acepté guardando los cambios en la hoja de cálculo que tenía abierta en el ordenador para luego cerrar la sesión y apagarlo.

Usualmente pedíamos algo y comíamos aquí, pero recordé que Flor mantuvo los asuntos de la oficina a flote mientras estuve fuera, al mismo tiempo que cuidaba a su novio en el hospital, a quien por cierto habían dado de alta hace un par de días. Supongo que ella también necesitaba un respiro, y yo estaba feliz de dárselo.

Mientras tomaba mis cosas para alcanzarla en la recepción, envié un mensaje a Laura y a Lorena para que se nos unieran, prometiéndoles decirle exactamente dónde estábamos tan pronto como supiera dónde íbamos a comer.

Flor y yo salimos de la oficina, nos subimos a mi coche y empezamos a alejarnos del edificio donde quedaba la oficina. Cuando me uní al tráfico le pregunté hacia dónde debía ir, ya que no tenía idea, y ella procedió a darme instrucciones.

—¿Por qué no vamos a ese sitio de sushi que está cerca de la tienda en la que trabaja Laura? —Me dijo mi amiga—. Hace tiempo que quiero probarlo, y hoy me apetece bastante.

Yo todavía no me sentía demasiado atrevida con mis alternativas

alimenticias, pero tenía que volver a la normalidad y en alguna parte tenía que empezar.

—Vamos —le respondí asintiendo—. Avísale a Laura y a Lore para que nos alcancen allá —dije tendiéndole mi móvil, que justo en ese momento empezó a sonar anunciando un mensaje entrante.

—Ya les aviso del mío, tranquila —sonrió negando con la cabeza.

Aparté mi móvil y me lo guardé en un bolsillo para responder cuando estuviera correctamente estacionada. No iba a tentar mi suerte, que no era precisamente la mejor, atreviéndome a responder un mensaje de texto mientras conducía.

Llegamos al restaurante y después de aparcar buscamos un lugar dónde acomodarnos para esperar a nuestras amigas que, según avisaron, ya venían en camino. A los pocos minutos un camarero se acercó a entregarnos la carta, y pedimos un par de bebidas frías. Para cuando llegaron Lorena y Laura ya estábamos en nuestra segunda bebida y con ganas de devorar cada opción del menú.

La charla fluyó en la mesa, igual que los rollitos de sushi, mientras nos poníamos al día con los cotilleos. Melina estaba en la etapa de la luna de miel en su relación con Superman, Lorena quería conseguir el número del hermano del poli de Flor, y a Laurita le habían ofrecido el cargo de gerente de la tienda donde trabajaba en la que, de todas maneras, ya se encargaba de todo.

—Eso es fantástico —le dije a Laura—. Claro, siempre que la promoción venga acompañada de un aumento de sueldo, de lo contrario es una putada.

—Le he dicho a esos cabrones que si no me aumentan el sueldo, pueden ir buscándose a otra idiota para que les atienda el lugar —respondió mi amiga encogiéndose de hombros—. Les he dejado las cosas claras. Lo que pase ahora, queda en sus manos.

—¡Bien! —sonreí mientras me llevaba un rol a la boca, y Lorena asintió dándome la razón.

—Oye, ¿estás bien? —Laura le preguntó a Flor, quien había estado bastante silenciosa hasta el momento. Cosa extraña en ella.

—¡Claro! —dijo ella.

Lorena, Laura y yo intercambiamos una mirada, como diciéndonos la una a la otra que no nos había convencido en lo absoluto.

Algo estaba molestándola, y no lo iba a decir ni que bajo amenaza. No porque no sintiera confianza con nosotras, o al menos eso quería creer, sino porque ella no es de las que se abre a contar sus cosas. Ninguna de nosotras lo es, salvo contadas excepciones.

Como Melina, por ejemplo, que hasta nos tiene en un grupo de *WhatsApp* para consultas de emergencia sobre sus columnas en el trabajo o sobre sus citas desastrosas.

*«Lo que han visto estos pobres ojos en ese chat».*

Y al pensar en chat recordé que tenía un mensaje sin leer en mi móvil.

Me disponía precisamente a revisar de qué se trataba cuando Flor chilló como si le hubiésemos seguido preguntando cosas.

—Eso tampoco lo sé —dijo, dejándonos boquiabiertas.

—A ver, ¿qué es lo que no sabes? —le pregunté, porque no tenía idea de qué película se estaba montando mi querida amiga en la cabeza. Dios sabe que somos expertas en eso, aunque ninguna de esas cintas vaya a ganarse nunca el Oscar—. Porque nos acabas de decir que estás bien, y me parece que eso no es cierto.

—A mí también me lo parece —dijo Lorena dejándole claro que no había engañado a nadie—. ¿Esto es por lo del poli?

—Sí... no... —Flor suspiró con cansancio—. Sí, es por él, pero a la vez no —empezó a decir—. Es complicado.

—La vida es complicada, Florencia Josefina —respondió Laura rodando los ojos—. A ver, cuéntale tus problemas a la tía Laura, vamos.

Fue entonces que Flor abrió la boca para contarnos una historia que nos dejó sorprendidas, indignadas y con el corazón roto, porque a pesar de los años de amistad, de las bromas, las confidencias, las fiestas, las copas compartidas, las maratones de helado y películas para chicas, ella nunca se había atrevido a confiarnos esa parte de su vida.

Nosotras, de algún modo, no la habíamos hecho sentir lo suficientemente segura y apoyada para abrirse y contarnos como alguien la había herido tan profundamente que alteró su percepción sobre sí misma haciéndola creer menos, sentirse menos.

*«Y yo no sé qué me hacía sentir peor, la verdad».*

Cerré los ojos y negué con la cabeza mientras Lorena, que estaba tan indignada como yo, la confrontaba.

—Primero que nada... —empezó Lorena—. ¿Por qué carajo nos estamos enterando ahora de que tuviste un novio abusivo antes de entrar a la universidad? —le preguntó con un tono de voz bastante diferente al que usualmente usa para dirigirse a nosotras.

—Sí, eso dolió —asintió Laura dándole la razón a Lorena.

¿Mi reacción? Yo me había quedado sin palabras. No me sentía traicionada por mi amiga, porque entendía que ella tenía sus razones para guardarse esa parte de ella que probablemente no había sanado del todo. Porque yo también me guardaba cosas a veces. Me sentía triste por la chica que había sido Flor, por cada herida emocional y física que ese cabrón le hizo, y también por cada chica que al igual que mi amiga había estado en una relación abusiva.

—Eso pasó hace mucho tiempo —dijo Flor quitándole importancia al asunto, solo que esta vez no se iba a salir con la suya. No se lo íbamos a

permitir.

—Pudo haber pasado hace cuatrocientos mil años —respondió Laura—. Pero está claro que todavía te está afectando la cabeza.

—Ya lo superé —insistió Flor—. Eso no me afecta para nada.

—Baja autoestima, cero confianza en el sexo opuesto, aislamiento, abuso de alcohol, indecisión... —Laura empezó a hacer lista de todas las cosas que constantemente veíamos en nuestra amiga, pero que nadie se atrevía a apuntar directamente; mostrándonos por qué ella se licenció en psicología mientras que nosotras tomamos otros caminos—. Ahí estaban todas las señales y nosotras no las vimos; y lo siento por eso —dijo negando con la cabeza—. Pero ya va siendo hora que dejes de darle el poder de joderte la vida a ese cabrón que tuviste de novio, que seguramente ni siquiera sabía qué hacer con tanta mujer que eras, que eres —se corrigió—, y le resultó más fácil tratar de quebrarte que intentar entenderte.

Yo tenía muchas preguntas, pero no era el momento de hacerlas. Y no estaba segura de que ese momento fuera a existir en un futuro cercano. Apenas y nos había contado esta parte de su historia, y no lo hizo precisamente porque tuviera una epifanía o algo por el estilo.

—Laura tiene razón —le dije, finalmente encontrando mi voz—. Ha pasado mucho tiempo, y ya es hora de que te des la oportunidad de... no sé, encontrar el amor y ser feliz.

Ya había sido suficiente.

*«Para ella. Para todas».*

—¿Te estás escuchando? —Flor empezó a reírse sin humor—. ¿Amor? ¿Ser feliz? ¿Eso existe en la vida real? —negó con la cabeza, y yo sentí ganas de agitarle la cabeza para ver si se le aclaraban las ideas.

—Pues ahí tienes a Melina y a Superman —Laura se encogió de hombros—. Solo bastó que Melina lo atropellara para que las cosas

empezaran a funcionar entre ellos.

Ese era solo un ejemplo de lo ridícula que resultaba la vida de las mujeres de este grupo. Melina se había enamorado de un tipo que le dedicaba canciones horribles en su oficina, al que juraba odiar, y al que había terminado arrollando por accidente.

*«El sexo de reconciliación tuvo que ser épico».*

—Pensé que la serenata que le dimos había resuelto el problema — comentó Lorena con el ceño fruncido.

—Eso definitivamente encendió la llama —le respondió Laura sin poder aguantar la risa.

Sin embargo, yo no había terminado con Flor.

—No sé si tu felicidad sea el poli, o sea otra persona, pero si sigues huyendo de los hombres cuando te empiezan a dar señales de que quieren algo serio... —dejé la frase en el aire, porque ella sabía muy bien lo que seguía.

*«Te vas a quedar sola, igual que yo».*



La

*historia de mi vida.*

*O de porqué todo se resume una canción de One Direction.*

*Ruth*

*«Te vas a quedar sola, igual que yo».*

A veces no es necesario decir cosas para transmitir un mensaje. Otras veces es necesario repetir las palabras una y otra vez hasta que la otra persona finalmente las escuche, se las grabe y se las crea. Pero no confíes demasiado en mis consejos, al fin y al cabo no me han servido de gran cosa al momento de arreglar los fallos de mi propia vida.

—Lo de tu policía tómatelo con calma —dijo Lorena, y puede que tuviera un punto válido. Flor nos había contado que su relación con Mateo había tocado un punto complicado ahora que lo habían mandado a casa tras la estadía en el hospital, y considerando todo lo que había pasado era lógico que ninguno de los dos supiera qué hacer.

—Recién salió del hospital —siguió diciendo nuestra amiga—. Y por lo

que tú misma me has dicho, está llevando muy mal tener que hacerse a un lado y dejar que sus compañeros hagan el trabajo por él —explicó—. Dale tiempo, o dale una distracción, eso también ayuda.

Si escuchabas a Lorena hablando podrías apostar que era psicóloga igual que Laura, pero no era así. Sin embargo en su trabajo relacionista público de una conocida marca de ropa requería una agudeza sin igual al momento de analizar a las personas y diseñar planes alternos en caso de que las cosas no salieran como esperaba.

—La única distracción que se me ocurre es el sexo y bueno... —dijo Flor rodando los ojos y a duras penas resistí el impulso de reírme—, tampoco es que pueda hacer mucho en ese departamento mientras esté de reposo ¿no?

—Puedes preguntarle a su doctora —sugirió Lorena encogiéndose de hombros.

—O puedes darle una mamada y algo de acción manual... seguro que puedes alegrarle el día con eso —se burló Laura—. No sé, quizás un baile sexy o alguna de esas cosas —dijo encogiéndose de hombros—. Al fin y al cabo, la herida fue en el brazo no en la polla —justificó su idea—. En la tienda llegaron unos disfraces, y cuando los vi en la única persona en que pensé fuiste tú.

*«¡Santo Cristo en bicicleta! ¿En serio?»*

Yo amaba profundamente a mis amigas, pero había ocasiones en las que provocaba ahorcarlas. O fingir que no las conocía.

Solo esperaba que nadie estuviera espiando nuestra conversación.

—Claro, porque tú no te atreverías a ponerte uno de esos —Lorena le dijo a Laura entre risas, dándole voz a una pregunta que yo me había hecho por años—. A veces me pregunto cómo fue que terminaste trabajando en una *sex shop*<sup>[56]</sup>.

—Era lo único disponible y necesitaba el dinero —respondió Laura

encogiéndose de hombros—. Además, de vez en cuando tengo oportunidad de practicar mi profesión con los clientes —dijo con una sonrisa—. Te sorprenderías de las cosas que veo allí.

«*No lo dudo ni por un momento*».

—Laura es la única que intentaría psicoanalizar a los clientes de una tienda de juguetes sexuales —dije entre carcajadas. Apenas conteniendo las lágrimas, que era algo normal cuando reía.

Y fue así como, entre risas, pedimos la cuenta y dejamos el restaurante para luego terminar en la tienda donde Laura trabajaba. Esta era la historia de mi vida, como dice esa canción de *One Direction*. Una total y absoluta locura. Eso es lo normal con nosotras. Y sorprendentemente, estábamos sobrias ya que solo tomamos té helado mientras comíamos.

—A ver, damas... —nos dijo Laura apenas entramos a la tienda—. ¿En qué puedo ayudarles esta tarde? —preguntó arqueando una ceja y esbozando una sonrisa ladeada.

—Un día vas a pagar por burlarte de tus pobres e inocentes amigas —le dije sin poder evitar devolverle la sonrisa.

—Es cierto... —estuvo de acuerdo Lorena—. Y cuando eso pase todas estaremos allí para reírnos de ti.

—Te apoyaremos, pero sí, también nos reiremos de ti —asintió Flor.

Y así empezó nuestro recorrido por la tienda.

Ropa interior comestible, disfraces sugerentes, vibradores, consoladores, anillos para penes, lubricantes, aceites para masajes... cada vez que alcanzábamos un nuevo pasillo de la tienda, que era más grande de lo que se intuía desde afuera, el catálogo de opciones se incrementaba. Y a pesar de que vinimos con la intención de darle ideas a Flor de cómo pasar un buen rato con su hombre, sin lastimarlo o lesionarlo en el proceso, todas añadimos un nuevo artículo a nuestra colección privada.

Mi compra fue más discreta que la de las chicas. Envié un mensaje a Laura diciéndole lo que quería, y mientras Lorena y Flor pagaban sus compras yo hacía una transferencia electrónica desde la aplicación del banco que tenía instalada en mi celular. En el mensaje había dejado instrucciones para que Laura entregara el paquete en mi casa cuando se fuera para la suya.

¿La razón?

No quería escuchar los chistecitos de las muchachas sobre preferir comprar vibradores antes que aventurarme a conseguir a alguien de verdad en *Tinder*.

Cuando salimos de la tienda le dije a Flor que podía tomarse el resto de la tarde, porque no teníamos trabajo pendiente. Ella había mantenido el flujo de trabajo los días que estuve fuera, no se habían acumulado tareas y en la mañana terminé con las carpetas que requerían una revisión más detallada, además de mi firma. No tenía sentido que regresara a la oficina solo para mirar el monitor de la computadora, como si fuera a resolver los problemas del mundo con el poder de mi mente. Además me apetecía mucho tomar una siesta y desconectarme.

—Si quieres puedes llevarte mi carro —le dije a Flor mientras nos despedíamos de las muchachas en la puerta de la tienda—. No voy a necesitarlo hasta el lunes —me encogí de hombros—. Lo único que debes hacer es recordar ponerle combustible.

—Bien —asintió ella—. Vámonos entonces.

Flor tomó las bolsas con sus compras, que eran varias, y salió de la tienda detrás de mí. Le tendí las llaves para que condujera y caminé hacia el asiento del acompañante mientras sacaba mi móvil del bolsillo donde lo guardé desde que salimos a almorzar, para revisar finalmente mis mensajes.

—¿A la oficina? —me preguntó Flor antes de encender el motor.

—No... —negué con la cabeza—. Mejor a mi casa. Mi cama está

enviando señales para que me le una —dije haciéndola reír.

El trayecto fue corto y un tanto silencioso, algo que no era común cuando estaba acompañada de Flor; lo que hizo que la mirara con más atención. Se estaba mordiendo el labio inferior, tamborileaba los dedos contra el volante y rotaba el cuello hacia los lados como si quisiera aliviar un poco la tensión. Estaba nerviosa.

—Relájate, Florecita —dije cuando se estacionó justo al frente de mi casa—. Vas a pasarla bien con tu hombre, a divertirte un rato y hacer que él se sienta mejor —le recordé—. No vas a pedirle matrimonio, ni a ponerle una etiqueta a lo que tienen, así que deja los nervios.

—Ahora va a resultar que tienes poderes síquicos —dijo con una sonrisa nerviosa.

—No pero, aunque tú no lo creas, eres bastante fácil de leer —admití—. Que nos hagamos las tontas a veces y te dejemos pensar que nos engañas, eso es otra cosa.

En ese momento mi móvil sonó, y me tomé un momento para revisarlo.

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Yo no tendría problemas con venderte lo que has pedido, pero en este momento no lo tengo disponible en mi inventario.*

En lugar de mandarle a Laura el mensaje con mi pedido, se lo mandé a él.

¿Esta es la parte donde la tierra se abre y me traga?

*Yo: Lo siento, número equivocado.*

*Yo: Estaba intentando enviarle eso a una amiga.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Dile a tu amiga que también quiero ser su amigo.*

*Yo: Payaso.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Siempre.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Aunque ahora soy un payaso herido.*

*Yo: No entiendo.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Casi me decapito la polla cuando me subí la cremallera del pantalón.*

*Yo: Demasiada información.*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Ahora estamos a mano.*

No pude evitar soltar una carcajada ante la manera tan ridícula en que este tío había emparejado el marcador de información inapropiada que compartimos por mensajes.

—¿Compartes el chiste con la clase? —Dijo Flor, regresándome violentamente a la realidad.

Aparté la mirada del móvil y me quedé viendo a mi amiga con los ojos muy abiertos. Probablemente tenía la misma expresión que se me hacía de niña cuando mi madre me atrapaba hurtando pedacitos de dulce de la nevera. Entonces me recordé que era una mujer adulta, y que no estaba haciendo nada malo.

—Alguien ha estado enviándome mensajes por error desde hace varias semanas —le dije a mi amiga, tratando de poner todo el asunto en perspectiva tanto para ella como para mí—. Y desde que nos dimos cuenta de que no le escribíamos a la persona que pensábamos, seguimos en contacto.

—¿Y te envía chistes, fotos desnudo y cosas por el estilo? —Me preguntó ella, siempre directa al grano—. Porque de otra forma no entiendo la risita —dijo con una sonrisa pícaro, y podría apostar que ahora yo estaba más roja que un tomate.

—No, no me ha enviado fotos — dije negando con la cabeza. No de él,

al menos. Y al pensar en eso no pude evitar sonreír—. No sé cómo es, o como se llama. Solo escribimos tonterías, mira... —le mostré mi móvil, porque la mejor manera de explicarle a Flor era mostrándole nuestro infinito hilo de tonterías textuales.

Dicen que todo depende del cristal con que se mire, y quizás nuestros intercambios ridículos podrían parecer algo más ante los ojos de otras personas. Pero no para Flor o para cualquiera de mis amigas. Sin embargo, eso no quería decir que estaba exenta de recibir algún tipo de broma de su parte.

Supe exactamente en qué momento Flor llegó al mensaje de la polla casi decapitada. La risa amortiguada fue la primera pista. Luego se dejó caer contra el respaldo del asiento mientras su cuerpo convulsionaba con la risa.

—Te puedo prestar el disfraz de enfermera para que vayas a atenderlo —se burló mientras me devolvía mi móvil, y yo sentí la necesidad de defenderme aunque sabía que Flor no lo decía con mala intención.

—No, lo nuestro no es así —dije tontamente.

—¿Lo de ustedes? —Flor volvió a reírse—. ¡Pero si me dijiste que no lo conoces!

—Sí, es cierto —suspiré—. Aunque a veces siento como si lo conociera desde hace mucho tiempo —admití con una sonrisa—. Y me agrada —dije, ya que estaba en plan de ser totalmente honesta con mi amiga.

—¿Por qué no me habías contado sobre esto? —me preguntó entonces.

—Como si tú fueras mejor que yo compartiendo información —respondí entonces, con más amargura de la que pretendía.

Me crucé de brazos, molesta conmigo misma por traer el tema a colación cuando me había prometido dejar pasar algo de tiempo para tener esa conversación con Flor. Pero ya no podía devolver las palabras que había dicho, así que asumí mi error y me volteé a mirarla arqueando una ceja,

retándola a que me dijera que no era asunto mío o alguna otra cosa.

—Lamento no haberte dicho nada —dijo Flor finalmente—. Si con alguien he podido contar todos estos años es contigo —se encogió de hombros—. No es que las demás no estuvieran para mí, pero tú y yo hemos pasado más cosas juntas... y, bueno... —mi amiga respiró profundamente antes de seguir hablando, y yo sentía como las lágrimas peleaban por escaparse de mis ojos—. Tú eres como una hermana para mí.

*«Yo no estoy llorando. Tú estás llorando».*

—Y tú para mí —le correspondí mientras me inclinaba para abrazarla—. Lo único que lamento de eso es tener un hermano postizo como Ignacio —dije luego, necesitando hacer algo de humor para relajar el ambiente. De lo contrario terminaríamos inundando mi coche, y no sabría cómo explicarle eso al que le hace servicio—. ¡Es insufrible! —exageré—. Cuando se quedó conmigo en el hospital no hacía más que mandar y regañarme como si fuera mi padre —ya aquí de plano estaba mintiendo—. ¡No lo soporto! —y condenándome al infierno por acusar a Ignacio de ese modo.

—Bienvenida al club —se carcajeó Flor, sin tener idea de mi drama interno—. De verdad no sé qué le pasa a mi hermano —dijo negando con la cabeza y yo no supe qué decir—. Él no era así... —me aseguró mi amiga—. Quiero decir, sí es un dolor en el trasero, pero nunca se había comportado como un dictador.

*«¡No lo ha hecho! ¡Es mentira!»*

—No es culpa tuya que tu hermano sea un patán —seguí soltando mi sarta de mentiras, porque el daño ya estaba hecho—, así que no te preocupes —hice una mueca que pretendía ser una sonrisa—. Ahora vete a atender tu policía.

—Al encantador de serpientes —bromeó Flor y yo rodé los ojos. Ya había perdido la cuenta de los apodosos que esta mujer le había puesto al pobre

policía.

—No quiero saber por qué le dices así —me reí mientras abría la puerta para bajarme del auto—. En serio, no quiero saberlo —insistí.

—Es que tiene una anaconda gigante que.... —Flor, que no se calla nada, empezó a responder lo que no le había preguntado por lo que no me quedó más remedio que saltar tapándome los oídos y chillando como cuando estaba en la escuela y los niños me decían cosas ofensivas.

—¡Te odio! —le grité mientras me alejaba hacia la puerta de mi casa.

Y si creíste que eso iba a detener a Flor, te equivocaste. Porque la muy arpía bajo el vidrio para responder.

—¡No es cierto! —dijo para luego encender el motor y perderse en el tráfico.

*Yo: Todas mis amigas están locas*

**NÚMERO DESCONOCIDO:** *Agradece entonces que no soy mujer, o tendrías que estar buscando una camisa de fuerza también para mí.*



*Capitán Extraño. Combatiendo villanos un mensaje de texto a la vez.*

### *Ignacio*

¿Quién le puso un acelerador al calendario? Agosto sufrió una muerte rápida e indolora. Cuando me di cuenta ya se habían vencido las vacaciones de Alberto, y el muy cabrón estaba de regreso en la oficina. Lo único positivo del mes es que mi amiga anónima y yo habíamos permanecido en contacto, y que no había vuelto a ver a Ruth.

Bueno, eso no es completamente cierto.

Sí volví a verla, pero ella a mí no así que eso no cuenta.

La primera semana de septiembre llegó entonces, y con ella un montón de trabajo. Nóminas, órdenes de pago, proyecciones, elaboración de contratos, vencimiento de contratos... vamos, lo mismo que cada inicio de mes.

—A esta carpeta le falta una copia del documento de identidad —dijo Alberto mostrándome uno de los folios que estábamos revisando—. Y los datos de contacto no están completos.

—¿Y eso es culpa de quién? —Le pregunté sin apartar la vista del archivo con la relación de pagos.

—Seguramente mía —respondió riéndose—. Por suerte tengo su número en mi móvil y puedo completar los datos que faltan sin problemas.

—Vas a terminar metido en líos por estar metiendo la polla en la nómina —le advertí.

—¿Vas a acusarme con el jefe de personal? —Me preguntó con ironía—. Ah, es que ese eres tú —se burló—. Tranquilo, Ignacio... no pasa nada —dijo, y cuando me volteé a verlo el idiota estaba sonriendo—. Tengo todo bajo control.

—Un día me voy a hartar de tus idioteces, y se me va olvidar tildar la aprobación de tu pago —le advertí—. O desaparecer tu contrato —me encogí de hombros—. Depende de qué tan cansado esté de ti.

—No serías capaz —dijo Alberto sonando ofendido.

—Eso es algo que no te gustaría descubrir —ahora era mi turno de sonreír.

Ese fue el momento en que mi móvil decidió dar señales de vida por primera vez en el día. Esta vez no con un mensaje de texto sino con uno de *WhatsApp*, aplicación a la que habíamos terminado migrando en algún momento durante el mes pasado. Culpa a mis continuas consultas sobre cosas en las que una opinión femenina era necesaria, o a nuestras citas virtuales para ver películas en *Netflix*. No me importa.

Pero esa migración había requerido una maniobra de camuflaje que consistía en cambiar mi foto de perfil, en la que ahora tenía al escudo del Capitán América en lugar de mi cara. Además, ahora sabía que ella había guardado mi número con el nombre Capitán Extraño, así como yo había guardado el suyo como *Lady Hallmark*<sup>[57]</sup>, por todas las veces que me había obligado a ver películas de ese canal.

*«Las he visto todas. Lo juro por Dios».*

**LADY HALLMARK:** *Me extrañó que hoy no me consultaras sobre tus corbatas para ir a trabajar... ¿querías sorprender a alguien?*

**LADY HALLMARK:** *Te recuerdo que no es como que pueda delatarte.*

*Yo: No llevo corbata hoy.*

**LADY HALLMARK:** *Sorprendente.*

*Yo: No confiaba en ti para hacerme lucir serio.*

**LADY HALLMARK:** *¿Cuándo vas a reconocer que tengo un gusto excepcional para elegir corbatas? Y películas, ya que estamos.*

*Yo: El mismo día que me muestres tu colección de vibradores.*

**LADY HALLMARK:** *¿Esta es una de esas situaciones de “te muestro el mío si me muestras el tuyo”?*

*Yo: No, es una de esas en las que caes en mi trampa y yo me escapo sin darte la razón.*

**LADY HALLMARK:** *Un día lo harás, Capitán Extraño.*

Para un tipo que no había sonreído mucho por un tiempo, en el último mes y medio me había puesto al día con mi cuota. Las cosas estaban cambiando.

Mi vida estaba cambiando.

*«Y todo gracias a una desconocida».*

**LADY HALLMARK:** *No se te olvide nuestra cita de esta noche.*

*Yo: ¡Imposible! Es mi turno de escoger película.*

**LADY HALLMARK:** *Mientras no sea otra película de acción...*

*Yo: ¿Qué tienes en contra de Bruce Willis?*

**LADY HALLMARK:** *Nada... yo solo decía.*

*Yo: ¿De terror entonces?*

**LADY HALLMARK:** *Mierda...*

**LADY HALLMARK:** *¿Qué película de Bruce veremos ahora?*

Lo que ella no sabía es que esta noche no veríamos una película de Bruce, sino que la introduciría a mi obsesión personal. El universo cinematográfico de Marvel. Esa sería una prueba para ambos, porque me estaba enganchando a una persona de la que no conocía su rostro o su verdadero nombre, y quería saber qué tan en serio me tomaría en caso de que decidiera presionar para llevar nuestra amistad más allá. Fuera del plano virtual.

*«Y esa era una misión para los vengadores de Marvel».*

—Ya he conseguido los datos —anunció Alberto con tono triunfante, como si fuese la cosa más importante del mundo.

—Bien hecho, campeón —le respondí mientras me guardaba el móvil en el bolsillo y retomaba mi trabajo—. Ahora ponte a trabajar y deja de molestarme ¿vale?

—Y pensar que hace unos segundos parecías un ser humano normal —suspiró dramáticamente—. Supongo que esa cara de idiota solo está reservada para la chica de los mensajes.

—¿Qué cara de idiota? —Me volteé para verlo.

—Pero no niega que hay una chica enviándole mensajes... —sonrió el cabrón—. Interesante.



*Un mensaje puede ser más peligroso que una persecución en tacones.*

*Ruth*

*«Houston, tenemos un problema».*

Genial, y ahora me estoy robando las frases de Melina. Pero es que, en serio ¿cómo puedo estar emocionada por una cita con alguien que ni siquiera estará físicamente allí?

Tampoco es que sea la primera vez que nos ponemos de acuerdo para pillar algo en *Netflix* al mismo tiempo y comentarlo por mensajes, pero por alguna extraña razón esta vez se siente diferente.

*Yo: ¿Qué película de Bruce veremos ahora?*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Es una sorpresa.*

Para ponerle la cereza al pastel, ahora se ponía en plan misterioso. Pensaba en eso cuando sonó la extensión telefónica en mi oficina,

recordándome que debería estar trabajando, en lugar de pensar en tonterías.

—Tienes una llamada en la línea dos —dijo Flor con eficiencia, cortando la comunicación para dejarme vía libre para atender a quien quiera que se tratara de comunicar conmigo.

—Hola, buenos días... —saludé después de presionar el botón correspondiente para tomar la llamada.

—Hola Ruth, es Ceci —respondió una de mis amigas—. Tengo unas facturas del mes pasado que olvidé dejarte cuando te llevé la contabilidad, y necesito que las proceses. ¿Te importa si paso por tu oficina a dejarlas?

—Me importaría si dijeras que debo ir por ellas —me reí—. Todavía no he procesado tus cuentas, así que todavía tienes tiempo. Pero no puede pasar de hoy —le advertí.

—Estoy cerca de tu oficina —dijo Cecilia—. En unos minutos estaré ahí.

—Te espero entonces —dije antes de terminar la llamada.

Y en efecto, minutos después Cecilia llegó a mi oficina y se instaló a conversar con Flor en la recepción. El sonido de sus risas se escuchaba en mi oficina, haciendo difícil que me concentrara.

*«¿No será por la falta de sonido en tu móvil que no puedes concentrarte?»*

Sí, mi móvil se había quedado completamente silencioso después de que mi desconocido dijera que pretendía sorprenderme con una película. Pero no era como si yo le hubiese respondido. Negué con la cabeza y me levanté para de mi oficina, unirme a mis amigas quienes seguían riendo quién sabe de qué y evitar pensar demás en algo que probablemente no tenía importancia.

—¡Hola! —Chilló Ceci cuando me vio—. Juro que no sé dónde tengo la cabeza —dijo mientras revisaba su portafolios—. Pensé que te había entregado todas las facturas de agosto, y hoy encontré estas mientras archivaba

las cotizaciones para la boda de octubre.

—¿Quién se casa en octubre? —Preguntó Flor.

—Elena, la casera de Melina —respondió Cecilia—. Ella y su novio finalmente escogieron una fecha, y ya hemos puesto todo en marcha.

—A veces me impresiona lo rápido que puedes montar un circo de esos —admití—. Pero luego recuerdo que eres tú, y que podrías dejar organizado hasta tu propio funeral, y se me pasa.

—¿Quién lo diría después de todos estos años? —Se burló Cecilia en respuesta—. Ruth sí tiene sentido del humor.

—Ah, es que casi no lo usa —respondió Flor—. Cree que se le puede acabar.

—Par de idiotas —me reí al tiempo que tomaba una silla para sentarme con ellas.

En ese momento mi móvil sonó, haciendo que mis amigas se quedaran en silencio. Flor arqueó una ceja, esperando que saltara a responder como habitualmente lo hago, y Cecilia se cruzó de brazos esperando que alguien le explicara qué estaba pasando.

—¿Me perdí de algo? —Preguntó.

—Casi nada... —dijo Flor con una risita—. Solo que Ruth ha estado manteniendo una relación textual a nuestras espaldas durante meses.

—¡Óyeme, tampoco! —dije para defenderme.

—A ver... —respondió Flor fingiendo seriedad—. Empezaste a escribirte con este tío en julio, estamos en septiembre, así que técnicamente sí... tienes meses escribiéndote con él.

—Tengo que darle la razón a la Florecita —asintió Cecilia.

—Y nadie grabó eso —se quejó Flor—. Ahora ninguna de las muchachas me va a creer cuando se los cuente.

Mientras yo me reía de las ocurrencias de Flor, ella se encargó de

contarle su versión de los hechos a Cecilia. Es decir, se inventó una historia fantástica sobre un flechazo a primer mensaje, y la otra tonta se lo estaba comiendo completito.

Lo que nos llevó a lo que pasó después.

Ese par de taradas, a quienes estoy considerando desheredar como amigas, me persiguieron por toda la oficina, gritando y riendo, para arrebatarme mi móvil y ver mis mensajes. Yo opuse resistencia, pero ellas eran dos y... pues... me atraparon. Entonces, con Cecilia como su guardaespaldas, Flor procedió a desbloquear mi móvil y leer mis mensajes en voz alta sin disimular lo mucho que le divertía la situación.

—Si dejas de reírte mientras hablas, tal vez Ceci entienda lo que estás tratando de decir —resoplé bastante mosqueada por el abuso de mis amigas.

—¡Es que es demasiado gracioso! —Chilló Flor—. No puedo... —siguió carcajeándose mientras pretendía leer en voz alta mis mensajes.

—Pero ahora en serio... —se burló Cecilia—. ¿Capitán extraño? ¿Por qué no le preguntas su nombre y listo?

—Porque no quiero decirle el mío —admití—. ¿Te vale esa respuesta? Las cosas están bien así como están.

—Claro, teniendo citas de mentira —dijo Flor y Cecilia asintió dándole la razón.

—Puede que él no esté allí físicamente, pero esas citas son más reales que cualquiera que haya tenido antes —respondí molesta.

—Tú lo llamas Capitán Extraño —dijo Cecilia entonces—. ¿Con qué nombre te guardó él en su teléfono?

—Lady Hallmark —dije sonriendo.

—¿Este pobre individuo ya fue sometido a tu obsesión por las comedias románticas de ese canal? —Preguntó mi amiga con incredulidad—. No sé si preocuparme o llamarlo para darle un premio, la verdad.

—No te ofendas —añadió Flor—. Nosotras las vemos contigo porque te amamos... —explicó—. Y porque en el fondo también nos gustan, pero él no te conoce de nada y si las ha visto contigo es porque, probablemente, le gustan y quiera ganar puntos.

—Nosotros solo somos amigos —me defendí.

—Y hace unos meses Melina y Samuel se odiaban —respondió Cecilia—. O al menos eso decían ellos mismos.

—¿Te gusta este tío? —Preguntó Flor con el ceño fruncido.

—¡No! —Respondí automáticamente—. Sí... no sé... —admití—. Es fácil hablar con él ¿saben? Y me ha ayudado a superar a... —¿Qué estaba a punto de decir? ¿Qué me ha ayudado a superar a Ignacio? ¿De verdad iba a decir eso delante de Flor?

Ignacio me gustaba. Más de lo que debería. Y a pesar de que todo este tiempo lo había mantenido fuera de mi mente gracias a mi amigo de los textos, eso no quería decir que esos raros sentimientos por él hubiesen muerto.

—Es algo complicado, ¿está bien? —Dije en lugar de echarle más leña al fuego—. No estoy en un momento de mi vida en el que necesite algo complicado.

—Pero te gusta... —insistió Flor.

—Sí... —reconocí finalmente—. Él me gusta.

*«Sí, ahora es oficial. También me gusta Capitán Extraño».*

—Con más razón... —dijo Cecilia—. Tenemos que averiguar su nombre.

Y antes que pudiera evitarlo los dedos de mi amiga empezaron a moverse en mi móvil. Para luego pasárselo cual balón de fútbol americano a Flor, quien también hizo su aporte con los mensajes. Cuando logré arrebatárselo mi móvil el mal estaba hecho.

*Yo: ¿Cuándo me vas a decir tu verdadero nombre?*

Ese fue el primer mensaje que enviaron, seguido de los mensajes más absurdos que alguien pueda redactar mientras lo persiguen.



*Ignacio Salas es un perdedor.*

*O de cómo me convertí en delincuente por una extraña.*

*Ignacio*

Hace un par de días mi hermana me convenció de ver una película juvenil de *Netflix* con ella. Tras usar la comida como elemento de negociación, Flor hizo que me sentara en su sala, entrara en mi cuenta y presionara el botón para reproducir esa película sobre una chica con sobrepeso que se hace pasar por otra persona a través de mensajes de texto. Te estarás preguntando por qué menciono el tema, pero es que cuando mi móvil sonó alertándome sobre un mensaje de mi extraña favorita, no pude evitar verme a mí mismo en los zapatos de Sierra Burgess<sup>[58]</sup>.

**LADY HALLMARK:** *¿Cuándo me vas a decir tu verdadero nombre?*

No importaba cómo hayan empezado nuestras interacciones, si alguien le dio mi número o si Alberto le escribió mientras tuvo mi móvil. Al igual que el personaje de la película, no iba a decirle a esta chica quien era yo en realidad.

*«A menos que...»*

*Yo: ¿Cuándo me vas a decir el tuyo?*

*«No. Nada. Olvídate de tonterías, Ignacio Salas».*

No voy a decirle quién soy. Fin de la historia. Si Alberto le escribió a alguien desde mi teléfono mientras lo estuvo reparando, hay una alta probabilidad de que esa persona esté en este edificio ahora mismo. Si le revelo mi identidad, si le dejo ver mi cara, y resulta una empleada de la revista se complicarían mucho las cosas para mí.

**LADY HALLMARK:** *Ariel*

Fruncí el ceño cuando leí la respuesta, porque nunca había escuchado que a alguien le pusieran ese nombre en la vida real. Cuando mi hermana era niña bromeaba con cambiarse el suyo para llamarse como la sirenita<sup>[59]</sup>, pero eso es lo más cerca que he estado de escuchar o leer ese nombre en una situación que no incluya el clásico de Disney.

*Yo: ¿Eres pelirroja también?*

Segundos después apareció una nota de voz en la aplicación y al reproducirla se escuchaba el repiqueteo de lo que presumo son tacones, seguidos de chillidos femeninos.

*Yo: ¿Qué pasa?*

**LADY HALLMARK:** *Un par de amigas había secuestrado mi móvil.*

*Lo siento.*

**LADY HALLMARK:** *No tienes que responder nada si no quieres.*

**LADY HALLMARK:** *Y mi nombre, obviamente, no es Ariel.*

*Yo: ¿Sebastián, entonces?*

**LADY HALLMARK:** *Ya habíamos establecido que soy mujer.*

*Yo: Solo quería confirmar.*

**LADY HALLMARK:** *¿Tu nombre es Sebastián?*

*Yo: No.*

**LADY HALLMARK:** *Pues ya sé que no vives bajo el mar.*

*Yo: Muy graciosa.*

**LADY HALLMARK:** *Siempre.*

Había ganado algo de tiempo con Lady Hallmark, y no tendría que crearme una falsa identidad todavía ¿pero por cuanto tiempo duraría este indulto?

*¿Un día más? ¿Menos?*

*«No lo sabía. Pero tenía que pensar en algo, y rápido».*

Más tarde, mientras me acomodaba en mi cama para ver *Iron Man*<sup>[60]</sup> junto a Lady Hallmark llegó la respuesta a mi pregunta. Puede que sus amigas hayan enviado el mensaje demandando saber mi nombre, pero eso no significaba que ella no tuviera curiosidad. En honor a la verdad yo también quería saber con quién había estado intercambiando mensajes todo este tiempo pero temía que la burbuja en la que nos había metido, la que mantenía mis pensamientos sobre Ruth al margen, se fuera a romper y la realidad fuera diferente para nosotros.

Además, todavía no la había sometido a la prueba de fuego. La maratón de superhéroes. ¿Cómo podía saber que algo real pudiera funcionar entre nosotros?

**LADY HALLMARK:** *Siento mucho lo que pasó esta tarde.*

**LADY HALLMARK:** *Mis amigas no tenían ningún derecho a enviarte mensajes en mi nombre.*

*Yo: No hay problema.*

**LADY HALLMARK:** *Realmente no lo hicieron con mala intención.*

*Yo: Lo entiendo.*

**LADY HALLMARK:** *Pero es que ellas pueden resultar un poco...*

*Yo: ¿Curiosas?*

**LADY HALLMARK:** *Bastante. Pero iba a decir entrometidas.*

*Yo: ¿Y realmente no te importa saber mi nombre?*

**LADY HALLMARK:** *No.*

**LADY HALLMARK:** *Es decir, sí me gustaría saber. Pero no te voy a presionar.*

**LADY HALLMARK:** *Me lo dirás cuando tú quieras.*

*Yo: O cuando me digas el tuyo.*

**LADY HALLMARK:** *Puedes intentar adivinar mi nombre...*

*Yo: Soy muy malo para esos juegos.*

**LADY HALLMARK:** *Entonces puedo intentar adivinar el tuyo.*

*Yo: ¿Cómo sabrás si has acertado?*

**LADY HALLMARK:** *Tú me lo dirás.*

*Yo: Vas a perder.*

**LADY HALLMARK:** *¿Seguro? ¿Qué apuestas?*

*Yo: Un nuevo vaso térmico.*

*Yo: El que uso para llevar café al trabajo desapareció de mi oficina.*

**LADY HALLMARK:** *¿En serio?*

**LADY HALLMARK:** *¿Qué clase de psicópata se roba un vaso para café?*

*Yo: Ya ves... Compañeros vemos, criminales no sabemos.*

**LADY HALLMARK:** *Pobre niño.*

**LADY HALLMARK:** *Y sobre nuestra apuesta...*

**LADY HALLMARK:** *Hecho.*

Pero ella no empezó a enviar nombres inmediatamente. Ella esperó a que la película empezara, algo que nos sincronizamos para hacer a la vez. Pacientemente aguardó a que yo estuviera cómodo y sumergiéndome en la historia de cómo un millonario americano decidió dejar de producir armas de guerra para convertirse en superhéroe, para empezar a decirme cómo pensaba que me llamaba.

**LADY HALLMARK:** *¿De casualidad no te llamarás Tony?*

**LADY HALLMARK:** *Y todo este ardid para hacerme ver Iron Man fue para revelarme tu nombre.*

*Yo: No, mi nombre no es Tony.*

Unos minutos después, mientras veía a Robert Downey Jr. en pantalla construyendo el primer prototipo del traje para poder escapar de sus captores en el Medio Oriente, envió su siguiente intento de adivinar mi nombre.

**LADY HALLMARK:** *Yinsen. Tu nombre es Yinsen.*

*Yo: Estás loca.*

**LADY HALLMARK:** *Vale. Esa fue muy mala.*

**LADY HALLMARK:** *Pero apenas estoy calentando.*

La historia en la pantalla seguía su curso, y la conversación entre Lady Hallmark y yo dejó de ser solo un juego de adivinación, sino que se convirtió también en una charla muy activa sobre la trama de la película.

**LADY HALLMARK:** *Ese tal Obadiah me da mala espina.*

**LADY HALLMARK:** *Además ¿quién rayos le pone ese nombre a un hijo suyo?*

*Yo: Buen punto.*

**LADY HALLMARK:** *No será ese tu nombre ¿cierto?*

*Yo: Y buen intento.*

**LADY HALLMARK:** *Ahora, hablando en serio, ¿cómo puedo conseguir un J.A.R.V.I.S.?*

**LADY HALLMARK:** *¿Te imaginas lo mucho que me facilitaría la vida?*

*Yo: Ya mí.*

*Yo: Una pena que no vendan de esos en las tiendas de computación.*

**LADY HALLMARK:** *Algún día.*

**LADY HALLMARK:** *No pierdas la esperanza.*

Mientras Tony Stark hace pruebas con su armadura, Lady Hallmark hace bromas sobre los resultados. La verdad es que siempre que veo esta parte me descojono, porque el personaje es bastante arrogante sobre su inteligencia, pero cuando falla lo hace épicamente. Y mi acompañante en esta velada, siendo la romántica empedernida que me ha demostrado ser, no pudo evitar hacer apuntes sobre la química de Pepper y Tony.

*Yo: Iron Man no es una película romántica.*

**LADY HALLMARK:** *Oh, pero hay romance allí. Podría apostar.*

*Yo: ¿Así como apostaste que descubrirías mi nombre?*

**LADY HALLMARK:** *Confío en que ganaré ambas apuestas.*

*Yo: Esta vez me abstengo de apostar.*

**LADY HALLMARK:** *Porque sabes que tengo razón.*

*Yo: Es posible.*

**LADY HALLMARK:** *Por cierto...*

**LADY HALLMARK:** *¿Cuál es el nombre del agente Coulson?*

*Yo: No lo han dicho en esta película.*

**LADY HALLMARK:** *¿Sale en otras?*

*Yo: No negaré o confirmaré eso.*

**LADY HALLMARK:** *Eres de lo peor.*

**LADY HALLMARK:** *Seguro se llama como tú.*

*Yo: Negativo*

**LADY HALLMARK:** *No me voy a rendir tan fácil.*

*Yo: Tampoco yo.*

Para cuando empezaron a rodar en pantalla los créditos finales, Lady Hallmark estaba demandando ver la siguiente película de Iron Man para saber qué pasa con Tony Stark.

*Yo: ¿Para nuestra próxima cita?*

**LADY HALLMARK:** *Está bien, David.*

*Yo: ¿?*

**LADY HALLMARK:** *¿José?*

*Yo: ...*

**LADY HALLMARK:** *¡Matías!*

*Yo: Alberto.*

*Yo: Mi nombre es Alberto.*

Terminé sucumbiendo a la tentación, y como en esa película que recordaba más temprano adopté una identidad falsa que podría ayudarme a descubrir a la persona que se ocultaba detrás de los mensajes.

*«O terminaría metiéndome en problemas».*



*Tinder-Belle al desnudo.*

*Ruth*

*«Mi nombre es Alberto».*

Llegó el momento de hacer confesiones. No pensé que realmente fuera a adivinar su nombre. Mucho menos esperaba que el me lo dijera. No así. No tan pronto. Y ahora que tengo la información no sé qué hacer con ella, ¿cambiar su nombre en mi directorio? ¿Decirle mi verdadero nombre?

*«No, eso definitivamente no va a pasar aún».*

*Yo: Me gustaba más Capitán Extraño.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *A mí también.*

*Yo: Se me va a hacer muy extraño llamarte por tu nombre.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Y a mí seguirte llamando Lady Hallmark ahora que sabes mi nombre real.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Pero no tienes que decirme nada si no*

*quieres.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Solo tienes que hacerme llegar mi premio, ya que no adivinaste mi nombre.*

*Yo: No me dejaste hacerlo.*

*Yo: Estaba muy cerca.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Así que ahora dices mentiras...*

*Yo: Payaso.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *No es la primera vez que me llamas así.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Ahora siento que debería cambiar de profesión.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Y buscar trabajo en un circo.*

*Yo: Sí, ¿verdad?*

*Yo: Lo que me lleva a lo siguiente.*

*Yo: Siempre hablamos de tus corbatas para ir al trabajo, pero nunca te he preguntado a qué te dedicas.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Es cierto.*

*Yo: ¿Y bien?*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *En mis sueños soy piloto.*

*Yo: Bastante apropiado. Siempre andas en las nubes de todas formas.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Muy graciosa.*

*Yo: ¿Y en la vida real que haces?*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Algo aburrido.*

*Yo: ¿Limpiar los baños?*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *No necesito corbatas para limpiar baños.*

*Yo: En estos tiempos, ¿quién sabe?*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Tienes razón.*

*Yo: No lo olvides.*

*Yo: Pero todavía no me dices a qué te dedicas.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Soy el asistente de un administrativo.*

*Yo: ¿Secretario, entonces?*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Asistente.*

*Yo: ¿No es lo mismo?*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *¿Quién es la payasa ahora?*

Cuando terminaron de rodar los créditos en la pantalla empezó a reproducirse una nueva escena, captando mi atención, lo que hizo que pausara los mensajes por un momento. Fueron solo unos segundos, pero eso no detuvo a Alberto...

*«Se sentía tan raro llamarlo por su nombre».*

Eso no detuvo a Alberto de enviar un texto más.

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *No desconectes la aplicación. Hay una escena después de los créditos.*

*Yo: ¡Acabo de verla!*

*Yo: Gracias por proponer la película.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *¿De verdad te gustó?*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *¿O solo lo estás diciendo para no hacerme sentir mal?*

*Yo: Sí me gustó.*

*Yo: Y mucho.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Bien. Porque te toca elegir la próxima.*

*Yo: ¿Por qué solo vemos películas los miércoles?*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *No lo sé.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *No había pensado en eso.*

*Yo: Propongo que nuestra siguiente cita sea el viernes.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Estás asumiendo que no tengo nada que*

*hacer un viernes por la noche.*

*Yo: ¿Tienes algo que hacer el viernes por la noche?*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *No, pero igual.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Que lo asumas me hace sentir viejo y aburrido.*

*Yo: Si te sirve de consuelo, tampoco tengo planes.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Eso es porque tú si eres vieja y aburrida.*

*Yo: No soy vieja. Aburrida, es posible. Pero vieja no.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Pruébalo.*

Sintiéndome más valiente de lo normal, aunque la palabra atrevida describiría mejor el sentimiento, salí de *WhatsApp* y activé la cámara de mi móvil. Solo tenía puesta una camiseta de tirantes y unos calzoncillos de chico, que eran muy cómodos para usar como pijama. No llevaba sujetador, mi cabello era un desastre, pero aun así me paré frente al espejo para tomar una foto de mí misma. Luego la adjunté en un mensaje.

Entonces el móvil me mostró el panel de edición de imágenes, como si el aparato supiera que estaba a punto de cometer una locura, y en el último momento seleccioné la opción de recortar y eliminé mi cara de la imagen.

Antes de que fuera arrepentirme presioné el botón para enviar el mensaje, lancé el móvil a la cama y cerré los ojos. No tenía idea de lo que pretendía con la imagen, pero ya el daño estaba hecho. No podía retroceder el tiempo ni cancelar el envío.

*«Pero sí puedes decir que enviaste la foto por error, y pedirle que la ignore».*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Vaya...*

*Yo: ¡No abras la foto!*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Muy tarde.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Tienes pecas...*

*Yo: No hagas que esto se vuelva incómodo.*

*Yo: Por favor.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Me gustan.*

*Yo: Solo lo dices para que no me sienta ridícula por enviarte una foto.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *¿Sabes qué es ridículo?*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Este compañero de trabajo que pide permiso una vez a la semana para ir a depilarse las piernas.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Nótese que he dicho compañero.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Y no, lo que me parece ridículo no es que se depile.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Sino que escribe “cita médica” cuando todos en la oficina ya saben a lo que realmente va.*

*Yo: ¿Lo de la depilación es una indirecta, o algo por el estilo?*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *No me atrevería.*

*Yo: Bien. Un hombre que teme por su vida.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Tendrías que encontrarme para poder matarme.*

*Yo: No me subestimes.*

*Yo: Además, siempre puedo contratar a un profesional y que él se encargue de los detalles.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *A veces das miedo.*

Alberto dejó de escribir, y pensé que ese era el final de nuestra conversación por lo que empecé a prepararme para irme a dormir. Cerré la sesión de *Netflix*, apagué el televisor y busqué el cargador de mi móvil para tenerlo cerca de mi mesita de noche. Me lavé la cara y los dientes, y luego

apagué la luz del baño. De regreso en la cama tomé mi móvil para enviarle a Alberto un mensaje de despedida, pero en la barra de estado aparecía el mensaje *CAPITÁN EXTRAÑO está escribiendo un mensaje*, y se mantuvo allí por bastante rato.

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Espero que esto no te moleste ni te parezca atrevido...*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Además de inteligente y divertida, también me pareces sexy.*

*Yo: Gracias.*

Sonreí mirando la pantalla de mi móvil, totalmente segura de que me había sonrojado por el mensaje de Alberto, cuando apareció otro texto.

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Pero creo que recortaste la cara porque realmente eres una abuela con muy buen cuerpo.*

—Este tarado, ¿qué se ha creído? —Me pregunté, sin ocultar la gracia que me hacía lo que me había escrito, mientras le escribía una respuesta.

*Yo: Eres un idiota.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Un idiota que te ha dicho que eres sexy.*

*Yo: Entonces digamos que eres un idiota con buen gusto.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Buenas noches, abuela.*

*Yo: Que tengas dulces sueños, Alberto.*

El sueño no vino fácil a mí esa noche, y al día siguiente me desperté antes de que la alarma empezara a sonar. Me sentía cansada, y mi mente no

dejaba de darle vueltas a los mensajes de la noche anterior, a su nombre, a mi atrevimiento de mandarle una foto. En fin, que estaba hecha un desastre y no estaba segura de por dónde empezar a arreglar las cosas.

Me dispuse a preparar café porque, más que una bebida, hoy sería la clave de mi supervivencia; y mientras la cafetera hacía lo suyo fui por mi móvil para revisar mi correo electrónico y redes sociales.

Tardé unos veinte o treinta minutos eliminando mensajes publicitarios, invitaciones a juegos, etiquetas de fotos en las que no aparecía, y básicamente deshaciéndome de las burbujitas rojas encima de cada ícono en la pantalla principal del móvil indicando que tenía algo sin leer.

La cafetera chirrió en ese momento anunciando que mi café estaba listo, y mientras me servía la primera taza mi móvil sonó anunciando un nuevo mensaje de *WhatsApp*.

### **CAPITÁN EXTRAÑO:** *¿Cuál debería usar hoy?*

Adjunto a ese mensaje venía una foto en la que se vía parte de un torso masculino apenas cubierto por una camisa blanca entreabierta. Su piel era muy blanca, salpicada por una capa de vello muy fina que iniciaba en el ombligo y se perdía más allá de la cinturilla del pantalón. El pecho era amplio, sin resultar exagerado. Al menos no como el pecho de uno de esos fanáticos del gimnasio con los que he salido antes. Mientras que en su abdomen se asomaban los míticos cuadritos que hacen que una se vuelva tonta. Era un cuerpo normal, no un cuerpo forjado a base de ejercicio, pero hablaba de una persona que cuidaba su apariencia sin perder de vista las demás cosas de su vida.

*«También hablaba de alguien que no había tomado el sol en una buena temporada, porque era tan blanco como mis piernas».*

Alrededor de su cuello colgaba una corbata verde, mientras que una de sus manos sostenía una corbata gris. Fue entonces cuando entendí la pregunta. Se refería a las corbatas.

*Yo: Lo siento.*

*Yo: Tu blancura extrema no me dejaba concentrar.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Querrás decir mi impresionante físico.*

*Yo: Tu look de Edward Cullen<sup>[61]</sup>, definitivamente, es impresionante.*

*Yo: Me pregunto si también brillas al sol.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Voy a hacer de cuenta que no me llamaste Campanita.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Pero aún no respondes mi pregunta.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Verde o gris.*

*Yo: ¿De qué color son tus ojos?*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *¿Azules?*

*Yo: No estás seguro.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Sí, pero no entiendo porque eso es importante.*

*Yo: Gris entonces.*

*Yo: Y créeme, es importante.*

Pensé que ese sería el fin de nuestra conversación, por lo que me llevé la taza de café a los labios y empecé a saborear mi bebida, desde el vaporcito que desprendía la taza y que chocaba contra mi rostro hasta el aroma que inundaba mis sentidos, y que me arropaba como una mantita caliente. Cuando tomé el primer sorbo llegó un nuevo mensaje.

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Ahora voy a necesitar ayuda para escoger mi*

*ropa interior.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Hay una abuela sexy echándole un vistazo a la mercancía, y mejor le damos un buen show.*

El trago de café tomó la ruta equivocada, y en lugar de bajar a mi estómago se fue por mi nariz. Se me salieron las lágrimas y maldije entre dientes, pero aun así no podía dejar de reír.

*Yo: Estoy segura de que la abuela apreciará el detalle.*



*Parecía una buena idea.*

*Ignacio*

Después de nuestra cita para ver *Iron Man* el miércoles pasado, Lady Hallmark y yo escalamos a un nuevo nivel de nuestra relación. Sí, es cierto que todos los datos personales que le había dicho eran falsos, y sí, probablemente los de ella también, pero todo lo demás era real. Cada mensaje, cada sonrisa que me ha provocado y la forma en que mi pulso se acelera cuando veo en la barra de estado del *WhatsApp* que ella está escribiéndome. Hasta las fotos que habíamos estado compartiendo desde entonces. Esas también eran reales.

No se veían nuestras caras, pero cada día llegaba al menos una imagen nueva. Así había descubierto que Lady Hallmark tenía un póster de Archie<sup>[62]</sup> en su pared, por lo que sugerí que empezáramos a ver juntos la serie *Riverdale*<sup>[63]</sup> en *Netflix* el viernes por la noche. Ese viernes sobre el que

bromeamos y para el que ninguno de los dos tenía planes.

Los trece episodios de la primera temporada apenas nos duraron ese fin de semana, y ya para el domingo estábamos analizando nuestras opciones sobre qué ver luego. Obviamente terminamos con otra película de Iron Man, porque ella tenía curiosidad y a mí no me importaba verlas de nuevo.

El lunes cuando regresé a la oficina mi cerebro todavía no se había puesto al día con mi cuerpo, y estaba teniendo problemas para concentrarme en las hojas de cálculo que debía revisar. Quizás por eso me encontraba navegando cierta página de ventas por internet, buscando objetos al azar sin ninguna razón en específico.

Mi travesía empezó en la sección de vasos térmicos para reemplazar el que usaba para traer café al trabajo y que había perdido. Pero entonces empecé a ver figuras de acción, y fue inevitable que buscara a los personajes de *Riverdale* cuando los coleccionables de Funko<sup>[64]</sup> empezaron a aparecer entre los resultados. Fue entonces que se me ocurrió mi siguiente pregunta para *Lady Hallmark*.

*Yo: ¿Rubia como Betty, castaña como Verónica o pelirroja como Cheryl?*

**LADY HALLMARK:** *¿Qué clase de pregunta es esa?*

*Yo: Color de cabello, Lady Hallmark.*

*Yo: Es bastante simple.*

**LADY HALLMARK:** *No es tan simple.*

**LADY HALLMARK:** *No recuerdo de qué color es mi cabello natural, pero ahora lo llevo castaño. Más parecido al cabello de Kevin que al de Verónica.*

**LADY HALLMARK:** *Pero el sábado mientras veíamos la serie, me hice algo en las puntas y ahora están más claras.*

**LADY HALLMARK:** *Incluso más de lo que yo deseaba. Así que ahora también tengo un poco del color de cabello de Betty.*

*Yo: ...*

**LADY HALLMARK:** *Te dije que no era tan simple.*

*Yo: Pensaba que me ayudarías a elegir. Ahora no sé cuál comprar.*

Con ese último mensaje adjunté una captura de pantalla donde podían verse cada uno de los personajes de la serie convertidos en figuritas coleccionables.

**LADY HALLMARK:** *¡Por Dios!*

**LADY HALLMARK:** *¡Los necesito en mi vida!*

*Yo: Cuando los vi pensé en ti.*

*Yo: Y quise comprar uno.*

**LADY HALLMARK:** *¿Para regalármelo?*

*Yo: No.*

**LADY HALLMARK:** *Admítelo. Ibas a comprarme un regalo.*

*Yo: Está bien.*

*Yo: Sí, iba a comprarte un regalo.*

*Yo: Pero no sabría cómo hacértelo llegar.*

**LADY HALLMARK:** *¡Es cierto!*

**LADY HALLMARK:** *En todo este tiempo ni siquiera nos hemos preguntado de dónde somos.*

Entonces empezamos a dar pasos tentativos hacia lo desconocido. El primero fui yo, al decir exactamente en qué ciudad vivía, que por cosas del destino era la misma ciudad en que ella se encontraba. No dijimos más por un rato, como si nuestra confirmada cercanía estuviese alterando las cosas. Y en

cierto modo lo hacía.

**LADY HALLMARK:** *Se me ocurre que podríamos rentar un buzón de correos.*

**LADY HALLMARK:** *Así podrías enviarme regalos cuando quieras*  
*Yo: O tú podrías enviármelos a mí.*

**LADY HALLMARK:** *Claro, claro...*

Y mientras hablaba con esta mujer repentinamente Ruth se me vino a la mente. Tal vez fuera porque la complicidad que tenía con esta extraña me recordaba a lo que sentí las últimas veces que estuve con Ruth en la misma habitación. Sin embargo, mis pensamientos hacia ella eran cada vez menos. Especialmente ahora que mi hermana pasaba más tiempo con su novio que con las amigas, y que rara vez mencionaba a su jefa.

*«Bueno... eso tampoco es completamente cierto».*

Está bien. Flor si ha hablado de Ruth, pero prefiero hacerme el que no escuchó nada, al que no le importa nada. Porque ¿qué interés podría tener en que la mejor amiga de mi hermana haya conocido a alguien? Sé que Flor no lo dijo con mala intención. O tal vez sí. Tal vez tenía toda la intención de analizar mis reacciones sobre la noticia.

*«Con ella nunca se sabe».*

Pensar en Ruth, especialmente después de lo que había dicho mi hermana, hacía que mis emociones entraran en conflicto. Tenía ganas de gritar, de golpear algo, de ir y decirle lo que sentía; pero entonces recordaba que aunque hiciera todas esas cosas no iba a cambiar la forma en que ella me veía. El hermano de su amiga. Porque no había manera de que ella me tomara en serio como algo más.

Me obligué a sacar a Ruth, y todo lo que tenía que ver con ella, de mi

mente para concentrarme en mi conversación con Lady Hallmark sobre buzones y correspondencia.

*Yo: Nunca he utilizado esos buzones de correo.*

**LADY HALLMARK:** *Yo tampoco.*

**LADY HALLMARK:** *Pero dice que puedes colocar un seudónimo como destinatario junto a la dirección que te asignen, y eso es perfecto para nosotros.*

**LADY HALLMARK:** *Podemos ser solo Lady Hallmark y Capitán Extraño.*

**LADY HALLMARK:** *Sin nombres, sin direcciones, sin problemas.*

*Yo: Deberíamos probar.*

**LADY HALLMARK:** *Te envío el enlace de la página para que veas la información.*

Así fue como después de leer las instrucciones, llenar el perfil en la página de la compañía de correos y encomendarme a los guardianes de la galaxia, terminé configurando mi primer buzón.

*Yo: ¿Crees que esto sea una buena idea?*

**LADY HALLMARK:** *¡La mejor!*

Pero eso solo el tiempo iba a confirmarlo.



*Sintonía de amor, pero en la era de Internet.*

*Ruth*

Una semana después de que compartiera mi idea sobre los buzones de correo con Alberto llegó el primer regalo. Parecía un detalle tonto, incluso infantil, pero yo lo adoré. Era una pequeña figura de acción de Archie Andrews<sup>[65]</sup>, uno de los protagonistas de la serie que habíamos visto juntos en *Netflix*.

Ese mismo día, mientras intentaba encontrar algo apropiado para devolverle el gesto a Capitán Extraño, porque me costaba horrores llamarlo por su nombre, llegó Cecilia a mi oficina, acompañada de Belén y Laura, pidiendo ayuda para finiquitar los detalles de la boda que estaba ayudando a organizar.

Flor estaba mucho más dispuesta que yo a la hora de aportar ideas, pues mi mente parecía estar en cualquier sitio menos en la reunión con mis amigas, y a ninguna de las chicas les pasó el detalle desapercibido.

—Tierra llamando a Ruth —dijo Belén llamando mi atención, que hasta ahora había estado clavada en la pantalla de mi móvil—. ¿Nos copias?

—Propongo que le confisquemos el aparato ese, si queremos algún tipo de ayuda de su parte —sugirió Laura.

—Estúpidas... —murmuré entre dientes.

—Ahora que te tenemos de regreso... —sonrió Cecilia—. Dime qué te parece este esquema de colores para la decoración —pidió mientras alzaba una fotografía en la que se apreciaban algunos floreros con cristales negros y lavanda en el interior.

—¡Oye, eso se ve genial! —Respondí con sinceridad—. ¿Y qué flores van a utilizar?

—Tengo algunas sugerencias para Elena, pero quería que me ayudaran a reducir la lista —admitió Cecilia antes de mostrarnos el catálogo de flores de la temporada.

La conversación siguió su curso, con eventuales votaciones sobre detalles como los manteles a utilizar, la comida a servir y cosas por el estilo, pues los novios le habían dado libertad a Ceci para tomar decisiones sobre esos aspectos. Al parecer el estrés de la boda estaba afectando a Elena, y su futuro esposo quería aliviarle la carga en la medida de lo posible.

—Y yo no tengo problemas con eso —nos explicó Ceci luego—. Eso me hace sentir menos culpable por la cantidad de dinero que debo cobrarles cuando todo esté dicho y hecho.

—Pensé que ya les habías cobrado —dijo Flor frunciendo el ceño.

—Sí, una parte —admitió nuestra amiga—. Que generalmente invierto en reservar el salón para la recepción, contratar músicos, encargar la comida, y todo eso —explicó—. Hago una inversión personal para cubrir los gastos restantes, por lo que con el último pago recupero mi dinero, y obtengo mi ganancia.

—Podrías pedirle a Carolina que te eche una mano con los postres — sugirió Belén—. Si le pagas a ella, en lugar de contratar alguna pastelería, podrías reducir todavía más los gastos y sacar una ganancia más grande.

—Y nosotras podríamos ayudar con la logística —dijo Laura—. Así no tienes que pagarle a alguien más.

—¿No tendría que pagarle a ustedes? —Se burló Cecilia.

—Creo que hablo por todas cuando digo que con una invitación a la boda sería suficiente —Belén se encogió de hombros—. Y como seremos parte del personal, no necesitarás producir las tarjetas.

—Buen punto... —reconoció Ceci dándole la razón a Belén—. Están contratadas.

—¡Excelente! —Chilló Belén emocionada—. Las bodas son los mejores sitios para ligar, y si no consigo a alguien pronto voy a terminar con telarañas en los países bajos, como nuestra Florecita hace unos meses atrás.

—Idiota... —se carcajeó Flor mientras le golpeaba el brazo a Belén.

—Después de una gran sequía, viene la maratón sexual de acuerdo a Flor —dijo Laura encogiéndose de hombros—. Aunque en lo personal no me importaría empezar mi maratón de una vez.

—Esto es una conspiración —se quejó Flor.

—Culpa tuya —le recordé a mi amiga—. Ellas no eran así antes de conocerte.

—Es cierto —asintió Laura—. Éramos buenas, puras e inocentes —dijo haciéndonos reír a todas.

Estaba tan metida en la conversación con mis amigas que no noté que mi móvil había sonado, hasta que Belén señaló el aparato en mi mano.

—¿No vas a responder eso? —Preguntó.

—Disculpen... —dije levantándome de la silla en la que había estado sentada toda la mañana y caminé hacia la ventana para alejarme un poco de las

chicas.

—Debe estar mandándole fotos de su polla, si tiene que alejarse para responder —se burló Laura lo que hizo reír a mis amigas.

¿A mí? No tanto, pero si les decía eso terminarían argumentando que quizás no recibí la foto que quería, o que el pene no era como lo imaginaba. Con ellas estas conversaciones siempre terminan así.

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Sálvame, estoy aburrido.*

*Yo: No voy a sextear<sup>[66]</sup> contigo, lo siento.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Explícame cómo es que mi grito de ayuda fue una invitación a sextear.*

*Yo: ¿No lo fue?*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Claro que no. Pero ahora me pregunto cuántas veces has pensado en el asunto.*

*Yo: Por cierto...*

*Yo: Gracias por el regalo.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *De nada.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Pero estás evadiendo la pregunta.*

*Yo: Ni una sola vez.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *¡Eres una mentirosa!*

*Yo: ¿Golpe en el ego?*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Esos son preferibles a los golpes en la polla.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Pero en lo personal, prefiero las caricias.*

*Yo: ¡Idiota!*

—Esas fotos tienen que estar muy buenas —escuché decir a Flor—. Obvio que ninguna polla es más grande o fotogénica que la del encantador de serpientes, pero alguna gracia debe tener porque está embobada con ese

condenado móvil.

—Es bastante perturbador que siempre quieras estar hablando de la polla de tu novio, Florecita —le dije tratando de desviar su atención—. ¿Algún problema del que no nos estés hablando?

—¿Problema? —Negó con la cabeza. Tenía una sonrisa socarrona dibujada en la cara, una que no auguraba nada bueno, y un brillo malicioso en los ojos.

Pero no tuve demasiado tiempo de detallar otras señales de maldad en mi amiga, porque la alerta de mensajes volvió a sonar y *WhatsApp* se tragó mi atención como si fuera uno de esos agujeros negros en el espacio.

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Hablando en serio...*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Hoy estoy trabajando desde casa, pero ya terminé mis pendientes y ahora muero del aburrimiento.*

*Yo: ¿Qué tal una película?*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *¿Alguna sugerencia?*

*Yo: ¿Vas a ver lo que yo te diga?*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Por algo pedí la sugerencia...*

*Yo: Está bien...*

*Yo: Vas a abrir tu cuenta de Netflix, te vas hasta la sección de tendencias y ves la última película que aparezca listada en esa sección.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *¿No era más sencillo decirme un título?*

*Yo: ¿Y dónde queda lo divertido de descubrirlo por ti mismo?*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *No.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *No hay manera de que me hagas ver *The Breakfast Club*<sup>[67]</sup>.*

*Yo: ¿Esa fue la que te apareció?*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Sí, pero no voy a verla.*

*Yo: Tienes que hacerlo.*

*Yo: Lo prometiste.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Esto lo pagarás caro.*

Estaba a punto de responder cuando sentí que dos manos tiraban de mi cuerpo hacia atrás y alguien me arrancaba el móvil de las manos. La persona que vino por mí fue Flor, mientras que la que se apropió del aparato fue Belén.

—¡Ay, por Dios! —chilló ella emocionada—. ¡Ceci va a tener que hacer espacio en su agenda para otra boda!

—Me pido ser la madrina—dijo Laura—. Porque seguro en la de Melina no me toca, y en la de Flor mucho menos.

—¿Boda? —fue mi turno de chillar—. ¿Ustedes están locas?

—Más bodas, más oportunidades de ligar —dijo Belén encogiéndose de hombros—. No me cortes el rollo.

—Más trabajo para mí, y eso es algo de lo que no me verás quejándome —Cecilia se encogió de hombros.

—Además, tenerme a mí para organizarte la despedida de soltera debería ser excusa suficiente lanzarte al agua<sup>[68]</sup> —insistió Laura—. No todas pueden decir que tienen a la encargada de una *sex shop* como madrina de bodas.

—La madrina voy a ser yo, Laurita —aseguró Flor.

Mientras mis amigas discutían sobre los beneficios de tenerlas en el cortejo de un matrimonio que probablemente nunca iba a ocurrir, mi móvil volvió a sonar alertando la llegada de un nuevo mensaje y los chillidos de mi banda de locas favorita no se hicieron esperar.

—¡Otro mensaje! —chilló Laura.

—¡Léelo, léelo! —Pidió Flor y Belén, siempre dispuesta a seguirles la corriente con las locuras, obedeció.

—¿Qué va a ser entonces? —Leyó Bel—. ¿Tu nombre o una *selfie*<sup>[69]</sup>?

—¿Todavía no le has dicho tu nombre? —Preguntó Cecilia—. ¿No te dijo el suyo ya?

—Sí, pero no... —respondí como una tonta—. Es complicado.

—Dale un nombre —sugirió Laura con una sonrisa—. Si no estás segura de querer darle tu nombre real, entonces dile uno de los nuestros.

—Como en la película de Sierra Burgess —chilló Flor emocionada—. El otro día la estaba viendo y...

—Está bien, está bien... —dije para interrumpir a Flor—. Dale un nombre, pero no el mío. Si las cosas no se ponen raras entre nosotros, le digo mi nombre real —sugerí—. Pero si resulta ser uno de esos pervertidos de Internet, se lo dejo a ustedes.

—A estas alturas de la abstinencia, hasta uno de esos pervertidos que andan en internet me vale —dijo Belén mientras tecleaba en mi móvil—. Así que le daré mi nombre.

—Esto es como Sintonía de Amor<sup>[70]</sup> —suspiro Laura refiriéndose a una película que habíamos visto juntas millones de veces cuando estábamos en la universidad—. Pero en la era de Internet.

—¿De qué diablos hablas? —Me quejé—. Esto no se parece en nada a esa película.

—No me mates la ilusión ¿vale? —Insistió mi amiga—. Un día van a dejar el anonimato para tener una cita real, y será exactamente como en la película. Cuando se vean van a saber.

—¿Saber qué? —Rodé los ojos.

—Que ustedes son el uno para el otro —suspiró Laurita.

—O que es mi turno para ir tras él —contraatacó Belén—. Sea cual sea la respuesta, vas a saberla.



*Lo más*

*sencillo es complicarlo todo.*

*Ignacio*

Trabajar desde casa es algo que no hago con frecuencia, pero hoy no me apetecía verle la cara a Alberto mientras fingía ser él a través de mensajes de *WhatsApp*. Tal vez sea mi conciencia diciéndome que detenga este juego absurdo, pero hablar con esta chica es casi tan adictivo como el café. Si no tengo mi dosis diaria, no funciona.

Escribirle cuando terminé de enviar los reportes por correo al director de la revista fue un impulso. Hacer bromas con ella una necesidad. Lady Hallmark era la única persona, a pesar de no conocerla realmente, que sacaba a Ruth de mi mente aunque fuera por un rato. Ninguna de las mujeres con las que salí antes consiguió eso.

*«¿Qué es lo que la hace a ella tan especial?»*

Esa era una pregunta que me hacía con frecuencia, especialmente ahora

mientras observaba a Molly Ringwald<sup>[71]</sup> retándome a presionar el botón y reproducir la película que me recomendó Lady Hallmark. Pero todavía no tenía la respuesta. Lo que sí tenía era un mensaje para la mujer que se decidió a probar los alcances de mi certificado de masculinidad.

*Yo: Esto lo pagarás caro.*

Sin embargo no estaba de ánimos para seguir su sugerencia, así que busqué algo más en el catálogo de opciones. Fue así como descubrí que habían añadido a los Inhumanos<sup>[72]</sup> del universo Marvel, y sin pensarlo dos veces apreté el botón para reproducir el primer episodio.

—Luego veo la película —dije en voz alta, aunque no había nadie para escucharme.

Mientras las escenas iniciales aparecían en pantalla tomé mi móvil. Quizás movido por un nuevo impulso, o tal vez por un ataque de locura. Fue muy fácil enviarle ese mensaje. Casi tan fácil como usualmente era complicarlo todo. Un mínimo detalle. Una palabra, un gesto... eso era todo lo que bastaba para mandarlo todo a la mierda. Solo esperaba no haber abierto una puerta que luego no pudiera cerrar.

*Yo: ¿Qué va a ser entonces?*

*Yo: ¿Tu nombre o una selfie?*

Casi esperaba que no respondiera. Al menos no mientras veía a *Black Bolt*<sup>[73]</sup> y Medusa<sup>[74]</sup> siendo interrumpidos por una llamada mientras tenían sexo, algo que creí solo le pasaba a los idiotas como yo. Pero por lo visto los personajes de Marvel también han sido víctimas del móvil. Sin embargo ese fue el momento en el que llegó un nuevo mensaje a *WhatsApp*.

—Esto no me lo esperaba —me dije a mi mismo mientras leía.

**LADY HALLMARK:** *No soy nada fotogénica.*

**LADY HALLMARK:** *Y mi nombre es Belén.*

No le respondí de inmediato, así como tampoco presté demasiada atención al episodio que estaba mirando. A pesar del ritmo que estaba tomando la historia gracias a las conspiraciones de Maximus<sup>[75]</sup>, mi mente todavía no se había despegado del móvil y tampoco había parado de repetir una y otra vez su último mensaje.

*«Mi nombre es Belén».*

—¿Por qué ese nombre me parece familiar? —Me pregunté.

Pero mi banco de memoria estaba totalmente vacío. Y seguía sin tener idea de dónde recordaba el nombre más tarde cuando finalizó el primer episodio y el segundo comenzó.



La

*abuela sexy ataca de nuevo*

*Ruth*

Después del mensaje que envió Belén, revelando mi supuesta identidad, mi móvil se quedó en silencio. Estaba tan quieto que hasta temí que se hubiese quedado sin cobertura o que, del maltrato que sufrió mi pobre móvil, haya muerto. Pero no, nada de eso había pasado. Alberto se había quedado callado.

*«O tal vez solo se quedó dormido viendo *The Breakfast Club*».*

A mitad de la tarde el novio de Flor vino a buscarla, dejándome sola con mis pensamientos. Entonces me dije que no le hacía daño a nadie si me iba temprano a casa yo también, y así lo hice.

De camino a mi casa no dejaba de darle vueltas a algo que las muchachas habían dicho. Que un día Alberto iba a querer dejar los mensajes atrás, e iba querer interactuar conmigo. No con el alter ego que me había creado, sino con la persona real.

Esa posibilidad me emocionaba y me asustaba a partes iguales. Como de

costumbre mi cerebro empezaba a mostrarme las posibilidades, como si se tratara de las escenas de una película, y en algún punto de la trama Ignacio aparecía en mis pensamientos. Era algo tan ridículo que ya empezaba a ser gracioso.

*«Solo que mi dilema existencial no era algo para reírse».*

Más tarde en mi habitación, cansada del silencio, decidí escribirle un par de líneas a Alberto por *WhatsApp*.

*Yo: ¿Los ratones te comieron los dedos?*

*Yo: ¿O la película es tan buena que ya no sabes qué hacer con tu vida?*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Si los ratones se van a comer algo, que empiecen por mis ojos.*

*Yo: The Breakfast Club no es tan mala...*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Ese es el menor de mis problemas.*

*Yo: ¿Qué pasó?*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Estaba viendo televisión cuando recordé que debía ir por comida al supermercado.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Así que pausé el episodio...*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *No estaba viendo tu película, lo siento.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Y salí a hacer las compras.*

*Yo: Todavía no veo el problema.*

*Yo: Salvo que despreciaras mi sugerencia, luego de que amablemente te dijera mi nombre.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *No estaba de humor para otra película de adolescentes.*

*Yo: ¿Mal día?*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Mal día, mal mes, mal año... tú escoge.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *En fin...*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Entré al supermercado y ahí estaba mi ex.*

*Yo: Oh...*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Probé mis mejores maniobras para evitarla.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Pero terminé chocando con una abuela en el pasillo de los cereales.*

*Yo: Tengo un mal presentimiento sobre esto.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Ella cayó el piso en un ángulo antinatural.*

*Yo: Pobre abuela.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Con las piernas al aire...*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Mientras usaba falda...*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Sin ropa interior.*

*Yo: ¡Mierda!*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *¿Cómo hago para borrar eso de mi cerebro?*

*Yo: ¿Un golpe muy fuerte? He visto películas donde lo demuestran.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Ahora imagino a todas las abuelas caminando por allí sin ropa interior.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *¡Es horrible!*

*Yo: ¿Al menos era una abuela sexy?*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Ninguna como tú.*

Alberto y yo pasamos un rato más hablando de sus aventuras en el supermercado, así como de su repentina gerontofobia<sup>[76]</sup>, para luego volver al tema de la película. Sentí mucha curiosidad después que dijera que no estaba de humor para películas de adolescentes cuando, de nosotros dos, él es quien generalmente está de mejor ánimo.

*Yo: ¿Qué te tenía de mal humor?*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *No estaba de mal humor.*

*Yo: Pero has dicho que no estabas de ánimo para dramas adolescentes...*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *No es lo mismo.*

*Yo: Explicame.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Es complicado.*

*Yo: ¿Qué no lo es?*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Buen punto.*

*Yo: ¿Recuerdas cómo empezó todo esto?*

*Yo: Te leo, tú me lees...*

*Yo: Sin juzgar, sin reprochar.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Hay una chica que me gusta.*

Y en ese momento sentí como si me hubiesen dado un golpe en el estómago, dejándome sin aire. ¿Estaba hablando de mí? ¿De alguien más? ¿Acaso estaba celosa? ¿Cómo era posible sentirse territorial por un hombre al que apenas conocía? O mejor dicho, al que ni siquiera conocía. Mi cerebro iba a mil por hora, y ni siquiera se había detenido a leer el resto de los mensajes que estaba enviando.

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Siempre me he sentido ligeramente atraído por ella.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Bueno, bastante atraído por ella.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Si voy a contarlo, mejor que sea toda la historia.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Pero esa atracción estaba jodiéndome el cerebro en maneras que no puedo explicar con palabras.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *La he conocido por años.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Es inteligente, divertida, hermosa...*

*Yo: Algo malo debe tener. Es imposible que sea perfecta.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Para mí lo es.*

*Yo: No estamos hablando de tu ex, ¿cierto?*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Mi ex fue un intento por tratar de olvidar a esta chica.*

*Yo: Grave error.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Dime algo que no sepa.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Es un error que todavía estoy pagando.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Literalmente. En el banco todavía deben reírse de mí, y han pasado meses desde que nos dejamos.*

*Yo: ¿Son amigos?*

*Yo: Esta chica y tú.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Es lo único que puede haber entre nosotros.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Y a veces pienso que hasta eso es una mala idea.*

*Yo: ¿Entonces?*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *La evito.*

*Yo: Tipo inteligente.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Cuando la tenía cerca en lo único que pensaba era en besarla.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Mi cuerpo parecía estar sufriendo una sobredosis de Viagra<sup>[77]</sup>, o algo por el estilo.*

*Yo: Noto que hablas en pasado...*

*Yo: ¿Y ahora?*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Lo mismo de siempre.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Me di cuenta de que pensar en ella no me dejaría nada más que un par de bolas azules<sup>[78]</sup>.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Así que decidí darme un tiempo para desintoxicarme de su influencia sobre mí.*

*Yo: También podrías salir con ella.*

*Yo: Tener sexo.*

*Yo: Y superar el enamoramiento que tienes con esta chica.*

*Yo: Probablemente ni siquiera sea buena en la cama.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *¿Por qué lo dices?*

*Yo: Algún defecto debe tener, y dices que no le has visto ninguno.*

*Yo: La conoces desde hace años, pero nunca has tenido sexo con ella.*

*Yo: Probablemente allí esté el problema.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *¿En que no he tenido sexo con ella?*

*Yo: Oye, no he visto tu cara pero de cuerpo no estás tan mal.*

*Yo: Eres inteligente, divertido, y resultas buena compañía incluso a través de mensajes.*

*Yo: Esta tía tiene que estar loca para, al menos, no aceptar salir contigo en una cita.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Nunca la invité a salir.*

*Yo: Entonces no eres tan inteligente como yo pensaba.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *No lo entiendes...*

*Yo: Oh, pero sí lo entiendo.*

*Yo: Yo sé lo que es desear a alguien que parece imposible.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Cuéntame más...*

*Yo: Vamos a necesitar un trago para continuar esta charla.*

*Yo: Y mañana trabajamos.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *¿Qué propones?*

*Yo: Retomar este hilo el fin de semana.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *¿Y mientras tanto?*

*Yo: Me cuentas qué película viste, así puedo verla yo también.*

Así fue como terminé viendo a una banda de personas, con poderes extraños, que viven en la luna. Y todo estaba bien en el universo hasta que apareció en pantalla uno de los actores, cuyo rostro me recordaba demasiado a la persona de la que acababa de hablar.

—Ahora resulta que eres como *Beetlejuice*<sup>[79]</sup> —me quejé mirando la pantalla del televisor—. Si te nombran tres veces, apareces.

«*Ese no es Ignacio, estúpida*».

—Quizás no... —suspiré resignada—. Pero el efecto es el mismo.



*¿Por*

*qué los móviles no tienen protección anti-borrachos?*

*Ignacio*

**LADY HALLMARK:** *No puedo creer que ya sea viernes.*

**LADY HALLMARK:** *¿A dónde diablos se fue mi semana?*

*Yo: Dímelo a mí.*

Aparté mi móvil a un lado y volví a concentrar mi atención en la pantalla del ordenador. Tenía horas tratando de optimizar un esquema organizacional para un nuevo cliente cuando se abrió la puerta de mi habitación y entró mi abuela con una cesta.

*«Sí, hoy estoy trabajando desde la casa otra vez».*

—Abuela, yo sé que es tu casa —le digo—. ¿Pero es muy difícil tocar antes de entrar?

—No tienes nada que no haya visto antes, José Ignacio —respondió ella con un tono que dejaba muy claro que no la importaba en lo absoluto mi queja.

—¿Y si estuviese con alguien?

—Yo estaría haciendo una fiesta —dijo mi abuela rodando los ojos—. Hombre, mujer... ya me da lo mismo, hijo —se encogió de hombros—. Hace meses que lo único que haces es ir de la casa al trabajo, y de regreso. Encerrarte a ver televisión y salir a comer cuando se te dice. Eso no es vida.

—Pues esa es mi vida, *abue* —respondí imitando su gesto de encogerse de hombros.

—Hasta la cabeza loca de tu hermana se encontró un buen muchacho —insistió—. ¿Cuándo vas a hacer lo mismo?

—Si con hacer lo mismo te refieres a dejarme arrestar, no tengo planes para eso en los próximos días —me burlé y sonriendo ella caminó hasta mi cama, donde se sentó—. Y por lo de conseguirme un buen muchacho, todavía prefiero que sean mujeres. Muchas gracias.

—No tiene nada de malo... —me dijo mientras se reía—. Ya sabes... que te gusten los hombres.

—Ya sé que no tiene nada de malo —reí yo también.

—A veces me pregunto cuánto tiempo vas a esperar antes de decirle a esta amiga de tu hermana que estás enamorado de ella... —murmuró en voz baja, poniéndose de pie y alejándose hacia la pila de ropa sucia en el otro extremo de mi habitación.

—¿Qué has dicho?

—Me escuchaste perfectamente, muchachito —mi abuela se volteó para responderme con una ceja arqueada y esa actitud de *¿a quién crees que engañas?* de la que Flor se ha contagiado desde que vive aquí.

—Hubiese preferido no escucharte —admití.

—¿Y eso es exactamente por qué? —Me preguntó mientras echaba mis camisetas en su cesta—. Por cierto, te toca con la ropa interior. No quiero encontrar sorpresas.

—Deja eso, yo puedo hacerlo el fin de semana —le dije, aunque la frase sonó como la queja de un niño pequeño.

—Si no me das algo qué hacer, me voy a morir del aburrimiento —se quejó ella de vuelta—. A veces extraño cuando tu hermana y tú eran más jóvenes, y dejaban todo tirado por todas partes —se carcajeó.

—¡Pero siempre te quejabas de nuestro desorden! —Me reí en respuesta.

—Lo sé —se carcajeó—. Pero nunca me faltaba algo de qué ocuparme —se encogió de hombros como si la respuesta fuera obvia—. Cuando llegué de viaje y vi la casa en orden, los platos y la ropa limpia... me sentí inútil, como si no les hiciera falta.

—Si te dejas desorden y platos sucios cada día ¿volveré a ser tu nieto favorito?

—Sí, pero no le digas a tu hermana —dijo sonriente.

—Seguro que a ella le has dicho lo mismo —le respondí riendo—. Eres una tramposa.

—A veces hay que hacer trampa, *mijo* —mi abuela se encogió de hombros después de soltar esa frase, y por alguna razón me pareció que ya no estábamos hablando de la absurda competencia que Flor y yo emprendimos en la niñez para convertirnos en el favorito de la abuela.

—Y no creas que no me doy cuenta de que estás evitando mi pregunta.

—Abuela... Ruth y yo... —negué con la cabeza—. Es complicado.

—¿Y quién te digo que las cosas que valen la pena en la vida son fáciles? —Me preguntó—. ¿Acaso crees que mis cincuenta y tantos años de matrimonio con tu abuelo fueron un paseo en el parque? Solo para que sepas, ese viejo era tan terco como tú... y a mí me ha gustado discutir de toda la vida, así que ni creas que fue fácil.

—Se veía fácil... —admití.

—Porque eras un niño y solo te veíamos en las vacaciones —recordó—. Pero si hubiese sido de otra forma, no nos habríamos divertido tanto, *mijo*.

—Conocí a alguien más —le confesé—. Con ella es muy fácil hablar... ser yo mismo... —admití, aunque era irónico que me sintiera así con Belén, cuando lo único que he hecho desde el momento en que le di mi nombre falso es mentir.

— Mientras seas feliz, ¿qué más da si es con esta o con la otra? —se encogió de hombros.

Cuando terminó de recoger lo que ella consideraba una cantidad suficiente de camisetas sucias, mi abuela se acercó a mí, me dio un beso en la mejilla y empezó a caminar hacia la puerta.

—Hazme caso.... —dijo antes de desaparecer completamente—. Invita a salir a esa muchacha.

—Como si fuera tan fácil... —dije para mí mismo cuando me quedé solo.

Tomé mi móvil necesitando distraerme, no solo de mi patético intento por terminar el esquema organizacional de mi cliente sino también de lo que mi abuela me había dicho.

*Yo: Me gané un sermón por tu culpa.*

**LADY HALLMARK:** *¿Mi culpa?*

**LADY HALLMARK:** *¡Claro! Ahora llegarás con un ojo negro y dirás que fui yo que te golpeé.*

*Yo: Tomo nota para usarlo luego.*

*Yo: Pero es cierto...*

*Yo: Le hablé de ti a alguien, y me gané un regaño.*

**LADY HALLMARK:** *Entonces... ¿dijiste mentiras sobre mí y te descubrieron?*

*Yo: Nunca miento.*

**LADY HALLMARK:** *Querrás decir que nunca te han atrapado diciendo mentiras.*

*Yo: Eso también.*

*Yo: El caso es que mi abuela me preguntó por qué no invitaba a salir a la chica de la que te hablé el otro día.*

*Yo: Y le dije que había conocido a alguien más.*

**LADY HALLMARK:** *Es decir, engañaste a una dulce ancianita.*

*Yo: No he dicho que mi abuela fuera dulce.*

**LADY HALLMARK:** *Admite de una vez que le mentiste.*

**LADY HALLMARK:** *Todavía no me conoces. No en persona, al menos.*

*Yo: Es cierto, pero ella no sabe ese detalle.*

**LADY HALLMARK:** *¿Me usaste para que tu abuela no te obligara a tener una cita con la otra mujer?*

*Yo: Algo así.*

**LADY HALLMARK:** *Debería darte vergüenza...*

*Yo: Tienes razón.*

**LADY HALLMARK:** *Y deberías regalarme algo para compensarme por el daño emocional que me causan tus mentiras.*

**LADY HALLMARK:** *Con un chocolate bastará.*

*Yo: Está bien.*

**LADY HALLMARK:** *No te sientas presionado, pero puedes dejarlo cuando recojas lo que te dejé en tu buzón \*guiño\**

*Yo: ¿Dejaste algo para mí?*

**LADY HALLMARK:** *Es una tontería.*

*Yo: Eso ya lo veremos.*

Pero no fue sino hasta el final de la tarde que salí de casa y pasé por la oficina de correos. Y como llevaba diez mil cosas en la cabeza, olvidé dejar

el chocolate para Belén cuando recogí mi paquete.

La caja no era pesada, y por un momento llegué a pensar que estaba vacía. Pero cuando la agitaba se escuchaba algo dentro, así que decidí esperar para descubrir de qué se trataba.

En mi camino de regreso recibí un mensaje de Alberto para encontrarnos en el bar de siempre y ponernos al día con la semana en la oficina, cosa que no hubiese sido necesaria si hubiese ido personalmente. Acepté y emprendí el camino. Minutos después entraba al bar y caminaba hacia nuestro sitio habitual en la barra, mientras le hacía señas a la chica que estaba atendiendo para que me sirviera una cerveza.

Apenas me senté supe que algo no estaba bien. Alberto tenía cara de tener bastante rato en el bar, y en lugar de cerveza estaba tomando whisky.

—¿Todo bien? —Pregunté como el imbécil que soy, pero no sabía qué más decir.

Cuando hablamos por teléfono Alberto parecía ser el mismo de siempre, pero al parecer mi compañero resultó tan buen actor como yo.

—Hoy no, pero probablemente en unos días todo vuelve a estar bien —suspiró dejando caer su cabeza contra sus brazos apoyados en la barra.

—¿Qué fue lo que pasó? —dije al mismo tiempo que me entregaban mi cerveza.

—Lo de siempre, jefe —Alberto negó con la cabeza—. Ella se cansó, quiso algo más y cuando no se lo di, se fue —se rio con amargura—. Es la misma historia, una y otra vez.

—No me parece —le respondí—. No te había visto así antes.

—Ah, pero eso es porque, a pesar de ser igual, esta vez se sentía diferente —me dijo con una sonrisa de borracho que me dejaba ver qué tan jodido estaba.

Le di el primer sorbo a mi cerveza, y me le quedé mirando. Se veía tan

miserable que me hacía sentir peor de lo que ya estaba respecto a suplantar su identidad. Tenía que sincerarme con él, y por los vientos que soplaban esta noche habría suficiente licor como para hacerlo.

—Ya sé que no somos amigos, pero hoy necesitaba uno —se encogió de hombros malinterpretando mi silencio—. Y te ha tocado a ti.

—Está bien... —respondí, también encogiéndome de hombros—. Tú también has tenido que lidiar con mis cosas. Es lo justo... —admití—. Solo que vamos a necesitar algo más fuerte que cerveza para encontrarle solución a tu problema.

—Yo ya dejé las bebidas para niños, y pedí algo para gente grande —se burló de mí—. Aunque voy a tener que pedir otro trago, porque este se acabó —dijo y procedió a vaciar los restos de su trago y hacer señas para que le dieran uno nuevo—. Y sobre encontrarle solución al problema... no creo que avancemos mucho en ese aspecto.

—¿Por qué lo dices?

—Porque yo voy a seguir siendo yo, y ninguna de las mujeres con las que salgo va a querer lo que queda cuando la máscara se cae y las luces se apagan.

Alberto ya se estaba poniendo filosófico. Con el ceño fruncido le di un trago largo a mi cerveza, y luego hice señas para que me sirvieran lo mismo que a mi compañero. Nunca había sentido curiosidad por conocerlo fuera de la oficina, salvo estas reuniones ocasionales para despejarnos y hablar tonterías que no tuvieran que ver con el trabajo. Él había intervenido en mi vida personal, es cierto, pero solo porque yo no pude mantener mi boca cerrada y terminé contándole todo lo que tenía en mente. Alberto solo me dio un consejo. Uno muy malo, es verdad, pero un consejo al fin y al cabo. Sin embargo, ahora que pensaba en eso, nunca me había interesado en preguntar por lo que hacía cuando dejaba la oficina, si tenía familia, mascotas, deudas con la mafia...

nada, nunca le había preguntado nada.

—No entiendo lo que quieres decir —admití finalmente.

—Cuando estés tan ebrio como yo, compañero, y te cuente los detalles de mi sórdida historia, vas a comprenderlo todo —prometió, y supe de inmediato que esta idea era tan mala como todas las demás ideas de Alberto. Pero le hice caso de todas formas. Exactamente igual que la última vez.

Después de mi primer trago de whisky de la noche, las cosas empezaron a ponerse muy locas en el bar. O quizás fue después del tercero, cuando recordé el chocolate que debía dejar para Belén en el buzón de correo. Aunque probablemente fuera después del quinto, cuando Alberto empezó a quejarse de lo opresiva que era su familia, arrebatándole el derecho a decidir cosas tan elementales como qué estudiar, en qué trabajar o a quién llevarse a la cama.

Eso me pareció bastante raro en su momento, pero después de otros dos tragos no era tan extraño. Especialmente si consideraba lo que él dijo entonces, que su familia tenía mucho dinero, además de algún tipo de nexo con la realeza, y que tenía una prometida desde incluso antes de nacer. Gente rara, ya te digo.

Algunos tragos después ya estábamos haciendo bromas sobre si debía o no llevar una corona a la oficina, y de cómo tendría que darle el número de la mujer con la que había estado intercambiando mensajes usando su nombre.

—Tenía que regalarle un chocolate —me reí—. Pero se me olvidó, y ahora estoy borracho.

—Y mañana tendremos una resaca épica —se carcajeó Alberto en respuesta.

—Sí...—asentí, y el eje de la tierra cambió de posición porque todo empezó a darme vueltas.

—Deberías escribirle... —sugirió Alberto, y puedes tener una idea de

qué tan borracho estaba, porque me pareció una buena idea.

—Voy... —anuncié sacándome el móvil del bolsillo del pantalón.

Tardé más de lo habitual en encontrar la aplicación correcta, y las letras del teclado virtual empezaron a danzar ante mis ojos cuando intenté escribir mi primer mensaje.

—Déjale una nota de voz —fue la maravillosa idea de mi nuevo amigo. Porque supongo que, después de tantas confesiones y tantos tragos, podía llamarlo así.

—¿Y si descubre quién soy? —Dudé por un momento.

—Entonces tú me dices que decir, y yo le dejo el mensaje —propuso él.

Y todo volvía a parecerse a esa estúpida película que vi con mi hermana, solo que en lugar de hacer una video llamada nosotros dejaríamos notas de voz.

—Está bien... —asentí—. Dile que sientes haberte olvidado de su chocolate.

Alberto procedió a dejar la nota de voz, y nos tomó tres intentos antes de que lo hiciéramos correctamente. Poco después llegó la respuesta de Belén, pero ella no hizo lo mismo que nosotros. Ella no habló, así que tuvimos que usar una aplicación para que nos leyera el mensaje.

—*Es la primera vez que te escucho* —dijo la voz computarizada del programa—. *Tu voz no es como la imaginé.*

Luego llegó otro mensaje, que igualmente fue leído por la aplicación.

—*Tengo una idea de cómo puedes compensarme.*

—¿Sí? —Preguntó Alberto en la siguiente nota de voz—. ¿Cómo?

—*Ser mi acompañante en una boda a la que estoy invitada.*

Pero antes de que pudiera detener a Alberto de cometer una locura, el imbécil tomó el control del teléfono, presionó el botón de grabación y le dijo:

—Allí estaré.

¿Recuerdan nuestra incipiente amistad? Pues ha muerto esta mañana después de que escuchara los mensajes, que fueron bastante más de los que recordaba. Del mismo modo en que creo que murieron mi hígado y una buena cantidad de mis neuronas.

Ahora estoy en mi casa con el dolor de cabeza más épico de la historia, escuchando todas las notas de voz que enviamos, maldiciendo al universo por dejar que me rodee de personas como Alberto, que ahora está durmiendo en el sofá mientras yo preparo café, para que me compartan sus patéticas ideas, y preguntándome ¿por qué coño los móviles no tienen protección anti-borrachos?



*Al*

*menos conseguiste una cita.*

*Ruth*

El viernes invité a mis amigas a casa, para tener una noche de chicas, pero solo vinieron Lorena, Belén y Laura. Carolina y Cecilia estaban revisando el menú para la boda de Elena, Melina nunca respondió mi mensaje y Flor estaba en una cita con el encantador de serpientes. Sus palabras, no las mías.

Nuestro encuentro empezó como muchos otros. Pedimos comida por teléfono, abrimos un par de botellas de vino para ponernos al día con los chismes y buscamos una película con el macizo de turno. Tardamos en ponernos de acuerdo, porque no sabíamos si ver una peli con Chris Pine<sup>[80]</sup> o una con Henry Cavill<sup>[81]</sup>. Al final terminamos poniendo los primeros episodios de Vikingos<sup>[82]</sup>, porque... bueno... Travis Fimmel<sup>[83]</sup>.

Sobre la mitad del primer episodio Laura se quedó dormida mientras

Lorena nos contaba cómo había logrado convencer al cuñado de Flor para que fuera su acompañante para la boda de Elena, la casera de Melina. Poco después, cuando empezaba el segundo, Lorena fue ella la que se le unió a Lau en los brazos de Morfeo. Solo quedábamos Belén y yo en pie como dos guerreras, vigilantes y atentas... en caso de que Travis saliera en paños menores. Ese era nuestro chiste en esos momentos, pero no fue nuestro vikingo desnudo lo que hizo acto de presencia sino un mensaje de Alberto. Y sorprendentemente no fue un texto o una foto, algo a lo que ya me estaba acostumbrando, sino una nota de voz.

—¡Reprodúcela, tonta! —Chilló mi amiga—. ¡Ya quiero escuchar!

Yo también quería escuchar, pero a la vez me daba miedo. Sin embargo le hice caso a Belén y presioné el botón para reproducir la nota de voz.

—*Lamento mucho haberme olvidado de tu chocolate...* —decía la voz, y había algo en la forma en que dijo esas palabras que me hizo fruncir el ceño.

—¿De qué chocolate habla? —Quiso saber Belén.

—Es una broma que le hice más temprano... —le conté a mi amiga—. Al parecer me usó de excusa para no invitar a salir con alguien más.

—¿Dijo que eran novios, o algo por el estilo? —preguntó ella—. Reprodúcela de nuevo —pidió—. Creo que tu amigo está ebrio y eso me acaba de dar una idea.

Antes de volver a reproducir la nota de voz, respondí su mensaje con un texto.

*Yo: Es la primera vez que te escucho. Tu voz no es como la imaginé.*

Entonces presioné el botón de reproducir. En parte para complacer a mi amiga, pero también porque deseaba escuchar una vez más la voz tras los mensajes que he estado recibiendo por meses.

—Esa voz se me hace conocida —dijo Belén, y eso me hizo fruncir el ceño—. Creo que del bar en el que trabajo —se encogió de hombros—. Deberías decirle que vaya como tu acompañante a la boda —sugirió mi amiga.

—Tienes razón, debería decirle —asentí.

*Yo: Tengo una idea de cómo puedes compensarme.*

Pocos segundos llegó una nueva nota de voz:

—¿Sí? —Preguntó Alberto en la siguiente nota de voz—. ¿Cómo?

*Yo: Ser mi acompañante en una boda a la que estoy invitada.*

Estaba hecho. Lo había invitado. Imaginé que iba a negarse, dada la naturaleza anónima de nuestra relación... amistad... o lo que fuera que estuviera pasando entre nosotros. No puedes culparme por estar confundida, cualquiera en mi lugar lo estaría. Quizás por eso me sorprendió tanto la siguiente nota de voz.

Fueron solo dos palabras, pero puedes apostar que algo tan insignificante acaba de cambiarlo todo.

—*Allí estaré.*

—Bueno, amiga mía —dijo Belén cuando escuchamos el mensaje—. No conseguiste un chocolate, pero al menos conseguiste una cita.

Y era cierto. Solo esperaba que no la cancelara cuando se le pasara la borrachera y se diera cuenta de lo que acababa de hacer.



*Y ahí*

*se fue mi patético intento de controlar los daños.*

*Ignacio*

—Siento que un camión me pasó por encima —gruñó Alberto desde el sofá, y no me extrañaba en lo absoluto.

Ese dispositivo de tortura había estado en la sala de mis abuelos mucho antes de que yo naciera, y es probablemente el mismo sofá en el que mis padres solían meterse mano cuando creían que nadie los estaba viendo. No es algo en lo que pienso con frecuencia, pero... ¡oye, es una posibilidad!

—Merecido lo tienes —dije entre dientes.

—¿Cómo dices? —Preguntó sonando un poco más despierto que hace unos segundos—. ¿Qué se supone que hice ahora? ¿Le pedí matrimonio al *barman*<sup>[84]</sup>? ¿O acaso fue a tu novia?

—Primero que nada, ella no es mi novia —empecé a explicarme de atrás para adelante—. Segundo, no podría importarme menos si le pides

matrimonio al *barman*, a mi abuela o a la primera extraña que se te cruce en la calle —luego fruncí el ceño porque había algo mal en esa frase—. Bueno, si te le propones a mi abuela sí tendría algo que objetar...

—Al grano, jefe —se quejó Alberto—. Que estás muy denso y yo estoy medio dormido todavía.

—Que anoche aceptaste acompañar a Belén al matrimonio de una amiga suya —le dije.

—Sí, y todavía no veo el problema —se encogió de hombros.

—¿Cómo es posible que digas eso? —le pregunté—. Ella piensa que yo soy tú, bueno, que yo llevo tu nombre... —traté de explicar—. Ahora conoce tu voz... —seguí diciendo y él seguía sin captar el problema—. ¿Quién va a acompañarla? ¿Tú o yo?

—Ah, ya veo...

—No creo que estés viendo muy bien —me quejé.

—Si tienes un problema con que yo acompañe a tu chica a ese matrimonio, le cancelamos y ya —propuso.

—Es lo que voy a intentar hacer ahora —admití sacándome el teléfono del bolsillo—. Voy a decir que lo he pensado mejor y que no es una buena idea.

—¿Y se lo piensas decir cómo? —Alberto, aparentemente, estaba disfrutando mucho verme en esta situación—. ¿Por mensajes? ¿Crees que eso funcione?

—Más vale que funcione... —dije antes de empezar a servir el café y ofrecerle una taza al idiota que me traía más mala suerte que un gato negro mirándome a través de un espejo roto—. ¿Estás seguro que tu apellido no es Murphy? Ya sabes, como el cabrón de las leyes.

—Estoy seguro de que mi apellido no es Murphy —se carcajeó Alberto.

—Solo para estar seguros... —a pesar de lo ridículo de la situación

sonreí—. Contigo nunca se sabe.

—Todo lo que te dije sobre mí en la entrevista de trabajo, y lo que he dicho desde que somos compañeros es cierto —se defendió él—. Menos mi nombre, mi apellido y mi lugar de nacimiento. No es que eso sea muy importante, al fin y al cabo —Alberto se encogió de hombros—. No cambia lo que soy.

—Ciertamente... —estuve de acuerdo—. Siempre has sido un incordio —le dije—. Y ahora solo eres un pelmazo con dinero.

—Deberías tratarme mejor ahora que somos amigos —se burló el muy idiota—. Y busca la condenada caja que traías abrazada anoche en el taxi, que quiero ver lo que hay adentro —se carcajeó.

—¿Y quién te dijo que voy a mostrarte lo que hay en la caja?

—Asumo que nunca aprendiste a compartir en la infancia —respondió Alberto arqueando una ceja—. A veces el que parece hijo único eres tú.

—Voy a buscar la caja, ¿está bien? —le dije para que me dejara en paz.

—Así está mejor, amigo mío —la sonrisa de Alberto era socarrona. Era la sonrisa de alguien que se sabe ganador en cualquier circunstancia. Nada que ver con la cara de derrota que tenía anoche cuando llegué al bar.

*«¿Será que este idiota es bipolar?»*

Empecé a buscar la caja por todas partes, pero no la encontraba. Me senté en la cama, dándome por vencido cuando, cuando sentí algo sólido bajo las sábanas.

—Esto tiene que ser una broma —me reí de mí mismo.

Tomé la caja y me fui hasta la salita de mi piso, que era como la mitad del tamaño de la que había en la planta baja, y me dejé caer en el sofá. Con un cuidado poco habitual en mí desprendí la etiqueta de la oficina postal donde ponen los datos de mi buzón, y luego, usando una llave como matasellos procedí a abrir la caja. Adentro había uno de esos plásticos de burbuja

cubriendo una caja más pequeña. Una caja que contenía la última cosa que esperaba recibir. Y puede parecer una tontería, pero también fue lo que me puso a reconsiderar mi idea de cancelar la cita. Era una figura de acción de Iron Man que simulaba estar en vuelo y preparado para atacar un blanco enemigo. Era perfecta.

—¿Todavía estás pensando en cancelar la cita con la adorable dama que te regaló eso? —se burló el idiota de Alberto, porque siempre puedes contar con él para algo así.

—No lo sé... —admití.

—Si te sirve de algo, tengo un traje nuevo que podría usar para la ocasión —me dijo sonriente, y cuando me le quedé mirando con cara de pocos amigos se corrigió a sí mismo—. O que te podría prestar, si decides salir del closet —arqueé una ceja—. Del anonimato, o como sea.

—No sé qué hacer —suspiré con cansancio, dejándome caer contra el respaldo del sofá.

—¿Quieres un consejo? —Me preguntó Alberto, y quizás intuía que iba a rechazar su oferta porque no esperó mi respuesta antes de seguir hablando—. Espera un par de días, y si sigues teniendo dudas sobre el tema de la cita, entonces hablas con ella.

Me pregunté entonces cómo era posible que una persona que siempre metía la pata, y que me guiaba con tanta frecuencia por el mismo camino, fuera capaz de sonar tan ecuánime y lógico.

—Toma algo de práctica —dijo el muy cabrón, confirmando que había dicho eso en voz alta.

—Aprender a conducir toma práctica —le respondí—. Lo tuyo tiene que ser un don natural para cagarla.

—¿Qué te puedo decir? —Alberto se encogió de hombros—. Inteligente, guapo y millonario... —sonrió—. Algún defecto debía de tener. Demasiada

perfección sería injusta para el resto de la humanidad.



*Una*

*serie de eventos ~~no tan~~ desafortunados*

*Ruth*

El fin de semana no volví a saber de Alberto, mejor conocido como Capitán Extraño. Y esa desaparición, definitivamente, le hacía honor al mote<sup>[85]</sup> que le había puesto. Entendí que el sábado pudiera sentirse mal debido a la resaca, y que el domingo quisiera esconderse de todo, como usualmente yo lo hacía. Pero el lunes llegó y se fue, y yo seguía sin tener noticias suyas.

El martes fue un poco más del mismo silencio, pero no soportaba la idea de haber hecho que las cosas se pusieran raras entre nosotros por presionarlo a acompañarme a esa boda. No sabía si su repentina desaparición se debía a eso, o era simplemente que él estaba ocupado, pero si no tomaba el asunto en mis propias manos nunca me iba a enterar.

*Yo: Me gustó escucharte.*

*Yo: No estoy diciendo con esto que estés obligado a enviar más notas de voz si no quieres hacerlo.*

*Yo: Solo estoy diciendo que fue agradable ponerle voz a la persona tras los mensajes.*

*Yo: Pero ahora te estás escondiendo de mí.*

*Yo: Y si es debido a los mensajes, entonces preferiría que nunca los hubieses enviado.*

*Yo: Es estúpido, pero...*

*Yo: Te extraño.*

*Yo: ¡¡REGRESA, POR FAVOR!!*

*Yo: Está bien, eso sonó un poco desesperado. Así que ahí queda mi intento de ser graciosa.*

*Yo: Estos mensajes a veces no dejan ver muy bien el humor detrás de las palabras.*

*Yo: Pero... hablando en serio.*

*Yo: ¿Qué pasa? ¿Por qué desapareciste?*

*Yo: Pensé que éramos amigos y podíamos decirnos cualquier cosa, ¿recuerdas?*

*Yo: Y si es por la invitación al matrimonio, no te preocupes.*

*Yo: Seguro puedo encontrar a alguien más en los próximos días.*

No estaba segura de que eso último fuera cierto, pero tampoco me preocupaba ir sola a la boda pues algunas de las muchachas tampoco llevarían pareja. Sin embargo el martes terminó sin que recibiera una respuesta suya, y eso hizo que mi corazón se rompiera un poco. No ayudó mucho que me pusiera a ver *Capitán América*<sup>[86]</sup> en *Netflix*.

El miércoles intenté cambiar de estrategia. Salí temprano del trabajo, encargándole a Flor la oficina por la tarde, y me dediqué a buscar por toda la

ciudad todas las cosas que pudiera encontrar sobre personajes de Marvel. Casi todo lo que había en tiendas parecía hecho para niños, pero tuve suerte con algunos artículos. Cuando llegué a casa empecé a meter todo dentro de una caja, pero supe de inmediato que algo faltaba para que mi ofrenda de paz para Alberto estuviera completa.

El jueves en la mañana hice una parada en el supermercado antes de ir al trabajo para comprar una importante cantidad de chocolates. Barras, bombones, galletas... no importaba la presentación. Compré mucho de cada cosa. Al salir vacié las bolsas en la caja con los artículos de Marvel y emprendí mi camino hacia la oficina de correos.

Escribí una nota antes de cerrar la caja y depositarla en su buzón. Una nota que pretendía ser graciosa y personal, en la que básicamente repetía lo que le había escrito más temprano en la semana a su teléfono. Que lo extrañaba. Pero no supe si el regalo causó el efecto deseado, porque para el final de ese día tampoco había recibido una respuesta de su parte.

El viernes me sentía derrotada. Después de unas horas en la oficina, sin completar ninguna tarea porque a duras penas podía concentrarme en los números que danzaban en la pantalla de mi ordenador, decidí tomarme el día libre. No quería encerrarme en casa a pensar tonterías, así como tampoco quería estar cerca de mis amigas. Belén y Lorena dirían que no me preocupara, que había suficientes peces en el océano; Laura estaría de acuerdo con ellas pero añadiría que no necesito un hombre para sentirme más mujer, algo con lo que generalmente estaría cien por ciento de acuerdo; Carolina y Cecilia dirían que eso me ganaba por seguir los consejos de Belén; Flor intentaría conseguirme una cita con alguien de su directorio, y Melina intentaría darme alguno de esos consejos que pone en la revista para la que trabaja.

*«Y que saca de nuestros chats de WhatsApp».*

Quizás por eso terminé en aquel bar. Uno al que nunca había ido. Quería

rodearme de gente extraña y silenciar el mundo por un rato.

No entendía por qué me sentía tan mal, si Alberto solo era un extraño que entró por error a mi vida. No podía comprender cómo una persona a la que nunca había visto podía hacerme sentir tan viva cuando me escribía, y tan patética cuando desaparecía. Me daba rabia haberle dado ese poder sin siquiera saberlo. Me daba rabia haber pasado la semana pensando en él como idiota enamorada... y es que ese era justamente el problema. Me había enamorado de alguien al que ni siquiera le había visto la cara.

Esa tarde un trago se convirtió varios. Y quizás fue gracias al alcohol que mi cuerpo reaccionó del modo en que lo hizo cuando una voz familiar me saludó.

—¿Día difícil? —Preguntó Ignacio sentándose junto a mí en la barra mientras hacía señas para que le sirvieran.

—Semana difícil —confesé y él asintió.

—Bienvenida al club —dijo con una sonrisa triste.

Varios tragos más tarde estábamos conversando como viejos amigos, hablando de cualquier tema sin notar que el tiempo pasaba y que las botellas vacías frente a nosotros se multiplicaban. Una extraña calidez me envolvía. Una sensación parecida a la de estar en casa, de estar a salvo, de no tener que preocuparme por nada. La risa de Ignacio era algo adictivo. Cada vez que podía me inventaba alguna tontería que la provocara, porque el sonido tocaba partes insospechadas de mí. En algún punto de la tarde ya no veía a Ignacio como el hermano de mi amiga.

Probablemente había dejado de verlo así hace mucho tiempo, pero después de muchos tragos la culpa que acompañaba esos pensamientos desaparecía. Ya no sentía remordimientos al admitir que me gustaba, que tenía sentimientos por él.

Recuerdo que cuando le conté a Alberto sobre Ignacio, él me preguntaba

que cómo sabía que las cosas entre nosotros eran imposibles. Yo le había dicho que cada vez que pensaba en Ignacio de esa forma mis sentimientos entraban en conflicto, y que no podría vivir luchando una batalla conmigo misma. Obviamente no le había dicho su nombre, así como Alberto tampoco me dijo el nombre de la mujer que le gustaba; lo que sí me había dicho es que se sentía del mismo modo sobre ella.

Ahora, sin embargo, mis emociones no se sienten conflictivas en lo más mínimo. Me sentía en paz con mis sentimientos mientras lo escuchaba hacer bromas. Mi corazón se agitaba cuando lo veía sonreír. Mis rodillas temblaban cuando se inclinaba para susurrar algo que se suponía era secreto. Si me preguntaba alguna de las palabras que Ignacio me estaba diciendo, inventaría algo sobre la marcha porque no tenía ni idea. Así como tampoco tenía idea de cuánto tiempo había pasado desde que nos encontramos.

Cuando llegó el momento de cerrar el bar, ambos estábamos demasiado borrachos como para conducir. El encargado nos pidió un taxi, y lo esperamos parados frente a la puerta, riéndonos como un par de idiotas. Cuando nuestro vehículo llegó, estábamos tomados de la mano, recostados contra el otro para darnos calor. Durante el viaje hasta mi casa, la primera dirección que dimos, estábamos demasiado cómodos como para separarnos. Una extraña tensión eléctrica llenaba el ambiente y la anticipación estaba causando un extraño efecto en mí.

Cuando llegamos a mi casa, Ignacio salió primero para ayudarme a bajar. Yo me enredé con mis zapatos, que se habían convertido en un par de objetos peligrosos, y casi me caigo al piso. Pero él no lo permitió. Ignacio detuvo mi caída con su cuerpo por lo que, en lugar de impactar contra el suelo, su pecho me detuvo. Sus brazos se cerraron alrededor de mí, y al contacto mis rodillas temblaron. Su intensa mirada hacía que mi estómago diera saltos, y la sensación de su aliento contra mi cara hacía que mi sexo se humedeciera de

una forma que jamás había experimentado.

—Te tengo... —me dijo con una sonrisa tonta, y yo pensé “*todavía no, pero podrías*”.

La audacia de mis pensamientos me causó gracia, porque estaba segura de que no era algo que me atrevería a decir en la vida real. No importaba cuanto alcohol estuviera involucrado en el asunto.

En lugar de decir algo estúpido, lo besé. Y tan pronto como nuestras lenguas se tocaron, sentí un gemido escapar de mí. Era un sonido necesitado y hambriento. Ignacio sabía a cerveza y a chocolate, era una combinación de dulce y amargo que se me subió rápidamente a la cabeza.

Él profundizó el contacto dejando que sus manos, que habían estado firmemente en mis caderas, empezaran a recorrer mi cuerpo. Nuestras respiraciones se volvieron laboriosas, nuestro beso se volvió descuidado, intenso, húmedo, salvaje.

Escuché cuando el taxi, que seguramente había estado esperando por Ignacio, se alejó. Pero el único sonido que me afectaba era el de sus gemidos, que igualaban los míos. Pronto su boca hacía más que besar la mía, sino que se movía contra mi cuello mientras su lengua recorría mi piel. Sus manos se colaron debajo de mi blusa, rozando la piel de mi espalda y haciéndome erizar, y luego bajando hasta mi trasero, apretándome contra su cuerpo para hacerme sentir que su deseo era tan intenso como el mío.

Sin ningún esfuerzo, y sin romper nuestro beso, Ignacio me alzó y mis piernas se cerraron alrededor de sus caderas. Cuando nos separamos para coger aire, sus ojos azules brillaban con intensidad. Sentí el calor crecer entre nosotros al mismo tiempo que mi cuerpo empezó a moverse contra su erección. Era como si nuestros cuerpos hubiesen sido creados para complementarse, como si nuestras pieles necesitaran el contacto con la otra.

En ese momento no me importaba que estuviéramos en la calle y que

cualquier vecino nos pudiera ver. Lo único importante era el modo en que nuestros cuerpos se movían, al unísono, buscando liberación. Quizás, incluso, la posibilidad de ser atrapados añadía algo a la experiencia. La adrenalina, la lujuria, el alcohol... no puedes negar que sea un coctel peligroso.

—Yo nunca había hecho esto... —gemí contra sus labios mientras su miembro golpeaba contra mi sexo.

—Tampoco soy fanático del exhibicionismo —murmuró con una sonrisa, sin embargo no dejamos de restregarnos contra el otro.

Ya no había vuelta de hoja. Estaba muy cerca de alcanzar algo que no había experimentado en mucho tiempo, pero al mismo tiempo mis sentidos estaban híper alerta. Empecé a mirar a nuestro alrededor, buscando posibles testigos de nuestro encuentro. Mi respiración estaba acelerada, mi pulso desbocado, y mis caderas había cogido un ritmo lento y decadente. Sus palabras en mi oído, prometiéndome que nadie nos estaba mirando, hicieron que me volviera más audaz. Enterré mi cabeza entre su cuello y su hombro, ahogando contra su ropa cualquier sonido que pudiera escaparse, pues cada vez que nuestros cuerpos se encontraban en ese punto exacto, mis gemidos se volvían más fuertes.

Mi necesidad se volvió apremiante. Mi cuerpo estaba desesperado, pero él también lo estaba. Sus manos volvieron a colarse bajo mi blusa buscando esta vez mis pechos. No eran muy grandes, pero a Ignacio no parecía importarle. Con destreza levantó mi sujetador y acarició mis pezones. Primero con delicadeza, para luego pellizcarlos haciendo que mi respiración se acelerara todavía más.

Su boca volvió a conectarse con mi cuello, y la sensación de su lengua contra mi piel, de sus dedos pellizcando mi pecho y su miembro chocando contra mi sexo fueron demasiado.

Ahí, en medio de la calle, expuestos a los ojos curiosos de mis vecinos

y de cualquiera que tuviera la suerte de pasar, Ignacio me regaló mi primer orgasmo en una muy larga temporada. Mi cuerpo se estremeció por completo al pensar que, si así se había sentido follando en seco, cómo se sentiría cuando tuviera su pene dentro de mí.

—¿Quieres pasar? —le pregunté cuando mi respiración volvió a la normalidad, señalando hacia mi casa. Y apenas dije las palabras el miedo me asaltó.

¿Estaba asumiendo demasiado después de lo que acababa de pasar?

Pero mis dudas desaparecieron en el momento que Ignacio asintió con una sonrisa.

—Si no tienes problemas —dijo ayudándome a ponerme sobre mis pies—. Me gustaría acompañarte.

Entonces lo cogí de la mano y lo llevé hasta mi casa, antes de que cambiara de parecer. O antes de que el remordimiento regresara con fuerza.



*¿Y si*

*solo fuera un sueño?*

*Ignacio*

Estaba teniendo un sueño extraño. No es algo que no hubiese soñado antes, sin embargo esta vez se sentía diferente. Sabía que estaba desnudo, sin embargo mi cuerpo estaba sudado y pegajoso, mi ritmo cardíaco estaba acelerado y sentía como si me hubiesen pegado un cable de alto voltaje en el cerebro pero mi cuerpo no supiera qué hacer con tanta energía.

*«Además, estaba ese sonido...»*

No era exactamente un quejido. Era como un jadeo seguido de un gemido ahogado, algo enteramente sexual que ponía todos mis sentidos en alerta. Incluso estando dormido, porque se trataba de un sueño ¿no?

*«O tal vez no...»*

Una parte primitiva de mi debe haber entendido de dónde venía ese sonido antes de que despertara completamente porque todavía estaba

moviendo mis caderas cuando me di cuenta que estaba en una cama que no era la mía, que no estaba solo y quien estaba a mi lado era una muy desnuda, despeinada, sudorosa y agitada Ruth Salas.

Una de sus piernas rodeaba mi cintura, sus manos empuñaban mi cabello y su boca estaba a milímetros de la mía. Era como una imagen sacada de mis fantasías más salvajes. Solo que no se trataba de un sueño, sino de algo real. Ella parecía tan sorprendida como yo me sentía, pero entonces pequeños retazos de la noche anterior bombardearon mi cerebro. Nuestro encuentro en el bar, las bromas compartidas, los tragos, el viaje hasta su casa, nuestro beso en medio de la calle... y todo lo demás.

A nuestro alrededor todo estaba oscuro salvo por la luz que emanaba del televisor que colgaba de una pared a mi izquierda que me permitía cada detalle en el rostro de Ruth. El brillo travieso de sus ojos, el sinuoso movimiento de su lengua humedeciendo sus labios entreabiertos... hasta el color de sus uñas, que ahora recorrían mi pecho.

El reloj en su mesa de noche indicaba que apenas eran las cuatro de la mañana. No recordaba a qué hora habíamos llegado a su casa, ni en qué momento nos quedamos fuera de servicio. Lo único que sabía era que de algún modo nuestros cuerpos habían empezado a moverse juntos mientras dormíamos.

—Pensé que estaba soñando... —dijo ella conteniendo la risa.

—Yo también —admití.

—Y me despertó el orgasmo más intenso de mi vida... —suspiró dejando caer su cabeza contra mi pecho.

—Sí, bueno... ese fue el momento en el que yo desperté también —me reí pensando que al menos uno de los dos le había llegado al final feliz de ese sueño.

—Esto es culpa mía, yo...

—Ni se te ocurra decir que lo sientes... —le advertí, tratando de acomodarme. Solo que con el movimiento, cierta parte de mi cuerpo entró en contacto con el suyo y... bueno, se hizo muy evidente que uno de los dos no había terminado.

Ruth cerró los ojos, dejando caer su cabeza hacia atrás mientras sus caderas se movían de un modo que solo podía ser calificado como mortal.

*«Y ahí estaba ese gemido otra vez».*

—Yo... —cerré los ojos y traté de concentrarme en cualquier cosa que pudiera evitar que me avergonzara delante de Ruth, pero ella no parecía muy dispuesta a ayudarme.

—Dios... —siseó ella.

—¿Vamos a ponernos religiosos ahora? —Me burlé, empuñando las sábanas para no cometer una animalada.

—Estoy segura de que anoche tuve una experiencia religiosa —bromeó Ruth, volviendo a mover sus caderas mientras se mordía el labio inferior.

El siguiente gemido que se escuchó no fue de Ruth, sino mío. Pero era más parecido a un sonido animal que a otra cosa. Todo mi cuerpo estaba tenso, las uñas de Ruth ahora estaban clavadas en mis hombros mientras ella se movía contra mi erección. Si no hacía algo, y pronto, las cosas se iban a poner muy sucias.

Literalmente.

—Yo... —tragué grueso, peleando con mi cerebro mientras trataba de encontrar las palabras para decir lo que quería. Pero la cálida humedad de su sexo frotándose contra mi miembro no me dejaban concentrar—. Necesito correrme... —admití finalmente.

—¿Sí? —Susurró mientras acercaba sus labios a los míos, sin dejar de mover sus caderas lenta y cadenciosamente—. ¿Me dejas ayudar con eso?

—¿Segura? —Dije, pero mi voz sonó como un gruñido—. No me

importa hacerlo yo mismo... —le aseguré.

—Si las cosas se van a poner raras entre nosotros después de hoy —respondió ella—. Deja que al menos me quede con algo para recordar —me pidió, dándome a entender que quizás sus recuerdos sobre lo que pasó anoche no estuvieran tan claros como los míos.

—Y aunque esa imagen mental sea jodidamente sexy... —dijo mientras arrastraba las uñas nuevamente sobre mi pecho—. Voy a hacer egoísta por un rato... —apartó las sábanas que precariamente nos separaban—. Y aprovechar esa erección para mi beneficio.

—Condón... —gruñí como un animal salvaje, y los ojos de Ruth volvieron a brillar. Pero cuando ella se inclinó para alcanzar la gaveta de su mesa de noche, utilicé mi peso para girarnos y quedar encima de ella, ese brillo se convirtió en fuego.

La duda acarició mi cerebro por unos segundos, temiendo que apenas consiguiéramos lo que necesitábamos, cuando la lujuria dejara de ser una excusa, ella se arrepintiera de lo que estaba pasando y las cosas se pusieran raras entre nosotros.

Mientras cogía el condón de la gaveta noté los empaques vacíos en el piso y no pude evitar sonreír. Pero cuando ella me rodeó con sus piernas y me clavó los talones en el trasero las cosas se pusieron serias.

La sensación de su piel desnuda contra la mía, de sus piernas alrededor de mis caderas, mis manos luchando contra el envoltorio del preservativo y luego enfundando mi erección... claro que era un asunto serio. De esos asuntos que son tan serios que terminan alterando el curso de la historia, porque estaba seguro que mi vida no iba a ser la misma después de esta noche. Madrugada.

*«Lo que fuera».*

Y mi teoría se vio confirmada apenas rocé su entrada. El látex que cubría mi piel no hacía nada por disimular la intensidad de las sensaciones, o

la calidez del contacto. La luz del televisor derramándose sobre la piel de Ruth me permitía observar cómo las facciones de su rostro cambiaban mientras me adentraba en su cuerpo, como el éxtasis de iba apoderando de ella del mismo modo en que se apoderaba de mí.

Poco a poco, centímetro a centímetro, fui reclamando su piel temiendo que pudiera ser la última vez, y quizás por esa razón nuestro encuentro se volvió tan salvaje, tan desesperado. Era como si estuviese condenado y supiera que esta sería mi última oportunidad de estar con ella.

Pero las sensaciones eran abrumadoras, y tenía que luchar tanto con mi cuerpo como con mi cerebro para que las cosas no terminaran cuando apenas estábamos empezando.

Tomé unos momentos para deleitarme en la expresión de su rostro, en la lujuria que nublaba sus ojos, y debo admitir que ese era el afrodisíaco más poderoso del planeta. La forma en que su respiración se cortaba y el pulso en su cuello se aceleraba cada vez que me movía en su interior era la cosa más hermosa que había visto jamás. La sensación de su coño apretándose como un puño mientras la penetraba era increíble y hacían que mi propia necesidad tomara el control.

Como si pudiera sentir las mismas cosas que yo estaba sintiendo, Ruth tomó mi cara entre sus manos acercándose para morder mi labio inferior antes de clavar nuevamente sus talones en mi trasero, urgiéndome a tomarla más rápido, con más fuerza. Y esa instrucción silenciosa encendió un interruptor que no sabía que poseía.

Ruth gritaba de placer cada vez que la penetraba y movía sus caderas para encontrar mis movimientos, usando sus piernas para cambiar el ángulo y dejarme llegar más profundo mientras que la cabecera de la cama golpeaba la pared con un ruido sordo.

—¿Por qué... —gimió arqueando su cuello hacia atrás, luchando contra

las sensaciones—. ¿Por qué nos negamos esto por tanto tiempo? —Me preguntó, y todas las razones que pudiera darle parecían absurdas ahora.

—No lo sé... —le respondí tomando sus piernas, elevándolas contra su pecho para profundizar mis embestidas.

Ruth recorrió mi espalda con sus uñas, clavándolas lo suficiente como para que supiera que iban a quedar marcas, pero no me importaba.

El ritmo de sus caderas se volvió errático y desesperado, así como su respiración se volvía cada vez más rápida y superficial. Ruth dejó caer su cabeza contra la almohada, aferrándose a mis hombros como si su vida dependiera de ello.

Cogí sus caderas entre mis manos, manteniéndolas firmemente contra el colchón mientras aceleraba mis arremetidas, dejando que esa parte salvaje y primitiva de mí tomara el control. Los gemidos de Ruth pronto se convirtieron en gritos de placer, y las paredes de su sexo se contraían alrededor de mi pene mientras yo entraba y salía de su cuerpo con un ritmo implacable.

—Ignacio... —susurró casi sin aliento—. ¿Esta es una buena idea? —Me preguntó, y al igual que hace un rato no tenía una respuesta lógica para ella.

—¿Cómo se siente? —le pregunté yo en cambio.

—Como la mejor idea que haya tenido en mi vida —me respondió.

—Entonces vamos a tener que repetir... —sonreí levantando sus caderas ligeramente y girando su torso para que sus piernas quedaran juntas hacia un lado mientras, yo seguía moviéndome en su interior.

Ruth tocaba mi cara y mi cuerpo como si estuviera intentando memorizar cada parte de mí, trazando las líneas de mi espalda, mi trasero, mis brazos, hasta enterrar sus dedos en mi cabello. Es como si necesitara grabar todo para reproducirlo después, cuando esté sola.

Es en ese momento que la realidad vuelve a asomar su cara en mi

cerebro, recordándome que es probable que este sea nuestro debut y despedida.

*«No tiene por qué serlo».*

Pero también es cuando me doy cuenta que, cuando escucho los sonidos que hace, y siento la urgencia con que sus manos me tocan, es posible que los sentimientos que he albergado por ella durante tanto tiempo pudieran no ser solo míos, que pudieran ser nuestros. Que ella pudiera sentir algo por mí también. Que es posible que esta pasión, que este arrebató de lujuria, pudiera significar algo más.

Entonces Ruth se apoderó de mi boca, abrió las piernas y las usó para tirar de mí, obligándome a ir más rápido, más profundo, hasta que sus gemidos se volvieron más desesperados y urgentes, hasta que el orgasmo arrasó sus sentidos, y me arrastró con ella en un mar de sensaciones que me abrumaban, que me aterraban, pero que no quería apartar de mí.

El placer era indescriptible. La intensidad de ese momento no se comparaba con nada que haya experimentado antes. Y a pesar de haber deseado estar con ella por tanto tiempo, de haber idealizado a esta mujer prácticamente desde que la conocí, la Ruth de mi imaginación no le llegaba ni a los talones a la Ruth real.

Entonces mi cuerpo se sintió drenado, cansado, como si hubiese hecho cortocircuito o como si esa energía casi eléctrica que sentía al despertar se haya terminado. Me dejé caer a un lado de Ruth, teniendo cuidado de no aplastarla con mi peso, y ella se pegó a mi cuerpo, cubriéndonos a ambos con la cobija que había apartado antes, dejándome sentir su respiración contra mi pecho.

—Tengo que ocuparme de esto primero... —le dije, refiriéndome al condón.

—No estoy lista para que esto termine todavía—confesó, y tenía que

admitir que yo tampoco estaba listo.

—No tiene por qué acabar aquí —sugerí mientras me hacía cargo de desechar el preservativo, a sabiendas de que era algo tonto. No era tonto desechar el condón, sino que era una tontería pensar que las cosas pudieran resultar fáciles entre nosotros.

—Flor me va a matar si se entera... —negó con la cabeza y luego buscó mi mirada, esperando que la desmintiera.

—Ella no tiene por qué saberlo —dije en cambio.

Y era verdad. Mi hermana no tenía que saberlo. No todavía, al menos. No hasta que estuviera seguro de lo que estaba haciendo, de lo que estaba pasando.

—Ya pensaremos en algo... —susurró ella antes de dejarse arrastrar por el sueño. Y yo la seguí segundos después.



*¿Capitán Extraño o Capitán Idiota?*

*Ignacio*

La segunda vez que desperté en la cama de Ruth no fue, ni por asomo, similar a la primera. Ya ella se había levantado, dejándome solo y desnudo en su cama. El televisor estaba apagado, pero la luz del sol llenaba toda la habitación. Fue entonces que empecé a estudiar todo lo que me rodeaba.

*«Ya sentir que me transportaba a una dimensión paralela».*

Mientras buscaba mi ropa, escuché el sonido de platos chocando, agua corriendo, una voz femenina canturreando una canción que hablaba de algo que yo estaba a punto de hacer. La caminata de la vergüenza<sup>[87]</sup>. Y quizás fue que por estar concentrado en esa voz no lograba encontrar mis pantalones. Lo que sí vi, mientras me ponía los calzoncillos<sup>[88]</sup>, fue un póster de Archie que se me hizo muy familiar.

Probablemente era una coincidencia. Debía haber miles de personas con

el mismo póster, al fin y al cabo Archie era un tipo popular.

Finalmente encontré mis zapatos, tirados descuidadamente cerca de la puerta de la habitación y cubiertos con la ropa que llevaba Ruth anoche. Un poco más allá estaban mis pantalones, que vaya a saber Dios cómo terminaron debajo de su escritorio.

Y fue cuando, al recuperarlos e intentar salir de debajo del escritorio, cometí un error de cálculo y terminé golpeándome la cabeza; por lo que además del dolor propio de semejante suceso, debía preocuparme de objetos caídos. Sí, objetos, en plural, porque ese fue el sonido que escuché cuando la mesa se tambaleó.

—¿Todo en orden? —Gritó Ruth desde afuera.

—¡Sí! —Mentí—. Todo está bien.

Me apresuré a ponerme de pie, masajeando el lado de la cabeza donde me había golpeado, y empecé a inspeccionar los daños. Fue cuando empecé a sospechar que la presencia del póster de Archie en la habitación de Ruth no era producto de la casualidad, porque de ser así, las probabilidades de que también tuviera la misma figura de acción de *Riverdale* que compré para Belén no eran tan altas.

*«Esto no puede ser posible».*

Recorrí el escritorio con la mirada, como si pudiera encontrar alguna pista que confirmara mi teoría, pero no había ninguna. Así que traté de organizar las cosas de la mejor manera posible, levantando las cosas que parecían caídas para que no fuera tan obvio que había estado curioseando sus cosas.

Me terminé de vestir con el ceño fruncido, repasando cada conversación que tuve con Belén en los últimos meses. Cada mensaje. Cada broma. Los sentimientos confusos. Que me gustaran ambas... ¿Cómo es que no lo noté antes?

*«Porque eres un idiota, Nacho Leal. Un real y soberano idiota».*

O también es posible que yo me estuviera imaginando cosas. Si tiene el póster ¿por qué no habría de tener una figura de acción? ¿Cierto?

Me puse los zapatos y entré al baño para asearme un poco antes de enfrentar a Ruth. Mientras salpicaba mi cara con agua fría pensaba qué hacer. Ruth me gustaba, eso lo tenía perfectamente claro, así como tenía claro el hecho de que yo seguía siendo el hermano de su amiga, y ese tipo de complicaciones son las que una mujer como ella evita como la peste. También pensaba, mientras me miraba en el espejo, en qué tenía yo para ofrecerle a alguien como ella, y me preguntaba si a largo plazo yo era lo que ella necesitaba.

Mi cerebro iba a mil por hora, y todavía no estaba considerando en qué pensaba Ruth después de lo de anoche. Estoy seguro de que esto del sexo casual no era un idioma extraño para ella, y no la juzgo por eso. Una mujer tiene el mismo derecho que un hombre a buscar placer cómo, cuándo y dónde quiera. Pero recuerdo esos momentos, especialmente en la madrugada, en que la conexión entre nosotros se sintió tan fuerte, tan profunda. Una necesidad que rozaba la desesperación, como si no quisiera dejarme ir. Dios sabe que yo tampoco quería soltarla.

Sé que tal vez podría tratarse del licor, o de la sensación de estar haciendo algo prohibido, algo que no debía repetirse... o tal vez no.

La verdad es que ya no sé qué pensar.

Por eso decidí dejar de armar teorías en mi cabeza y salir a investigar en qué posición estaba dentro de este tablero, qué papel jugaba yo en esta historia. Y la única persona que podía darme las respuestas que necesitaba era Ruth.

Salí del baño revisando mis bolsillos, dándome cuenta de que tenía las llaves de mi casa y las de mi auto, pero no tenía mi móvil ni mi billetera;

entonces empecé a buscar mis cosas en cada superficie de la habitación de Ruth. No estaban en el escritorio, porque ya había visto todo lo que tenía encima, así que el primer lugar en que busqué fue la mesita de noche. Allí fue donde encontré mi móvil y mi billetera, haciendo el papel de pisapapeles. Debajo estaba un folio membretado con el logo de la oficina de correos. Era una notificación de entrega de un paquete dirigido al señor Capitán Extraño, y la dirección era la misma de mi buzón de correo.

Sentí que el aire escapaba de mis pulmones, que la visión se me nublaba y que mis oídos empezaban a pitar.

—¿Qué clase de broma es esta? —Dije entre dientes volteando hacia la puerta, como si de ese trozo de madera fuera a salir alguien para decirme que había caído en la trampa de uno de esos programas de cámara escondida.

No podía creerlo.

No quería creerlo.

Así que, con mi móvil en la mano, salí a encontrarme con Ruth mientras escribía el primer mensaje. Estaba próximo a dejar de ser Capitán Extraño para convertirme en Capitán Idiota. Estaba próximo a confirmar algo que hasta hace unos minutos parecía imposible. Estaba próximo a definir mi plan de acción hacia esta mujer, porque estaba decidido a eliminar la competencia. Aunque la otra persona en la vida de Ruth fuera mi propio alter ego.

*Yo: Lamento haber desaparecido.*

*Yo: También te extrañé.*

*Yo: Espero que no sea tarde para confirmar mi asistencia, porque realmente me gustaría ir contigo a esa boda.*



*Ante  
los problemas, conserva siempre la calma.*

*Ruth*

Nunca he sido una persona que tenga muy buena suerte. Incluso cuando hago las cosas bien, es probable que todo salga mal. Pero cuando cometo un error, el universo definitivamente no lo pasa por alto. Así que era lógico que, después de una noche de sexo salvaje con el hermano de mi mejor amiga, el hombre que me había aplicado la ley del hielo por toda una semana resucitara.

Yo debería saber cómo manejar esta situación, debería tener una idea al menos, pero no era así.

Tenía el móvil en la mano cuando Ignacio apareció frente a mí, mostrándose un poco cauto. A la expectativa, quizás. Como si me estuviera dando la oportunidad de decidir cómo iban a funcionar las cosas de aquí en adelante. Un detalle que hubiera apreciado en los idiotas con los que he salido antes, pero con él necesitaba pistas.

*«Supongo que no va a ponérmela fácil».*

—¿Todo bien? —Me preguntó arqueando una ceja y señalando el móvil que todavía estaba sosteniendo.

*«Todo está bien, no ha pasado nada».*

—¡Sí! —Me apresuré a responder—. Es solo mi hermano... preguntándome algo... no es importante —mentí.

*«¿Ves? No fue tan difícil».*

—Algo se está quemando detrás de ti —dijo señalando la cocina.

—Mierda, mierda, mierda... —me giré, soltando el teléfono en el proceso para tomar la espátula.

—¿Quieres que te ayude? —se ofreció Ignacio.

—¡No! —Cerré los ojos y negué con la cabeza—. Sí, perdón. Necesito ir al baño —le dije antes de coger mi teléfono y salir huyendo de la escena del crimen, dejándolo allí con los restos mortales del desayuno.

Me di cuenta luego, cuando cerré la puerta del baño y tomé un par de respiraciones profundas, que estaba siendo un poco melodramática. Si seguía con esta actitud, lo más probable es que Ignacio se moleste, se largue sin darme pistas sobre qué pasa ahora con nosotros y la próxima vez que lo vea en casa de Flor las cosas se pongan realmente incómodas.

Sin embargo, siento como si alguien hubiera tomado todas mis emociones para lanzarlas en una licuadora, convirtiendo mi imperfecta pero ordenada realidad en algo difícil de entender. Y si yo no puedo entender lo que pasa conmigo, si yo misma no sé qué es lo que sucede o lo que quiero, ¿cómo puedo hacérselo entender a alguien más?

Respiré profundo, desbloqueé mi móvil y abrí *WhatsApp* para responder el mensaje de Alberto antes de volver a la cocina con Ignacio.

*Yo: ¿Estás vivo?*

*Yo: ¡Sorprendente!*

*Yo: Gracias por aceptar...*

*Yo: Pero me gustaría hablar de algo importante contigo.*

*Yo: ¿Cómo andas de tiempo?*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Yo siempre tengo tiempo para ti.*

*Yo: Supongo que la semana pasada estuviste muy ocupado entonces.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Fue una semana complicada, lo siento.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *No debí desaparecer así.*

La conversación se quedó en silencio por unos segundos, por lo que decidí salir del baño. Pero apenas entré en mi habitación mis dedos volaron sobre el teclado para escribir algo más. Es como si estuviera retrasando mi conversación con Ignacio de manera inconsciente.

*Yo: ¿Recibiste mi último paquete?*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *También tengo algo importante que decirte.*

Su mensaje llegó al mismo tiempo que yo envié el mío, pero antes de que yo pudiera escribir algo más, Alberto empezó a responder mi pregunta anterior.

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *No he recibido nada después de mi figura de acción de Iron Man.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Que me encanta, por cierto.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Gracias.*

*Yo: Me alegra que te gustara*

*Yo: Tengo algo de qué ocuparme ahora, pero queda pendiente nuestra conversación.*

*Yo: No vuelvas a desaparecer, por favor.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Lo prometo.*

Esas dos palabras provocaron algo raro en mi estómago, y reconocí el sentimiento como anticipación, porque fue lo mismo que sentí mientras tiraba de la mano de Ignacio para que me acompañara a casa, y otra vez en la madrugada, cuando nos dimos cuenta de la forma en que nuestros cuerpos se buscaban incluso estando dormidos.

—Lo que sea que hayas intentado preparar... —dijo Ignacio sin voltearse a mirarme mientras yo tomaba asiento frente a la barra que separaba la cocina de mi sala—, murió. Así que me tomé el atrevimiento de saquear tu refrigerador para hacer el desayuno.

—Gracias... —dije en voz baja—. Ya estaba listo el café, por cierto. Ese no se me quemó —bromeé.

Ignacio se dio la vuelta para mirarme y estaba sonriendo. Entonces me guiñó el ojo y siguió en lo suyo.

—En un minuto estará lista la comida —prometió.

Y mientras lo veía ahí, parado en medio de mi cocina y moviéndose con la confianza de alguien que sabe que pertenece a un lugar, intenté recordar cada libro y cada película en que la chica se enamora del hermano de la mejor amiga. En parte para darme ánimo, para demostrarme que no es tan descabellada la idea de hacer funcionar las cosas. Pero también para recordarme que eso pertenece a la ficción. ¿Pensamiento masoquista? Posiblemente. Pero mi cerebro no es el más confiable ahora, especialmente después de la milagrosa resurrección de Alberto.

—¿Estás bien? —Me preguntó Ignacio mientras servía un plato y una taza de café para mí.

—¿Tú estás bien? —Le pregunté yo cuando volvió con un plato y una taza para él.

—No te estarás arrepintiéndote de lo de anoche, ¿verdad? —Frunció el ceño y tiró de una silla para sentarse al otro lado de la barra, justo en frente de

mí.

¿Me estaba arrepintiendo? No. Estar cerca de Ignacio era como llegar a casa después de un largo viaje. Los sentimientos que tengo por él, esos que descubrí hace poco y que me empeñé en combatir con el mismo entusiasmo de alguien a quien se le ha ido la mano con las bebidas energizantes, son tan grandes como aterradores. Era más fácil verlo solo como el hermano de Flor, como un amigo incluso. Pero no tenía una varita mágica ni una máquina del tiempo. No podía deshacer lo que había pasado.

«¿Entonces qué vas a hacer con Alberto?»

—¿Y bien? —Volvió a preguntar Ignacio, lo que me hizo darme cuenta de que nunca respondí su pregunta.

—No —dije simplemente, reconociendo para él y para mí misma que aunque tuviera el poder para cambiar las cosas, no lo haría.

—Bien —sonrió.

Eso no quería decir, sin embargo, que tuviera algún mapa o solución mágica para mi problema actual.

¿Le hablo a Ignacio sobre Alberto?

¿Le cuento a Flor sobre Ignacio?

—¿En qué piensas? —Me preguntó antes de darle un sorbo a su café.

«Aquí vamos...»

—En muchas cosas —admití—. Pero si tengo que empezar a listarlas, debería empezar por lo que dije esta mañana... —respiré profundo, tratando de recomponerme—. Cuando dije que no estaba lista para que esto terminara, lo decía en serio —confesé—. No sé qué está pasando entre nosotros, o qué va a decir Flor cuando se entere, pero...

—Yo también hablaba en serio cuando dije que esto no tiene por qué ser un rollo de una noche —respondió—. No te estoy pidiendo matrimonio. No todavía al menos, porque no quiero espantarte —sonrió—. Y si vamos a ser

totalmente sinceros, debo confesar que siempre me he sentido atraído hacia ti.

—Lo disimulabas muy bien... —me burlé—. Algunas veces llegué a pensar que te caía mal.

—Tenía que disimular bien —se encogió de hombros.

—Lo siento... —se disculpó después de unos segundos de silencio—. Lamento haberte hecho sentir que me caías mal, cuando la verdad era todo lo contrario —confesó—. Pero no sabía qué hacer con las cosas que sentía. Las cosas se me fueron de las manos y siempre terminaba actuando como un idiota cuando estabas cerca.

—No tienes por qué disculparte —le respondí—. Y no siempre te portabas como idiota —le recordé—. Hace unos meses fuiste un enfermero fantástico —me burlé—. Y aún mejor narrador de audiolibros.

—La peor tortura del planeta —dijo soltando una carcajada—. Tenerte tan cerca y no poder decirte nada —me miró directo a los ojos y yo sentí que las piernas me temblaban.

—¿Qué vamos a decirle a Flor? —Pregunté, odiándome por traer el tema pero realmente necesitaba saber. Flor ha sido mi amiga por años, y odiaría tener que mentirle.

—Nos va a matar si se entera, ¿cierto? —Me preguntó sonriendo mientras negaba con la cabeza—. ¿Qué quieres decirle tú?

—No quiero mentirle... —admití—. Es mi mejor amiga.

—Lo sé... y creo que ella podría entenderlo —respondió con el ceño fruncido—. Es posible que se cabree, pero eventualmente entendería.

—Hay algo más... —empecé a decir, dispuesta a hablarle de Alberto. Pero justo en ese momento mi móvil empezó a sonar con una llamada de Flor.

—Lo que sea, lo resolveremos... —me interrumpió—. Ahora atiende la llamada —me ordenó mientras tomaba nuestros platos vacíos y los llevaba al fregadero.

Y antes de marcharse se acercó a mí mientras hablaba con su hermana, me dio un beso en la frente y salió de mi casa como si no hubiese puesto mi vida patas arriba. Después que se fue, me quedé mirando hacia la puerta cerrada prácticamente hasta que terminé la llamada con Flor. Aproximadamente media hora después.



*Vamos*

*a pasarla bomba... ¿o era sin bomba? No estoy seguro.*

*Ignacio*

*«¿Qué estaría a punto de decirme Ruth cuando llamó Flor?»*

Me repetí esa pregunta varias veces mientras me alejaba de su casa en busca de un taxi, porque mi auto se había quedado en el bar anoche.

Me debatí entre llamar al idiota de Alberto para pedirle consejo o devolverme y contarle todo a Ruth de una buena vez. Al fin y al cabo no había hecho nada malo. No tenía idea que era ella al otro lado de la línea telefónica. ¿Y qué si le dije un nombre falso? Ella también había hecho lo mismo. Algo fácil de aclarar ¿no?

¿Pero y si pensaba que era un truco? ¿Algún plan para burlarme de ella? Dios sabe las cosas que la mente femenina es capaz de inventar con un poco de motivación y tiempo. Y no estoy siendo machista, simplemente estoy constatando un hecho. No, no me mires así. Tengo una hermana ¿es que acaso

no lo recuerdas?

—¿Por qué termino siempre metido en estos líos? —Pregunté en voz alta mirando al cielo—. ¿Es que acaso alguien allá arriba me odia?

Obviamente nadie respondió mi pregunta, lo que sí me gané fueron unas cuantas miradas curiosas en la calle mientras caminaba.

Mi móvil empezó a sonar anunciando una llamada entrante, y cuando vi el nombre de mi hermana en la pantalla fruncí el ceño automáticamente. ¿Ruth le había dicho algo?

—Hola hermanita —respondí después de un par de segundos—. ¿En qué puedo ayudarte?

—¡Subí a buscarte y no te encontré! —Chilló en el teléfono—. ¿Dónde estás?

—Salí a comprar algo que necesitaba... —mentí.

—¿Desde anoche? —Se burló Flor—. Soy novia de un policía, no puedes engañarme.

—El policía es él, hermanita, no tú —le recordé.

—Mira, José Ignacio Leal, anda a joder con tus tecnicismos a otro lado —se quejó ella—. Pero en serio, ¿dónde diablos estás? Necesito tu ayuda —insistió—. Llamé a Ruth, pero ella está ocupada y no puede...

—Espera un momento —la interrumpí sin poder reprimir la risa—. No solo no soy tu primera opción, sino que me llamas porque una de tus amigas no puede —me carcajeé—. ¿Qué favor será ese?

—La bomba de agua<sup>[89]</sup> de la casa murió, y necesito reemplazarla antes de que la abuela se dé cuenta —respondió ella.

—¿Qué? —Grité en el teléfono, ganándome más miradas curiosas.

«¿Es que no iba a aparecer un taxi?»

—¿Dejaste sin agua mi parte de la casa? —Pregunté en un tono de voz más bajo—. ¿Cómo?

—No sé... —respondió mi hermana—. No creo que te haya dejado sin agua, hermanito. No hay que ponerse dramáticos sin necesidad —dijo.

—Sin ese aparato, el agua no sube hasta mi piso —le expliqué—. ¿Y cómo fue que lo dañaste?

—¡Se dañó solo! —se defendió Flor.

—No es posible que se dañara solo —respondí.

—¡Claro que sí! —Insistió mi hermana—. Pero deja de discutir conmigo y aparece de una buena vez para que me lleves a comprar una —me ordenó—. O a buscar quien pueda reparar esta.

—Ya voy para allá —le respondí—. Pero me vas a tener que prestar tu baño antes de salir —añadí, y antes de que pudiera quejarse por mi exigencia, terminé la llamada y me guardé el móvil en el bolsillo.

Unos minutos después apareció un taxi, y yo me sentí aliviado porque al menos no iba a tener que caminar hasta el bar para recuperar mi auto. Pero ese sería el menor de mis problemas, aparentemente. Todavía tenía que encargarme de una hermana entrometida, de una bomba hidráulica dañada, de poner mis cosas en orden con Ruth... y de hacer desaparecer al Capitán Extraño.

—Necesito un plan... —me dije mientras conducía a casa, poco después—. Uno que funcione.

Y como si sintiera que estoy en problemas, apareció Alberto. Bueno, no literalmente. Solo estaba llamando, pero igual. Sin embargo sus consejos no servían para sacarme de los problemas, sino para hundirme aún más.

—Creo que ya resolví lo del error en el sistema de pagos —dijo apenas respondí la llamada. Ningún saludo, ningún protocolo. Ese era su estilo cuando hablaba por teléfono. Directo al grano.

—Podemos revisarlo el lunes —le respondí—. En este momento tengo algo importante de lo que ocuparme, y no tengo tiempo para fórmulas, ni nada

por el estilo.

—El error no estaba en la fórmula... —empezó a decir—. Pero le faltaba un símbolo al principio, por eso no hacía el cálculo correctamente. Te digo, es fácil de resolver y...

—¿Qué parte de estoy ocupado fue la que no entendiste? —Lo interrumpí—. Lo revisamos el lunes. En horario de oficina.

—Esto es rápido, en serio... puedo pasar por tu casa y...

—No —lo volví a interrumpir. Este cabeza dura parecía estar teniendo complicaciones para entender lo que le estaba diciendo.

—Pero... —insistió.

—¡No! —Dije con un poco más de fuerza.

—Está bien, está bien... —aceptó finalmente—. ¿Qué te tiene tan ocupado un sábado?

—En primer lugar, voy conduciendo —respondí—. Y respecto a lo que me mantiene o no ocupado, es algo personal. Ya sabes, de esas cosas de las que uno se encarga en su tiempo libre.

—Somos amigos ahora, ¿no? —Se burló—. Cuéntale al tío Alberto todos tus problemas.

—Sí, claro... como si tus consejos dieran tan buenos resultados —me reí.

—Claro que dan buenos resultados —se defendió él—. De lo contrario no serías libre de ir tras esta chica de los mensajes.

*«Buen punto».*

—¿Y bien? —insistió.

—Está bien... me rindo —le respondí.

Y así fue como, en el viaje de regreso a mi casa, terminé contándole la versión para todo público de las últimas veinticuatro horas de mi vida.

—Y todo eso pasó gracias a mí —Alberto tuvo el atrevimiento de decir.

—¿Perdón? —le dije mientras estacionaba frente a la casa. Cogí el móvil y desactivé el altavoz—. ¿Cómo es que eso pasó gracias a ti?

—Pues, en primer lugar... yo te ayudé a librarte de la bruja de tu ex —me recordó.

—Como si pudiera olvidarme de eso —me eché a reír.

—Sí, bueno... esta chica, ¿Melina es que se llama? —Preguntó—. Ella también hizo su parte con el consejito... —dijo para defenderse—. Pero de no ser por mí, no te habrías ido a casa con la mujer de los mensajes —añadió—. Porque hubieses acabado en la barra, bebiendo a mi lado como el buen amigo que eres, escuchando mis problemas y burlándote de que los ricos también sufren —explicó—. Pero en lugar de ir al bar, como cada viernes...

—O cada día de la semana, ya que estás mencionando el tema —lo interrumpí.

—Eso no es lo importante, sino que me quedé a revisar el sistema de pagos en lugar de ir a beber —dijo—, y con eso maté dos pájaros con un solo tiro. Encontré el error y tú conociste a la chica.

*«Porque no le he dicho la parte en que ya la conocía y es la mejor amiga de mi hermana».*

—Tengo que colgar —dije cuando vi a Flor salir de la casa con lo que parecía ser la bomba de agua entre las manos—. Hablamos más tarde —colgué sin darle oportunidad de replicar, justo cuando mi hermana abrió la puerta y lanzaba la bomba en el asiento trasero.

—Compramos café en el camino —me dijo—. No tengo tiempo para que te bajes a desayunar.

La miré con ambas cejas arqueadas, luchando con las ganas de decirle que ya había desayunado, y esperé a que me dijera dónde debía llevarla. Pero ella se mantuvo en silencio.

—¿No piensas arrancar? —Bueno, no tan en silencio.

—¿Y a donde se supone que debo llevarte? —Le pregunté.

—A la tienda de bombas de agua, obviamente —respondió rodando los ojos—. ¿Qué se yo donde compró esa antigüedad el abuelo? —se quejó—. Puedes apostar que no fue en una casa de subastas, eso sí.

—Ay, hermanita.... —me reí poniéndome en marcha.

—¿Qué harías tú sin mí? —Le pregunté en broma.

—Ser hija única —me respondió con una sonrisa.

Demás está decir que nuestra misión de encontrar una bomba de agua para reemplazar la que mi hermana dañó, quién sabe cómo, fue un total fracaso. Las ferreterías que visitamos no tenía algo similar, sino con más potencia lo que implicaría revisar si las tuberías de la casa eran lo suficientemente resistentes para usarlas. Y en las que nos dijeron podríamos encontrar antigüedades de ese tipo, no trabajaban los sábados.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —Me preguntó Flor en el camino de regreso a casa.

—No sé qué irás a hacer tú —le respondí—, pero yo pienso darme un baño y luego echarme a dormir.

—¿Y dónde piensas bañarte, si en tu piso no tienes agua?

—Pues en tu baño, tontita —sonreí—. Al fin y al cabo es culpa tuya lo de la bomba. Que te toque sufrir también a ti.

—Ni se te ocurra afeitarte esa barba estúpida en mi lavamanos para dejarlo todo lleno de pelos, José Ignacio —me amenazó.

—Al parecer será un fin de semana muy interesante —empecé a carcajearme—. Pero no te preocupes, hermanita. Nos la vamos a pasar muy bien.



*En*

*caso de emergencia, nunca cuentes con Alberto.*

*Ignacio*

A veces mi cerebro parece estar sobrecargado de energía. Si cada pensamiento que me atravesaba la cabeza tuviese carga eléctrica, posiblemente pudieran utilizarme como generador de energía para la ciudad. Aún después de darme un baño y dejarme caer en el colchón, mi mente seguía en otro lugar. El lugar en el que le gustaría estar a mi cuerpo.

*«La cama de Ruth».*

Pero tenía que descansar y poner mis ideas en orden, y para eso necesitaba apagar mi cerebro un rato y dormir. Solo que el sueño no llegaba, y cuando por fin parecía que estaba por lograr mi propósito escuché que alguien llamaba a mi puerta muy insistentemente.

—¿En serio? —Gruñí entre dientes.

Me di un par de bofetadas para espabilarme, busqué unos pantalones que

ponerme y luego me pasé las manos por el cabello para tratar de ponerlo un poco en orden. No es que tuviera mucha esperanza de conseguirlo, pero igual.

Salí de mi habitación y caminé hacia la puerta, encontrando al idiota de Alberto con el puño alzado como si estuviera a punto de tocar otra vez.

—¿En serio? —Repetí—. Voy a empezar a pensar que te gusto, o que no puedes vivir sin mí... —me quejé.

—No eres mi tipo —respondió Alberto arqueando una ceja.

—¿Qué haces aquí? —Le pregunté sin dar muestras de dejarlo pasar.

—Vine a mostrarte la solución a nuestros problemas —dijo—. Y con lo que haremos el dinero justo para que cambies esa cafetera que llamas auto, nos paguemos unas buenas vacaciones y o lo que sea que tengas en mente hacer con tu vida.

*«Lecciones de vuelo».*

—¿Tan confiado estás en que eso va a funcionar? —Quise saber.

—Estoy seguro, no confiado —me aseguró—. Si me dejas pasar, puedo mostrártelo.

—Está bien —le dije haciéndome a un lado para dejarlo pasar.

—Y para aprovechar mi visita... —empezó a decir, y supe que esta parte de su oferta no iba a gustarme tanto—. Podemos terminar la conversación que empezamos en la mañana.

—Si esta es tu estrategia para que te de agradezca algo que solo tú crees que conseguiste, entonces puedes devolvete a tu casa —le respondí.

—Es de bien nacidos ser agradecidos —dijo encogiéndose de hombros.

—Y ahora estás sonando como mi abuela —lo acusé.

Alberto soltó una carcajada mientras sacaba su ordenador portátil de un morral que no me había dado cuenta que traía. Abría el aparato y lo hacía arrancar, como si no hubiese estado apagado sino esperando para ser utilizado de nuevo.

—Ya sé quién es la mujer de los mensajes —empecé a decir.

—Esa parte ya la sé, jefe... —me respondió mientras ingresaba la contraseña en el ordenador para mostrarme lo que había hecho—. ¿Por qué no adelantas la cinta un poco y me cuentas algo que no sepa?

—Ya la conocía de antes —admití.

—Esto se pone interesante —se asomó por encima del hombro para dejarme ver su sonrisita irónica. En ese momento quise partirle esa cara de idiota que tiene.

—Es una de las amigas de mi hermana —dije finalmente.

—Mierda —se giró completamente para verme a la cara. Olvidado quedó el sistema, sus planes de hacer dinero, todavía más del que decía tener, y cualquier cosa que tuviera en mente—. ¿Y ella sabe que tú eres el que le ha estado enviando mensajes? —Quiso saber—. Claro que no, le diste un nombre falso y escuchó mi voz —se respondió a sí mismo—. Esto cada vez se enreda más... —murmuró—. ¡Me encanta! —Se carcajeó como el bastardo enfermo que es.

—¿Te encanta? ¿Sí? —Le pregunté— Deja que te parta la cara a ver si te sigue encantando, imbécil.

—Escúchame... esto... —Alberto luchaba contra las ganas de reír y contra las palabras, que aparentemente se le escapaban—. Podemos arreglar esto.

—Dijiste que el sistema ya estaba arreglado —respondí.

—Ah, sí... eso... —le quitó importancia con un gesto de la mano—. Me refiero a lo tuyo.

—La solución es decirle la verdad —dije.

—¿Y qué tiene eso de divertido? —Se burló. ¿Lo ves? Un idiota—. ¿Por qué no dejas que vaya con ella a la fiesta, le diga que quedamos mejor como amigos, entonces te quedas con tu chica y con tu amiga de *WhatsApp*? Así

cuando ella necesite alguien que la escuche, o la lea, puede recurrir a sus mensajes.

—Puede hablar conmigo... —le respondí, no captando la razón de complicar todavía más las cosas.

—¿Y cuando quiera hablar de ti? —me preguntó—. ¿También puede hablarlo contigo? —Se burló—. No sé con qué te estás drogando, pero te sugiero que te consigas otro hábito.

Yo debí ser más fuerte. Debí tener más confianza en mí mismo y en mis sentimientos por Ruth. En cambio terminé haciéndole caso al idiota de Alberto una vez más. Ya debía saber que las cosas iban a terminar mal. Y si tenía alguna duda, no tardaría en aclararla.

—Piénsalo —insistió el tarado después de un rato, como si no supiera que le había comprado el discurso—. Un número telefónico nuevo para ti, conservas el viejo para escribirle a ella... todos ganan —se encogió de hombros—. Ahora ven para que veas este código y dime si no es lo más genial que me has visto hacer desde que trabajamos juntos.

—Lo más genial que haces es coger vacaciones —le respondí—. Porque entonces no tengo que verte.

Sin embargo le hice caso y me concentré en la pantalla del ordenador, observando la solución a al problema en el sistema de pagos que habíamos diseñado para manejar nóminas fijas y eventuales en la revista, y que ahora podríamos vender a otras empresas para, como él bien había dicho, hacer mucho dinero.

Unas cuantas horas después, mientras ingresábamos datos reales al sistema para probarlo, Murphy asomó su cabeza para recordarme que había aceptado seguir un plan de Alberto.

Bueno, eso es un poco exagerado pues solo era mi hermana que nos llamaba para que la ayudaremos en algo para lo que necesitaba opiniones

masculinas.

Lo que Flor se olvidó de decir es que no necesitaba opiniones, sino músculos, porque lo que quería era reclutarnos para ayudarla a ella y sus amigas con la decoración de una boda.

La misma boda a la que Ruth me había invitado fingiendo ser Belén, y a la que yo había aceptado ir fingiendo ser Alberto.

*«¿Qué podía salir mal?»*



*Después de todo, sí vamos a necesitar esa botella.*

*Ruth*

Nunca pensé que mi lealtad hacia Flor, o mi fuerza de voluntad, fueran a ser puestas a prueba tan pronto. El sábado me las arregle para que no me incluyera en sus planes, ni en los que hizo en la mañana ni los de la tarde, que involucraban al resto de las chicas. ¿La razón? Necesitaba tiempo para pensar, y eso hice. Pero no en lo que debía. En lugar de concentrarme en buscar soluciones para mi problema actual, lo único que hice fue revivir una y otra vez mi noche con Ignacio.

*«Sí, fue así de memorable ¿ok?»*

Entonces llegó el domingo y yo esperaba tener el día para mí, para revolcarme en la culpa, para poner mi casa en orden, mi cabeza en orden... pero ese fue el día que escogieron mis amigas para aparecerse en mi casa sin avisar, y no tenía ninguna excusa creíble preparada. Para completar el cuadro, Ignacio no había llamado o escrito, lo que me hizo darme cuenta de que

tampoco es que yo tuviera forma de comunicarme con él. Excepto... sí, a través de su hermana.

*«¿Cómo es que no me había dado cuenta antes?»*

Pero no tuve mucho tiempo de darle vueltas al asunto, porque apenas entraron en la casa Flor, Lorena y Belén se apoderaron de mi sofá, Laura trajo una silla del mesón que separa la sala con la cocina y Melina empezó a chillar para que le prestara el baño.

—Déjala ir —se burló Flor—. Viene aguantándose las ganas desde que pasamos a recoger a Laura.

—Ustedes dijeron que se iban a parar y no lo hicieron, estúpidas —respondió Melina—. Eso me pasa por no traer mi propio carro —se quejó.

—¿Dónde está tu carro? —Le pregunté a Melina.

—Se lo dejé a Ceci —respondió—. Carolina y ella están viendo lo de la comida mientras nosotras terminamos de decorar el salón.

—Empezamos ayer, pero no nos alcanzó el tiempo para hacerlo todo —explicó Flor.

—Sí... —asintió a Belén—. Eso de dirigir al hermano de Flor y a su amigo, como si fueran par de animales de circo, estuvo divertido. Pero dudo que se ofrezcan a ayudarnos hoy.

—Como si ayer se hubiesen ofrecido —dijo Laura soltando una carcajada—. Ese par de ingenuos no sabían en qué se estaban metiendo cuando aceptaron ayudarnos.

—Sí, sí...sigan poniéndola al día que yo me voy al baño —dijo Melina antes de salir corriendo hacia mi habitación.

—Si tienen tanto trabajo con la decoración —le dije a mis amigas—. ¿Qué hacen aquí exactamente?

—Vinimos a reclutarte —respondió Belén.

—Yo no... —empecé a negarme.

—Tú, nada —me cortó Laura—. Todas nos ofrecimos para ayudar a Ceci.

—Además, ayer te dejamos salirte con la tuya —añadió Flor—. Pero hoy no tendrás tanta suerte.

*«Suerte, dice ella».*

—El viernes después de que te fuiste, yo adelanté todo el trabajo que pude para el lunes —siguió diciendo Flor—. Así que no tienes excusas.

—¡Ruth! —gritó Melina desde mi habitación.

Belén y Laura soltaron la risa, mientras que Flor se dejó caer hacia atrás en el sofá soltando una retahíla de maldiciones.

—¿Qué le pasó ahora a Melina? —Se quejó entre dientes.

—Dime que no tienes papel en el baño, y que vamos a escuchar a nuestra rubia favorita pidiéndolo —suplicó Lorena sacando su móvil, presumiblemente para grabar los gritos de Melina.

—Por eso fue que me teñí el cabello —suspiró Laura con pesar—. Porque nunca iba a ser tu rubia favorita —en un gesto extremadamente dramático, se llevó la mano al pecho y miró hacia la pared a su izquierda—. Ahora tendré que conformarme con ser tu pelirroja favorita.

—¡Idiota! —Se burló Lorena.

—Pero soy la idiota que sabe cuándo hay promociones y descuentos en la tienda —le recordó—. Así que trátame bien.

Eso nos hizo reír a todas.

—¡Ruth! —Volvió a gritar Melina.

—¡Voy! —le respondí, luego dije para mis amigas—. Déjenme ver qué quiere antes de que salga con las pompas al aire y lo ensucie todo.

—Nada que no hayamos visto antes —se encogió de hombros Belén—. Por lo menos esta vez no es en mi sitio de trabajo.

Caminé hacia mi habitación riendo por lo último que había dicho Belén,

porque era cierto. Teníamos muchas historias relacionadas con el bar en el que trabajaba.

—Necesitamos que prepares equipaje para un par de días —anunció Melina apenas entré a mi habitación.

—¿Necesitamos? —Le miré con una ceja arqueada—. ¿Quiénes?

—Las muchachas y yo —respondió como si yo fuera muy tonta por no darme cuenta.

—¿Por qué necesito equipaje? —Pregunté porque no estaba entendiendo nada.

—Eres la que vive más lejos... —explicó ella—. Del salón de fiestas, de la iglesia, del bar donde celebraremos la despedida de soltera de Elena..., en fin, de prácticamente todo —se encogió de hombros—. Y si vamos a ayudar a Ceci con la boda, necesitamos estar cerca y accesibles. Así que mueve ese trasero y prepara tus cosas —me ordenó—. Y mientras lo haces, me cuentas cómo estuvo el *sex fest*<sup>[90]</sup>.

—No sé de qué hablas —dije rápidamente.

—Si no fuiste tú, fue tu hermano —respondió Melina—. Y no creo que le hayas prestado tu casa para traer a sus conquistas universitarias —añadió.

—Repito, no sé de qué hablas —insistí.

—La papelera de tu baño está llena de empaques y de condones usados, mi reina —se burló Melina—. Así que solo hay dos opciones —expuso—. O fue Tobi, a quien por cierto no quiero imaginar teniendo sexo, o fuiste tú. ¿Cuál es la respuesta correcta? —Quiso saber.

—Melina, no... —empecé a decir, pero ella me interrumpió.

—¿Es alguien que conozcamos?

—Sí... —dije sin pensar, y al darme cuenta de mi error añadí—. Pero que lo que voy a decir no salga de esta habitación.

—Está bien, está bien. No voy a decir nada —aceptó—. Pero tienes que

contarme todo —me advirtió—. ¿Fue tu ex?

—No, no... —respondí rápidamente—. Como si las cosas no estuvieran lo suficientemente complicadas ya —resoplé—. Es más, no lo invoques. Es capaz de aparecerse a perturbar mi paz solo porque le provoca.

—Aclarado el punto... —sonrió y después fue hasta mi armario—. Cuéntamelo todo mientras te busco algo bonito.

Caminé hacia el armario en el que Melina buscaba ropa, saqué una maleta pequeña y la puse sobre la cama para que mi amiga fuera dejando su selección allí mientras le hacía un resumen de lo que había pasado, pero sin darle detalles de la identidad de mi amante secreto.

«¿Así que eso es lo que somos?»

Quizás yo no sea como esas chicas con las que solía ir al colegio, que soñaban con casarse, llenar la casa de hijos y dedicarse a atender a sus maridos. Pero tampoco soy de las mujeres que tienen rollos de una noche cada noche, las que recogen a un tipo en un bar y se lo llevan a su casa, tienen sexo y después *hasta luego y muchas gracias*. No porque desprecie la posibilidad de tener sexo sin compromiso, sino porque busco algo más que sexo en una relación.

«Porque buscas una relación, punto».

—Todavía no me dices de quién se trata —me recordó Melina—. Y me hiciste prometer que no diría nada.

—Es complicado... —suspiré dejándome caer en la cama.

—¿Qué tan complicado? —Quiso saber Melina.

Pero nuestra conversación se vio interrumpida cuando entraron Flor y Belén a mi habitación, probablemente para ver qué estábamos haciendo.

—¡Ya le convenciste! —Se carcajeó Belén cuando vio la maleta abierta sobre la cama—. Pensé que nos iba a tomar algo más de trabajo.

—No sé qué tiene de malo que me quede en mi propia casa, la verdad

—empecé a quejarme—. La calle es tranquila...

—Demasiado tranquila —me interrumpió Belén.

—Y solitaria —añadió Flor—. Es como si no tuvieras vecinos —dijo sentándose a mi lado y dejándose caer de espaldas contra el colchón—. Si alguien tuviera sexo en plena calle, dudo que alguien se enterara de tan solitario que es todo por aquí.

«¿Qué acaba de decir?»

Me giré tan rápido para verla que me dolió el cuello, y la expresión de mi rostro tuvo que haber sido muy reveladora porque todas empezaron a reírse.

—¿Cuándo pasó, y por qué nunca nos contaste nada? —demandó saber Belén.

—Nunca tomé a Microman por un tipo aventurero —se carcajeó Flor.

—No fue con Microman —dije sin pensar, y la revelación logró algo que generalmente era imposible de conseguir, que mis queridas cotorras guardaran silencio.

Laura y Lorena escogieron ese momento para entrar en la habitación. Laura traía una de mis botellas de vino en una mano, mientras que Lorena venía dándole sorbitos a un vaso.

—¿Qué pasó? —Preguntó Laura cuando notó la quietud.

—Nada —le dije—. Si quieren que termine de arreglar la estúpida maleta para que nos larguemos, es mejor que hagan de cuenta que no pasó nada.

—Lorena, Bel y yo nos encargamos de la maleta —propuso Flor—. Mientras tú te das un baño, Laura y Melina llaman a Ceci para ver cómo van las cosas, así sabremos a donde ir cuando salgamos de aquí.

—Está bien —acepté poniéndome de pie.

Iba camino al baño cuando Flor me recordó que nuestra conversación

anterior no estaba terminada, solo había quedado en pausa.

—Un día vas a contarnos todo... —aseguró.

—Yo no te obligo a decirme todo lo que haces con tu semental italiano —le respondí rodando los ojos.

—Tienes razón... —sonrió—. Esas cosas las comparto porque soy una mujer considerada y generosa, y porque quiero que sepan de todo lo que se están perdiendo.

—Y porque está segura de que no vamos a intentar nada con el poli —añadió Belén.

—Porque se pidió al gruñón —se burló Lorena—. Porque de haber ido tras el otro poli, no estaríamos contando la misma historia.

—Ustedes y sus policías —suspiró Melina.

—No te quejes —le dijo Lorena—. Que ese viaje en patrulla no nos benefició a nosotras solamente, a ti también.

Miré a Lorena con el ceño fruncido, intentando contener la risa.

—¿Perdón? ¿De qué me perdí? —Le pregunté, pensando que después de todo sí íbamos a necesitar esa botella de vino que había traído Laura a la habitación.

—Ah, no te hemos dicho —empezó a contar Flor—. Esta tarada consiguió una cita para la boda.

—Con el hermano del encantador de serpientes —añadió Belén.

—Que Dios nos agarre confesadas —se carcajeó Melina negando con la cabeza.



*El*

*stand de los besos. Pero sin besos.*

*Ruth*

Mientras íbamos hacia el salón de fiestas para dejar todo listo antes de la boda de Elena, fui orando a cada figura religiosa conocida para que Ignacio no estuviera allí. Cuando llegamos sentí que mis oraciones habían sido escuchadas, pero esa pequeña concesión del universo ¿cuánto tiempo iba a durar?

¿Y sabes una cosa? Nunca deberías hacerte esas preguntas porque eventualmente el universo te responde, y esa respuesta no siempre es la que te esperas.

*«O la que deseas».*

La botella que habíamos empezado a tomar en mi casa se convirtió luego en un par, y ese par se sumó a otro; y cuando nos fuimos del salón de fiestas ya no me importaba que me fuera a tocar dormir en lo de Flor en lugar de mi propia casa, de tanto vino que había tomado.

Sin embargo no era tan tarde cuando nos fuimos del salón, por lo que mis amigas tuvieron la idea de ordenar comida por teléfono, así tendríamos algo en el estómago cuando continuáramos con las bebidas. Al menos eso fue lo que Belén había sugerido. Y no fue tan mala idea, porque cuando nos estacionamos frente a la casa de Flor ya estaba el primer repartidor allí.

*«Sí, el primero. Porque ordenamos de tres sitios diferentes».*

—¿Ese es el de la pizza o el de la comida china? —Preguntó Melina.

—No lo sé —respondió Laura—. Pero eso que está vibrando en el asiento es tu móvil, deberías cogerlo.

—Ese debe ser Superman —dijo Lorena—. Vamos a tener que reclamarle que nos deje pasar más tiempo con nuestra rubia.

—Sí... —estuvo de acuerdo Belén—. Ya no es como antes —se quejó—. Exijo que la próxima que consiga novio, le ponga claro que las amigas van primero.

—Cierto... —asintió Laura—. Los novios van y vienen, en cambio nosotras siempre estamos.

Nos bajamos con cuidado de la camioneta de Belén, que era nuestra conductora designada, porque además de ir borrachas íbamos unas encima de las otras. Melina, que estaba en el asiento delantero, se bajó y fue caminando hacia el repartidor, tomó la caja y le dio lo que supongo era la propina. Aunque con ella nunca se sabe. Capaz y le dio una goma de mascar, o un *sticker*<sup>[91]</sup> de Juego de Tronos<sup>[92]</sup>.

Llegar hasta la puerta de la casa de Flor me costó más trabajo del que anticipé, por suerte le habían dado las llaves a Melina y no tuve que esperar por nadie para poder lanzarme en el sofá. La abuela de Flor al vernos empezó a reírse, diciendo que le recordábamos mucho cómo eran ella y sus amigas a nuestra edad.

—Debería salir de fiesta con nosotras un día —sugirió Belén, y no era

la primera vez que le hacía la oferta.

—Estoy muy vieja para eso —dijo la señora Emilia.

—¿Sabe qué? Vieja es la tierra, y todavía la usan —respondió mi amiga.

—¿Ya está Belén corrompiendo a mi abuela otra vez? —se burló Flor haciéndonos reír a todas, y en ese momento el timbre empezó a sonar.

Laura, quien tiene un talento especial para encontrar el licor en las casas ajenas, apareció en la sala con una botella de vino blanco y una de vino tinto, y se dejó caer en el sofá a mi lado mientras Flor iba a ver quién llamaba a la puerta.

—Ese debe ser otro repartidor —sugirió Melina.

Pero no era un repartidor, sino Superman que había venido por ella.

—¿En serio? —Me quejé—. ¿Me sacaron de mi casa para tener una noche de chicas, y empiezan a llegar los novios? Eso no es justo —me crucé de brazos haciendo un puchero.

—Toma un trago —Laura me ofreció una de las botellas—. Después de un tiempo, una se acostumbra a no verlas. Créeme.

—No digan eso, que me hacen sentir peor —lloriqueó Melina.

—No te sientas mal... —dijo Belén—. No estamos hablando de tu abandono para que te sientas culpable —le explicó—. Sino para que Superman se sienta culpable, se vaya y te deje con nosotras.

—Mañana van a tenerla todo el día para ustedes —respondió él.

—Sí, claro —Belén negó con la cabeza—. ¿Por qué será que no te creo?

—Porque seguramente tiene cara de querer colarse en nuestra fiesta —dijo Flor riéndose.

El timbre volvió a sonar, y esta vez sí era un repartidor. El de las pizzas, que era el que yo esperaba. Recibí la caja, pagué y le di una propina al chico que hacía las entregas mientras Melina se despedía.

—Lorena, ¿tú te vienes con nosotros o te quedas un rato más? —

Preguntó Melina cuando iba de salida.

—Me voy —se encogió de hombros—. Pero no sin robarle un par de pedazos a la pizza de Ruth —dijo echándose a reír.

—¡Traidora! —dijimos Laura y yo a la vez, y luego nos echamos a reír.

Poco después éramos solo Laura, Belén, Flor, su abuela y yo, comiendo pizza y tomando vino mientras mirábamos la televisión, como si esa fuera nuestra última cena. Bueno, Belén solo comía porque le tocaba trabajar más tarde en el bar y no podía llegar borracha. Quedaba un solo trozo de pizza cuando Belén se dio cuenta que Melina se había llevado la comida china, y que nuestro pedido de alitas picantes nunca llegó.

Minutos más tarde la abuela se despidió de nosotras y se fue a dormir, y Belén le preguntó a Laura si quería que la llevara a casa cuando fuera de camino al bar. Laura aceptó la oferta, dejándome encargada de lo que quedaba de las botellas, y abandonándome a mi suerte en los dominios de Flor.

*«Y de su hermano».*

Y como si lo estuviera invocando, Ignacio se apareció poco después en la sala de Flor vistiendo una camiseta negra con el logo de Marvel y unos pantalones de pijama. Estaba descalzo y tenía el cabello mojado, como si se acabara de bañar, y cuando me miraba ya no hacía el gesto que muchas veces confundí con disgusto sino que sonrió.

—Tienes que comprarnos otra pizza —dijo Flor cuando lo vio—. Porque nuestras alitas picantes no llegaron.

—Buenas noches para ti también —le respondió a su hermana.

Luego se sentó entre nosotras en el sofá, se sacó el móvil del bolsillo y empezó a marcar números. Entendí que, en efecto, estaba llamando para pedir otra pizza a pesar de la respuesta que acababa de darle a Flor.

Yo estaba sorprendida de verlo. Quizás no debería estarlo, pues al fin y al cabo también es su casa, pero no esperaba encontrarlo allí. Especialmente

en mi estado. ¿Cuáles eran las probabilidades de terminar la noche sin ponernos en evidencia? Muy bajas, diría yo.

Flor dejó caer la cabeza contra el respaldo del sofá y cerró los ojos, e Ignacio se acercó para susurrarme al oído.

—Hola... —dijo simplemente.

Estaba sonriendo cuando se alejó nuevamente, y yo no pude evitar sonreírle en respuesta.

—No le creas nada de lo que te dice... —dijo Flor entre dientes sin abrir los ojos—. Él es un mal hermano —se quejó—. No quiere compartir sus chocolates conmigo.

Ignacio se le quedó mirando como si hubiera dicho algo malo, algo prohibido. Pero ese pensamiento quedó rápidamente olvidado, porque en ese momento el timbre volvió a sonar.

—Esa fue la pizza más rápida que he recibido... —dijo Ignacio levantándose del sofá y caminando hacia la puerta.

—O las alitas más lentas —dije yo cuando vi la forma de la caja que le entregaban.

Decir alitas picantes fue la forma más efectiva de despertar a Flor. Bueno, decir comida en general. Olvídense de las alarmas, de los gritos o del olor a café, que funcionaría con cualquier ser humano normal. Cuando de Flor se trataba, la forma más eficiente de interrumpir su sueño y ponerla a funcionar era con comida.

Nuestras botellas, ahora vacías, descansaban en el piso junto a la mesita del café; pero mi anfitriona no iba a dejar pasar la oportunidad de ponerme fuera de servicio a fuerza de licor, así que fue por otra botella.

—¿Te sirvo? —Le preguntó a Ignacio cuando regresó a la sala, pero el rechazó la oferta alegando que debía trabajar el día siguiente.

—Al menos vas a comer con nosotras, ¿no? —pregunté yo.

—Obviamente —respondió Flor en su lugar—. Nacho nunca le dice que no a la comida.

No sé si era por la cercanía, por la cantidad de vino que había tomado, o por la suma de ambas cosas, pero me sentí nerviosa ante la idea de compartir la cena con Nacho. Especialmente con Flor presente. No es porque creyera a Ignacio capaz de forzar la situación para dejarnos en evidencia ante su hermana, lo que dañaría nuestra amistad. No, ese no era el problema, porque cuando él dijo que pensaríamos en algo yo le creí. Confiaba en él. Confío en él. En quien no confiaba era en mí misma, en mi habilidad de mantener la calma bajo presión ni para no ponerme en evidencia cuando abusaba con el alcohol.

*«Porque en este momento lo único que me provocaba era lanzármele encima y pedirle repetición del performance<sup>[93]</sup>».*

—¿Quieres ver alguna película? —Preguntó Flor interrumpiendo mis pensamientos, aunque no sabía a quién le había hecho la pregunta.

Y al parecer era yo quien tenía que responder porque tanto Flor como Ignacio estaban mirándome expectantes.

—No sé... lo que quieran —me encogí de hombros.

—¡Yo la elijo! —Chilló Flor—. Hace rato que quiero ver *El stand de los besos*<sup>[94]</sup> y...

—¿Por qué suena a romance adolescente? —Preguntó Ignacio con el ceño fruncido.

—Porque seguramente es un romance adolescente —me reí.

—¿Qué pasa? —Se quejó Flor—. ¿Te van a quitar el certificado de hombría por ver películas románticas?

—No, hermanita... —le respondió Ignacio—. Yo estoy suficientemente seguro de mi masculinidad —empezó a decir—. La parte que me perturba es que empiezas a comentar sobre el trasero, los abdominales y no sé qué de un

montón de niños, y me haces sentir tan pervertido como tú.

—En primer lugar —se defendió Flor—. Que hagan el papel de adolescentes no quiere decir que sean adolescentes.

—Doy fe de eso —asentí y puse la palma de mi mano para que Flor la chocara con la suya.

—Gracias —dijo mi amiga aceptando el gesto con una sonrisa—. Y en segundo lugar, yo solo apunto cosas. Es cosa tuya si me haces caso o no.

—No hay manera de ganar una discusión contigo —Ignacio se rindió, haciéndome reír y cuando se volteó a mirarme sentí que mi corazón dio un salto—. Si te sigues riendo, va a pensar que de verdad es graciosa y nunca va a dejar de molestarme —se quejó.

—Deja de hacer berrinche y busca la película en Netflix —le respondió Flor.

— Y yo que pensé que vendría a comerme tu comida y salir sin ser notado —suspiró mientras se ponía de pie y caminaba hacia el televisor.

—Yo sé que en el fondo disfrutas de mi compañía, hermanito —Flor se encogió de hombros—. Y un día te haré admitirlo.

—Soñar es gratis —dijo Ignacio en voz baja, pero con toda la intención de que lo escucháramos.

Creo que en el fondo Ignacio disfrutaba estas situaciones con su hermana, en las que pretenden discutir y molestar, y actuar como si el otro es el ser más molesto del mundo. Yo no tengo problemas en admitir que me gusta ser testigo de sus intercambios, porque me hacen recordar cuando mi hermano era más pequeño y las cosas que le decía lo hacían sentir avergonzado delante de sus amigos del colegio.

Cuando Ignacio terminó de buscar la película se vino a sentar nuevamente en el sofá, en medio de Flor y yo. Como mi amiga y yo no nos habíamos molestado en usar vasos para tomar vino, seguimos pasándonos la

botella. Aunque creo que en algún momento me quedé bebiendo sola.

La atención de Flor estaba centrada en la película, pero la mía estaba centrada en su hermano. Tal parece que un poco de sexo hace cosas extraordinarias con la visión femenina, porque ahora estaba observando en él cosas que nunca había detallado, como el largo de sus pestañas por ejemplo, o como sus ojos azules parecen cambiar de color cuando ríe.

La película apenas tenía unos minutos de haber empezado cuando sonó el timbre, y a regañadientes Flor se levantó para pausar la película y ver quién tocaba. Todavía esperábamos al repartidor de la pizza que había pedido Ignacio, así que no nos sorprendió verlo en la puerta cuando volteamos a mirar. Lo que sí me sorprendió fue ver al novio de Flor uniformado, parado detrás del repartidor de pizzas.

Mateo entró a la casa, esa parte la recuerdo. También recuerdo que seguimos viendo la película y yo me aferré a la botella de vino como si estuviera en medio del océano y ella fuera mi bote salvavidas. Pero lo que pasó después empezó a volverse borroso.

—¿Estás haciendo ejercicio? —Le pregunté a Ignacio en algún punto de la noche, cuando empecé a usar su brazo como almohada.

—No... —respondió en voz baja, y podría jurar que se estaba riendo cuando lo dije.

—¿De qué hablan ustedes ahí? —Preguntó Flor—. Si van a...

—De nada —dijimos a la vez interrumpiéndola.

—No estamos hablando de nada —dije soltando una risita.

No recuerdo mucho luego de eso. Ni el final de la película ni como llegué a la cama. Solo recuerdo que después de un rato todas las luces se apagaron para mí.



*¿Los*

*ratones te comieron la lengua?*

*Ruth*

Estaba soñando que llovía. El sonido constante del agua cayendo y golpeando las ventanas, de la brisa estremeciendo los árboles, en fin, todos esos sonidos hicieron que sintiera unas fuertes ganas de orinar. Pero no quería abrir los ojos y me dolía la cabeza, así que estaba dividida entre las demandas de mi vejiga y mis ganas de seguir durmiendo.

A regañadientes me desperté, solo para darme cuenta de que no había dormido en mi propia cama sino en la de Flor y que el sonido de la lluvia no era parte de un sueño. Además, había caído rendida con la misma ropa del día anterior, y probablemente tenía todo el maquillaje corrido.

*«Nota mental: Mantente alejada de los espejos hasta nuevo aviso».*

Corrí hacia el baño mientras desabotonaba mis pantalones, y para cuando empujé la puerta para abrirla empezaba a rodar la cinturilla caderas

abajo. Apenas me senté en el trono de porcelana, y empecé a vaciar mi vejiga, me di cuenta de que el sonido de la lluvia era más intenso en el baño lo que me hizo girar mi cabeza en busca de una ventana. Pero en lugar de eso me encontré con un Ignacio desnudo bajo la mampara de agua.

«Oh... con que de aquí venía el sonido».

Nos quedamos en silencio por unos segundos, hasta que él empezó a sonreír con una ceja arqueada.

—¿Disfrutando la vista? —Me preguntó mientras yo recorría cada milímetro de su cuerpo con la vista, porque honestamente ¿quién no lo haría?

El cabello revuelto y húmedo, la mirada intensa, su nariz recta y perfecta, la expresión de su rostro... el conjunto era una mezcla tan atractiva como la visión de su cuerpo desnudo. Tentándome. Invitándome.

Quizás Ignacio no lucía como esos modelos que Flor nos enviaba todas las mañanas por *WhatsApp* a las chicas y a mí, pero eso no significaba que no fuera perfecto.

—¿Y bien? —insistió porque yo estaba demasiado atontada para responder—. ¿Los ratones te comieron la lengua?

—No me comieron nada... —repliqué—. Y para responder tu pregunta, me parece injusto que me hayas visto sentada en el retrete<sup>[95]</sup> —dije tontamente—. Así que, sí. Decidí apreciar la vista para compensar —añadí con la mirada clavada en su pecho y descendiendo peligrosamente.

Vi su abdomen contraerse y sus brazos agitarse ligeramente, como si se estuviera riendo, pero no podría estar segura porque mi atención no estaba en su rostro precisamente. No podía mirarlo a la cara mientras me levantaba del retrete y me subía los pantalones. No me atrevía. Y lo que estaba mirando me parecía tan interesante como todo lo demás.

—¿Lo siento? —dije, pero sonó como si lo estuviera preguntando, y eso confirmó mi pensamiento inicial. Ignacio sí se estaba riendo porque ahora

podía escuchar su risa—. Es que... —señalé su pecho y la suave línea de vello oscuro que empezaba en su ombligo y se perdía más al sur.

—¡No te rías! —Me quejé mirando finalmente su cara, sintiendo que me sonrojaba porque mientras yo estaba inspeccionando su cuerpo mojado y desnudo, él estuvo viéndome a mí. Con los pantalones en los tobillos. Sentada en el retrete—. ¡Y deja de mirarme! Ya me subí los pantalones, no hay nada que ver aquí —insistí.

—Si tú me ves, yo te veo —respondió encogiéndose de hombros—. Es lo justo.

—Pero es que estás desnudo... —chillé y mi voz salió aguda y temblorosa. Apenas y reconocí mi voz. Era ridículo, pero...

*«Ignacio está desnudo».*

Es como si mi cerebro no pudiera superarlo. Mi cuerpo, definitivamente, no quería superarlo sino aprovecharse. Todos esos músculos de los que ni siquiera conozco los nombres, allí expuestos y rogando por atención... ¿quién soy yo para negárselas?

Y no es que a él le moleste demasiado mi inspección, porque no hace ningún intento de cubrirse. Él solo está ahí parado, mirándome con esa media sonrisa que me pone estúpida, como si supiera muy bien que lo que cubre con los trajes es una obra de arte y estuviera consciente del efecto que tiene en mí.

El Ignacio reservado y tímido que conocí hace un montón de años siempre me ha parecido tierno. El Ignacio que hace bromas de cualquier cosa solo por hacerme reír hace que las mariposas de mi estómago se agiten. El Ignacio que lee novelas románticas, solo porque yo se lo pido, hace que mi pulso se acelere. Pero el Ignacio atrevido y seguro de sí mismo que visitó mi cama, y que estoy viendo ahora, ese me enamoró completamente.

Instintivamente volví a recorrer su cuerpo con la mirada mientras él cerraba el grifo de agua y daba un paso fuera de la ducha. Casi esperaba que

tomara una toalla para cubrirse, pero en lugar de eso se acercó a mí sin ninguna vergüenza dejando al descubierto lo mucho que estaba disfrutando la atención.

*«Al menos cierta parte de su anatomía estaba disfrutando la atención».*

Mis ojos se quedaron fijos en su miembro erecto mientras caminaba hacia mí. ¿El muy cabrón se había excitado solo porque lo estaba mirando? Ni siquiera sabía qué hacer con esa información. Ya me daba miedo hasta parpadear, no sea que me lo estuviera imaginando y pudiera desaparecer si lo pierdo de vista.

Cuando vuelvo a mirar su cara ya no está sonriendo, y su mirada hizo que mi cerebro hiciera cortocircuito y empezara a recordar cómo me miraba el viernes por la noche, cómo me besaba y... bueno, ya sabes lo que pasó después, no es necesario que lo repita.

De repente siento que no hay suficiente oxígeno en el planeta y que mi cuerpo ya no está siendo controlado por mi cerebro sino por mis hormonas. Es cuando doy el último paso que nos separa, olvidándome de que no me he lavado los dientes, que mi cara probablemente le recuerde a la de Alice Cooper<sup>[96]</sup> y que su hermana, quien es además mi mejor amiga, puede aparecer en cualquier momento y descubrirnos.

—No está —dijo como si me hubiera estado leyendo el pensamiento—. Flor se fue con Mateo después de que te quedaste dormida.

*«¡Traidora!»*

Las ganas de quejarme por el abandono de mi amiga duraron menos de treinta segundos. El tiempo que le tomó a mis manos conectarse con la cálida piel del pecho de Ignacio, provocando ese gruñido sexy, apenas audible, que me recordaba los sonidos que había en la cama.

Ignacio no hace ningún intento por restringir mis avances, sino que

silenciosamente me da permiso para tocar su cuerpo a gusto. Para explorarlo, para probarlo, para sentirlo.

—Esto es una mala idea —le dije, pero mi protesta se escuchaba falsa hasta en mis propios oídos.

El asiente, pero sus manos empiezan a deslizarse bajo la camiseta con la que me quedé dormida, y luego bajo la cinturilla del pantalón que olvidé abotonar cuando me levanté del retrete. Sus dedos empiezan a masajear los huesos de mis caderas mientras acerca su nariz a mi cuello, acariciándome con ella para luego recorrerlo con la lengua.

—¿Vas a llegar tarde a trabajar? —dije, pero sonó como una pregunta.

Sentí su risa contra mi piel, y la humedad que empezaba a extenderse por mi sexo se multiplicó en segundos. Mis dedos no habían dejado de moverse contra la piel de Ignacio. Era como si fuera físicamente imposible apartarlos.

—Yo doy asco y tú te acabas de bañar... —murmuré mientras Ignacio mordisqueaba el lóbulo de mi oreja.

Mis manos acariciaban su espalda y mi pecho estaba pegado al suyo, haciendo que la humedad que persistía en su piel humedeciera mi ropa.

—Nos bañamos juntos... —sugirió y a mí me una idea fantástica.

Así se lo hice saber, apartándome el tiempo suficiente para deshacerme de mi camiseta y luego continuar con mi exploración.

Dejé mis dedos ir a donde querían, y aparentemente lo que ellos querían era deslizarse hacia abajo por los pliegues de su estómago, y envolver su erección. Ignacio soltó un gruñido y cerró los ojos, dejando su cabeza caer hacia atrás.

Con mi mano libre tiré de su cuello y acerqué su cara a la mía para besarlo, él respondió con el mismo ímpetu y con la misma desesperación que yo sentía, librando una batalla contra mis pantalones mientras yo acariciaba su

miembro. Una batalla que obviamente perdieron los pantalones, ya que se unieron a la camiseta en el piso del baño unos segundos después, mientras nos devorábamos el uno al otro como si el fin del mundo estuviera cerca y esta fuera nuestra última cena.

Las manos de Ignacio me desvestían con una mezcla de impaciencia y habilidad, al tiempo que su lengua se deslizaba contra la mía, provocando sonidos de placer y lujuria que reverberaban en las paredes del baño y hacían eco en mi pecho y en mi cerebro.

—Tienes que guardar silencio —murmuró contra mis labios mientras sus manos se reunían con mis mis pechos, sus pulgares acariciando mis pezones una y otra vez antes de apretarlos con fuerza haciéndome jadear.

—Está bien —gemí disfrutando de la sensación de su miembro en mis manos y mis pechos en las suyas, acariciándonos, excitándonos, volviéndonos locos el uno al otro.

—Lo digo en serio... —me advirtió con una sonrisa—. A menos que quieras despertar a mi abuela —se burló.

—¿Te avergüenzo, acaso? —me reí.

Pero en lugar de responder, Ignacio arqueó mi cabeza un poco y volvió a besarme con fiereza. Como si no pudiera tener suficiente de mí. Y no había nada de vergüenza en ese beso, eso me quedaba claro. Y sabía que la advertencia la hacía más por mi beneficio que por el suyo.

Tampoco había vergüenza en la forma en que me alzó y pegó mi espalda contra la pared de azulejos. Mis piernas se abrieron instintivamente, rodeando sus caderas, y me aferré a sus hombros mientras él seguía besándome y yo movía mis caderas buscando contacto, alivio... lo que fuera.

—Condón... —gemí contra su boca.

—Arriba... —respondió Ignacio sin poder contener la risa—. No suelo traerlos cuando vengo a invadirle el baño a mi hermana —admitió.

—¡Mierda! —me quejé, pero mis quejidos tuvieron una muerte rápida cuando él utilizó sus dedos para llenar el vacío que sentía en mi coño. No era ni por asomo parecido a la sensación de su miembro moviéndose en mi interior, pero mi cuerpo lo estaba disfrutando de todas formas.

Sus manos adquirieron un ritmo que era tan delicioso como perverso. Ignacio dejó caer su cabeza contra mi hombro izquierdo, con los ojos cerrados, absorbiendo la intensidad del momento y totalmente concentrado en su misión de llevarme al orgasmo. Pero yo no podía cerrar los ojos. Yo no podía dejar de mirarlo, no importaba cuan intenso fuera el momento. La forma en que su cuerpo se movía contra el mío, como si estuviera penetrándome con otra parte de su cuerpo en lugar de con sus dedos, era cautivadora porque Ignacio hacía el amor con todo su cuerpo. No había un solo músculo que no estuviera en movimiento, y eso era un espectáculo al que no podía resistirme. Y el espejo en el baño de Flor ayudaba a tener una mejor percepción de las partes que se escapaban a mis ojos.

*«Dios bendiga los espejos».*

Ignacio alzó la cabeza, descansando su frente contra la mía antes de lanzarse nuevamente por un beso, ahogando mis gemidos, bebiéndoselos de uno en uno mientras sus dedos expertos me llevaban al éxtasis. Pellizcándome, acariciándome, penetrándome sin piedad. Pero piedad era lo último en lo que mi mente pensaba.

—No... —me quejé haciéndolo fruncir el ceño en confusión.

—¿Estás bien? —Preguntó preocupado—. ¿Te estoy haciendo daño?

—Esto no es lo que quiero... —respondí a sabiendas que estaba por hacer algo totalmente irresponsable—. Necesito más...—gemí buscando su miembro con mis manos y guiándolo hacia mi interior.

Ignacio gruñó conteniéndose. Pero yo no lo quería contenido y controlado, yo lo quería tan desesperado y salvaje como yo me sentía.

—Por favor —supliqué sintiendo una especie de electricidad atravesar mi cuerpo al primer contacto de su miembro desnudo contra mi entrada.

Él no estaba seguro de ceder, de dejarme salir con la mía, pero debió sentir la misma electricidad que yo sentí porque su cuerpo se agitó haciendo que su miembro se deslizara en mi interior. Fueron solo unos milímetros pero la reacción de mi cuerpo a la intrusión, la forma en que mi coño se contrajo a su alrededor, fue deliciosa.

—Más... —supliqué, y mi voz era un sonido medio entre un gemido y un gruñido que apenas pude reconocer—. Por favor.

Y ese fue el momento en que las correas imaginarias que sujetaban a Ignacio se soltaron, liberando al amante atrevido y apasionado que conocí hace un par de noches, y al que había estado extrañando.

Tomó uno de mis pechos en su boca, succionando mi pezón y tirando de él con los dientes mientras sus caderas emprendían un ritmo implacable. La mezcla de dolor y placer, la forma en que sonreía contra mi piel mientras torturaba mi cuerpo, era demasiado. Mi espalda chocando contra la pared cada vez que me penetra, mis piernas enrolladas en sus caderas, mis talones clavados en su trasero, acercándolo a mí, diciéndole silenciosamente que lo quiero más fuerte, más profundo, más él.

Todo pensamiento lógico abandonó mi cerebro en ese momento, mientras mordía su hombro para silenciar el orgasmo que arrasaba mis sentidos y las réplicas que le siguieron a ese. Pasamos unos minutos así, conectados el uno al otro en nuestra pequeña burbuja sin que nada en el mundo nos importara, pero eso no iba a durar para siempre ¿cierto?

—Nacho, estoy haciendo el desayuno —esa era la voz de la abuela de Flor—. No se te vaya a ocurrir largarte sin comer.

—Está bien, abuela —gritó para que ella lo escuchara y luego se echó a reír.

Yo esperé un poco más para hablar, porque a mi cerebro le costó procesar el pensamiento al que estaba a punto de darle voz.

—¿Te imaginas que hubiese llegado antes? —susurré—. ¡Qué vergüenza! —chillé, pero eso solo hizo que Ignacio riera más fuerte.

Después de bañarnos, él se vistió en la habitación de Flor y salió a encontrarse con su abuela para desayunar. Yo lo imité unos minutos después para guardar las apariencias, pero creo que su abuela ya sabía lo que habíamos hecho. También creo que hasta se estaba divirtiendo con nuestra incomodidad.

*«Tal vez solo era mi mente jugándome trucos».*

Quizás...

Tal vez...

Puede ser...



*Tengo*

*un mal presentimiento...*

*Ignacio*

El lunes salí de mi casa con la sensación de haber cometido un error. Y no me refiero al hecho de haber tenido sexo sin protección con Ruth en el baño de mi hermana, aunque ese trozo de información no hacía nada para mejorar mi estado de intranquilidad, sino al de no haberle dicho la verdad sobre Capitán Extraño.

Pero no tuve tiempo de volver a pensar en el asunto una vez que llegué a la oficina. Había mucho que hacer, y muy poco tiempo. Además, debía adelantar trabajo del martes, porque Alberto no iba a estar para ayudarme. Él tenía una importante misión que cumplir.

*«Deberías ser tú acompañándola, imbécil».*

Pero ella no me invitó a mí, sino a él. A pesar de haber desaparecido del mapa por una semana, y de que los mensajes desde el sábado habían sido más bien escasos, ella confiaba en ese personaje que había creado para que la

acompañara.

*«Y ya que hablamos de mensajes...»*

A la hora del almuerzo me saqué mi móvil del bolsillo, busqué nuestra última conversación en *WhatsApp* y le escribí un texto.

*Yo: He estado pensando en tu invitación para mañana...*

**LADY HALLMARK:** *¿Sí? ¿Has pensado llevar máscara y disfraz de superhéroe?*

*Yo: ¿Se puede?*

**LADY HALLMARK:** *¡No! Tienes que conseguir un traje.*

*Yo: Aburrida.*

**LADY HALLMARK:** *Lo sé, lo sé...*

**LADY HALLMARK:** *Tenemos una conversación pendiente tú y yo.*

*Yo: Sí, lo sé.*

**LADY HALLMARK:** *Pero no sé cómo empezar...*

*Yo: ¿Desde el principio?*

**LADY HALLMARK:** *Ok, aquí voy.*

**LADY HALLMARK:** *¿Recuerdas cuando te hablé de la persona que me gusta?*

¿Me iba a hablar de mí mismo? ¿En serio? Cuando leí el mensaje en la pantalla del móvil empecé a mirar hacia todos lados, esperando que alguien saliera y se burlara de mí por estar metido en semejante enredo. Pero nadie salió. No tenía excusas para evitar la conversación, así que la enfrenté de la mejor manera que pude.

*Yo: ¿Tu amor imposible?*

**LADY HALLMARK:** *¡Payaso!*

**LADY HALLMARK:** *Pero sí...*

**LADY HALLMARK:** *Solo que ya no parece tan imposible.*

¿Honestamente? Estaba sonriendo como idiota cuando leí ese último mensaje. Una especie de orgullo cavernícola afloró en mi pecho, unas ganas locas de treparme en los tejados y golpearme el pecho como King Kong<sup>[97]</sup>.

*Yo: Sí lo recuerdo.*

*Yo: ¿Y a qué se debe el cambio de idea?*

**LADY HALLMARK:** *El viernes por la tarde estaba sintiéndome bastante mal.*

**LADY HALLMARK:** *Por tu culpa, debo añadir.*

*Yo: ¿Por mi culpa?*

**LADY HALLMARK:** *Sí, porque desapareciste.*

**LADY HALLMARK:** *Pensé que te había pasado algo, o que habías muerto.*

**LADY HALLMARK:** *O algo peor...*

*Yo: ¿Qué puede ser peor que morir?*

**LADY HALLMARK:** *Pensé que ya no querías volver a hablarme.*

**LADY HALLMARK:** *O volver a ser mi amigo.*

*Yo: Lo siento.*

*Yo: Lamento haber desaparecido.*

**LADY HALLMARK:** *Está bien, ya prometiste que no lo harías de nuevo.*

**LADY HALLMARK:** *A lo que iba...*

**LADY HALLMARK:** *Me encontré con él en un bar y estuvimos hablando.*

*Yo: ¿Solo hablando?*

**LADY HALLMARK:** *Eso vino después \*guiño\**

*Yo: Ahora siento celos.*

*Yo: Si todas las conversaciones contigo terminan así, exijo que pagues lo que me debes.*

**LADY HALLMARK:** *¡Idiota!*

*Yo: Es broma.*

*Yo: Más o menos.*

**LADY HALLMARK:** *No eres tan gracioso como piensas.*

**LADY HALLMARK:** *Bueno, más o menos.*

Y así siguió mi conversación con Ruth durante casi toda la tarde. Una donde me contaba de su encuentro del viernes. Conmigo. ¿No es absurdo? Pues sí. Ahora entendía lo que Alberto había dicho, y no se sentía bien mentirle a Ruth de este modo. Se sentía deshonesto. Como si la estuviera traicionando. ¿Pero qué podía hacer? Ya era un poco tarde para decirle la verdad ¿no?

*Yo: ¿Por qué no lo invitas a él a la boda?*

**LADY HALLMARK:** *Lo pensé.*

**LADY HALLMARK:** *Pero entonces resucitaste, y me dio pena retractarme.*

*Yo: No tienes por qué.*

*Yo: Y seguro que disfrutarías más saliendo con él que saliendo conmigo.*

**LADY HALLMARK:** *Creo que ustedes se llevarían bien.*

*Yo: ¿Sí?*

**LADY HALLMARK:** *Cuando se trata de superhéroes, es como si hablaran el mismo idioma.*

*Yo: ¿Fan de Marvel o de DC Comics?*

**LADY HALLMARK:** *Marvel, me parece.*

*Yo: Entonces, definitivamente, tiene mi aprobación.*

**LADY HALLMARK:** *No la estaba pidiendo.*

*Yo: Claro que sí. O no me habrías hablado de él.*

**LADY HALLMARK:** *Tarado.*

**LADY HALLMARK:** *¿Crees que él aceptaría acompañarme si le digo ahora?*

*Yo: No veo por qué pueda decirte que no.*

*Yo: A menos que sea un imbécil.*

*Yo: Y en ese caso, demando saber su dirección. Así puedo enviarle algo.*

**LADY HALLMARK:** *¿Qué cosa?*

*Yo: Un par de boxeadores para que le arreglen la cara.*

**LADY HALLMARK:** *Definitivo... eres un payaso.*

*Yo: A veces los payasos puede dar miedo.*

Terminé mi chat con Ruth con una sonrisa, mientras recogía mis cosas para irme a casa, hasta que me di cuenta del pequeño error técnico que acababa de cometer. Prácticamente la había animado a invitarme a mí a la boda. Y para eso iba a tener que llamarme ¿no?

*«¿A qué puto teléfono va a llamarme? ¿Al que cree que es de Alberto?»*

Había metido la pata de manera colosal, lo sé. Pero ya estaba hecho. Solo quedaba esperar y rezar por un milagro, pero dudaba que corriera con tanta suerte.

—Si todavía está en la casa, no tendría que llamarme ¿no? —me dije en voz baja. Fue entonces cuando el mal presentimiento con el que salí en la mañana regresó.

—¿Hablando solo, jefe? —Se burló Alberto, que estaba recogiendo las cosas de su escritorio para irse.

—¿Por qué no te mueres? —Le respondí de mal humor.

—Porque me necesitas vivo —me dijo él—. Hablando de eso... ¿mañana nos vemos para repasar mi historia? —sugirió y yo asentí, sintiéndome aún peor que cuando le escribía a Ruth momentos antes.

Alberto me devolvió el gesto antes de salir de la oficina, dejándome solo con mis pensamientos; pero eran demasiados y se movían con tanta prisa en mi cerebro que me aturdían. El encierro me aturdía. Tenía que hacer algo. Tenía que salir de la oficina. Tenía que...

*«Ir pensando en mudarte de planeta, porque esa mujer te va a matar cuando te descubra. Y si te deja vivo, Flor no te lo perdona».*

Cuando llegué a la casa ya era tarde. Mi abuela me dijo que Flor y su banda de locas se habían ido para una despedida de soltera, convirtiendo mi plan de interceptar a Ruth para evitar el uso del móvil en un fracaso absoluto. No estaba de ánimos para encerrarme en mi piso a ver series. Especialmente la que estaba empezando. No, definitivamente no estaba de humor para ver a Danny Rand repitiendo cada quince segundos que él era el legendario *Iron Fist*<sup>[98]</sup>.

*«Aunque es probable que vea otro episodio cuando tenga problemas para dormir».*

Así fue como terminé entrando a ver una película de Jackie Chan<sup>[99]</sup> en el cine. Pero ni las secuencias de acción ni las conspiraciones que se gestaban en pantalla podían apartar mi mente de lo que estaba por venir. No tenía a nadie a quién echarle la culpa esta vez. Sí, había seguido un consejo de Alberto pero no iba a engañarme a mí mismo. La decisión final fue mía. Y a lo largo del día, no hice más que poner más clavos sobre mi tumba.

Cuando salí de la sala de cine no tenía idea de cómo había terminado la historia, quienes eran los buenos o quienes los villanos. Tampoco tenía idea de qué iba a hacer conmigo mismo. Sí, ya sé. Soy un poco dramático a veces,

pero ¿qué querías? Después de años viviendo con Flor, algo se me tenía que contagiar.

Esa noche se me hizo interminable. Mi cerebro parecía incapaz de apagarse, el sueño me evadía y, la peor parte, es que mi móvil estaba en total y absoluto silencio. No sé qué esperaba, en realidad. Solo sé que ese silencio me estaba matando y mi mente no dejaba de dar vueltas alrededor de los peores escenarios posibles.

*«Una historia que se termina antes empezar, tal vez».*

Yo no quería pensar más, así que hice lo que cualquier persona inteligente hubiese hecho en mi lugar. Puse un episodio de *Iron Fist*, que es el equivalente a tomarse un somnífero, resignándome a mi destino.

—Y que pase lo que tenga que pasar.

¿Y quieres saber lo que pasó?

El martes llegó y no escuché la alarma, y cuando logré levantarme de la cama ya se me había hecho tarde para ir a trabajar. Cuando bajé a bañarme, porque todavía no habían resuelto el asunto de la bomba de agua, tuve que esperar porque Flor y mi abuela se me habían adelantado. No tuve tiempo para desayunar. Había tantos carros en la calle que ya parecía la escena de Día de la Independencia<sup>[100]</sup> en la que mandan a todo el mundo a evacuar la ciudad. Pero esa no era la peor parte. Lo peor del día fue estar acompañado de esa sensación. La de estar esperando por el final de algo con lo que estaba empezando a ilusionarme. ¿Un futuro con Ruth? Era todo lo que podía desear, y mucho más. Pero ya sabes lo que dicen. Todo lo que puede suceder, sucede; y que cuando las cosas van mal, siempre pueden ir peor.

*«Porque Murphy es un cabrón sádico y vengativo».*

El martes era también el día de la famosa boda. El día libre de Alberto. Y probablemente el día más largo de mi vida. ¿No me crees? Te cuento.

Las comunicaciones telefónicas eran una pesadilla, por lo que no pude

comunicarme con mi cómplice para repasar la historia que debía contar en caso de que le hicieran preguntas.

*«Porque estaba seguro de que habrían preguntas».*

Tampoco es como si él le pusiera demasiado entusiasmo a sus intentos de colaborar. Mientras yo dejé más de veinte mensajes de texto, un número similar de mensajes de *WhatsApp*, notas de voz y llamadas que se iban directo al buzón, yo no recibí nada. Cero. Silencio absoluto.

Comunicarme con Ruth fue otra misión imposible. Le dejé varios mensajes, ciertamente no tantos como a Alberto pero sí algunos, y no recibí respuesta. Imaginé que estaba arreglándose para la boda, que era temprano según Flor, donde estarían ayudando a su amiga que era la organizadora.

Mi concentración en el trabajo era totalmente nula, y si me quedé en la oficina a la hora de almorzar fue porque llegué tarde en la mañana. Sin embargo, un rato más tarde recogí mis cosas y me largué sin darle explicaciones a nadie.

Cuando llegué a la casa, Flor estaba en la sala con un par de sus amigas. Ya estaban listas para salir, pero ninguna de ellas era Ruth así que seguí de largo hacia la cocina para saludar a mi abuela antes de irme a mi piso. Iba de camino a la puerta cuando mi hermana me llamó.

—¿Qué vas a hacer más tarde? —me preguntó.

—Nada —admití encogiéndome de hombros.

—Porque Belén quiere pedirte un favor —dijo Flor.

—Sí... —Belén sonrió con lo más parecido a la timidez que he visto en su cara en todo el tiempo que llevo conociéndola—. Quería saber si quieres ser mi acompañante en la boda.

—¿Se les olvida que no sé bailar? —Pregunté.

—No, no se nos olvida —dijo Lorena—. Pero Belén siempre es la conductora designada, y nos gustaría que se soltara la melena un poquito esta

noche.

—Y tú trabajas mañana, así que no hay tragos en tu futuro —añadió Belén—. Por eso eres el acompañante perfecto.

—Existe *Uber*<sup>[101]</sup> —gruñí.

—¿Estás segura de que este tío es familiar tuyo? —Preguntó Belén volteándose a mirar a mi hermana—. Porque no me parece que lo sea.

—Mis padres insisten en decir que somos hermanos —respondió Flor cruzándose de brazos—. Aunque he tenido la misma duda toda mi vida.

—Aparte del color de ojos y el tono blanco fantasmal en la piel... —añadió Lorena asintiendo—. Tampoco veo el parecido.

—Está bien, está bien... —me rendí—. Pero van a tener que adelantarse. No estoy listo para ir a ninguna parte —admití, y no me refería al hecho de no estar vestido apropiadamente sino a que debía encargarme de algo antes de salir de la casa.

—No hay problema —respondió mi hermana—. Tenemos quien nos lleve, pero Belén no va a tener quién la traiga de regreso.

—Que me lleve a mi casa, querrás decir —dijo Belén corrigiendo a Flor—. Porque no pienso pasar la noche en tu casa, Florecita.

—¿Por qué? —Se quejó Flor.

—Porque tú tampoco vas a pasar la noche aquí —respondió su amiga rodando los ojos.

—¿Saben qué? —Las interrumpí—. No me interesa saber dónde, o con quién, van a pasar la noche así que pueden dejarme fuera de la conversación.

—Lo siento mucho, Nachito —sonrió Lorena—. Pero venimos en oferta con tu hermanita.

—Es lo que me temía —le respondí.

—¡Quita esa cara! —Se quejó Lorena—. No somos tan mala compañía. Además, vamos a necesitar una cara intimidante en caso de que el amigo

secreto de Ruth resulte ser un idiota.

—¿Perdón?

—No estoy diciendo que tu cara sea intimidante... —se corrigió.

—No mientas... —la reprendió Belén—. Cuando anda de mal humor se parece al tipo este de la serie que está viendo Melina... —cerró los ojos, supongo que tratando de recordar el nombre—. El que le cortó la polla al hermano idiota de Theon Greyjoy<sup>[102]</sup>.

—Ahí vamos otra vez con Juego de Tronos —se quejó Flor.

—¡Ramsay Bolton<sup>[103]</sup>! —Chilló Belén—. Así es que se llama. Y Tienes la misma cara de loquito que el actor que hace al personaje —se carcajeó de su propia broma.

Yo no le veía nada de divertido al chiste, la verdad. No solo me dice que tengo cara de loco, sino que además tengo que intimidar al idiota que le manda los mensajes a Ruth. Es decir, a mí mismo. ¿Cómo hago eso? ¿Me paro frente al espejo y ya?

*«Solo espero que Alberto no haga algo estúpido esta noche».*



### *Ruth*

Podrías pensar que arreglarme para asistir a la boda de Elena sería sencillo, pues al fin y al cabo no tenía que impresionar a nadie. Alberto es solo un amigo. Uno con el que siento una conexión extraña y que a veces me hace sentir confundida, pero un amigo al fin y al cabo. Alberto no es Ignacio, aunque ambos provoquen sentimientos similares en mí. Pero pensar en todas esas cosas mientras elegía el atuendo correcto, además de los accesorios o zapatos a juego, resultó ser una tarea bastante complicada.

Sobre mi cama estaban dos vestidos, a los que me quedé mirando largo rato después de aplicarme el maquillaje. Uno era negro con cuello *halter*<sup>[104]</sup> que compré hace un par de años para una fiesta a la que terminé no asistiendo. El otro era un vestido azul palabra de honor con dos franjas negras, una en el busto y la otra en la cintura, que me regaló mi mamá para que la acompañara a

un evento; pero discutimos unas horas antes y terminé usando otra cosa solo para molestarla. Terminé escogiendo el vestido azul y unas sandalias negras, un brazalete plateado con un dije en forma de corazón y un *clutch*<sup>[105]</sup> a juego con las sandalias.

Cuando estuve lista, tomé mi móvil y abrí *WhatsApp* para enviarle un mensaje a Alberto. Pero debí suponer que, como cada vez que intercambiábamos mensajes, perdería totalmente la noción del tiempo.

*Yo: Dime que tienes corbatas azules, y que esta noche pensabas usar una.*

*Yo: Ahora que recuerdo...*

*Yo: Sí tienes una, y es perfecta.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *¿Estás hablando en serio?*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *¿Por qué querría usar una corbata azul?*

*Yo: Para que combine con mi vestido \*guiño\**

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Por Dios...*

*Yo: No exageres.*

*Yo: Es una simple corbata.*

*Yo: No te estoy pidiendo que lleves una camiseta con mi rostro estampado.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Corbata azul, entonces.*

*Yo: Al menos ya sé cómo voy a reconocerte.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Y yo a ti.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Será difícil no mirar a la abuela sexy del vestido azul.*

*Yo: Idiota.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Señor idiota.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Es un poco más largo, pero suena mejor.*

Cuando me di cuenta, había pasado más de media hora desde que empezamos a intercambiar mensajes. Eso significaba que iba a llegar tarde para ayudar a Cecilia, y que probablemente ella me mataría. Pero no antes de que los novios partieran a su viaje de bodas.

*Yo: Nos vemos en un rato.*

*Yo: Voy camino al salón de fiestas para ayudar a mi amiga con la organización.*

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Nos vemos en un rato.*

Salí de la casa repasando mentalmente todo lo que debía llevar para que no se me quedara nada, y minutos después estaba conduciendo hacia la iglesia. Las muchachas tenían razón al decir que mi casa estaba lejos de todo, pero tuve suerte de que estuvieran distraídas en la despedida de soltera de Elena y se olvidaran de mí.

Tenía miedo de volver a quedarme en casa de Flor. Miedo de no resistir la tentación. De terminar saltándole encima a Ignacio. Otra vez. Miedo de que Flor se diera cuenta de lo que estaba pasando entre nosotros antes de que pudiera hablar con ella. Miedo de seguir tomando decisiones impulsivas.

*«Porque eso de tener sexo sin protección no fue muy inteligente».*

Estaba a un par de calles cuando mi móvil empezó a sonar, y atendí pensando que se trataba de Alberto. Mi error fue no fijarme en la pantalla antes de responder la llamada. Aunque también podría decirse que atender mientras conducía fue el verdadero error. Lo cierto es que no se trataba de Alberto, sino de mi ex. Pero me di cuenta de eso muy tarde.

—Pensé que no ibas a responder —dijo Javier a modo de saludo—. Sé que no quedamos en los mejores términos cuando terminamos, pero necesito

un favor y eres la única que puede ayudarme.

—Es un mal momento —le respondí—. Voy camino a un compromiso, y no tengo tiempo.

—No te voy a quitar mucho tiempo —aseguró, pero esa debía ser una de las tantas mentiras que tenía en su repertorio.

—De verdad, no tengo tiempo —insistí.

—¿Puedo pasar por tu casa, entonces? —Preguntó—. ¿Mañana?

—Si eso significa que desaparecerás y no volverás a molestarme... —empecé a decir.

—Sí, sí... lo que tú quieras —dijo interrumpiéndome.

Ese era uno de sus grandes defectos. Javier no escucha. A menos que se trate de su propia voz, porque a esa sí que disfruta escuchándola. Pero sus defectos no es lo único grande que tiene. También está su gran ego...

*«Y sus músculos, no nos olvidemos de esos».*

Pero todo lo demás es más bien pequeño. Microscópico, diría Flor. Y ya yo lo había superado. Estaba segura de que el favor no era algo personal o romántico. Probablemente tuviera que ver con trabajo o dinero, pero me daba igual. Solo quería que regresara al agujero de donde salió y que me dejara en paz.

—No se te ocurra llegar mi casa sin avisar —le dije—. Y si estás metido en problemas, más te vale que ni aparezcas por allá.

—No estoy metido en problemas —respondió Javier.

—No me interesa —lo corté—. Ahora tengo que irme —añadí antes de terminar la llamada y lanzar mi móvil en el asiento del copiloto.

Estarás pensando que fui muy dura con él, pero tengo mis razones. Mi relación con Javier empezó como un sueño. Él era entrenador en el gimnasio al que iba con Belén y Lorena, y después de cruzarnos un par de veces en la recepción me invitó a salir. Al principio fue atento, encantador, detallista; pero

pronto se dejó asomar su verdadera personalidad. Javier es un egocéntrico. Cree que el mundo gira alrededor de él, y que puede hacer lo que le plazca con quien le plazca.

Javier es de los hombres que cree que su misión en el mundo es la de satisfacer las necesidades sexuales de las mujeres. No importa si ellas están comprometidas, o si el que está comprometido es él. Pero resulta que no es demasiado bueno cumpliendo con su trabajo, y no está tan bien dotado en el área genital como cree. El sexo con Javier era normal, inclinándose a lo mediocre.

En comparación, el sexo con Ignacio es espectacular. Bueno, no tengo que comparar para llegar a esa conclusión. El sexo con Ignacio fue espectacular. Y por mérito propio. Fin de la historia.

*«Palabra de alguien que lo ha probado más de una vez».*

Tenía que sacarme el tema con Ignacio de la cabeza si no quería condenar mi noche con Alberto antes de que empezara. Urgente. No es que tuviera planes de tener sexo con Alberto, ni mucho menos. Pero sería rudo ¿no? Pensar en el sexo con Ignacio mientras hablo con él. Recordar cómo se veían los músculos de su espalda a través del espejo mientras me empotraba contra la pared del baño de Flor. Revivir en mi mente los sonidos que escapaban de él mientras se corría...

*«Sí, definitivamente tengo que pensar en algo más».*

Y eso hice. Toda la noche. Cada vez que le enviaba un mensaje a Alberto preguntando dónde estaba, o cuánto tardaría en llegar, solo para recibir silencio de su parte. Cada vez que mis amigas me lanzaban miradas curiosas. Cada vez que veía a alguien entrar al salón de fiestas, y que resultaba no ser él.

Pensé en las diferentes maneras de matar a alguien. Pensé en qué tan difícil sería desaparecer el cuerpo. Pensé en que Ignacio debió venir conmigo

y no con Belén. Y pensé también que, de haberme atrevido a invitar al hermano de mi mejor amiga, el Capitán Imbécil sí habría aparecido, porque ese es el tipo de cosas que divierte a quien quiera que mueva los hilos del universo. Ver a los seres humanos meter la pata hasta la rodilla<sup>[106]</sup> y lidiar con las consecuencias. No porque Ignacio fuera un error, ni nada por el estilo. Pero ciertamente las cosas se hubiesen complicado más.



*Debí*

*hacerle caso a mi instinto. Ahora estoy jodido.*

*Ignacio*

No llegó. El imbécil de Alberto no se dignó a aparecer en la fiesta ni a responder mis mensajes. Tampoco llegó al trabajo el día siguiente. O el siguiente a ese, lo que lo convertía en el ganador de una amonestación por escrito. No era algo raro en él, ya sabes, desaparecer de repente. Pero esta vez se encontró con un amigo decepcionado y un jefe muy molesto, que resultan ser la misma persona.

*«Lo que significa que no hay encubrimiento posible».*

Ruth tampoco había respondido mis mensajes. Ninguno de los que envié. Por lo que decidí copiar un gesto suyo, y dejar una pequeña ofrenda de paz en su buzón de correo. Eso fue el jueves por la tarde, y obviamente tampoco supe si lo había recibido porque no me escribió.

El viernes por la tarde Alberto llegó a la oficina con un corte en la frente, el labio inferior roto y un moretón en el pómulo izquierdo. Sin decir

nada le tendí la carpeta con la amonestación que había redactado, y cuando la tomó salí de la oficina a buscar un poco de café.

La sala de redacción estaba prácticamente vacía, como era normal al final de la semana, lo que convertía la sala de descanso de ese piso en un pequeño oasis. Pero Alberto no parecía tener muchas ganas de darme mis cinco minutos de paz, pues me siguió y se sirvió café en una taza mientras me miraba tomar de la mía.

—Lo siento —fue lo primero que dijo—. Sé que este no es el mejor lugar, y que probablemente no te interesen mis disculpas, pero tenía que decirlo.

—No es conmigo con quien debes disculparte... —dije yo en voz baja.

—Claro que sí —insistió—. Me ofrecí a ayudarte a salir de un problema, y probablemente terminé metiéndote en otro —negó con la cabeza.

—¿Qué te pasó en la cara? —Le pregunté—. ¿Le estás copiando el estilo a Matt Murdock<sup>[107]</sup> o qué?

—Siempre dices que me le parezco —se encogió de hombros antes de darle otro sorbo al café y hacer una mueca de disgusto—. Esto cada vez sabe peor —se quejó.

—Nadie te obliga a tomarlo —le respondí—. Y todavía no me dices qué coño te pasó en la cara.

—El puño de un idiota apenas me estacioné frente al salón de fiestas... —empezó a explicar pero hizo silencio antes de mirar si alguien más estaba cerca—. No sé quién diablos era, o por qué me atacó —me dijo—. Solo sé que empezó a golpearme como si le hubiese robado a la novia —negó con la cabeza—. Lo que se me ocurrió fue subirme al auto y salir corriendo de allí —se encogió de hombros—. Perdón por no avisar.

—El aviso habría estado genial —admití.

—Y librarme de los golpes también —gruñó mi amigo mientras se

levantaba de la silla—. Si quieres puedo hacerle una visita a tu chica y explicarle lo que pasó.

—No lo sé...

—¿Le has escrito? —Me preguntó.

—Sí... —respondí—. Disculpándome, pero sin dar detalles. No sabía qué decirle.

—Dame tu móvil —me pidió tendiéndome una mano para que le entregara el aparato—. ¡Vamos! —Insistió al ver que no hacía ningún movimiento para cumplir con sus demandas—. Tengo una idea.

—¿Otra idea? —Me burlé—. ¿En serio?

—Sabes que mis intenciones son buenas —respondió.

—Pero los resultados siempre son catastróficos —le dije.

—Eso no es culpa mía —se encogió de hombros—. Ahora, en serio. Dame el móvil de una buena vez —insistió, y a sabiendas de que un día me arrepentiría de hacerle caso, se lo entregué.

Así fue como Alberto terminó enviándole una *selfie* a Ruth desde mi móvil, y luego una nota de voz explicándole lo que le pasó en el estacionamiento. El silencio que siguió a los mensajes que envió el cabrón de mi compañero me puso nervioso. ¿Se había roto la conexión entre Capitán Extraño y Lady Hallmark?

«¿Qué significa eso para mí?»

Todavía pensaba en eso un par de horas después en la oficina, cuando sonó la alerta de mensajes. Alberto saltó de su silla como si le hubiesen pegado un cable de alta tensión en el trasero y corrió a mi escritorio.

—¿Qué dice? —Preguntó, y yo le leí su respuesta.

—Quiere verte —dije frunciendo el ceño—. Hoy, y sin excusas —terminé de leer y le mostré la pantalla.

—Bueno amigo mío... —sonrió el muy cabrón—. *Showtime!*<sup>[108]</sup>

El resto de la tarde lo pasamos repasando mis conversaciones telefónicas con Ruth. Al menos los detalles básicos y nuestras bromas particulares, algo que debimos hacer tiempo atrás pero nunca hicimos por un motivo u otro. Cuando bajamos al estacionamiento intercambiamos móviles, para cubrir todas nuestras bases y nos despedimos.

Cuando llegué a mi casa estaba el carro de Belén estacionado afuera. También estaba el de Ruth, cosa que me hizo preguntarme ¿es que acaso iba a dejar plantado a Alberto? Probablemente le pareciera graciosa la idea de desquitarse. No lo sé.

Por un momento me sentí tentado a avisarle. Incluso me saqué el móvil del bolsillo, busqué mi número en el directorio y empecé a escribir el mensaje. Pero entonces ella salió de la casa. Nuestras miradas se cruzaron y a mí se me olvidó por completo lo que estaba a punto de hacer.

—¿Me prestas tu móvil un momento? —Me preguntó con una sonrisa—. Me quedé sin batería, y tengo un compromiso al que voy llegando tarde.

En mi estado de imbecilidad transitoria no encontré las palabras para negarme, sino que a duras penas alcancé a presionar la tecla adecuada para salir de la aplicación de mensajes. Ruth tomó el aparato de mi mano, todavía sonriendo, y empezó a marcar números en la pantalla. Cuando presionó la tecla para hacer la llamada, la secuencia de números en la pantalla desapareció y en su lugar se veía mi nombre. Ruth frunció el ceño con la mirada fija en la pantalla, y luego me vio a mí. Nunca cortó la llamada, por lo que a los pocos segundos se escuchó la voz de Alberto en el aparato.

—¿Pasó algo? —Dijo e instintivamente cerré los ojos—. Ella todavía no llega.

—Ella no va a llegar —respondió Ruth terminando la llamada.

Antes de que pudiera decir algo para explicarle, para defenderme, para borrar la expresión herida de su rostro, Ruth lanzó el móvil de Alberto contra

mi pecho y partió a correr hacia su auto. Corrí detrás de ella, pero cuando logré alcanzarla ya había cerrado la puerta y estaba encendiendo el motor. Toqué el vidrio de la ventanilla con los nudillos repetidas veces, pidiéndole que me escuchara, pero ella me ignoró. No había palabras correctas en ese momento. No había disculpa para lo que había hecho. Para lo que había permitido que pasara.

Pasé tanto tiempo queriendo a Ruth, luchando contra mis sentimientos, y luego aceptando que finalmente era posible ser feliz a su lado, que me olvidé de pensar en qué podría hacer cuando descubriera mi mentira. Cuando el secreto se revelara. Cuando me sacara de su vida.

*«Y esta vez, definitivamente».*



*Un*

*simple lo siento no es suficiente.*

*Ruth*

Nunca antes en mi vida había agradecido al universo por quedarme incomunicada, pero ese viernes lo hice. Y como sabía que Ignacio terminaría siguiéndome a mi casa, empecé a dar vueltas sin rumbo por la ciudad hasta decidir qué hacer con mi vida. No tenía ideas, no tenía planes, no tenía nada. Pero una cosa estaba segura, y es que no tenía ganas de volver a verlo.

*«O de escucharlo».*

—Estúpida, estúpida, estúpida... —no dejaba de decirme a mí misma lo tonta que fui por caer con un truco tan manido.

*«¿Pero realmente fue un truco?»*

—Obviamente... —dije en voz alta.

Los mensajes por error, las bromas, las confesiones... ¿Es que acaso todo había sido una mentira? ¿Qué mal le había hecho yo a Ignacio para que

me hiciera esto?

Los tragos en aquel bar, el viaje en taxi hasta mi casa, el sexo...

—¡Ya es suficiente! —me reprendí encendiendo la radio para acallar las voces en mi cabeza.

Pero la música fue un remedio temporal, y yo necesitaba un punto de vista imparcial para poner todo este enredo en perspectiva.

Ya había tomado la decisión de no decirle nada a Flor, a menos que ella sacara el tema. Melina se iba a poner en plan Cupido y no estaba de humor para eso. Cecilia y Carolina estaban fuera de la ciudad para visitar a unos potenciales clientes, así que quedaban descartadas. Lorena no atendió mis llamadas, y Laura se disculpó por estar muy ocupada con problemas de la tienda.

Eso dejaba a Belén como mi única opción, así que el sábado temprano me fui a su casa sin avisar. Ya sabes, para no darle tiempo de huir.

—Dime que se trata de un asunto de vida o muerte —me dijo al verme parada en la puerta.

—El tío que me ha estado enviando los mensajes es el hermano de Flor —solté sin ningún tipo de protocolo pues al fin y al cabo Belén sabía la historia de los mensajes, y estuvo conmigo la primera vez que recibí las estúpidas notas de voz.

*«Cuando lo invitaste a salir. Antes de que tuvieras sexo con él».*

—Mierda... —susurró sorprendida y yo asentí.

Tenía ganas de llorar, de gritar, de lanzar cosas, de romper algo... pero había hecho mucho de eso la noche anterior y no me hizo sentir mejor. No había suficientes lágrimas que pudieran borrar mi idiotez, o suficientes gritos para silenciar la voz en mi cerebro pidiéndome que le dé una oportunidad para defenderse, para explicarme, para contarme su versión.

—No entiendo... —dijo mi amiga, mirándome con el ceño fruncido—.

La voz de los mensajes... no era la suya —recordó—. Te dije que la voz se me hacía familiar, pero definitivamente esa no era la voz del hermano de Flor.

—Es complicado —le respondí—. ¿Me dejas pasar, o qué? —Le pregunté, y en respuesta Belén se apartó de la puerta para darme espacio.

Media jarra de café después, Belén dijo estar más despierta así que empecé a contarle la historia. Desde el primer mensaje hasta mi descubrimiento de ayer, cuando salía de la casa de Flor.

—¿Y él que te dijo? —Me preguntó mi amiga—. ¿Te explicó?

—No lo dejé hablar... —respondí sintiendo ganas de llorar—. Simplemente corrí —me encogí de hombros—. No quería verlo, no quería escucharlo... —admití—. Temía que si lo dejaba hablar, fuera a enredarme todavía más la cabeza.

—Pero solo fueron mensajes, Ruth —dijo Belén—. Tampoco es como si... —se me quedó mirando con los ojos muy abiertos—. Solo fueron mensajes, ¿no?

Negué con la cabeza y me cubrí la cara con las manos.

—La semana antes de la boda de Elena, después de las notas de voz, dejó de escribirme —empecé a contar—. Y coincidimos en un bar al que entré después de pasar todo el día dando vueltas por la ciudad.

—Hasta ahí te sigo...

—Pero un trago se convirtió en varios... —le dije—. Y para hacer el cuento corto, terminamos en mi casa —hice una pausa para evaluar su reacción—. Y tuvimos sexo.

—¿Calificación del uno al diez? —Me preguntó la indiscreta de Belén.

—Veinte —le respondí con sinceridad—. Y no es justo que el mejor sexo de mi vida haya sido con un estafador —me quejé.

—¿Veinte? ¿En serio? —Mi amiga chilló incrédula—. ¿Quién lo iba a decir? Siempre son los más callados los que sorprenden —se carcajeó, pero

al ver que no me reía de su chiste compuso el gesto—. Y te gusta ¿no? El hermano de Flor te gusta, de lo contrario no estarías así.

—Creo que ya pasé esa etapa en la que solo me gustaba —confesé—. Tengo sentimientos encontrados por el idiota ese, porque en este momento siento mucha rabia, me siento defraudada... —expliqué—. Pero eso no cambia el hecho de que lo quiero, y no precisamente como a un amigo.

—¿Ya le dijiste a Flor? —Quiso saber Belén.

—¿Qué parte, exactamente? —Fue mi respuesta—. ¿Cómo le digo esto a Flor? —Le pregunté—. Y claro que no le he dicho nada.

—Me lo imaginé —asintió mi amiga.

—Tú tampoco vas a decírselo —añadí.

—Esa parte ya me había quedado clara —aceptó—. ¿Y bien? —Me miró arqueando una ceja—. ¿Qué hacemos ahora?

—No lo sé... —me quejé.

—Pues a mí se me ocurre que empecemos investigando quién es el cómplice de Nacho —sugirió arrebatándome mi bolso—. Y que le saquemos toda la información que podamos.

—¿Con qué propósito? —le pregunté mientras revisaba mis cosas.

—No tengo idea, pero cuando tenga toda la historia te digo —sonrió sacando mi móvil del interior del bolso y mostrándomelo cual trofeo.

Ese fin de semana dejé la casa de Belén sintiéndome más centrada, pero seguía sin tener idea de qué hacer con mi vida o con Ignacio. Añadí su número a la lista de contactos restringidos, así no recibiría mensajes o llamadas suyas, y durante la semana evité estar en mi oficina la mayor cantidad de tiempo posible. Flor estaba empezando a sospechar que algo no andaba bien, pero no hizo preguntas, cosa que agradecí porque no tenía respuestas.

Sin embargo Ignacio se las arregló para mantenerse en contacto. Recibía una alerta diaria de paquetes recibidos en mi buzón de la oficina de correos,

pero retrasé la visita a retirarlos hasta el final de la semana. Así fue como pasé el sábado navegando entre pequeñas cajas con regalos y notas de disculpa, llorando como una tonta pero negándome una vez más a escucharlo. Un simple lo siento no iba a ser suficiente para convencerme, o para borrar la sensación de traición. ¿Cómo podía confiar en él ahora? No tenía idea, solo sabía que los regalos y las disculpas no estaban ayudando a inclinar la balanza a su favor.

Cuando cayó la noche le envié un mensaje a Belén diciéndole que necesitaba distraerme, y ella no dudó en invitarme al bar en el que trabajaba. Me arreglé, tomé mis cosas y salí a la calle. Mientras conducía sintonicé la radio, pues el silencio no era mi mejor amigo en esos momentos. La elección de quien estuviera eligiendo la música no es que fuera mejor, porque ¿cómo se supone que te animes un sábado por la noche mientras escuchas *Wrecking Ball*<sup>[109]</sup> de Miley Cyrus?

Cuando llegué al bar estaba de mal humor, había empezado a dudar de mi elección de vestuario y quería regresar a casa para ver películas románticas y comer helado hasta que se me congelara el cerebro.

—Quita esa cara y prueba esto —me dijo Belén a modo de saludo, deslizando un trago por la superficie de la barra para que lo atrapara—. Después me dices qué música quieres escuchar —indicó—. Pero procura que no sean canciones de *One Direction*, porque no quiero quedarme sin empleo hoy.

—Yo no tengo problemas con *One Direction* —dijo la persona sentada junto a mí en la barra.

Era un hombre de treinta y tantos que se me hacía conocido por alguna razón, de piel clara y cabello oscuro, con una barba de corta y bien cuidada. El color de sus ojos era algo que no podría describir con precisión. Eran un poco verdes, y un poco café. Sin embargo, su mirada sí podía definirla. Era la

típica mirada de alguien a punto de cometer una travesura, cosa que combinaba muy bien con el traje caro, el cabello revuelto y la corbata suelta alrededor de su cuello.

—Tú no, pero yo sí —le respondió Belén arqueando una ceja, lo que lo hizo sonreír.

—Mucho gusto —dijo él tendiéndole la mano.

—Lástima que no pueda decir lo mismo —le respondió ella—. Ni ahora, ni las demás veces que intentaste presentarte —añadió—. La respuesta sigue siendo la misma. No me interesa.

—Un día me darás tu número y aceptarás mi invitación a salir —declaró él sin que la sonrisa abandonara su cara.

—Lo que conseguirás un día es que te haga sacar con seguridad —dijo mi amiga.

—¿Cliente habitual? —Le pregunté a Belén, apenas conteniendo las ganas de reír.

—Molestia habitual le queda mejor —gruñó ella antes de alejarse para atender a otros clientes.

—Mi nombre es Alberto —dijo el hombre que estaba a mi lado mientras yo le daba un sorbo a mi bebida, y en ese momento recordé dónde lo había visto.

*«Claro, el idiota del video y de las notas de voz».*

Me le quedé mirando mientras el sostenía su mano para que yo la estrechara. Me miraba como si no me conociera, lo que me lleva a pensar que Ignacio nunca le mostró una foto mía. Después de unos segundos de silencio incómodo su sonrisa se empezó a tambalear, y en lugar de su expresión alegre apareció un ceño fruncido.

—¿Pasa algo? —Me preguntó.

—Depende... —le respondí—. ¿Qué tan frecuentemente te prestas para

ayudar a tus amigos a engañar mujeres por teléfono?

—¿Perdón?

—Tú eres el idiota que envió la foto y las notas de voz desde el teléfono de Ignacio, ¿no? —insistí—. ¿Qué tan seguido lo hacen? —Quise saber—. ¿Es algo frecuente o conmigo fue algo especial?

—¿Eres tú? —Empezó a reírse—. Ese cabrón nunca dijo que eras guapa —se quejó entre carcajadas—. Y ahora entiendo por qué el imbécil del estacionamiento me quería moler a golpes —dijo sin dejar de reírse—. No tienes idea ¿verdad? —Preguntó al verme fruncir el ceño—. Yo fui a la boda a la que invitaste a Nacho... —empezó a explicar.

—Eso no es cierto —lo interrumpí.

—Claro que sí —insistió—. ¡Lo dije en una nota de voz! ¡Un idiota me abordó en el estacionamiento y me cogió como saco de boxeo!

—Todo lo demás era mentira —dije yo—. ¿Cómo puedo confiar en que esa parte era verdad?

—En primer lugar, todos los mensajes los escribía él —respondió Alberto—. Y dudo que haya dicho mentiras. Además, él no tenía idea de quién eras hasta unos días antes de la boda —me explicó—. Yo estaba ahí cuando lo invitaste, por cierto —añadió—. Él me estaba acompañando, como el buen amigo que es, y yo acepté la invitación por él porque de lo contrario nunca saldría con nadie —gruñó frustrado—. No sé, culpa a su ex —se encogió de hombros—. Aunque él dice que es culpa mía, que le doy mala suerte y que se yo —se burló—. En fin, que él no sabía quién eras y cuando lo descubrió estaba decidido a decirte.

—¿Y qué pasó? —Le pregunté.

—Yo pasé —admitió con una sonrisa danzando en sus labios. Es que hasta se sonrojó cuando lo dijo—. Yo le aconsejé que no lo hiciera.

—¿Y él te hizo caso? —Quise saber.

—A veces puedo ser convincente —respondió encogiéndose de hombros.

—Yo creo que lo que puedes ser, a veces, es un gran cabrón —le dijo Belén, que estaba ahora parada frente a nosotros con cara de pocos amigos—. Dame una razón para no patearte el trasero en este momento —demandó mi amiga.

—¿Tengo muy buen trasero, y sería una pena dañarlo? —le respondió él.

—Eres de lo peor —bufó Belén.

—O de lo mejor —Alberto se encogió de hombros—. ¿Cómo puedes decirlo sin antes probarlo?



*¿Te vas*

*a dar por vencido así de fácil?*

*Ignacio*

Noviembre estaba probándose como el peor mes de mi año, y mira que había tenido meses malos. Me sentía como la mierda, Ruth no respondía mis mensajes, cada vez tenía menos paciencia para las tonterías de la oficina, cada vez que llegaba a la casa allí estaban mi hermana y su novio para recordarme lo que yo no podía tener por imbécil... y ya te vas dando cuenta de qué tan malas estaban las cosas para mí.

En mi empeño por mantenerme fuera de casa todo el tiempo que fuera posible, de tratar de distraerme del desastre que era mi vida personal, había empezado a tomar lecciones de vuelo gracias al dinero que ganamos Alberto y yo con el sistema de pagos que diseñamos.

*«A pesar de ser un negado para la tecnología, el cabrón sí que puede programar».*

Y eran precisamente esas pocas en el simulador las que hacían más tolerable el día a día. Tenía algo en que enfocarme cuando todas las cosas se iban a la mierda. Eso y dejar paquetes con mensajes para Ruth en su buzón, con la esperanza de que los reciba y los lea, de que me escuche, de que conozca toda la historia... de que me perdone.

*«No he tenido mucha suerte con eso, por cierto».*

Pero había días, como hoy, en que no tenía nada que hacer para ocupar mi mente, en que las series de superhéroes no me parecían tan interesantes, en que los libros no lograban engancharme cuando recurría a ellos, en que todo me recordaba lo idiota que era por no seguir mi instinto y hacer las cosas bien. Había días en los que no me soportaba a mí mismo, y me preguntaba si valía la pena siquiera levantarse de la cama. Días en los que no quería ver a nadie, ni siquiera a mí mismo en el espejo. Pero era en esos días precisamente que el universo me recordaba que yo no era el que tenía la última palabra.

En la pantalla de mi televisor *Daredevil* luchaba contra Wilson Fisk<sup>[110]</sup> en el último episodio de la primera temporada, y yo no podía evitar pensar que mi mala suerte a veces era como el villano de la serie, golpeando y golpeando hasta que ya no quedaba nada.

*«No es que quede mucho de mí en este momento».*

Mi móvil empezó a sonar alertando la llegada de un nuevo mensaje, y aunque no tenía ganas de hablar con nadie decidí revisar. Se trataba de Alberto, quien al parecer no entiende la definición de no molestar.

**ALBERTO EL IDIOTA:** *Necesitas poner tu trasero en movimiento de inmediato. Tu chica está en esta dirección.*

El siguiente texto mostraba la dirección que había ofrecido y pensé que quizás, si jugaba bien mis cartas, Ruth aceptaría escucharme aunque fuera por unos minutos. No es que tuviera mucha esperanza de tener éxito, pero no

estaba dispuesto a rendirme con ella.

*«No aún».*

*Yo: Voy para allá.*

Después de enviar el mensaje me apresuré en vestirme, tomar mis llaves y salir de la casa. Puede que incluso haya violado un par de leyes de tránsito en el camino, pero tú no le vas a decir a nadie ¿o sí?



*Miley*

*Cyrus sabía de lo que hablaba...*

*Ruth*

No sabía qué le estaba poniendo Belén a los tragos, pero ya había visitado el baño al menos unas tres veces. Pero no voy a quejarme, no mucho al menos, porque cuando regresé de mi segunda visita Alberto había desaparecido. O tal vez sí, porque en algún momento de la noche envié un mensaje que desearía no haber enviado.

*Yo: Eres un idiota, y un mentiroso. Pero te extraño.*

—¿Quieres otro trago, o ya empiezo a servirte agua? —Preguntó Belén llamando mi atención.

—Otro trago —respondí.

—Mi turno termina en cinco minutos, y mi relevo ya llegó —anunció mi

amiga—. Así que puedo acompañarte con este trago.

—Bien... —asentí mirando fijamente el líquido que Belén servía en mi vaso.

—Todavía no puedo creer que Ignacio haya sido el de los mensajes —dijo Belén mientras tomaba un vaso y se servía un trago de la misma botella.

—Ni yo... —estuve de acuerdo.

—Y la historia de este tío... —se burló Belén—. Del tal Alberto —explicó—. ¿Quién lo habría golpeado? —Me preguntó, pero yo no tenía ni idea.

—Ese día me llamó mi ex —le dije, recordando la llamada que recibí antes de llegar a la boda. Parece que el licor no es tan malo para la memoria como dicen por ahí—. Y volvió a desaparecer —me reí—. ¿Cuál es el chiste de llamar para pedir un favor sino vas a decir cuál es?

—Tal vez fue él —sugirió mi amiga—. Y en ese caso, me alegra que haya sido él y no Nacho el receptor de la paliza.

—¿En serio? —chillé—. ¿Y tú de parte de quién estás?

—Tuya, obviamente —respondió Belén—. Pero las fotos que se tomó esa noche fueron conmigo, y los hematomas no combinaban con mi vestido —se encogió de hombros.

—Ridícula —me reí.

—Colega —sonrió de vuelta—. Es que contigo pasa cada cosa... —suspiró Belén—. Primero eres un imán para las ratas de gimnasio, léase Microman —empezó a enumerar—. Luego vas y te fijas en el hermano de Flor, que viene siendo como la trama de una novela de esas... romance prohibido y así —rodó los ojos—. Podría escribir un libro sobre tu vida y no tendría que volver a trabajar. Me haría millonaria con la cantidad de adictos al drama que hay en el planeta.

—Siempre puedo contar con mis amigas —me quejé—. Las que planean

hacer dinero aprovechándose de la desgracia ajena.

—Desgracia es que te hayas encontrado a un tío que tenga un pene de más de cinco centímetros y no lo puedas usar porque...

—Porque él es un idiota —la interrumpí.

—Eso no era lo que iba a decir —me corrigió mi amiga—. Pero es válido el motivo.

—Aunque a veces la que parece estúpida soy yo —admití y luego tomé todo el contenido de mi vaso de un solo trago.

—¿Te importaría compartir esa parte con la clase? —dijo Belén.

—Te cuento cuando regrese del baño —me reí—. Creo que mi vejiga está haciendo huelga, y se revela en mi contra después de cada dos vasos de licor.

—Aquí te espero —se empezó a reír mi amiga mientras yo corría en dirección a los baños.

El viaje al baño no fue tan rápido como los anteriores, en parte porque había una fila bastante larga esperando antes de mí, pero también porque me distraje un poco en el retorno y me desorienté. La iluminación del bar había cambiado, igual que la música, y mientras caminaba tenía la sensación de que alguien me estaba mirando.

Recorrí el bar con la mirada y de repente sentí que mi corazón se detenía, igual que mis pies. Mil emociones luchaban dentro de mí. Sentí un nudo en la garganta mientras una sombra se acercaba hacia la barra donde Belén acaba de colocarme un nuevo trago.

Las luces de colores parpadeaban contra su rostro, y a pesar de la pobre iluminación de este bar, sabía que era él. He conocido esos ojos por tanto tiempo que sería imposible confundirlo con alguien más. No importa si solo he tomado un vaso de vodka, o si han sido diez. Además, no es mi cerebro quien está a cargo de las labores de reconocimiento, sino mi cuerpo. Y quiero

odiarlo por eso.

*«¿Cómo me encontró?»*

Es la primera pregunta que cruzó mi mente, pero eso no era lo importante. Porque luego de esa pregunta vinieron las miles que me he estado haciendo desde que lo descubrí. ¿Por qué yo? ¿Por qué la mentira? ¿Qué derecho tenía él a jugar conmigo? Y la lista sigue, y sigue. Sin embargo es otra la pregunta que dejó mis labios cuando Ignacio se acercó a mí.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí?

Las luces titilaron nuevamente sobre su rostro, y la distancia entre nosotros era cada vez más pequeña. No tengo idea de si me escuchó o no, porque el sonido de la música era muy fuerte, pero algo debió entender. Su mirada pasó de dubitativa a determinada en un parpadeo, y sus movimientos se volvieron más felinos mientras el espacio entre nosotros se volvía nada.

Los rayos de luz seguían parpadeando contra sus facciones, aunque ya no los necesitara para notar su fuerte mandíbula, sus llamativos ojos azules y sus labios carnosos. Labios en los que no debería fijarme. Labios que no debería anhelar sentir sobre los míos. Mi deseo por él se intensificó, golpeándome en el pecho cual bola de demolición y dejándome sin aliento.

*«Miley Cyrus sabía de lo que hablaba en la condenada canción».*

Es el mismo rostro que he conocido por años. Una figura recurrente en mi vida. Una conexión inesperada que terminó siendo una gran mentira. Un mal chiste. Un error.

*«El idiota de Cupido va a tener que tomar de nuevo sus clases de arquería, porque esta vez la ha cagado en grande».*

—¿Qué haces aquí? —Le volví a preguntar, alegrándome de que mi voz no temblara del mismo modo que sentía temblar todo mi cuerpo.

Tragué saliva y obligué a mis manos a que dejaran de agitarse. Mi cuerpo y yo estábamos en guerra, y él era el enemigo. Acerqué mi trago a mis

labios y le di un sorbo para prevenirme de atacar su boca, o de que mis dedos tracen su mandíbula sin afeitar.

—¿No es obvio? —me respondió, pero se equivoca.

—No —le dije—. No lo es —me encogí de hombros—. Contigo ya no estoy segura de nada —me dolió admitir, y negando con la cabeza traté de hacer un poco más de espacio, de apartarlo de mí, de alejar su presencia, su olor y cualquier cosa que pudiera nublar mi juicio.

—Yo... —empezó a decir, pero lo interrumpí.

—No te quiero aquí —le dije, robándole la oportunidad de decir lo que fuera que hubiese cruzado su mente—. No quiero volver a verte en mi vida —le aseguré, pero la mentira se sentía amarga en mi paladar.

*«O quizás sea el vodka. Sí, quizás sea eso».*

—Si realmente te sintieras así, nunca habría recibido ese mensaje —me respondió, y sus labios empezaron a formar una sonrisa.

Sus ojos se iluminaron del mismo modo que lo han hecho miles de veces mientras hace bromas para molestar a su hermana, o cuando está hablando de sus películas de superhéroes, y yo me odié una vez más por darme cuenta de esas cosas.

—Fue una tontería —me encogí de hombros y di otro paso hacia atrás—. Eso no importa ahora.

—Ahí es donde te equivocas, Ruth —respondió—. A mí me importa, y lo siento.

—Pero eso no cambia nada —le dije. Y era cierto, porque nada iba a borrar la sensación de haber sido engañada. Podría llegar a perdonarlo, pero ¿podría volver a confiar?

*«No se supone que el amor sea tan complicado ¿o sí?»*

Probablemente Cupido estaba tan borracho como yo cuando se fijó en nosotros y decidió probar su puntería. Tal vez él fue el que cometió el error al

dispararnos. O quizás él también estaba teniendo un mal día, porque Murphy no respeta si eres un dios portando un arma peligrosa o si eres una estúpida sin vida social que cae por el primer imbécil que le habla bonito.

Tal vez...

Quizás...

Puede ser...

—Yo no quería engañarte —me dijo en voz baja, rogándome que le creyera. Y creo que en el fondo lo hacía, pero qué me aseguraba que ese impulso que lo llevó a mentirme no se repetiría.

—Pero lo hiciste...

—Y es algo de lo que me arrepentiré siempre —me interrumpió—. Ahora todos esos sentimientos por ti, la culpa, la rabia conmigo mismo por haber sido tan imbécil... todo eso me ahoga —admitió y sentí su voz temblar mientras hablaba, como si las emociones fueran demasiado crudas para disimularlas. Como si le doliera tanto como a mí—. No te estoy pidiendo nada... —siguió diciendo—. Solo que me escuches... —susurró—. Por favor.

Pero en lugar de quedarme a escuchar me di la vuelta y empecé a correr hacia la salida derribando el vaso con mi trago en el proceso. No me detuve ni siquiera cuando escuché el vidrio quebrarse al caer. Solo pensaba en salir, en buscar aire, en dejarlo atrás.

No sabía cómo perdonarlo, o si alguna vez lo haría. Tampoco sabía si mi cuerpo seguiría reaccionando de la misma forma a su cercanía.

—Ruth, por favor —lo escuché llamarme pero no me detuve hasta llegar a la calle y estuve lejos de las personas que querían entrar al bar—. Solo escúchame un momento.

—¿Por qué debería escucharte después de todo lo que pasó? —Le pregunté—. Tuviste suficiente tiempo para hablar, para decirme que eras tú quien me estaba enviando los mensajes —le recordé—. ¿Cuándo tuvimos sexo

en mi casa sabías que era a mí a quien le escribías? —Quise saber.

—No... —respondió.

—Pero sí lo sabías cuando estuvimos en tu casa ¿no? —me reí sin ganas.

—Fui un estúpido... —me dijo.

—Pues en eso estamos de acuerdo —asentí—. Pero más estúpida fui yo por confiar, por creer... por darte el poder de romperme.

—Aquí la única que tiene el poder de romper a alguien eres tú —sonrió pero la sonrisa no le llegó a los ojos—. Desde que te conozco lo has tenido, solo que no me había dado cuenta —confesó—. Sí, me comporté como un idiota. Tomé malas decisiones. Te engañé. Pero no puedo mantenerme lejos de ti, así como tampoco puedo cambiar las cosas que hice —dijo luego.

—¿Cómo puedo confiar en ti? —Pregunté.

—No estoy pidiendo que confíes —respondió—. Solo que me dejes probarte que soy sincero. Sé que cometí un error, pero te prometo no volver a mentirte —dijo dando un paso hacia mí—. Puedo tratar de ganarme tu confianza otra vez. Si me das la oportunidad —dio otro paso, pero yo no estaba lista para responderle aún. No de la manera en que él esperaba.

—Necesito tiempo —le dije—. Y espacio. No puedo pensar con claridad si te tengo cerca —confesé—. Yo no he dejado de sentir cosas por ti, pero esas cosas que siento están en conflicto ahora.

—Si necesitas tiempo, entonces te daré tiempo —me prometió—. Todo lo que necesites —añadió—. Dime lo que necesito hacer, y yo lo haré —dijo y repentinamente todas las lágrimas que pensé haber agotado en los últimos días volvieron para amenazarme con salir—. Solo te pido que nos des una oportunidad de arreglar las cosas.

No sabía qué decirle, así que solo asentí. Y cuando Ignacio hizo un nuevo intento por acercarse me di la vuelta y empecé a correr otra vez.

—¡No voy a rendirme contigo! —Escuché que gritaba, pero yo seguí andando.

No me detuve hasta que encontré un taxi y le pedí que me llevara a mi casa. Pero aun cuando mi cuerpo se había parado, mi mente seguía corriendo sin parar.

*«Solo te pido que nos des una oportunidad de arreglar las cosas».*

¿Es que acaso quedaba algo que pudiéramos arreglar?



*Cuando las cosas empiezan a irse a la mierda, nunca se detienen.*

### *Ignacio*

Las siguientes semanas que siguieron a mi encuentro con Ruth en aquel bar fueron una locura. Montaña tras montaña de trabajo, horarios demenciales para distraer mi mente, más sesiones en el simulador y mis primeras horas de vuelo... sin embargo ella seguía presente.

Diciembre no fue mucho mejor, con las celebraciones de navidad y fin de año, y el empeño de la gente en conseguir pareja para pasar las fiestas. Alberto fue uno de los que se embarcó en esa misión, y verlo fracasar estrepitosamente fue una de las cosas más divertidas de la temporada. Pero entonces terminaron las fiestas y regresamos al trabajo. Las montañas de tareas seguían creciendo, mis esfuerzos por acercarme a Ruth continuaban fracasando, y empecé a preguntarme si el tiempo que ella me había pedido iba a terminar alguna vez.

Había puesto mi vida en pausa de cierta forma. Tal vez una pausa no es

la forma correcta de describir lo que estaba pasando con mi vida, pues aunque sentía que avanzaba en algunos aspectos, otros se habían desplomado sin control y estaban por estrellarse contra una gran pila de mierda sin que pudiera hacer nada para detenerlos.

Mi abuela, por ejemplo, había decidido a finales de enero que quería mudarse a un hogar de retiro para, según ella, no estorbarnos a Flor o a mí. No era algo en lo que yo estuviera de acuerdo, pero ella no escuchaba razones y mi hermana de plano no se interesó en apoyarme. Posiblemente porque estaba muy ocupada con sus propios asuntos.

Las semanas que le siguieron a la decisión de mi abuela fueron una mierda. Verla empacar toda su vida, despedirse de sus cosas, de su casa... fue duro para mí. Las emociones son algo con lo que me resulta complicado lidiar normalmente. Siento que me superan, por eso prefería evitarlas. Porque esa sensación de que te cogen el corazón en un puño, y que lo aprietan tan fuerte que hasta crees que se rompe, no es una de mis cosas favoritas. Así me he sentido desde ese día en que Ruth cogió el teléfono de Alberto de mis manos y descubrió toda la verdad. Y desde ese día en el bar, cuando me pidió que le diera tiempo, las cosas no han sido diferentes.

Febrero pasó tan rápido que ni siquiera recuerdo haber logrado algo, aparte de sumar horas de vuelo para conseguir mi certificación como piloto. Y a principios de este mes, mi hermana decidió mudarse con su novio, lo que me dejaba a mí con demasiado espacio y demasiado silencio. Empecé entonces a considerar qué hacer. Mudarme, cambiar de trabajo, irme a otro planeta... tenía muchas opciones. Sin embargo no me atrevía a hacer algo definitivo porque seguía esperando noticias de Ruth.

En la semana de su cumpleaños le dejé un nuevo paquete en su buzón, uno que espera hubiese recibido, pero no tenía idea del destino del regalo ya que no me escribió para decir si lo había recibido. En el fondo temía que Ruth

hubiese tomado una decisión, y que ese silencio fuera la respuesta. Quizás ella pensaba que no quedaba nada que reparar entre nosotros. Tal vez creía que todo había sido un gran error. Yo no creía eso.

Por alguna razón el destino se empeñaba en empujarnos hacia el camino del otro, eso no podía ser casualidad. No es que fuera muy creyente del destino o cosas por el estilo, pero tenía que significar algo ¿no?

*«Sí, que eres más idiota de lo que creías».*

Cada esfuerzo para demostrarle a Ruth que estoy arrepentido, por arreglar las cosas, por probarle que todas estas casualidades que nos unen podrían significar algo, que podríamos funcionar juntos, de ganarme su confianza... todo eso no ha servido de nada porque ella no ha estado dispuesta a dejarme acercarme un poco, no ha estado dispuesta a dejarme entrar en su vida otra vez.

*«¿Y eso es culpa de quién, genio? ¿Suya?»*

—Si el resto de mis vacaciones van a empezar como hoy —me dije, todavía tirado en la cama—. Me voy a terminar volviendo loco.

Me levanté sin mirar la hora y caminé hacia mi baño, encendí el calentador y esperé unos minutos antes de meterme a la ducha. Fue algo bueno que mi hermana encontrara la bomba de agua poco después de aquella boda, porque no podía usar su baño sin terminar pensando en Ruth. Contra la pared. Bajo la mampara de agua...

—¿En serio? —me reprendí—. ¿Vamos a empezar con esto otra vez?

Pensar en ella era una puta tortura. Pensarla, desearla y sabiendo que no puedo tenerla. ¿Qué sentido tenía? Ninguno, lo sé. Pero mi cuerpo no entiende de lógica cuando a Ruth se refiere. Mi corazón y mi cerebro tampoco están muy conformes con el concepto y se rebelan en su contra. Cada parte de mí estaba en guerra contra su ausencia pero ¿podía hacer algo para cambiarlo?

Para colmo de males ni siquiera tenía el trabajo para distraerme, porque

por más que intenté retrasar mis vacaciones tuve que tomarlas de todas formas. Eso no significaba que Alberto me dejara en paz, con sus continuos mensajes preguntando tonterías sobre las nóminas o pidiéndome las claves de acceso al sistema cada vez que las olvidaba. Algo que pasaba con frecuencia.

Terminé de bañarme y pasé de largo por el espejo. No tenía ganas de verme a mí mismo. Sabía de sobra que traía mala cara y que ya me estaba haciendo falta un corte de cabello. Me vestí, tomé mi billetera y mis llaves, y salí de mi piso. Estaba bajando las escaleras cuando escuché que Flor me llamaba a gritos, así que hice una parada para saludarla antes de largarme a la calle.

—Oye, Maverick —dijo al abrirme la puerta, había empezado a llamarme como el personaje de Tom Cruise en *Top Gun*<sup>[111]</sup> desde que empecé mis lecciones de vuelo—. ¿Sales tarde de tu práctica hoy?

—No lo sé —admití—. Pero quería pasar a visitar a la abuela antes de ir al aeródromo<sup>[112]</sup>, así si necesitas algo o quieres acompañarme...

—No, no... —respondió con una sonrisa nerviosa—. Es que ya terminé de llevar mis cosas a casa de Mateo, y...

—¿Y...?

—Pues que terminaré de mudarme hoy —me dijo—. Y él organizó una comida en su casa, ya sabes, con algunos amigos y compañeros del trabajo para inaugurar la casa.

—¿Y quieres que yo vaya? —Le pregunté, porque últimamente no sabía qué terreno estaba pisando con ella. Todavía temo que vaya a patearme el trasero por lo que pasó con Ruth, o por no haberle dicho nada. No es que fuéramos demasiado comunicativos el uno con el otro, pero la lógica de Flor solo ella la entiende.

—Me gustaría —asintió—. Si tú quieres, claro está.

—Puedo pasar por allá en la tarde —le respondí—. Te aviso después de

mi práctica, para ver si todavía estoy a tiempo de llegar.

—Está bien —me dijo antes de lanzarse a abrazarme. Fue raro, y tal vez un poco incómodo, pero sonreí igual.

Antes, cuando éramos más chicos, nos abrazábamos con frecuencia. Nos burlábamos del otro, igual que hacemos ahora, pero buscábamos refugio en el contacto. Supongo que en algún momento crecimos y nos volvimos más independientes. Ella salió de su caparazón, y yo levanté un muro alrededor de mí. Tal vez por eso algo dentro de mí se agitó.

No quería sentir ese abrazo como una despedida. Quería pensar que, a pesar de no vivir bajo el mismo techo, seguiríamos en contacto.

Por un impulso, mientras me alejaba de mi hermana, saqué mi móvil y busqué el último mensaje de Ruth que recibí. Ese donde decía que me extrañaba. Le saqué una captura a la pantalla, donde se veía que aún la tenía en mi directorio como Lady Hallmark, y luego adjunté la imagen a un mensaje.

*Yo: Sigo siendo un idiota, pero también te extraño.*

Imaginé que, aunque fuera para pedirme que no la vuelva a molestar, Ruth me respondería. Tenía la esperanza de volver a leerla, pero más que eso ansiaba verla, hablar con ella, besarla, sentirla entre mis brazos. Pensé que ya había pasado suficiente tiempo. Que ya era el momento de ponerle fin a este silencio.

Pero eso es lo gracioso de la vida. Algunas veces piensas que las cosas saldrán de una forma, pero resultan siendo diferentes.

Yo no pensé, por ejemplo, que saltarme la revisión del auto fuera tan grave sino hasta que vi a ese camión acercarse peligrosamente a mí, cuando clavé los pies en el pedal de los frenos y no respondieron, cuando escuché el golpe cuando nos encontramos de frente, o cuando sentí los trozos de vidrio lloviendo a mi alrededor.

Es curioso que creamos que en los momentos finales de la vida veremos el pasado pasar frente a nuestros ojos como si se tratara de una película, cuando en realidad lo único que sucede es que, en esos últimos instantes de consciencia solo recuerdas los besos que no diste, los abrazos de los que te apartaste, lo que quisiste decir pero callaste. Los *te quiero*, los *te extraño...* los *lo siento*.

Eso era lo que ocupaba mi mente cuando el mundo a mi alrededor desapareció.



*Hay  
que dejar que pase un tiempo, pero ¿cómo saber si ya fue suficiente?*

*Ruth*

Cuestionar las decisiones que tomamos tiene que ser una de las cosas más comunes en nuestra vida. Si elegí los zapatos correctos, si el color de ese vestido me favorece, si dejarse el cabello suelto o recogerlo en una coleta... todo, absolutamente todo en la vida implica tomar decisiones. Y elegir nos lleva a preguntarnos si hemos hecho lo correcto.

*«O si la hemos cagado».*

No pasaba un día, desde que me alejé corriendo de Ignacio en aquel bar, que no me preguntara si realmente necesitaba tiempo, o si la opción correcta era hablar las cosas y encontrar una solución entre los dos. No pasaba un día en que no recibiera un mensaje suyo recordándome que seguía esperando por mí, y que yo empezara a escribir una respuesta pero terminara borrándola.

Han pasado casi cuatro meses desde esa noche en la que me alejé y le pedí tiempo, y durante cada ocasión importante él ha encontrado la manera de

estar presente, ya sea con sus textos o con los regalos que sigue dejando en mi buzón. Como en mi cumpleaños hace unos días, por ejemplo, cuando dejó un nuevo *Funko* de mi serie favorita. Pero cuando intentaba dar un paso hacia él, cuando me decía a mí misma que ya había pasado suficiente tiempo, algo me detenía.

Belén no dejaba de decirme lo miserable que Ignacio se veía cada vez que visitaba la casa de Flor. Incluso se las había arreglado para tomarle fotos sin que se diera cuenta, para luego enviármelas por *WhatsApp*. Ya ves, mi amiga se había convertido en mi informante, aunque no creo que sus labores de inteligencia fueran del todo desinteresadas.

Lo extrañaba. Mucho. A veces, incluso, me parecía verlo en la calle mientras conducía. Mi creciente colección de figuras de acción de *Riverdale* me lo recordaba constantemente. Era imposible echarme en la cama a buscar algo que mirar en *Netflix* y no pensar en él. Incluso me enganché con un par de series de superhéroes en los últimos meses, y cada vez que me provocaba comentar algo sobre lo que veía sentía un nudo en la garganta porque no había otra persona con quien deseara hablar sobre esas series más que con él.

*«En pocas palabras, estaba muy jodida».*

Pero tenía esconder esa batalla interna y poner mi mejor cara, especialmente hoy que me he reunido con mis amigas para festejar que Flor se muda con su chico y que su sociedad con Cecilia está resultando todo un éxito. Todavía no me ha dicho si planea renunciar a su trabajo en mi oficina pronto, espero que no, pero debo empezar a prepararme para cuando eso suceda.

Mis amigas y yo ya estábamos en casa de Mateo, mejor conocido en nuestro grupo como el encantador de serpientes, esperando a que apareciera Flor. Belén estaba tratando de deshacerse de uno de los policías amigos de Mateo usando a Lorena como escudo humano, y haciéndome señas para que me acercara.

—No, gracias —gesticulé y ella rodó los ojos.

En ese momento mi móvil empezó a sonar alertando la llegada de un nuevo mensaje y Belén sonrió esperanzada. Ella estaba tan pendiente de los mensajes de Ignacio como yo, y como podrías imaginar, se ha convertido en la abogada no oficial de Ignacio además de la protectora de nuestro secreto.

El mensaje era una foto del mensaje que yo le había enviado algunos meses atrás, aquel día que nos despedimos, en el que se veía que todavía usaba aquel estúpido apodo que me puso por mi afición a las comedias románticas de *Hallmark*. Pero la foto venía acompañada de una línea de texto. Una que tocó una algo dentro de mí y que me hizo maldecir todas las veces en que visualicé mi vida como una de esas películas que tanto me gustan. Porque incluso en los más intensos romances, los protagonistas sufren como yo sufro ahora.

**CAPITÁN EXTRAÑO:** *Sigo siendo un idiota, pero también te extraño.*

Belén ocupó la silla vacía que estaba a mi lado y apoyó su cabeza contra mi hombro, buscando mi mirada y esperando que confirmara sus sospechas, de que en efecto había sido Ignacio quien envió el mensaje.

—Puedes responderle... —sugirió mi amiga—. Ya han sufrido suficiente los dos, tú por terca y él por tonto.

—No es tan fácil —le respondí.

—Enviar un mensaje no es tan complicado, Ruth —me dijo ella—. Sí, mi reina, tú tenías toda la razón al pedirle espacio, en dejar que pasara un poco de tiempo y que se enfriara un poco la rabia que sentías, la decepción, todo eso... —explicó—. Pero ¿no ha sido suficiente ya?

*«Demasiado tiempo».*

Pero no alcancé a responder la pregunta de Belén, porque en ese momento llegó Flor y el ambiente expectante que había se transformó en una fiesta. Había música, bebidas y ganas de celebrar. Al menos para la mayoría de los presentes había algo que festejar. No era mi caso. Y por la cara que tenía, tampoco era el de Lorena. Aunque eso quizás tenía más que ver por la presencia de Luca, el hermano de Mateo.

Belén no se despegaba de mi lado, quizás motivada por saber si en algún momento respondería el mensaje de Ignacio. En el fondo ella es otra romántica frustrada a la que le toca escuchar historias de traición y desamor detrás de la barra de un bar, mientras secretamente anhela sentir el flechazo de Cupido.

—¿Qué se traen ustedes dos? —Nos preguntó Flor cuando logró deshacerse de su novio y se acercó para saludarnos.

—¿Nosotras? Nada —respondí encogiéndome de hombros, y Belén se echó a reír.

—¿Segura? —Flor estaba sonriendo—. Porque estaba esperando que dijeran algo... no sé —suspiró—. Que contrataron un par de chicos malos<sup>[113]</sup> para animar la fiesta, por ejemplo.

—Eso te hubiese gustado, ¿no? —Se burló Belén—. Pero estoy segura de que al comandante mala cara no le haría mucha gracia el asunto.

—Mateo no es tan gruñón como parece —dijo Flor para defender a su novio.

—¿Hacemos una encuesta? —La retó Belén mientras Mateo se acercaba a nosotras.

Las tres nos echamos a reír porque sabíamos bien que los compañeros de Mateo iban a estar de acuerdo con Belén. Y al parecer el protagonista del chiste escuchó la última parte de la conversación, porque llegó con los brazos cruzados y una ceja arqueada.

—Un móvil está sonando dentro de la casa —gritó Luca para hacerse escuchar sobre el volumen de la música.

—¡Mierda! —Se quejó Flor—. Ese debe ser el mío.

—Yo lo busco —se ofreció Mateo, y se alejó dejándonos solas otra vez.

—Gracias —le respondió con una sonrisa agradecida. Cuando nos quedamos solas volvió a centrar su atención en nosotras—. Hablando en serio, me alegra mucho que hayan venido —nos dijo—. No sé qué sería de mí sin ustedes.

—Probablemente todavía estarías haciendo el tonto en la universidad —declaró Belén.

—Y aburriéndote como ostra —dije yo—. Porque no ibas a encontrarte un grupo más genial que nosotras.

—Eso... —asintió Belén dándome la razón.

Entonces la música que había estado sonando se paró, y vimos a Mateo regresar al patio en el que estábamos reunidos con expresión sombría. Instintivamente di un paso hacia atrás y fruncí el ceño. Belén tuvo que fijarse en lo mismo que yo, porque su reacción fue la de tomar a Flor del brazo y acercarla a ella.

—¿Qué pasa? —Preguntó Flor cuando Mateo llegó hasta nosotras—. ¿Tienes que ir a trabajar o algo?

—No... —respondió él, y Belén y yo intercambiamos una mirada—. La llamada era para ti.

—¿Le pasó algo a mi abuela? —Quiso saber mi amiga.

—Tu abuela está bien —dijo Mateo—. Es tu hermano...

El policía rudo, ese que enfrenta al crimen para ganarse la vida, miró al cielo en busca de ¿qué? ¿Un milagro? ¿Ayuda para decirle lo que tenía que decir?

—Ignacio tuvo un accidente y lo están trasladando a un hospital —soltó

finalmente y yo sentí como mis piernas flaqueaban y el aire abandonaba mis pulmones.

*«¿Qué es lo que acaba de decir?»*

¿Alguna vez han tenido esa sensación? Como si estuvieran bajo el agua y no hubiese suficiente oxígeno. Como si los sonidos volaran alrededor de ustedes pero no alcanzaran a entender absolutamente nada de lo que se les dice. ¿Como si se estuvieran ahogando? Porque así me sentía yo.

—Respira... —Belén me susurró al oído—. Todo va a estar bien.

Nunca he sido de las que espera muchas cosas en la vida, pero esperaba que Belén tuviera razón.



*hora de la verdad, o la hora de golpear a Alberto?*

*¿La*

*Ignacio*

Desperté con la sensación de haber tenido una pesadilla, pero pocos segundos después me di cuenta de que nada de lo que pasó había sido un sueño. Me dolía la cabeza y mi cuerpo se sentía exactamente igual que en la época en la que solía meterme en peleas para defender a Flor en la escuela. El pitido de los aparatos alrededor de mí, y la sensación de las agujas en mis brazos, estaba empezando a inquietarme. Quería moverme. Necesitaba saber dónde me encontraba. Tenía que avisarle a mi familia...

—Lo que tienes es que quedarte quieto, campeón —escuché decir a Alberto.

Fruncí el ceño y empecé a recorrer la habitación con la mirada hasta encontrarlo, sentado en una silla a pocos metros de mí.

—¿Qué haces aquí? —Le pregunté.

—Te estaba llamando por teléfono, y un amable oficial de policía me dijo que el dueño del móvil al que estaba llamando había tenido un accidente —me informó—. Me dijo a qué hospital te traían y me vine corriendo —se burló—. Literalmente, porque no encontraba mi carro en el estacionamiento —negó con la cabeza—. En lo que llegué aquí llamé a tu hermana —dijo después—. Pero el que me atendió fue tu cuñado. Imagino que deben estar en camino, sino han llegado ya.

—Gracias... —dije en voz baja.

—Menudo susto, cabrón —se quejó Alberto.

—Ni que lo digas —suspiré y cerré los ojos por unos segundos—. El camión salió de la nada, y cuando traté de maniobrar el carro no respondieron los frenos ni la dirección —le expliqué—. Fue una locura.

—Yo me habría meado encima del susto —admitió mi amigo.

—Si te soy sincero, no sé en qué condiciones quedaron mis pantalones —le respondí—. Solo sé que en un segundo estaba tratando inútilmente de esquivar el camión, y al siguiente las luces se apagaron.

—Pudo ser peor... —me dijo Alberto—. Por suerte traías el cinturón de seguridad puesto y no saliste volando por el parabrisas cuando chocaste —añadió luego—. Ahora, como recordatorio, lo tienes tatuado en el cuerpo —se burló.

—Me duele todo... —gruñí tratando de moverme otra vez.

—Voy a buscar al doctor —ofreció—. Me dijeron que lo llamara cuando te despertaras.

Intenté asentir, pero mis movimientos estaban un poco restringidos.

—Collarín ortopédico —apuntó mi amigo—. Parte del paquete vacacional que te ganaste.

—Idiota... —le respondí.

—También me alegra que estés bien —se burló y luego salió de la

habitación.

Cuando me quedé solo me di cuenta de algo. Mientras más alerta me encontraba, más dolor sentía. Casi deseé volver a dormirme, sin embargo entendía que el hecho de estar despierto, vivo, dolorido pero respirando, era algo que debía agradecer a Dios, a Thor, al Capi<sup>[114]</sup> y a los guardianes de la galaxia.

Poco después de que Alberto se fuera, mi hermana entró a la habitación seguida por una enfermera. Flor tenía los ojos hinchados y el maquillaje corrido. La enfermera estaba diciéndole algo, pero cuando me vio se me lanzó encima ignorando lo que fuera que le estuvieran contando. Me dolió todo. No, no estoy exagerando, de verdad me dolió hasta el alma cuando se me lanzó encima, y mi única respuesta a su efusividad fue un gruñido de protesta.

—¡Duele...! —Me quejé y mi hermana se apartó de inmediato.

—Señorita, le acabo de decir que debe tener cuidado con el paciente —la reprendió la enfermera—. Si no hace caso a las indicaciones, voy a tener que pedirle que salga de la habitación.

—Perdón, perdón, perdón... —empezó a decirle Flor. Luego acercó la silla en la que Alberto había estado antes, se sentó junto a mí, y tomó una de mis manos entre las suyas—. ¿Te lastimé mucho? —Me preguntó.

—Un poco... —dije para tranquilizarla.

—Los dejaré solos un momento, mientras voy por el doctor —anunció la enfermera para luego salir de la habitación.

Flor me miraba y las lágrimas le corrían por la cara. Y al verla en ese estado, yo también sentía ganas de llorar.

—¿Tan mal me veo? —Le pregunté a modo de broma, para subirle el ánimo.

—Peor, incluso —respondió ella riendo—. ¿Qué coño fue lo que pasó? —Quiso saber.

Entonces le conté lo que recordaba del accidente, tal y como se lo había contado a Alberto un rato antes.

—Cuando Mateo me dijo lo del accidente, sentí que me moría —me dijo después de escucharlo todo—. No se te ocurra volver a asustarme así.

—¿Le dijiste a la abuela? —Le pregunté.

—No... —negó con la cabeza—. No le he dicho nada aún.

—Bien —le dije—. No quiero que se preocupe.

Nuestra conversación se vio interrumpida por un par de golpes en la puerta. Mi hermana se levantó para abrir, y luego se hizo a un lado para dejar pasar a un doctor. El médico se acercó con una carpeta metálica en las manos, la colocó a un lado de la cama y empezó a revisar los aparatos a los que estaba conectado. Después vinieron las preguntas. Me pidió que le dijera cómo me llamaba, mi edad y fecha de nacimiento, si recordaba algo del accidente.

Me informó que había sido él mismo quien me recibió en la sala de emergencias cuando me trajo la ambulancia, que las preguntas que me hacía eran para descartar una posible contusión, y que pese a la gravedad del accidente solo parecía tener un par de costillas rotas, cortes superficiales y hematomas. Sin embargo iba a ordenar unas radiografías y una resonancia magnética para estar seguro.

Cada pequeño movimiento que hacía, incluso respirar profundo, se sentía como si me estuvieran sometiendo a algún tipo de tortura. Cuando el doctor preguntaba si algo me dolía, no sabía si contestar o golpearlo. Aunque supongo que lanzar un golpe me dolería más a mí que a él.

Cuando terminó de revisarme hizo apuntes en su carpeta y dejó la habitación. Luego con la ayuda de Flor volví a recostarme en la cama, para seguir sintiéndome como la mierda.

—¡Nos diste un buen susto, idiota! —Empezó a llorar mi hermana al

cabo de un rato.

—Ven acá... —le dije, pidiéndole que se acercara a mí.

Resistí el dolor que me causaba cada leve movimiento para abrazarla y repetirle que estaba bien, que solo había sido un susto, que no había nada de qué preocuparse.

—Ruth casi se desmaya cuando vio las fotos de cómo quedó tu carro —me dijo Flor—. Un amigo de Mateo se las pasó —explicó—. No sabía si golpear al que las mandó o a él, la verdad.

—¿Ruth está aquí? —Le pregunté, porque ¿para qué diablos me iba a preocupar ahora por cómo quedó el carro? Ya tendría tiempo para pensar en los costos de reparación, o cuánto tiempo iba a pasar antes de que estuviera listo. Sabía de sobra que necesitaría mucho dinero, y mucho tiempo para ponerlo a rodar otra vez.

—Todas las muchachas están aquí —respondió—. Hasta los compañeros de Mateo nos vinieron a acompañar.

—¿Puedes darles las gracias de mi parte? —le pedí y ella asintió.

En ese momento volvieron a tocar la puerta, pero quien entró no fue un doctor o una enfermera sino Alberto. Se acercó y saludó a mi hermana, diciéndole que había sido él quien avisó del accidente, entonces se enfrascaron en una conversación sobre mí como si yo no estuviera en la habitación.

*«O como si no les importara que yo esté en la habitación».*

—Muchas gracias por avisarnos —le dijo Flor—. La verdad es que no sé qué habría pasado si no hubieses llamado.

—No hay que pensar en eso —respondió mi amigo—. Por suerte está bien. Unos cuantos raspones y un par de costillas rotas, que van a necesitar reposo —añadió—. Lo que me recuerda... —esta vez se dirigió a mí—. Vas a tener que posponer el sexo de reconciliación, porque le he preguntado al

doctor y dijo que eso estaba fuera del menú para ti por un rato.

—¿Sexo de reconciliación? —Se burló mi hermana sin entender.

—Sí... —empezó a explicarle Alberto, y yo empecé a moverme y quejarme del dolor a propósito para interrumpirlos pero nada parecía estar funcionando—. Con la chica que está ahí afuera...

—¿Con cuál? —Quiso saber mi hermana.

—Alberto... —gruñí intentando moverme, pero el idiota hizo caso omiso de la advertencia.

—¿Ruth es que se llama? —Me preguntó el muy cabrón.

—Yo te mato... —murmuré en voz baja, pero él parecía no entender lo que acababa de hacer.

Hasta que pasaron unos segundos y se dio cuenta de que Flor se había quedado callada.

—Mierda... —susurró—. Yo tengo que volver a la oficina, lo siento... —se disculpó, y entonces se apresuró a dejar la habitación.

—¿Me puedes explicar lo que acaba de decir tu amigo? —dijo Flor, pero no era una sugerencia sino una demanda.

Y así fue como empecé a contarle a mi hermana mi versión de la historia.



*Al*

*final, la decisión es tuya.*

*Ruth*

Desde que llegamos al hospital había estado sintiendo una especie de corriente eléctrica atravesándome, lo que hacía imposible que me estuviera quieta. Belén, que es la digna imagen de la calma en medio de la tormenta, ya estaba nerviosa y constantemente me recordaba que debía guardar la compostura.

*«Pero, ¿para qué?»*

Si las circunstancias fueran otras seguramente encontraría mil razones. Sin embargo no eran distintas y, por lo tanto, no tenía respuesta a la pregunta.

El amigo de Ignacio, el que Belén y yo conocimos en el bar hace meses, estuvo paseándose por los pasillos desde que Flor entró a ver a su hermano. Sin embargo, a pesar de estar muriendo de ganas de saber algo, cualquier cosa, no me atreví a preguntarle. Ahora caminaba hacia la salida como si lo estuvieran siguiendo, y solo se frenó el tiempo suficiente para darle un repaso

a Belén y guiñarle el ojo cuando ella se dio cuenta de la inspección a la que estaba siendo sometida.

—Cabrón... —masculló mi amiga.

—¿Disculpa? —Pregunté riéndome entre dientes.

—¿Puedes creer ese idiota? —Se quejó Belén—. Todos los viernes se aparece en el bar cinco minutos después de empezar mi turno, y se va cinco minutos antes de que lo termine —empezó a explicarme—. Ha hecho lo mismo por meses, ya —se quejó.

—No entiendo...

—Que el imbécil ese invierte tiempo en ir a molestarme en mi sitio de trabajo, pero es incapaz de pararse un par de minutos y decirnos cómo está el hermano de Flor —se quejó.

—No sabía que tenías un acosador —le dije.

—No es un acosador, es un tarado —me corrigió mi amiga—. Si fuera más inteligente ya le habría dado mi número, y hasta le hubiese dado un recorrido VIP por el bar.

—¿Y cuando dices recorrido VIP te refieres a...? —Quise saber.

—Obviamente a llevármelo a los rincones que quedan fuera del alcance de las cámaras de seguridad para tener mis quince minutos en el cielo —se encogió de hombros.

Lorena, Ceci y Carolina se acercaron momentos después para despedirse, porque tenían que estar en otros sitios por cuestiones de trabajo. Laura había hecho lo mismo hacía rato, porque no tenía quien la cubriera en la tienda. Melina, por su parte, envió a Superman a casa y prometió quedarse con nosotras otro rato.

Nos juntamos las tres a la espera de noticias, mientras que en el otro extremo de la sala estaba Mateo. Su hermano y los demás compañeros que estuvieron más temprano en la casa tuvieron que reportarse al trabajo por

órdenes tuyas.

*«Las ventajas de ser jefe ¿no?»*

Sin embargo el tiempo pasaba y yo seguía allí sentada, sintiéndome inútil, desesperada por ver a Ignacio, por saber cómo estaba. Estaba nerviosa. Como si en cualquier momento pudiera salir alguien a decirnos malas noticias.

El móvil de Melina empezó a sonar, y se alejó un poco para atender la llamada. Belén aprovechó ese ratito de privacidad para repetirme que todo iba a salir bien, que tuviera paciencia, que las malas noticias son las primeras en llegar.

—Si tú quieres, puedo distraer a Melina y al comandante gruñón —ofreció mi amiga.

—¿Para...? —Pregunté con el ceño fruncido.

—Para que entres en esa habitación y lo veas —respondió Belén.

—Pero Flor está allí —le recordé.

—Claro, porque no puedes ir y preguntarle si necesita algo a tu mejor amiga que tiene al hermano en el hospital —dijo ella negando con la cabeza—. Es una buena oferta y una buena excusa ¿no? —Se encogió de hombros.

—Tienes razón —asentí.

Belén se puso de pie y empezó a caminar hacia Melina. Cuando llegó a hasta ella, que todavía hablaba por teléfono, le susurró algo en el oído libre y nuestra amiga asintió. Luego las dos caminaron hacia Mateo. Belén volvió a hablar, y a él pareció gustarle la idea que le estaban exponiendo porque asintió y se fue con ellas.

Cuando empecé a caminar hacia la habitación de Ignacio mi móvil empezó a sonar. Vi el nombre de mi madre en la pantalla y corté la llamada. No estaba de humor para lidiar con ella y sus dramas. Entonces apagué el móvil para evitar distracciones y me acerqué a la puerta.

Estaba a punto de tocar cuando alcancé a escuchar la voz de Flor. No

sonaba contenta. Yo tampoco estaría saltando de alegría si Tobías estuviera en el hospital, pero su tono de voz no era el de una hermana preocupada sino el de una muy cabreada.

—¿Y por qué no me dijiste nada? —La escuché decir, sonando ofendida. Herida incluso.

—¿Qué iba a decirte? —Respondió Ignacio—. Oye Flor, estoy enamorado de tu amiga —le dijo—. ¿Eso querías que te dijera?

—¿Qué coño acaba de decirle? —Murmuré en voz baja.

Mientras yo intentaba entender lo que acababa de escuchar se abrió la puerta y ambos se me quedaron mirando. Lo que me llevó a pensar que quizás Flor tiene audición supersónica. O que tal vez no hablé en un tono de voz tan bajo como creía.

*«Pero ¿realmente le acababa de decir eso a Flor?»*

—Ruth... —dijo Ignacio, y a mí me entró el pánico. Así que en lugar de enfrentar las cosas de una buena vez, hice aquello por lo que siempre critico a mis amigas. Corrí.

—Espera —escuché a Flor llamarme mientras atravesaba la puerta que daba al estacionamiento—. Si me caigo con estos tacones, va a ser culpa tuya, Ruth. Y vas a tener que pagarme sin trabajar —me amenazó—. Para de una puta vez antes de que me rompa el cuello.

—¿Para qué? —Me detuve y me volteé para enfrentarla—. ¿Para que puedas decirme la clase de amiga de mierda que soy? ¿Para que puedas gritarme cosas?

Flor dio un paso hacia a mí levantando las manos como si estuviera pidiendo una tregua.

—No voy a gritarte cosas —me dijo—. Y si hay una amiga de mierda en toda esta historia, esa soy yo —añadió—. Y me disculpo por eso.

—Tú no eres una amiga de mierda —negué con la cabeza—. Y nada de

lo que pasó es culpa tuya, no tienes por qué disculparte.

—Si no hubiese estado tan concentrada en mi relación con Mateo, tal vez habría notado algo —se encogió de hombros—. No sé, cualquier cosa.

—Yo no sé qué te contó Ignacio, pero... —empecé a decir.

—Todo, creo —me interrumpió—. Al menos su versión —aclaró—. Ahora quiero conocer la tuya. Somos amigas, se supone que tenemos que estar para la otra cuando estas cosas pasan —me recordó mi amiga.

—Pero él es tu hermano, y yo no quería que hubieran problemas entre ustedes por mi culpa.

—¿Estás bromeando? —Empezó a reírse—. Yo vivo para pelear con él. Es parte de la relación de hermanos, ya sabes. Las peleas vienen en el paquete —se encogió de hombros—. Además, es divertido ver su cara cuando está perdiendo las discusiones, cosa que iba a pasar si me ayudabas a patearle el trasero —señaló—. Hubiese sido un giro interesante ¿no?

—Seguramente... —dije.

—¿Por qué no nos tomamos un café y me cuentas tu parte de la historia? —Me propuso—. Lo único que te voy a agradecer es que dejes fuera los detalles de tu vida sexual con Ignacio, porque eso sería un poco incómodo para mí.

—¿Dejar fuera los detalles? —Me burlé—. ¿Y perder la oportunidad de desquitarme por todas las veces que compartes cosas que nadie te preguntó? Tú debes estar loca.

—Prometo no compartir demasiado la próxima vez —dijo con tono solemne. Aunque ya sabía que esa promesa no duraría demasiado—. Ahora vamos por ese café —me ordenó—. Caminando, por favor. Ya tuve demasiado deporte por un día —se quejó.

—Está bien —acepté, y juntas fuimos hasta el cafetín dispuestas a poner todas las cartas sobre la mesa.

Resulta que contarle la historia de los mensajes, y de todo lo que pasó después, a Flor no fue tan difícil como pensé que sería. Ella entendía la forma en que pensaba, mis dudas, mis reservas, por qué me sentí tan traicionada cuando descubrí la verdadera persona tras los mensajes... en fin, Flor me comprendía. Mi amiga sabe que valoro la honestidad por encima de todo, porque mi vida familiar siempre ha sido una mentira.

Mi madre, por ejemplo, es de esas mujeres que aparenta tener una vida perfecta cuando la realidad dista mucho de la perfección. Para ella tener una hija de treinta años, profesional pero soltera, y sin niños a los que poder presumir en los eventos sociales, es lo más cercano a fracasar como mujer. Fue mi madre y su mentalidad retrógrada la que me motivó a ponerme siempre en primer lugar. A poner mis aspiraciones y mis metas por encima de todo. A querer ser diferente a ella. A desear más.

Al principio le parecía gracioso que quisiera tener mi propio negocio, y que dedicara tantas horas a conseguirlo. Mi madre creía que era solo una fase, que eventualmente la superaría y me concentraría en lo importante, que de acuerdo con ella era tener una familia como la suya. Una familia donde el marido está ausente la mayor cantidad del tiempo, y usa la excusa del trabajo para justificarse. Una familia donde a la madre le preocupa más lo que dirá la gente que lo que quieren o sienten sus hijos. Una familia donde la comunicación no existe, salvo que sea para criticar las elecciones que hago. O para usarme siempre que les parezca conveniente.

*«Yo no quería eso para mí. Sigo sin quererlo».*

Con el tiempo me di cuenta que no era un problema exclusivo de mi madre, sino un virus que parecía haber contagiado a todo su círculo social. Todas esas mujeres se atacaban unas a otras como serpientes. Todas miserables pero buenas actrices, haciendo creer a las demás que sus vidas sí estaban en orden.

¿Ves? Una mentira que se convierte en cientos, en miles, y se sigue multiplicando hasta que la verdad desaparece totalmente del mapa.

—Creo que soy la persona menos indicada para decir esto —dijo Flor al cabo de un rato—. Pero no creo que Nacho haya tenido malas intenciones.

—Yo tampoco lo creo —admití—. Al principio quizás sí lo pensé, pero después de un tiempo empecé a recordar cómo empezó todo... —sonreí—. Y me di cuenta que él no fue el único que cometió errores, que yo también mentí —le dije a mi amiga—. Todo se nos fue de las manos, pero no fue culpa suya solamente.

—¿Lo podrás perdonar alguna vez? —Quiso saber.

—Ya lo hice —confesé—. Perdonar fue la parte fácil —me reí sin ganas—. Confiar es lo complicado ¿cómo lo hago?

—Es algo que tienen que aprender los dos —Flor se encogió de hombros—. Pero pueden empezar hablando ¿no? —Sugirió y yo asentí dándole la razón—. No estoy diciendo que Ignacio vaya a ser tu “*felices por siempre*” porque eso no lo sabemos aún, pero si no lo intentas te vas a pasar el resto de tu vida preguntándote que habría pasado entre ustedes —dijo mi amiga.

—¿Me estás devolviendo lo que te dijimos las muchachas y yo cuando te entraron las dudas con Mateo? —Me burlé.

—Eres la primera en mi lista, todavía me faltan dos —se carcajeó—. Pero es cierto, ¿no? —Me miró expectante—. Además, no te estoy diciendo que le des una oportunidad porque sea mi hermano sino porque tú tienes derecho a intentarlo, a conseguir las respuestas que buscas —me recordó.

—Tengo miedo —admití.

—Yo también lo tenía —respondió ella—. Sigo teniéndolo —añadió—. Todos los días me despierto temiendo la hora en que todo se vaya a la mierda ente Mateo y yo, pero al menos me quedarían nuestros recuerdos juntos, las

cosas que he aprendido a su lado, especialmente las cosas que he aprendido sobre mí misma —me explicó—. Piensa en esto... —dijo después—. Si todo resulta bien entre ustedes, pues genial —dijo encogiéndose de hombros—. Y si las cosas se van nuevamente a la mierda, si no funcionan, si él te miente, si descubres que no es el hombre que tú creías... —enumeró usando los dedos—, recuerda que tengo una buena colección de tacones que podemos usar para patearle el trasero —me guiñó un ojo y ambas nos reímos—. Mi amistad no va a cambiar porque elijas salir con él —dijo poniéndose seria otra vez—. Pero si empiezas a cancelarme planes para salir con ese idiota, te dejo viuda —me advirtió, y yo sabía que no estaba mintiendo.

—Lo haces parecer muy fácil —me reí.

—A veces puede ser fácil, pero también puede ser difícil —me dijo—.

Al final la decisión es tuya.



*Llegó  
la hora de ponerse el traje de superhéroe y recuperar a la chica.*

*Ignacio*

Cuando Flor salió corriendo de la habitación detrás de Ruth, algo que habría hecho yo de no estar en esta cama, sentí que el mundo se me venía encima una vez más. No tenía mi reloj, tampoco tenía mi teléfono cerca para contar cuantos minutos pasaron, pero conforme avanzaba el tiempo una asfixiante sensación de desesperanza me envolvía. Mi hermana regresó sola después de un rato, al mismo tiempo en que la enfermera llegó para inyectarme unos analgésicos que me noquearon de inmediato.

Al despertar todo estaba oscuro. Estaba solo y me dije que lo mejor era volver a dormir. Sin embargo mi mente no dejaba de darle vueltas al hecho de que Ruth estuvo en el hospital, así como tampoco dejaba de preguntarme cómo resultó la conversación entre ella y mi hermana. El dolor en todo el cuerpo no ayudaba a mantener mi cerebro tranquilo, especialmente ahora que se daba a la tarea de imaginar los peores escenarios. Así que eventualmente hice lo que

cualquier otra persona en mi lugar haría. Presioné el botón para llamar a la enfermera, y cuando llegó le pedí más analgésicos.

*«Unas cuantas horas de descanso me deberían ayudar a ver las cosas con más claridad».*

Pero el amanecer no trajo más sino más incertidumbre. Las agujas que tenía antes clavadas en los brazos habían desaparecido, las mangueras a las que estaba conectado, los cables, todo se había ido. Eso parecía una buena señal.

Flor se despidió de mí para ir a casa por algo de ropa y cosas para que me entretenga durante mis pequeñas vacaciones en el hospital; y antes de irse me entregó mi móvil, que milagrosamente salió ileso del accidente.

—Si necesitas cualquier cosa, me avisas —me dijo al entregarme el aparato—. No creo que tarde mucho —añadió antes de salir.

Mi móvil tenía la batería completamente cargada, por lo que asumo que mi hermana lo conectó a la electricidad en algún momento. Empecé a revisar las notificaciones de las diferentes aplicaciones, dejando los mensajes de texto y de *WhatsApp* para el final. Pero cuando finalmente empecé a leerlos deseé haber empezado mi inspección por allí, porque tenía varios mensajes de Ruth.

**LADY HALLMARK:** *Ha pasado un tiempo desde la última vez que te escribí.*

**LADY HALLMARK:** *Y aunque deseé odiarte, aunque fuera un poco, por lo que hiciste...*

**LADY HALLMARK:** *La verdad es que no puedo.*

**LADY HALLMARK:** *Sí eres un idiota, pero te extraño.*

**LADY HALLMARK:** *Supongo que eso me convierte en una idiota a mí también.*

**LADY HALLMARK:** *Y te quiero.*

**LADY HALLMARK:** *Listo. Lo he dicho. Te quiero.*

**LADY HALLMARK:** *¿Te parece si empezamos de nuevo?*

Cuando la enfermera llegó a la habitación para ver cómo estaba, me encontró a segundos de saltar de la cama para ir a buscar a Ruth. No es que pudiera ir muy lejos en mi estado actual, pero la intención es lo que cuenta ¿no?

—¿A dónde cree usted que va? —Me preguntó mientras empezaba a preparar mi siguiente dosis de analgésicos.

—Al baño —mentí—. Y creo que voy a pasar de eso por otro rato —le dije señalando la jeringa.

—La última vez que revisé, las órdenes las daba el doctor —dijo la enfermera con una sonrisa—. Y respecto la visita al baño... —añadió luego—. Le ayudaré a levantarse, pero tenga cuidado de no hacer movimientos bruscos.

—Está bien —acepté y me dejé ayudar.

Luego tomé mi móvil y caminé hacia el baño para ganar un poco de tiempo. Si dejaba que me inyectaran el analgésico antes, estaría fuera de servicio antes de que pudiera enviar el primer mensaje a Ruth.

—Voy a darle un poco de privacidad —anunció la enfermera cuando llegamos a la puerta del baño—. Vuelvo en un rato para inyectarle el analgésico. Este es más leve que el que usamos ayer —me explicó, pero no me fiaba completamente de ella—. El doctor ha ordenado el cambio, porque el anterior podría favorecer el sangrado interno y retrasar su recuperación —asentí antes de dar un paso dentro del cubículo y cerrar la puerta.

Lo primero que hice al quedarme a solas fue responderle a Ruth.

*Yo: No me parece una mala idea.*

*Yo: Pero empezar de nuevo sería como borrar todas las cosas que pasaron entre nosotros.*

*Yo: Y yo no cambiaría ni un segundo a tu lado.*

Luego me miré al espejo por primera vez desde el accidente, y casi me voy de culo. Me veía como si me hubieran dado una paliza. Sangre seca entre mi nariz y mi labio superior, un moretón en el pómulo izquierdo, los ojos inyectados de sangre, ojeras... ¿realmente quería que Ruth me viera así?

*«De ninguna manera».*

Y eso era apenas lo que lograba ver en mi cara. No tenía idea de qué tan mal se veían las cosas bajo la estúpida bata de hospital que llevaba puesta.

Mi móvil vibró en mi mano. Fruncí el ceño porque no recordaba haber desactivado los sonidos, y mucho menos haber activado la función de vibrador. En la pantalla había una alerta de mensaje, y lo abrí de inmediato.

**LADY HALLMARK:** *Bien...*

**LADY HALLMARK:** *¿Entonces que sugieres?*

*Yo: Retomarlo desde nuestro último mensaje.*

**LADY HALLMARK:** *¿Antes de nuestra cita fallida?*

*Yo: Exactamente.*

**LADY HALLMARK:** *Pensé que te habías cansado de esperar por mí.*

*Yo: Nunca.*

*Yo: Siempre voy a esperar por ti.*

**LADY HALLMARK:** *¿Cómo te sientes?*

*Yo: Como si me hubiese estrellado contra un camión.*

**LADY HALLMARK:** *No es gracioso.*

*Yo: ¿Qué? ¿Demasiado pronto para hacer bromas?*

**LADY HALLMARK:** *Algo así.*

*Yo: Lo siento.*

**LADY HALLMARK:** *No fue culpa tuya.*

**LADY HALLMARK:** *Fue un accidente.*

*Yo: Por todo lo demás.*

*Yo: Por no decirte que era yo quien escribía.*

*Yo: Por actuar como un idiota.*

*Yo: Pero voy a compensarte.*

**LADY HALLMARK:** *Nunca te di las gracias por los regalos.*

*Yo: Espero que te gustaran.*

**LADY HALLMARK:** *Sí, me gustaron.*

**LADY HALLMARK:** *Solo hay un problema.*

*Yo: ¿Cuál?*

**LADY HALLMARK:** *Ninguno de ellos eres tú.*

*Yo: A mí ya me tienes.*

*Yo: Siempre me has tenido.*

**LADY HALLMARK:** *No me puedes ver, pero estoy sonriendo.*

*Yo: No me puedes ver, pero me estoy escondiendo de la enfermera.*

*Yo: No quiero que me inyecte el analgésico.*

*Yo: Porque entonces me dará sueño.*

*Yo: Y no voy a poder seguirte escribiendo.*

**LADY HALLMARK:** *Déjala hacer su trabajo.*

*Yo: Lo dice la persona que odia que la inyecten.*

**LADY HALLMARK:** *La última vez no fue tan traumática.*

*Yo: Cuéntame más.*

**LADY HALLMARK:** *El tío que me gusta estaba leyendo para mí.*

**LADY HALLMARK:** *Y tiene una voz realmente sexy.*

**LADY HALLMARK:** *Creo que debería insistirle en un cambio de carrera.*

**LADY HALLMARK:** *Tiene mucho futuro como narrador de*

*audiolibros.*

*Yo: ¿Vendrías a leer para mí?*

**LADY HALLMARK:** *Si quieres.*

*Yo: Entonces aquí te espero.*

Pensé que se arrepentiría, que escribiría para cancelar o que estaría ocupada por su trabajo. Pero en el fondo esperaba que viniera. Deseaba verla, escuchar su voz, que pudiera mirarme a los ojos cuando le repitiera lo arrepentido que estaba por todo lo que había pasado.

Su llegada fue más rápida de lo que había anticipado. Poco después de que saliera del baño, y que con dificultad me subiera a la cama, Ruth abrió la puerta de la habitación. Venía con un bolso que me resultaba bastante familiar y con una sonrisa en los labios.

—Realmente te ves como si te hubieses estrellado contra un camión — me dijo a modo de saludo.

—Créeme, lo sé —asentí—. Acabo de verme en el espejo —le expliqué y eso la hizo reír—. ¿Cómo fue que llegaste tan rápido?

—Ya venía en camino cuando respondiste —respondió sonrojándose y apartando la mirada—. Tu hermana me escribió temprano pidiéndome que la esperara en casa de tu abuela —añadió luego, mientras caminaba hacia la silla que estaba a un lado de mi cama.

—¿Y tú estuviste de acuerdo? —Le pregunté mientras tomaba asiento y ella asintió a modo de respuesta—. ¿Segura? —Insistí.

—Sí, segura —respondió Ruth—. Además, tu hermana se ofreció a atender la oficina para que tú y yo pudiéramos hablar —me explicó—. Una oferta bastante generosa, debo añadir —empezó a reírse.

—No me va alcanzar la vida para pagarle el favor —le dije—. No porque me sienta agradecido, que sí estoy —empecé a explicar—. Sino

porque nunca dejará de recordarme que si logramos resolver nuestras diferencias será porque ella intervino.

—Estoy segura de que encontrarás la forma de igualar el marcador — Ruth se encogió de hombros sonriendo justo en el momento en que la puerta de la habitación se abrió y la enfermera que vino antes dijera que se me había terminado la tregua.

La mujer tomó la jeringa que traía en su pequeña bandeja y se acercó a mí. Luego me pidió que extendiera el brazo y procedió a ponerme la inyección. Había tenido razón al decir que era más leve que el otro analgésico. No porque fuera menos efectivo para quitarme el dolor, sino porque el sueño no llegó de inmediato como las otras veces.

Cuando la enfermera se marchó, Ruth sacó algo del bolso que había traído. Era mi libro electrónico. Me miró con una sonrisa coqueta antes de empezar a revisar el contenido, pero la verdad es que lo único que quería era tenerla cerca. Ya sabes, ponerme mi traje de superhéroe y recuperar a mi chica.

—¿Qué quieres que te lea? —Me preguntó al cabo de un rato.

—No me provoca ningún libro en este momento —admití—. ¿Por qué no abrimos *Netflix* y vemos una película?

—¿Ver una película? —Repitió Ruth—. ¿Juntos?

—No es algo que no hayamos hecho antes —le recordé.

—Pero siempre estuvo cada uno en su casa —respondió ella.

—Menos aquel día en casa de mi abuela —la corregí—. Cuando Flor nos hizo ver una de esas películas para adolescentes que tanto le gustan.

—¡Es verdad! —empezó a reírse—. Yo me quedé dormida —recordó—. Y el día siguiente...

—Esa parte sí la recuerdo bien... —fue mi turno de reír—. Entraste como dormida al baño mientras me estaba bañando.

—Y mejor busquemos una película antes de que las cosas se calienten aquí —apartó la cara sonrojándose—. ¿Qué te apetece ver?

—No lo sé... —intenté encogerme de hombros, pero en lugar de eso terminé lastimándome—. Lo que tú quieras —dije.

Rápidamente me di cuenta de mi error, pero ¿qué más daba? Cualquiera en mi lugar había dicho que sí a una maratón de Diarios de Vampiros<sup>[115]</sup> si su chica se lo pedía. Especialmente si está tratando de ganar puntos con ella.

Ella se acomodó a mi lado en la cama, una misión bastante complicada cuando tienes los movimientos limitados como yo, y vimos un par de episodios hasta que me quedé dormido. Repetimos el mismo ritual cada día mientras estuve en el hospital. Para cuando terminamos la primera temporada ya estaba mucho mejor, aunque todavía no podía levantar cosas pesadas o hacer ejercicios extenuantes. Y no, no es un eufemismo para el sexo, aunque eso seguía fuera del menú como dijo Alberto el día del accidente.

La presencia de Ruth en mi casa durante las últimas semanas era algo que agradecía. Especialmente ahora que mi abuela y mi hermana se han mudado. No me avergüenza decir que me entusiasmaba ver series para adolescentes con ella, porque eso significaba que la iba a tener acurrucada a mi lado. En mi cama o en el sofá. El sitio no importaba siempre que Ruth estuviera conmigo. Cualquier excusa para pasar tiempo con ella era perfecta para mí, porque ese tiempo nos ha permitido irnos conociendo nuevamente, redescubriendo las cosas que nos acercaron al otro en primer lugar. Nos ha dado la oportunidad de volver a enamorarnos, por decirlo de algún modo.

*«Pero no me pregunten si soy Team Damon o Team Stefan, porque todavía no lo decido».*



*quedas esta noche?*

*¿Y si te*

*Ruth*

Ha pasado un mes desde el accidente de Ignacio. Y a pesar de todas las circunstancias que nos llevaron a distanciarnos, de las mentiras y de nuestros errores, ese tiempo ha servido para reencontrarnos con nosotros mismos, para dejar el pasado en el sitio que le corresponde y escribir nuestra historia juntos.

Quizás no es perfecta, pero es nuestra. Habrá páginas que nos gustaría pasar de largo, como esa vez en que mi ex novio se apareció en mi oficina para advertirme que dejara a Ignacio porque él había llenado papeles en el banco declarando que éramos esposos para favorecer su línea de crédito; así como mi llamada a la policía para denunciarlo por acoso o la orden de alejamiento que vino después. Pero también habrá páginas de nuestra historia que nos gustaría releer mis veces. No sabemos cómo terminará todo entre

nosotros, o cuándo. Eso es algo que solo el tiempo nos dirá. Lo que sí me queda claro es que lo que sea que nos haya puesto en el camino del otro, casualidad o destino, nos cambió la vida para siempre.

Todavía le quedaba tiempo de reposo, pero él decidió volver a la oficina. Y con su vuelta al trabajo también empezaron a normalizarse mis horarios y los de Flor, que éramos sus ayudantes en casa.

Las cosas poco a poco empezaron a tomar forma, a volver a la normalidad tras el accidente. Hace unos días, por ejemplo, Ignacio regresó a su trabajo y tuvimos nuestra primera cita oficial como pareja. Desde entonces nos reunimos en su casa al final de la tarde para ver películas o series, cocinar algo juntos o simplemente para hablar de cómo nos fue.

*«Sí, sin sexo. Esas fueron las órdenes del doctor».*

Hoy, sin embargo, fue distinto. Cuando salí de la oficina, y lo llamé para decirle que iba en camino, me dijo que no estaba en la casa porque se había ido a un bar con Alberto. Era la primera vez que salía con su amigo tras la salida del hospital, además de ser viernes, así que aproveché el tiempo para relajarme, darme un baño, servirme una copa de vino y ponerme mi mascarilla facial favorita.

Mi hermano siempre se burla de mí cuando lo hago porque dice no entender qué beneficios puede tener echarse en la bañera con una hoja de papel en la cara por media hora. Pero hoy no tengo que preocuparme por la opinión de Tobías, o por explicarle que no es una simple hoja de papel.

Cerré los ojos y empecé mentalmente a calcular mi presupuesto para el próximo mes, a hacer proyecciones de ingresos y a repasar la lista de pendientes que tendría para la semana que viene cuando sonó el timbre. Tardé un poco en reconocer el sonido porque las pocas visitas que tenía en casa nunca lo usaban. Siempre enviaban un mensaje o llamaban antes de llegar, o simplemente golpeaban la puerta.

Cuando logré asociar el sonido con la necesidad de salir de la bañera, ponerme algo de ropa y recibir una visita, me volví un poco torpe. Intentando levantarme golpeé la copa con el vino, haciendo que el contenido se derramara. El agua jabonosa me hizo resbalar, y casi caigo de culo en el agua nuevamente. Me di cuenta de que no había llevado una toalla, por lo que tuve que salir del baño destilando agua por todo el piso hasta que encontré algo con qué cubrirme. Entonces me fui corriendo hacia la puerta, solo para encontrar a Ignacio al otro lado.

—Te ves... —empezó a decir.

—¿Desastrosa? —Lo interrumpí.

—Iba a decir agitada —sonrió—. ¿Llego en un mal momento?

—No, no... —me hice a un lado dándole espacio para que pasara—.

Solo me estaba dando un baño —sonreí.

Ignacio me recorrió con la mirada, y yo no pude evitar hacer lo mismo. Ojo por ojo, como dicen por allí. No iba a permitirle tener ventaja en el departamento de inspecciones corporales.

—Tenía ganas de verte —confesó acercándose y rodeándome con sus brazos—. Estuve pensando en ti todo el día.

—¿Sí? —Le pregunte tratando de aparentar indiferencia, cuando en realidad su pequeña admisión provocó que mi corazón saltara.

—No hay momento en que no piense en ti —me respondió—. Cada día, cada hora, cada minuto... —dijo reposando su frente contra la mía, luego sonrió—. ¿Puedo?

—¿Qué cosa? —Pregunté frunciendo el ceño, pero en lugar de responderme Ignacio acercó sus manos a mi cara para quitar mi mascarilla facial. La misma que había olvidado que llevaba puesta.

Ambos empezamos a reír como tontos, hasta que la diversión en los ojos de Ignacio fue reemplazada por determinación y asaltó mi boca con uno de los

besos más intensos, seductores e implacables que he recibido en mi vida.

Mis manos volaron hacia su cabello instintivamente, como si se tratara de las riendas de un caballo y la acción me fuera a permitir guiarlo hacia algún lugar. Pero él no necesitaba ninguna guía. Solo había estado aquí una vez, la primera vez que estuvimos juntos, sin embargo parecía conocer mi casa bastante bien.

Era como en esas películas románticas que me gustan, donde el héroe sorprende a la chica en su casa y el beso se convierte en un recorrido a ciegas hasta la cama, donde terminan teniendo sexo por horas. Solo que en esas películas la chica siempre va perfectamente depilada, maquillada y perfumada, aunque diga que acaba de salir de la ducha.

Ese no era mi caso, por cierto. ¿La razón? Olvidé mi cita para depilarme las piernas en la estética. Sí, depilarme es algo que no hago en casa hace mucho tiempo porque soy fatal para eso. Además ¿quién coño se maquilla y se perfuma para meterse a bañar?

«¿Las actrices de Hollywood?».

—Para, para... —dije sin aliento dándome cuenta de que, en efecto, ya estábamos en mi habitación y a pocos pasos de mi cama.

—¿Qué pasa? —Ignacio me preguntó preocupado.

—Que no me he depilado las piernas —le dije sin mirarlo a los ojos, pero él me forzó a levantar la cara y a mirarlo antes de responder.

—¿Y eso es muy grave? —Me preguntó sonriendo mientras sus manos se deslizaban por mi espalda, acercándose más a él—. Porque a mí no me importa —dijo justo antes de volver a besarme. Y si a él no le importaba ¿por qué tendría que importarme a mí? ¿Cierto?

Correspondí a sus besos mientras mis manos se unían a la acción. Yo estaba en clara desventaja si este juego iba sobre desvestir al otro. Lo único que me tapaba era una bata de baño que recogí de camino a la puerta, en

cambio él llevaba traje. Lo primero en desaparecer fue su chaqueta, y luego me deshice de su corbata. Entonces mi cerebro pareció recordar por qué había pasado tanto tiempo desde la última vez que tuvimos sexo.

Claro, estuvimos peleados y yo le pedí tiempo. Pero entonces pasó el accidente, las costillas rotas y el médico ordenándole reposo.

—¿Estás seguro de que podemos hacer esto? —Le pregunté sin aliento mientras soltaba los botones de su camisa.

—Muy seguro —dijo sonriendo contra mis labios—. He pasado por el consultorio de mi doctor después del trabajo para consultarlo.

—Pensé que estabas con Alberto en un bar —respondí terminándole de quitar la camisa.

—Sí, estaba ... —me dijo—. Después de llevarme a la consulta nos detuvimos en el bar en el que trabaja Belén —explicó—. Y no, no es que nos quedara en el camino porque el cabrón de Alberto nos hizo atravesar la ciudad para llegar allí —se quejó mientras soltaba el cinturón que sujetaba mi bata.

—Esos dos se traen algo —me eché a reír mientras le desabrochaba el pantalón y él dejaba caer mi bata en el piso.

—Seguramente —asintió antes de atraerme nuevamente hacia él para besarme.

Luego sus manos descendieron hasta mi trasero. Me alzó con facilidad, como si no le doliera nada, como si el accidente no hubiera pasado. Yo le rodeé la cintura con las piernas y me dejé guiar por él.

Ignacio me llevó hasta la cama, donde me depositó con cuidado. Pero no hizo ninguna señal para que lo liberara. Yo tampoco tenía intenciones de hacerlo. Dejarlo ir significaba perder el contacto, dejar de estar rodeada por su olor, dejar de sentir como su erección crecía presionada contra mi cuerpo. Así que eso de dejarlo ir no era una opción.

—Extrañé esto... —susurró contra mi piel—. Te extrañé a ti.

—Yo también lo extrañaba —admití usando mis pies para empujar el pantalón de Ignacio fuera del camino—. ¿Sin ropa interior? —Pregunté sorprendida.

—Se me olvidó poner a lavar mi ropa —riéndose se encogió de hombros restándole importancia. Y eso me hizo reír a mí—. No te burles —me advirtió—. La cuestión es que llevar todas las cosas de la casa, regresar al trabajo y todo lo demás... —suspiró—. Es complicado —reconoció—. Estar allí, sintiendo la casa tan vacía, es asfixiante —me explicó—. Es demasiado espacio para mí solo —dijo mientras recorría mi cuello con la nariz—. Ya había pensado en vender la casa y mudarme a un sitio más pequeño.

—O podrías mudarte para acá... —ofrecí.

—¿A tu casa?

—¿Qué tiene de malo? —Pregunté ofendida—. ¿Flor si puede mudarse a la casa del novio, pero tú no puedes mudarte para acá? No pensé que fueras tan machista —le dije y empecé a apartarme.

—Espera, espera... eso no fue lo que quise decir —respondió sujetándome para que no me bajara de la cama.

—¿Qué quisiste decir entonces? —Quise saber.

—Yo no quiero imponerme ni invadir tu espacio —me dijo y supe que hablaba con sinceridad—. No es por machismo, es porque no quiero apresurar las cosas y que termines decidiendo que esto no es lo que tú quieres —explicó—. No quiero que me pase contigo lo mismo que me pasó antes con...

—Con la bruja que tenías por novia, ya sé —lo interrumpí entrelazando mis manos detrás de su cuello para acercarlo a mí—. Una vez me dijiste que estabas con ella para olvidarte de mí.

—¿Te lo dije? —Se burló.

—Lo escribiste —me encogí de hombros—. Es casi lo mismo.

—Es cierto... —pareció recordar—. Ambas cosas, antes de que

preguntas —añadió.

—Lo que nunca me contaste fue por qué terminaron —dije.

—Y no te lo voy a contar tampoco —respondió.

—Pero prometiste que no habrían más mentiras ni secretos entre nosotros —me quejé.

—Esto difícilmente sea un secreto —dijo Ignacio—. Alberto lo sabe, al fin y al cabo; y él es tan discreto como Flor —añadió y yo me reí—. Pero es muy vergonzoso, y prefiero guardarme el dato para cuando esté seguro de que no vas a salir corriendo.

—Yo no voy a salir corriendo —le aseguré.

—No voy a arriesgarme —insistió, moviendo sus caderas para recordarme lo que estábamos haciendo antes de ponernos habladores.

Cuando Ignacio volvió a besarme pensé que aunque no se tratara de nuestro primer beso, de algún modo, se sentía como si lo fuera. Las emociones batallando en mi pecho, la intensidad del momento, el ser libres para amarnos sin tener que escondernos, sin preocuparnos por lo que piensen los demás. Era algo liberador. Se sentía como si algo importante se estuviera fraguando a nuestro alrededor. Como si los hilos del destino se movieran una vez más para hacer de las suyas con nosotros.

Sin las capas de ropa separándonos, nuestros cuerpos parecieron encontrar un ritmo perfecto. La calidez de su cuerpo bajo mi tacto, la sensación de sus dientes arañando mi piel, la expresión concentrada de su rostro mientras exploraba cada parte de mí, como si darme placer fuera la misión más importante de su vida. Era una mezcla embriagadora. Mágica. Adictiva.

El resto de mis pensamientos se dispersó cuando sus manos se deslizaron por mis piernas, obligándome a abrirme más para él, atormentándome, haciéndome desearlo más. Anhelar sus caricias, su cuerpo

cubriendo el mío, arropándome, poseyéndome. Fue cuando su boca empezó a trazar un camino desde mi cuello hasta mi pecho, deteniéndose un momento para jugar con mis senos antes de seguir con su plan. Hasta que levantó mis piernas y las lanzó por encima de sus hombros y mi sexo quedó a la altura de su cara.

—No tienes que hacer eso... —empecé a protestar, pero Ignacio no escuchaba razones.

Él sonrió, pero no era una sonrisa que hubiera visto antes. Su expresión pasó de intensa a peligrosa. Como un villano de película, pero de los seductores. De esos que te que te roban hasta el último centavo, pero que te follan muy bien primero. Entonces empezó a repartir besos entre mis piernas, a trazar mi sexo con su lengua, a mordisquearme, a robarme la voluntad con cada toque. No tenía ni la energía ni las ganas para oponer resistencia. Mi cuerpo se sentía como una playa arrasada por un mar de sensaciones. La habitación se llenó con nuestros sonidos. Sus gruñidos mezclados con mis gemidos. Mi voz quebrada pidiéndole más. Suplicándole que no se detuviera. De su voz prometiendo darme todo lo que deseara.

La tensión en mi cuerpo era tan fuerte que era casi dolorosa. Necesitaba más. Lo quería todo. Estaba desesperada por sentirlo dentro de mí y así se lo hice saber. Mis pensamientos parecían líneas inconexas, sin sentido. Todo lo que importaba era sentir, aunque las emociones me sobrepasaran. Y justo cuando pensaba que no podía soportar, Ignacio atrapó mi clítoris entre sus dientes y mi cuerpo explotó como una bomba. Pero él no había terminado conmigo.

*«Si acaso, apenas había comenzado».*

—Eres perfecta —me dijo acariciando la entrada de mi sexo con su miembro—. ¿Sabías eso?

—Estoy lejos de ser perfecta —sonreí avergonzada.

—Para mí lo eres —insistió acercando su boca a la mía—. No sé si te lo había dicho antes... —empezó a decir—. Pero estoy enamorado de ti, y me voy a volver loco si no te tengo en los próximos segundos.

*«Me ama».*

Mi cerebro no paraba de repetir esas dos palabras. A pesar de haberlo escuchado decírselo a Flor, era la primera vez que lo escuchaba decírmelo a mí.

—Te amo —repitió—. Con cada célula de mi cuerpo —añadió mientras me penetraba lentamente—. Con la fuerza de un millón de soles explotando... —sonrió mientras salía de mí unos cuantos centímetros, solo para volver a embestirme.

—Si empiezas a hablar de superhéroes, te mato —gemí cuando repitió el mismo movimiento—. Y yo también te amo —le dije tratando de mover mis caderas para igualar sus movimientos.

—Pero a ti te gusta cuando hablo de superhéroes —bromeó tomándose para levantarme un poco y profundizar sus acometidas.

Conforme pasaba el tiempo ese ritmo lento y seductor con el que empezó a hacerme el amor se convirtió en uno frenético y desesperado. Salvaje, incluso. Al menos yo me sentía así cuando escuchaba los gruñidos de Ignacio llenar la habitación, su voz repitiéndome lo perfecta que era, lo mucho que me amaba. Mis gemidos pronto se convirtieron en súplicas, en demandas, en gritos de placer mientras sentía mi orgasmo empezándose a recorrer. Primero como una caricia. Pero luego como una bola de demolición.

*«Maldita Miley Cyrus, y su estúpida canción».*

Entonces descubrí que los orgasmos múltiples no eran una leyenda urbana, porque me corrí al menos dos veces más antes de que Ignacio me siguiera.

—Yo había planeado algo más tranquilo... —dijo sin aliento cuando se

tumbó a mi lado.

—No me estoy quejando —le respondí riendo mientras me abrazaba y me pegaba a su cuerpo.

No sé cuánto tiempo pasó antes de que me atreviera a volver a hablar. Quizás fueron segundos. Tal vez fue un poco más.

—¿Y si te quedas esta noche? —Le pregunté.

—Siempre que me quieras aquí, me quedo —respondió.

Así fue como Ignacio terminó quedándose en mi casa esa noche. Pero fiel a su promesa, también se quedó todas las noches que le siguieron.



*y Murphy entran en un bar...*

*Cupido*

*Alberto*

*Cuatro meses después...*

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto? —Le pregunté a Ignacio, a riesgo de que su novia me pateara las pelotas.

—Claro, ¿por qué no habría de estarlo? —dijo Ignacio poniendo la caja que traía encima del mesón de su cocina.

—Es que... —no sabía cómo explicárselo sin quedar como un imbécil —. No digo que esté mal que te mudes con ella ¿pero vender tu casa?

—Es demasiado espacio para mí solo —me repitió la misma razón que me dio hace un par de semanas cuando me pidió ayuda para mover sus cosas —. Mi abuela y mi hermana se mudaron hace tiempo ya, ¿qué caso tiene?

—Es que esto es como renunciar al último pedazo de libertad que tienes —insistí, sonando más como un niño de cinco años que como un adulto.

—Eres un imbécil ¿te lo había dicho? —Me respondió mi amigo cruzándose de brazos.

*«Supongo que mi estrategia para no quedar como idiota fue un fracaso».*

—Sí, como un millón de veces desde que nos conocemos —admití—. Pero dejé de tomarte en serio después de las primeras cien repeticiones —añadí para hacerlo reír.

—Ese es tu problema —me dijo Ignacio—. Que solo escuchas lo que te interesa.

—O lo que me conviene —asentí mientras tomaba la caja que acababa de soltar Ignacio para llevarla a mi camioneta.

—Solo va a ser algo temporal —me explicó, como ya lo había hecho un par de veces—. Voy a poner todo en un depósito y a quedarme en casa de Ruth mientras consigo algo más pequeño —se encogió de hombros—. Un apartamento quizás.

—Una vez que te acostumbres a vivir con ella estarás jodido —le dije, porque eso mismo me había pasado a mí. Solo que mi novia no me invitó a vivir con ella, sino que se mudó a mi casa. Y en lugar de buscar compañía y afecto, buscaba dinero.

*«La historia de mi vida».*

Afuera de la casa estaba Ruth, la novia de Ignacio, hablando por teléfono. Pasé de largo sin prestar atención a la conversación, porque no era asunto mío, hasta que escuché el nombre de Belén. Entonces reduje la velocidad a mi tarea, y alargué mi estadía en los alrededores para captar aunque fuera un detalle de lo que estuvieran diciendo.

—Sí, a todos nos vendría bien ir por un trago para relajarnos un poco —escuché decir a Ruth—. Esto de la mudanza está resultando más complicado de lo que imaginé.

*«Razón de más para hacerme caso y no cometer una locura».*

—Sí, sí... yo les digo —dijo al cabo de un rato.

Fingí estar revisando mi móvil para que no pareciera demasiado extraño que me había quedado cerca, y cuando escuché que se despedía lo guardé en mi bolsillo para volver a entrar en la casa.

—Oye, Alberto —Me llamó Ruth cuando llegué a la puerta—. Más tarde nos vamos a reunir en el bar de Belén para celebrar el cumpleaños de Laura ¿quieres acompañarnos?

Como si yo fuera a resistirme a la oportunidad de fastidiar un rato a su amiga Belén. Ese es uno de mis pasatiempos favoritos. Viajar, beber, tener sexo, hacer molestar a Belén e imaginar que tengo sexo con ella. Y en cada una de esas actividades merezco una nota sobresaliente, además de una medalla.

—Claro —me encogí de hombros y sonreí.

Tenía que aparentar que la invitación no me entusiasmaba tanto. Que me daba lo mismo. Ignacio me dijo una vez que su hermana y sus amigas eran como tiburones, solo que en lugar de sangre ellas percibían la debilidad ajena. ¿Y sabes quién es un experto en ocultar sus puntos débiles? Yo. Así que obviamente no me iba a dejar engañar con el truco más viejo del libro, ni a revelar lo mucho que me ponía la idea de estar cerca de Belén.

*«No, señor».*

Entré a la casa para encontrar a Ignacio cargando las últimas dos cajas, una sobre la otra, y me apresuré para ayudarlo con una de ellas. Cuando las guardamos en la camioneta me dijo que ya no quedaba nada más, y que al día siguiente vendría un camión por los muebles.

Muchos de los objetos dentro de la casa iban a ser donados, o vendidos en tiendas de segunda mano. Las cosas personales, fotografías y cosas por el estilo, fueron repartidas entre su abuela, su hermana y él, que eran las cajas que ahora estaban en la parte trasera de mi camioneta.

—¿Los llevo hasta el depósito, o cómo haremos esto? —Pregunté, porque no tenía la dirección.

—Sí, vamos... —respondió antes de llamar a Ruth para que nos marcháramos.

—Y luego nos vamos al bar de Belén —nos dijo Ruth mientras se subía a la camioneta.

—¿Al bar? —Preguntó Ignacio confundido.

—Sí, es el cumpleaños de Laura y Belén ofreció el lugar para una fiesta sorpresa —le explicó—. Ya nos están esperando —sonrió.

—¿Y cómo les resulta eso de las fiestas sorpresa? —Me burlé. La idea de ser sorprendido no me agradaba en lo absoluto, pero eso quizás se deba a que la mayoría de las sorpresas que he recibido en mi vida no han sido muy buenas que digamos.

—No lo habíamos intentado antes —admitió Ruth—. Pero a Laura no le gusta celebrar su cumpleaños, y todas necesitábamos una excusa para festejar, relajarnos y dejar atrás todo lo malo que ha nos pasado este año —añadió—. Así que, pues, fiesta sorpresa.

—Sorpresas o no, a mí me gustan las fiestas —confesé.

—Si no lo dices, no me doy cuenta —dijo Ignacio rodando los ojos.

—¿Qué tiene de malo? —Me quejé—. Además, no es que te la pasas tan mal cuando sales conmigo.

—No, ciertamente... —me dio la razón—. Me la paso mal es cuando sigo tus consejos o hago caso a tus ideas.

—Esto es algo que me interesa escuchar —se burló Ruth.

—Si me das suficiente licor, podría animarme a contarte —le sonreí mirándola por el retrovisor.

El resto del viaje fue rápido y sin contratiempos. En el camino decidieron dejar las cajas en casa de Ruth en lugar de ir al depósito que

Ignacio pretendía rentar, porque al fin y al cabo no eran tantas cosas. De ser yo el que se estuviera mudando, probablemente tendría camiones llenos con todos los objetos inútiles que he acumulado durante toda mi vida adulta. Al menos los que he adquirido desde que mudé a esta ciudad para darme un respiro de todo el drama que se respira en mi casa. Pero Ignacio es de los que empaca ligero, y vive una vida aún más ligera.

*«Bien por él».*

Las cosas han cambiado para él desde ese accidente que tuvo varios meses atrás. No soy de los que tiene muchos amigos, porque eso es peligroso cuando tratas de mantener un perfil bajo y vivir de incógnito, pero él es una de las pocas personas que puedo llamar de ese modo. En el tiempo que hemos trabajado juntos se ha ganado mi aprecio y mi respeto, por eso me alegra que las cosas se hayan arreglado para él. Sin embargo es inevitable verme reflejado en sus decisiones, y opinar en ellas. Me gusta pensar que eso es lo que un buen amigo haría. Al menos a mí me habría gustado que alguien me advirtiera, que me hiciera ver el cuadro completo, los *pros* y los *contras* antes de tomar una decisión. Pero yo nunca tuve cerca a la clase de personas que se preocuparan por mi bienestar, ni siquiera mi familia a la que solo le preocupan los eventos sociales y hacer el dinero suficiente para mantener su título y estilo de vida. Los amigos que tenía solo esperaban que hiciera alguna de mis cagadas para burlarse a mis espaldas. O para sacar provecho. Incluso para hacer ambas cosas al mismo tiempo.

Cuando llegamos al bar de Belén, el nuevo no el que yo visitaba cuando la conocí, no pude evitar preguntarme si ella me trataría de la misma forma si supiera quién soy realmente. Hay mujeres que literalmente enloquecen cuando descubren cuánto dinero hay asociado a mi nombre, o todas las puertas que pueden abrirse para ellas solo por llevarme del brazo. Sin embargo Belén parece ser de las que quieren llegar a sitios por mérito propio, y esa es una de

las cosas que me atrae sobre ella.

*«Y su humor ácido, la sonrisa irónica, sus piernas interminables...»*

Estaba en el peor lugar, en las peores circunstancias y en la peor compañía posible para ponerme a pensar en todos los atributos de esa mujer, me dije.

—Cuando estés listo para entrar, nos avisas —dijo Ruth y se escuchaba claramente el humor en su voz.

—Lo siento —le dije dándome cuenta de que me había quedado mirando al infinito como un idiota.

Nos bajamos de la camioneta y los seguí hasta el local. En el interior la gente caminaba de un lado, ordenando las mesas, arreglando cada detalle del ambiente. Todos estaban haciendo algo. Era como entrar a una dimensión paralela, en la que el esclavismo volvía a estar de moda.

—Ah, recordaron el camino —se burló Belén de nosotros apenas nos vio—. Bien, porque necesitamos manos extra para tener todo listo a tiempo.

—¿Qué quieres que hagamos? —Preguntó Ruth.

—Ignacio y tú pueden echarle una mano a Flor que está en la parte de atrás organizando la comida —indicó y ellos salieron en la dirección que ella les había indicado como un par de cachorros entrenados. Yo sonreí.

—Y tú... —me dijo arqueando una ceja y sonriendo de medio lado—. Puedes acompañarme a mi oficina, porque creo que tengo la tarea perfecta para ti.

—Ah, ¿sí? —Pregunté mirándola de pies a cabeza.

Belén era una mujer menuda y delicada. Pero esa apariencia frágil no era más que la fachada de una de las personas más rudas que he conocido en mucho tiempo. Su cuerpo podía ser pequeño, pero ese fuego en sus ojos era capaz de arrasar ciudades enteras.

—Sí... —asintió mientras me inspeccionaba sin un solo ápice de

vergüenza—. Estoy haciendo una investigación —me dijo—, y necesito que seas mi asistente.

—No entiendo —dije frunciendo el ceño.

—No hay mucho que entender, la verdad —dijo ella—. Es que quiero descubrir si realmente eres de lo mejor, o de lo peor —se encogió de hombros—. Pero solo tenemos quince minutos, así que vas a tener que convertirte en el asistente más aplicado.

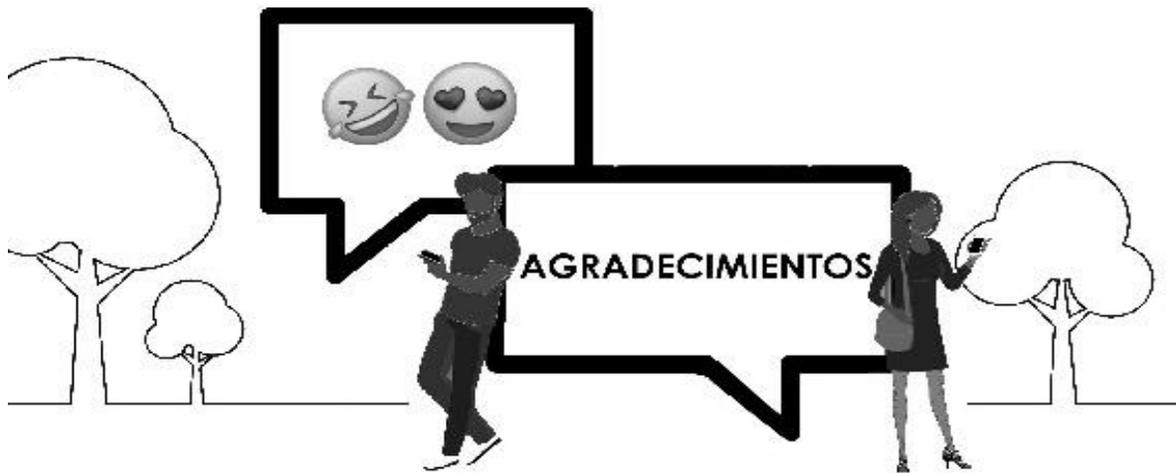
—¿Perdón? —pregunté porque creí haber escuchado mal.

—Catorce minutos, muchachote... —respondió Belén—. Vamos a ver si eres más ladrido que mordida —señaló mi entrepierna.

—¿Dónde dijiste que queda tu oficina? —sonreí.

—Por aquí... —dijo ella y emprendió la marcha. Yo la seguí porque las damas siempre van primero. Para indicar el camino, cuando abres las puertas, en las filas, y en los orgasmos.

**Fin.**



Por ahí dicen que un solo árbol no hace montaña, y eso es algo que he comprobado desde que empecé mi recorrido en el mundo de la autopublicación. Decir gracias a todas las personas involucradas en este proceso a veces parece insuficiente, sin embargo les dedico las siguientes líneas:

A mi familia, por darme alas y apoyarme mientras persigo mis sueños. No hay suficientes palabras en este idioma, o en ningún otro para el caso, que puedan expresar lo mucho que eso significa para mí.

También quiero agradecer a Oihane por ser mi cómplice y aceptar la modelo para mi portada, ojalá estuviera más cerca para llevarte este libro en mano. A Erika, que es una artista detrás de la cámara, por hacer la sesión de fotos. A Flor de María Morales y Roxy González, quienes fueron mis lectoras cero, por su paciencia, sus mensajes, las risas y por el cariño con el que recibieron a mis personajes. A mis chicas del colectivo Románticas, novelas con corazón, y a las lectoras que nos acompañan en el club de lectura. A Cecilia Pérez de Divinas Lectoras, Maria Arribas de Picaronia, y a todos los que se han hecho eco de esta publicación por su invaluable apoyo.

A las lectoras y autoras que forman parte del Grupo de Apoyo para

Víctimas de Murphy, a mis amigas por las conversaciones de Whatsapp, los chistes, y algunas de las frases que las amigas de Melina han hecho suyas desde que empecé a escribir sobre ellas. A Iwan Rheon por prestarle su cara y las demás partes de su cuerpo a Ignacio, a Charlie Cox por inspirar al desastroso de Alberto. A Stan Lee por los personajes de Marvel que obsesionan a Ignacio (sí, solo a él). A Imagine Dragons, One Direction, OneRepublic, Meghan Trainor, Miley Cyrus, Vance Joy, Little Mix y Sam Smith por tener las canciones perfectas para impulsar mis maratones de escritura. Y a ti, que estás leyendo estas líneas, por escoger este libro.



Estas son algunas de las canciones que escuché mientras escribía esta novela. Algunas terminaron colándose entre las páginas, y otras seguían reproduciéndose en mi cabeza cuando apagaba el computador.

**Secret Love Song** – Little Mix and Jason Derulo

**Take your time** – Vance Joy

**Walkashame** – Meghan Trainor

**Falling** – Iwan Rheon

**Dance with me tonight** – Olly Murs

**Story of my life** – One Direction

**Connection** – OneRepublic

**Next to me** – Imagine Dragons

**Pressure** – Muse

**They don't know about us** – One Direction

Puedes escuchar la lista completa en [Spotify](#).



**Miss Fatality**

<http://mybook.to/missfatalityAMZ>

**La Reina del Desastre**

<http://mybook.to/LRDD>

**Un amigo no tan invisible**

<http://mybook.to/amigoinvisible>

**El Alma de la Fiesta**

<http://mybook.to/EADLF>

*Si disfrutaste la historia, puedes considerar dejar una reseña en Amazon  
y/o Goodreads.*



Miriam Meza nació en Maracay estado Aragua (Venezuela) el 08 de Agosto de 1986. Se graduó como Ingeniero en Informática, profesión que ejerce en la actualidad. Sin embargo fue seducida por las letras y la música desde temprana edad. Es fanática de las redes sociales y dedica mucho tiempo a sus lectores a través de Twitter y Facebook. Además, suele colaborar con el sitio de reseñas Bukus y administra Blog on the run, un sitio en el que periódicamente datos sobre sus lecturas, obras o la música que escucha.

Síguela en sus redes sociales:

<http://instagram.com/extremedamage>

<http://facebook.com/miriammezaescritora>

<http://twitter.com/extremedamage>

---

[1] **Thanos** es un personaje de Marvel Comics y supervillano creado por Jim Starlin y Mike Friedrich. Su nombre es en parte un juego de palabras que hace referencia al término griego Θάνατος (Thánatos), que significa muerte. Él es el hijo de Mentor y el hermano de Starfox.

[2] **Guantelete del Infinito** (en inglés, The Infinity Gauntlet) es una serie de cómics de 6 números publicada entre julio y diciembre de 1991 por la editorial estadounidense Marvel Comics. También se refiere a un artefacto constituido por seis gemas llamadas la gemas del infinito las cuales son: poder, tiempo, alma, realidad, mente, y espacio.

[3] Dioses del trueno en la mitología nórdica. Hijo de Odín. Personaje de Marvel | Personaje caracterizado por Chris Hemsworth y con apariciones recurrentes en el universo cinematográfico de Marvel.

[4] Personaje de la serie animada Microman y el perro más feo del mundo (Mighty Man & Yukk).

[5] Nicholas Joseph "Nick" Fury, más conocido como Nick Fury, es un personaje ficticio de Marvel Comics. Creado por Stan Lee y Jack Kirby, Fury debutó en el primer número del cómic estadounidense Sgt. Fury and his Howling Commandos. Es interpretado por Samuel L. Jackson en el universo cinematográfico de Marvel.

[6] Tony Stark, personaje ficticio de Marvel Comics. Creado por Stan Lee e interpretado en el Universo Cinematográfico de Marvel por el actor Robert Downey Jr.

[7] The Walking Dead es una serie de televisión creada y producida por Robert Kirkman y Frank Darabont, basada en el cómic homónimo.

[8] **Neverland**, país ficticio que según el cuento clásico es habitado por Peter Pan y los niños perdidos. Una de sus características es que sus habitantes nunca dejan de ser niños.

[9] En Génesis 1:28. Mandato de Dios a los primeros hombres: *Dios los bendijo y les dijo: "Sean fecundos y multiplíquense. Llenen la tierra y sométanla. Ejercen dominio sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre todo ser viviente que se mueve sobre la tierra."*

[10] **Marvel: Ultimate Alliance** es un videojuego de rol de acción que contiene a más de 140 villanos y héroes del Universo Marvel. Los jugadores son capaces de crear, y tener un juego online o cooperativo, para cuatro jugadores.

[11] Personajes de **Orgullo y Prejuicio**, novela de Jane Austen (1813)

[12] **Harry Potter y la piedra filosofal** (título original en inglés, Harry Potter and the Sorcerer's Stone) es una película de fantasía y aventuras basada en el libro homónimo de J. K. Rowling, dirigida por el cineasta Chris Columbus y estrenada en 2001. Se convirtió en el primer lanzamiento en la serie cinematográfica de Harry Potter. La historia sigue a Harry Potter, un niño que al cumplir once años descubre que es un mago, por lo cual es enviado al Colegio Hogwarts de Magia y Hechicería para comenzar su entrenamiento como tal.

[13] **Anthony Edward "Tony" Stark** es un multimillonario industrial e inventor. Él dirige Industrias Stark, originalmente iniciada por su padre, Howard Stark. Tony crea una armadura para convertirse en el invencible superhéroe Iron Man.

[14] Referencia directa a **The Matrix**, una película de ciencia ficción escrita y dirigida por las hermanas Wachowski, y protagonizada por Keanu Reeves.

[15] La Fuerza (en el universo de **Star Wars** creado por George Lucas) es un campo de energía metafísico y omnipresente creado por las cosas que existen que impregna el universo y todo lo que hay en él manteniéndolo unido, y que da a los Jedi y a los Sith su poder; estos pueden controlar y utilizar la Fuerza con el cuerpo para lograr habilidades como la telequinesis, la clarividencia, el control mental, una amplificación de reflejos, la velocidad y otras capacidades físicas y psíquicas.

[16] Mi dulce niña del verano (en Inglés: my sweet summer child), frase usada en la saga de libros Juego de Tronos de George RR Martin. La expresión se relaciona con el libro (ficticio) Hijos del verano, escrito por el

Archimaestre Gallard, principal fuente sobre la historia de las Islas del Verano en los Siete Reinos.

[17] **Vibranium** o **vibranio**, es un metal de ficción que existe en el fondo de la tierra que aparece en los cómics estadounidenses publicados por Marvel Comics. Es obtenido de algunos asteroides que impactaron en la Tierra, exactamente en África el cual posee propiedades sorprendentes ya que es súper ligero y muy fuerte (resistente a cualquier tipo de bala). Es el material del que está hecho el escudo del Capitán América, así como el traje de Pantera Negra.

[18] **Falcon** es un superhéroe ficticio que aparece en los cómics publicados por Marvel Comics. Creado por el escritor-editor Stan Lee y el artista Gene Colan, El personaje posee un arnés de vuelo con alas de planeador hechas de una aleación ligera de titanio.

[19] **Iron Man** (Tony Stark) es un superhéroe, personaje de ficción que aparece en los cómics publicados por Marvel Comics.

[20] **War Machine** (James Rhodes), es un superhéroe del Universo Marvel, amigo y compañero de armas de Iron Man (Tony Stark). Fue creado por David Michelinie y Bob Layton y su primera aparición, como Rhodey, fue en Iron Man #118 (Enero de 1979).

[21] En inglés: Jefe.

[22] Se refiere a la novela **Alpha Mail** de Brenda Rothert.

[23] Actor estadounidense.

[24] **Faster** (conocida en España como Sed de venganza y en Hispanoamérica como Venganza letal) es una película de acción norteamericana de 2010 dirigida por George Tillman Jr. Está protagonizada por Dwayne Johnson, Billy Bob Thornton y Carla Gugino. Fue lanzada en los Estados Unidos el 24 de noviembre de 2010.

[25] **Out For Justice** (Buscando Justicia en España, Furia Salvaje en Hispanoamérica) es una película norteamericana del director John Flynn y protagonizada por Steven Seagal. Fue estrenada en el año 1991.

[26] Actor estadounidense.

[27] Personaje de la serie de libros Harry Potter. Interpretado por Emma Watson en la adaptación cinematográfica.

[28] Tema musical original de Blondie, interpretado por One Direction en el álbum Midnight Memories (2013)

[29] **One Direction** (abreviado frecuentemente como 1D) es una boy band británico-irlandesa formada en 2010 en Londres (Reino Unido), con motivo del programa The X Factor.

[30] **Netflix, Inc.** es una empresa comercial estadounidense de entretenimiento que proporciona mediante tarifa plana mensual un streaming de contenido multimedia bajo demanda por Internet. Actualmente es reconocida como la principal red de televisión por Internet en el mundo.

[31] Personaje de ficción de la serie cinematográfica Piratas del Caribe interpretado por Johnny Depp.

[32] **Tiburón** (título original: Jaws, cuya traducción puede ser Fauces o Mandíbulas) es una película estadounidense de terror, suspense y aventuras estrenada en 1975. Dirigida por Steven Spielberg, se basa en la novela homónima del escritor Peter Benchley.

[33] Se refiere a la canción *You make me crazy* del cantante Sam Smith.

[34] Refiriéndose a la canción *There's nothing holding me back*, incluida en el álbum *Illuminate* de Shawn Mendes (2016).

[35] Tema musical interpretado por Niall Horan (a dúo con Maren Morris), incluido en su álbum Flicker (2017).

[36] Se refiere a la película **Click** (titulada Click: Perdiendo el Control en Hispanoamérica), una película de comedia dramática y ciencia ficción estrenada en el año 2006, dirigida por Frank Coraci y protagonizada por Adam Sandler, Kate Beckinsale y Christopher Walken. Fue producida por Columbia Pictures.

[37] Refiriéndose a la película **He's just not that into you** (2009) dirigida por Ken Kwapis y protagonizada por un reparto coral que incluye a Ben Affleck, Jennifer Aniston, Drew Barrymore, Jennifer Connelly, Scarlett Johansson, Bradley Cooper, Justin Long, Ginnifer Goodwin, Kevin Connolly. Titulada ¿Qué les pasa a los hombres? en España y Simplemente no te quiere o A él no le gustas tanto en Latinoamérica, la película está basada en la narración de Sexo en Nueva York y fue producida por Flower Films, la productora de Drew Barrymore.

[38] Joseph Momoa es un actor y modelo estadounidense. Hijo de padre nativo de Hawái y madre alemana-irlandesa. Su madre lo crió sola en Norwalk. Su tío es el famoso surfista hawaiano Brian Keaulana.

[39] Refiriéndose a los actores Chris Pine, Chris Evans, Chris Hemsworth y Chris Pratt.

[40] **Náufrago** (título original en inglés: Cast Away) es una película dirigida por el cineasta estadounidense Robert Zemeckis, protagonizada por Tom Hanks y estrenada en el año 2000. Su trama describe la supervivencia de Chuck Noland, un empleado de FedEx, en una isla del océano Pacífico durante varios años.

[41] Autor de la serie Harry Bosch, entre otras.

[42] Autor de la serie de libros de Percy Jackson.

[43] Autora de las series **Fusion** y **With me in Seattle**.

[44] Actriz estadounidense conocida por películas como Sintonía de Amor y Tienes un e-mail.

[45] Actor estadounidense conocido por películas como El Náufrago y El Código Da Vinci

[46] Criss Angel es un famoso ilusionista, escapista y músico estadounidense, conocido por los trucos de ilusionismo llevados a cabo en la serie de televisión Mindfreak de A&E, en la que también fue el director.

[47] En referencia a Jack Sparrow, un personaje de ficción de la serie cinematográfica Piratas del Caribe interpretado por Johnny Depp.

[48] **Ocean's Eleven** (conocida también como La gran estafa o Gran estafa: Ocean's Eleven en Hispanoamérica y Ocean's Eleven: Hagan juego en España) es una película estadounidense de acción y comedia estrenada en 2001, dirigida por Steven Soderbergh y protagonizada por George Clooney, Brad Pitt, Matt Damon, Andy García y Julia Roberts. Esta cinta dio inicio a una exitosa trilogía de películas que alcanza, de la cual se estrenó un Spin-off en Junio de 2018

[49] Personaje principal de mi novela **Simplemente Perfecta** (2016), quien según la historia es un famoso actor de Hollywood.

[50] **Mentes criminales** (título original: Criminal Minds) es una serie estadounidense de drama criminológico. Se estrenó el 22 de septiembre de 2005 en el canal de televisión estadounidense CBS.

[51] **CSI: Crime Scene Investigation** (también llamada CSI: Las Vegas o CSI: En la escena del crimen) es una serie de televisión estadounidense de ficción, transmitida por primera vez el 6 de octubre de 2000 en los Estados Unidos por la cadena CBS. Fue creada por Anthony E. Zuiker y está producida por Jerry Bruckheimer.

[52] **Hannibal** es una serie de televisión estadounidense de thriller y terror psicológico desarrollada por Bryan Fuller para NBC. La serie está basada en los personajes y elementos que aparecen en el libro Red Dragon y Hannibal de Thomas Harris, con énfasis en la relación entre el investigador especial del FBI, Will Graham (Hugh Dancy) y el Dr.

Hannibal Lecter (Mads Mikkelsen), un psiquiatra destinado a convertirse en el enemigo más astuto de Graham y, al mismo tiempo, la única persona que puede entenderlo.

[53] **Prison Break** es una serie de televisión dramática estadounidense. La trama de la serie gira en torno a un hombre llamado Michael Scofield, que en un elaborado plan para rescatar a su hermano Lincoln Burrows, entra a "Fox River" una penitenciaría de máxima seguridad cerca de Chicago, para sacar a su hermano acusado por un falso asesinato del hermano de la vicepresidenta.

[54] **La Bruja Escarlata** (Wanda Maximoff) es una superheroína ficticia que aparece en los cómics publicados por Marvel Comics. Apareció por primera vez en X-Men #4 (1964) y fue creada por Stan Lee y Jack Kirby, debutando en la denominada Edad de Plata de los Cómics. En sus inicios, fue presentada como una supervillana junto con su hermano gemelo Quicksilver, ambos miembros fundadores de la Hermandad de Mutantes.

[55] **Viuda Negra** (en inglés: Black Widow) es una superheroína ficticia que aparece en el cómic estadounidense y libros publicados por Marvel Comics. Creado por el editor y trazador Stan Lee, el guionista Don Rico y el artista Don Heck, el personaje debutó en Tales of Suspense # 52 (abril de 1964). El personaje fue presentado como una espía rusa, una antagonista del superhéroe Iron Man. Más tarde, desertó a los Estados Unidos, convirtiéndose en una agente de la organización ficticia S.H.I.E.L.D., y miembro del equipo de superhéroes, Los Vengadores.

[56] En Inglés: Tienda de artículos relacionados con el sexo.

[57] **Hallmark Channel** fue un canal de televisión por suscripción emitido por el grupo NBC Universal. La mayor parte de la programación consistía en películas y series estadounidenses, además de producciones originales. Fue lanzado en México como The Hallmark Entertainment Network en 1995, y posteriormente renombrado como Hallmark Channel el 1 de septiembre de 1997. Fue reemplazado en Latinoamérica el 1 de febrero de 2010 por Studio Universal mientras en Estados Unidos su emisión continúa.

[58] Personaje central de la película **Sierra Burgess is a loser**, original de Netflix y dirigida por Ian Samuels a partir de un guión de Lindsey Beer. La película es un recuento moderno de la historia de Cyrano de Bergerac, y está protagonizada por Shannon Purser, RJ Cyler, Noah Centineo y Kristine Froseth.

[59] **La sirenita** (título original en danés: Den lille Havfrue) es un cuento de hadas del escritor y poeta danés Hans Christian Andersen, famoso por sus cuentos para niños. Fue originalmente publicado el 7 de abril de 1837. El cuento de La sirenita es el octavo de la colección de Andersen. Escrito originalmente como un ballet, el cuento ha sido adaptado varias veces, las adaptaciones incluyen un musical, una película animada japonesa de Toei Animation y una película animada de Walt Disney.

[60] **Iron Man** (titulada Iron Man: El hombre de hierro en Hispanoamérica) es una película de superhéroes. Es la primera entrega del Universo cinematográfico de Marvel. La cinta fue dirigida por Jon Favreau, con un guion de Stan Lee, Hawk Ostby, Art Marcum y Matt Holloway. Es protagonizada por Robert Downey Jr, Terrence Howard, Jeff Bridges, Shaun Toub y Gwyneth Paltrow. La trama gira en torno a Tony Stark, un empresario e ingeniero, que construye un exoesqueleto motorizado y se convierte en Iron Man, un superhéroe tecnológicamente avanzado.

[61] Edward Cullen es un personaje de la serie Crepúsculo; una saga de novelas de la autora Stephenie Meyer, que consta de los libros Crepúsculo, Luna Nueva, Eclipse, Amanecer y, el no publicado, Midnight Sun (Sol de medianoche).

[62] **Archie** es una serie de historietas estadounidense, que narra las aventuras de un grupo de adolescentes llamados Archie, Betty, Verónica, Jughead, Carlos y Midge, entre otros. Los personajes fueron creados por el publicista y editor John L. Goldwater,

el guionista Vic Bloom y el dibujante Bob Montana.

[63] **Riverdale** es una serie de televisión de drama y misterio, desarrollada por Roberto Aguirre-Sacasa y Greg Berlanti, y está basada en los comics Archie creados por John L. Goldwater. Estrenó el 26 de enero de 2017 por The CW. En Latinoamérica fue estrenada en Warner Channel el 26 de abril de 2017.

[64] **Funko** es una compañía estadounidense que fabrica juguetes de cultura pop licenciadas. Funko es conocida por producir más de 1000 figuras diferentes de vinilo. Además, Funko tiene productos licenciados de peluches, figuras de acción, y productos electrónicos licenciados como USB, lámparas y auriculares.

[65] Archibald "Archie" Andrews, creado en 1941 por el editor John L. Goldwater y el artista Bob Montana, en colaboración con el escritor Vic Bloom, es el personaje principal de la franquicia de **Archie Comics**. Archie es interpretado por KJ Apa en **Riverdale**.

[66] El sustantivo **sexteo** y el verbo **sextear** son alternativas válidas en español al término inglés *sexting*, que hace referencia al envío de mensajes de texto o imágenes de contenido sexual explícito a través del teléfono móvil o de otros dispositivos electrónicos.

[67] **The Breakfast Club** (conocida en español como El Club de los Cinco) es una película para adolescentes de 1985 siendo uno de los títulos más paradigmáticos dentro de este género. Escrita y dirigida por John Hughes, su trama muestra a cinco jóvenes, dos chicas y tres chicos, (cada uno representando uno de los distintos clichés de cualquier escuela preparatoria o de enseñanza secundaria) que, a medida que pasan juntos un sábado castigados en la biblioteca del Centro, descubren que cada uno de ellos es más profundo que su respectivo estereotipo.

[68] Una forma coloquial de referirse al hecho de contraer matrimonio.

[69] Una autofoto, autorretrato o selfi —también conocida con la voz inglesa *selfie*— es un autorretrato realizado con una cámara fotográfica, generalmente una cámara digital o un teléfono móvil.

[70] **Sleepless in Seattle** (Sintonía de amor en Hispanoamérica, Algo para recordar en España) es una película estadounidense de 1993, dirigida por Nora Ephron y protagonizada por Tom Hanks y Meg Ryan.

[71] Molly Ringwald es una actriz estadounidense, famosa por las películas de John Hughes *Sixteen Candles* (1984), *The Breakfast Club* (1985), y *Pretty in Pink* (1986).

[72] **Marvel's Inhumans**, o simplemente *Inhumans*, es una serie de televisión de acción, ciencia ficción y de superhéroes creada por Scott Buck y producida por la cadena de televisión ABC basada en los personajes del mismo nombre de los cómics de Marvel. La serie está ubicada en el Universo cinematográfico de Marvel (UCM), compartiendo continuidad con las películas y series televisivas de la franquicia, y siendo la primera serie filmada con un presupuesto y equipo para salas IMAX. La serie fue producida por Marvel Television en asociación con ABC Studios junto a Scott Buck como el showrunner de la serie.

[73] **Black Bolt** o Rayo Negro es un personaje ficticio que aparece en cómics estadounidenses publicados por Marvel Comics. Creado por Stan Lee y Jack Kirby, el personaje apareció por primera vez en *Fantastic Four #45* (diciembre de 1965). Black Bolt es el emperador de los Inhumanos, una raza recluida de sobrehumanos genéticamente alterados. El poder distintivo es su voz, ya que su capacidad de aprovechar electrones está vinculada al centro del habla de su cerebro. Su habla provoca una perturbación masiva en forma de una onda de choque altamente destructiva capaz de derribar una ciudad.

[74] **Medusa** es la esposa de Black Bolt. Debe su nombre y cualidades a Medusa de la mitología griega. Medusa tiene control psicoquinético sobre su cabello, un poder que obtuvo a través de la Terrigenesis. Debido a

esto, puede expandirlo hasta doblar su longitud normal, recoger bloqueos con él, levantar objetos de forma remota (tanto animada como inanimada), y ella a menudo lo usa como una cuerda para contener objetos y personas.

[75] **Maximus** es un supervillano ficticio, genio, hermano de *Black Bolt* y Cuñado de Medusa que aparece en los cómics publicados por Marvel Comics. El personaje ha sido representado como miembro y antagonista de los Inhumanos. Creado por el escritor Stan Lee y el artista Jack Kirby, apareció por primera vez en *Fantastic Four # 47* (febrero de 1966). Maximus es retratado en la serie de televisión *Inhumans* por Iwan Rheon.

[76] **Gerontofobia**: Se define como un persistente, anormal e injustificado miedo a la gente anciana.

[77] El sildenafil, vendido bajo la marca Viagra, Revatio y otros, es un fármaco utilizado para tratar la disfunción eréctil y la hipertensión arterial pulmonar. Originalmente fue desarrollado por científicos británicos y luego llevado al mercado por la compañía farmacéutica Pfizer.

[78] Blue balls, bolas azules en español, o también conocido como cojonera, es la jerga utilizada para referirse a la próstata congestionada o vasocongestión de los testículos, que es la retención de líquido, particularmente linfa y sangre, en dichos órganos, que a menudo se acompaña de dolor testicular agudo debido a la excitación sexual prolongada e insatisfecha.

[79] **Beetlejuice** es el personaje principal de la película homónima, dirigida por Tim Burton y estrenada en 1988.

[80] Chris Pine es un actor estadounidense famoso por interpretar a James T. Kirk en la saga reboot de **Star Trek**.

[81] Henry Cavill es un actor británico conocido por su participación en la serie de televisión *Los Tudor* y por interpretar a Clark Kent —Superman— en la película *El hombre de acero* del director Zack Snyder, repitiendo este papel en la secuela de 2016 *Batman v Superman: Dawn of Justice* y posteriormente en la película *Liga de la Justicia* en 2017, ambas del mismo director.

[82] **Vikings** (en español: Vikingos) es una serie de televisión coproducida entre Canadá e Irlanda, creada por Michael Hirst para el canal de televisión The History Channel. La serie está basada en los relatos semilegendarios de Ragnar Lothbrok, reconocido como uno de los primeros reyes de Suecia y Dinamarca, durante el siglo VIII.

[83] Travis Fimmel es un modelo y actor australiano. Saltó a la fama en 2002, por ser la imagen de una campaña de ropa interior para Calvin Klein, y atrajo la atención de la industria de la televisión internacional al interpretar el papel protagonista de la serie *Vikings* (2013), interpretando al rey nórdico, legendario del siglo IX, Ragnar Lodbrok. En el mundo cinematográfico, su primer papel importante fue el interpretar a Anduin Lothar en la película *Warcraft: El Origen* (2016).

[84] **Barman** es la persona que atiende a los clientes en la barra de un bar, cervecería, taberna, cantina o local de ocio

[85] Mote, apodo.

[86] Refiriéndose a la **película** *Capitán América: el primer vengador* (título original en inglés: *Captain America: The First Avenger*) es una película de superhéroes estadounidense de 2011 basada en el personaje homónimo de Marvel Comics, producida por Marvel Studios y distribuida por Paramount Pictures. El **personaje** Capitán América, cuyo nombre real es Steve Rogers es un justiciero ficticio que aparece en cómics publicados por Marvel Comics. Creado por los historietistas Joe Simon y Jack Kirby. Es interpretado por Chris Evans en el universo cinematográfico de Marvel.

[87] Refiriéndose a la canción *Walkashame* de la cantante estadounidense Meghan Trainor, incluida en su

álbum *Title* (2015).

[88] Los calzoncillos también se denominan calzón, trusa, bombacho o interior, entre otras formas que varían según la región y el país.

[89] Una bomba de agua se utiliza para incrementar la presión de un líquido añadiendo energía al sistema hidráulico, para mover el fluido de una zona de menor presión a otra de mayor presión. Al incrementar la energía del fluido, se aumenta su presión, su velocidad o su altura.

[90] En inglés: Festival del sexo.

[91] Etiqueta autoadhesiva.

[92] Juego de Tronos es una serie de libros escritos por George R.R. Martin que fue adaptado a la televisión por la cadena televisiva HBO.

[93] En inglés: actuación.

[94] Título original: **The Kissing Booth** (El stand de los besos en Hispanoamérica y Mi primer beso en España) es una comedia romántica de 2018 basada en la novela homónima de la autora Beth Reekles. La película fue lanzada el 11 de mayo de 2018 por Netflix.

[95] Retrete, sanitario, wáter. Recipiente en forma de taza, generalmente de porcelana o loza esmaltada, que sirve para orinar y evacuar el vientre en postura sentada.

[96] Alice Cooper es un cantante de *hard rock* y *heavy metal* estadounidense famoso por el uso de maquillajes de aspecto siniestro, inquietantes letras y provocativas representaciones que abarcaban ejecuciones con guillotina y sillas eléctricas o actos con enormes serpientes.

[97] King Kong es el nombre de un gigantesco gorila ficticio que habita en la Isla Calavera, y que ha sido el protagonista de varias películas, además de haber aparecido en otros medios, como series de televisión, libros, videojuegos o cómics, habiéndose convertido por ello en uno de los iconos de la cultura popular moderna.

[98] En Inglés: Puño de Hierro. Es un personaje ficticio, un superhéroe que aparece en los cómics publicados por Marvel Comics. También es una serie de televisión estadounidense creada por Netflix y Scott Buck, y está basada en los cómics de Marvel. En la serie, el personaje central es interpretado por el actor Finn Jones.

[99] Refiriéndose a la película **The Foreigner** (El implacable en Hispanoamérica y El extranjero en España). Una cita de suspenso y acción dirigida por Martin Campbell y escrita por David Marconi, basada en la novela *The Chinaman* de Stephen Leather. Esta coproducción británico-china está protagonizada por Jackie Chan, Pierce Brosnan, Michael McElhatton, Liu Tao, Charlie Murphy, Orla Brady y Katie Leung, y narra la historia de un empresario que busca venganza por la muerte de su hija.

[100] **Independence Day** (conocida como Día de la independencia en Hispanoamérica e Independence Day en España) es una película de ciencia ficción y acción de 1996 sobre una invasión alienígena al planeta Tierra el día 2 de julio, y la victoria de la Humanidad el 4 de julio, día de la Independencia de los Estados Unidos. Fue dirigida por el alemán Roland Emmerich, quien coescribió el guion con el productor Dean Devlin, y fue protagonizada por Will Smith.

[101] **Uber Technologies Inc.** es una empresa internacional que proporciona a sus clientes vehículos de transporte con conductor a través de su software de aplicación móvil.

[102] **Theon Greyjoy** es un personaje de la saga Canción de Hielo y Fuego de George RR Martin, serie de libros adaptada a la televisión por HBO en la serie Juego de Tronos. Theon es el tercer hijo y heredero de Lord Balon Greyjoy y Lady Alannys Harlaw. Tras la Rebelión Greyjoy, fue llevado a Invernalía como pupilo de Lord Eddard Stark

para asegurar la lealtad de los Hombres del Hierro. Es interpretado en la serie por el actor Alfie Allen.

[103] **Ramsay Bolton** también es un personaje de la saga Canción de Hielo y Fuego. Es el hijo bastardo legitimado de Lord Roose Bolton. Originalmente llamado Ramsay Snow, fue conocido como el Bastardo de Bolton y el Bastardo de Fuerte Terror. En la adaptación de HBO, es interpretado por el actor Iwan Rheon.

[104] El **halter**, más que un escote, es un tipo de corte de vestidos, blusas y camisetas femeninas. En este tipo de escote quedan al descubierto los brazos, los hombros y la espalda o al menos media espalda. Se abrocha o ata por la parte posterior del cuello y es un clásico para disimular el exceso de pecho, aunque dependerá de la profundidad del escote en sí.

[105] También llamado cartera, bolso de fiesta o bolso de noche. Es un pequeño bolso sin asa diseñado para llevarse en la mano.

[106] “*Meter la pata*”: Es una expresión utilizada para decir que alguien cometió un error.

[107] **Matt Murdock** es un abogado ciego que lucha contra el crimen como el vigilante Daredevil. También es el personaje central de una serie de comics, adaptada por Marvel Television, distribuida por Netflix y ambientada en el Universo cinematográfico de Marvel. El personaje es interpretado por el actor Charlie Cox.

[108] En Inglés: Hora del espectáculo.

[109] **Wrecking Ball** es una canción interpretada por la cantante estadounidense Miley Cyrus, lanzada como segundo sencillo de su cuarto álbum de estudio, *Bangerz*, de 2013. El título se traduce en español como Bola de Demolición.

[110] **Wilson Fisk** (Kingpin) es un supervillano ficticio que aparece en los cómics estadounidenses publicados por Marvel Comics. Aparece en la adaptación de Daredevil realizada por Netflix y es interpretada por Vincent D'Onofrio.

[111] **Top Gun** (titulada: Top Gun: Ídolos en el aire en España y Top Gun: Pasión y gloria en Hispanoamérica) es una película estadounidense de acción y drama de 1986, dirigida por Tony Scott y protagonizada por Tom Cruise y Kelly McGillis.

[112] Un **aeródromo** es un área definida de tierra o agua destinada a la total o parcial salida, llegada y movimiento de aeronaves, es decir, un aeropuerto de pequeña capacidad y utilización tanto militar como civil.

[113] Refiriéndose a *Stripper* (bailarines exóticos).

[114] Refiriéndose al **Capitán América**.

[115] **The Vampire Diaries** (El diario de los vampiros o Diarios de vampiros en Hispanoamérica y Crónicas vampíricas en España) es una serie de televisión estadounidense de género dramático, creada por Kevin Williamson y basada en la saga de L. J. Smith.